LAS DOCE TRIBUS DE HATTIE

AYANA MATHIS

narrativa
salamandra

Merecedora de los mayores elogios tras su publicación su autora ha sido comparada nada menos que con Toni Morrison, esta magnífica novela recoge la extraordinaria historia de una mujer que, en su empeño por sacar adelante a sus hijos, representa la inagotable fuerza de voluntad con que una madre es capaz de afrontar los desafíos más extremos, al tiempo que narra la huella indeleble que ese mismo ímpetu dejará, inevitablemente, en cada uno de sus descendientes.

Cincuenta años después de la abolición de la esclavitud, dos millones de personas abandonaron los estados sureños de Estados Unidos para establecerse en las grandes ciudades del Norte. El fenómeno, conocido como la Gran Migración, supuso un cambio radical en la sociedad norteamericana, así como en las vidas de las personas que lo protagonizaron. Y entre ese ingente caudal humano se sitúa la joven protagonista, Hattie Shepherd, que huye de Georgia para instalarse en Filadelfia en busca de un futuro mejor. Sin embargo, el destino pondrá a prueba sus ilusiones. Tras perder a sus dos primeros hijos, Hattie dará a luz a nueve niños más, a quienes criará con férrea determinación, guiada por el propósito de preparar a su prole para las dificultades que habrán de afrontar en un mundo implacable con los más débiles.

Así, a lo largo de los sesenta años que abarca el relato, el lector se verá enfrascado en una emocionante aventura humana, de hondo significado y simbolismo, fruto del particular talento de una escritora que ha adquirido ya una insoslayable relevancia en el panorama de la literatura estadounidense contemporánea.

Ayana Mathis

Las Doce Tribus de Hattie

Traducción del inglés de
Magdalena Palmer

Título original: *The Twelve Tribes of Hattie*

Ilustración de la cubierta: Imri Zertal

Copyright © Ayana Mathis, 2012
Copyright de la edición en castellano © Ediciones Salamandra, 2014

Agradecemos a Rita Dove el permiso para reproducir un extracto de «Obedience», de *Thomas and Beulah: Poems* de Rita Dove, Carnegie Mellon University Press, Pittsburgh, PA, Copyright Rita Dove, 1986. Reproducido con el permiso de la autora.

Los personajes y situaciones que aparecen en esta obra son ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

ISBN: 978-84-9838-621-9

1ª edición, octubre de 2014
2ª edición (1ª en Argentina), diciembre de 2014

Para mi madre,
y para mi abuela y mi abuelo

Pero todos vosotros os acercasteis a decirme: «Enviemos delante de nosotros hombres para que exploren el país y nos den noticias sobre el camino por donde hemos de subir y sobre las ciudades en que podemos entrar.»

Me pareció bien la propuesta y tomé de entre vosotros doce hombres, uno por tribu.

DEUTERONOMIO
1, 22-23

La casa, cerrada como un reloj de bolsillo,
esos corazones prietos respirando dentro…
ella nunca podría inventarlos.

RITA
DOVE,
«Obediencia»

Philadelphia y Jubilee

1925

—¡Philadelphia y Jubilee! —exclamó August cuando Hattie le dijo cómo quería llamar a los gemelos—. ¡Cómo les vas a poner esos nombres tan raros a los bebés!

De haber estado viva, la madre de Hattie habría estado de acuerdo con August. Le habría parecido que Hattie elegía nombres vulgares; «ordinarios y ostentosos», habría dicho. Pero su madre había muerto y Hattie quería darles a sus hijos nombres que no estuvieran ya tallados en las lápidas de la familia allá en Georgia, nombres llenos de promesas y esperanza, nombres que mirasen hacia delante en lugar de hacia atrás.

Los gemelos nacieron en junio, durante el primer verano de Hattie y August como marido y mujer. Habían alquilado una casa en la calle Wayne. Era pequeña, pero estaba en un buen barrio y, en palabras de August, sólo estarían allí «de paso». «Hasta que compremos nuestra propia casa», había dicho Hattie. «Hasta que firmemos en esa línea de puntos», añadió él.

A finales de junio los petirrojos tomaron los árboles y tejados de la calle Wayne. Todo el vecindario resonaba con su canto. Los gorjeos arrullaban a los gemelos hasta dormirlos y ponían a Hattie de tan buen humor que reía sin parar. Llovía todas las mañanas, pero las tardes eran soleadas y el césped del diminuto jardín de Hattie y August estaba verde como el primer día de la Creación. Las señoras del vecindario horneaban temprano y al mediodía toda la calle olía a los pasteles de fresa que ponían a enfriar en los alféizares. Los tres, Hattie y los gemelos, dormitaban en el porche a la sombra. El siguiente verano Philadelphia y Jubilee ya andarían,

se tambalearían por el porche como simpáticos ancianitos.

Hattie Shepherd miró a los dos bebés, que descansaban en sus moisés. Los gemelos tenían siete meses. Respiraban mejor si estaban incorporados, de modo que los había recostado con pequeñas almohadas. Ahora, por fin, descansaban. Habían pasado muy mala noche. La neumonía podía curarse, pero no era fácil. Mejor que las paperas, la gripe o la pleuresía. Mejor neumonía que cólera o escarlatina. Hattie se sentó en el suelo del baño con las piernas extendidas. La ventana estaba opaca debido al vapor que, condensado en gotas, descendía por los cristales y los marcos de madera blanca y se acumulaba en el surco donde empezaban los azulejos, detrás del retrete. Hattie había hecho correr agua caliente durante horas. Después de pasar media noche en el sótano metiendo carbón en la caldera, August no había querido dejar solas a Hattie y las criaturas para ir a trabajar. Ya, pero es que… un día de trabajo era un día de paga y la carbonera estaba cada vez más vacía. Hattie lo había tranquilizado, diciéndole que los bebés se encontrarían mejor ahora que ya había pasado la noche.

El día anterior, el médico los había visitado y les había recomendado que hicieran vahos. También les había recetado pequeñas dosis de ipecacuana y advertido contra anticuados remedios caseros como las cataplasmas de mostaza caliente, aunque las friegas en el pecho le parecían aceptables. Tras diluir la ipecacuana en un líquido transparente y aceitoso y entregarle dos pequeños cuentagotas, enseñó a Hattie a inmovilizar la lengua de las criaturas con un dedo para que la medicina fluyese hacia la garganta. August pagó al médico tres dólares por la visita y se puso a hacer cataplasmas de mostaza en cuanto éste salió por la puerta. Neumonía.

En alguna parte del barrio una sirena sonó tan fuerte que Hattie creyó que sonaba delante de su casa. Hizo un esfuerzo para incorporarse y aclaró un círculo en la empañada ventana del cuarto de baño. Sólo vio una hilera de casas blancas apiñadas como dientes al otro lado de la calle, manchas de hielo gris en la acera y arbolitos casi muertos en sus alcorques de tierra congelada. Aquí y allá, una luz brillaba en una ventana de los pisos superiores; algunos vecinos trabajaban en los muelles, como August, otros repartían leche a

domicilio o el correo. También había maestros y otros tantos vecinos de los que Hattie no sabía nada. Por toda Filadelfia la gente se levantaba con un frío glacial para cargar las calderas de sus sótanos. Estas dificultades los unían.

Una aurora neblinosa ascendía desde la línea del cielo. Hattie cerró los ojos y recordó los amaneceres de su infancia. Esas imágenes retornaban a su mente una y otra vez, sus recuerdos de Georgia se hacían más apremiantes e insistentes con cada día que pasaba en Filadelfia. Todas las mañanas de su niñez, la bocina del trabajo sonaba en el alba azulada por encima de los campos, las casas y los oscuros eucaliptos. Desde su cama, Hattie veía a los braceros avanzar cansinamente por el camino frente a su casa. Los rezagados siempre pasaban después de la primera bocina: las embarazadas, los enfermos y tullidos, los demasiado viejos para trabajar los campos, las que llevaban bebés ceñidos a la espalda. La bocina los espoleaba como un látigo. Solemne era el camino y solemnes eran sus rostros; los campos moteados de blanco esperaban a los recolectores, que se dispersaban en ellos como langostas.

Los bebés parpadearon débilmente y Hattie les hizo cosquillas en la barbilla. Pronto sería hora de cambiar las cataplasmas de mostaza. En la bañera, ascendían nubes de vapor del agua caliente. Añadió otro puñado de hojas de eucalipto. En Georgia, había un eucalipto en el bosque frente a su casa, pero les había resultado difícil conseguir hojas en el invierno de Filadelfia.

Tres días antes, la tos de las criaturas había empeorado. Hattie se había puesto el abrigo y había ido a la frutería para preguntarle al dueño dónde podía encontrar eucalipto. La habían enviado a una casa situada a unas manzanas de distancia. Hattie había llegado hacía poco a Germantown, y se perdió enseguida en el laberinto de calles. Cuando encontró el sitio, amoratada de frío, pagó a una mujer quince centavos por una bolsa de algo que en Georgia habría sido gratis.

—¡Vaya, pero si eres una chiquilla! —había dicho la mujer del eucalipto—. ¿Cuántos años tienes, niña?

A Hattie la enfureció la pregunta, pero respondió que tenía diecisiete años y añadió, para que la mujer no la tomara por otra

desgraciada recién llegada del Sur, que estaba casada, que su marido era aprendiz de electricista y que acababan de mudarse a una casa de la calle Wayne.

—Bueno, eso está muy bien, cielo. ¿De dónde es tu familia?

Hattie pestañeó rápidamente y tragó saliva.

—De Georgia, señora.

—¿No tienes a nadie aquí?

—A mi hermana, señora.

No le contó que su madre había muerto hacía un año, cuando ella estaba embarazada. La conmoción de su muerte, añadida al hecho de ser una huérfana y una forastera en el Norte, habían llevado a la hermana menor de Hattie, Pearl, de vuelta a Georgia. Su hermana mayor, Marion, también se había marchado, aunque le había dicho que regresaría en cuanto pariese y acabase el invierno. Hattie no sabía si volvería. La mujer la observó con detenimiento.

—Iré contigo a ver a los pequeños —dijo.

Hattie se negó. Había sido una boba, una tonta demasiado orgullosa para admitir que necesitaba esa ayuda. Volvió a casa con la bolsa de eucalipto bien agarrada.

El aire invernal era un fuego que la envolvía y lo arrasaba todo en ella, salvo la voluntad de que sus hijos se curasen. Sus dedos se agarrotaron alrededor del extremo doblado de la bolsa de papel. Entró en la casa de la calle Wayne en un estado de clarividencia, sintiendo que podía ver a sus bebés por dentro, penetrar en la piel y la carne, llegar a las profundidades de las costillas y hasta los cansados pulmones.

Hattie acercó a Philadelphia y Jubilee a la bañera. El último montón de hojas de eucalipto había sido excesivo y los bebés cerraban los ojos para protegerse de la bruma de mentol. Jubilee apretó el puño y alzó el brazo como para frotarse los ojos llorosos, pero estaba demasiado débil y la mano cayó de nuevo a un lado. Hattie se arrodilló y le besó el puñito. Levantó el brazo inerte de su hija, tan liviano como un hueso de pájaro, y le enjugó las lágrimas con la mano, como habría hecho la propia Jubilee de haber tenido fuerzas.

—Mira, mira, lo has hecho tú sola —dijo Hattie.

Jubilee la miró y sonrió. Hattie le llevó una vez más la mano al

ojo lloroso. La criatura creyó que jugaban a cucú y soltó una risa débil, entrecortada, tenue y flemosa, pero risa al fin y al cabo. Hattie también se echó a reír al ver a su niña tan valiente y animosa; con lo enferma que estaba, seguía alegre como un cascabel. Tenía un hoyuelo en una mejilla. Su hermano, Philadelphia, tenía dos. No se parecían en nada. El cabello de Jubilee era negro como el de August, mientras que Philadelphia era pálido como la leche y de cabello castaño rojizo, igual que Hattie.

La respiración de Philadelphia era fatigosa. Hattie lo sacó del moisés y lo sentó en el borde de la bañera, donde se concentraba el vapor. Era como una bolsa de harina, la cabeza se le balanceaba y los brazos le colgaban a los lados. Hattie lo meneó suavemente para reanimarlo. El bebé no había comido nada desde la noche anterior; los dos habían tosido con tal violencia que habían vomitado el poco caldo de verduras que Hattie había conseguido darles. Levantó el párpado de su hijo con un dedo y el globo ocular se volvió blanco. Hattie no sabía si dormía o se había desmayado, y en ese caso quizá el pequeño no… quizá el pequeño no…

Volvió a levantarle el párpado. Esta vez el ojo respondió —¡bravo, mi niño!— y el labio se le torció igual que cuando le daba puré de guisantes u olía algo que no le gustaba. Era tan quisquilloso…

La claridad del cuarto de baño abrumaba: bañera blanca, paredes blancas, azulejos blancos. Philadelphia tosió, una prolongada exhalación de aire que le sacudió todo el cuerpo. Hattie cogió la mostaza caliente del radiador y le embadurnó el pecho con ella. Las costillas del pequeño eran ramitas bajo sus dedos, con la menor presión se romperían y caerían en la cavidad del pecho. Su hijo, sus dos hijos, habían sido rollizos antes de enfermar. Philadelphia levantó la cabeza, pero estaba tan exhausto que la dejó caer; se golpeó la barbilla en el hombro de Hattie, como le pasaba en los primeros meses, cuando aprendía a sostenerla.

Hattie recorrió en círculos el pequeño cuarto de baño, frotando la espalda de Philadelphia entre los omóplatos. Cuando se ahogaba, el pequeño flexionaba un pie, golpeándola en el vientre; cuando conseguía respirar, el pie se relajaba. El suelo estaba resbaladizo. Hattie canturreó sílabas sin sentido: na, na, na, la, la, la. No recordaba la letra de ninguna canción.

De las ventanas y los grifos se deslizaban gotas de agua; también por la pared, y bajaban hasta el interruptor de la luz. Todo el baño goteaba como un bosque de Georgia después de una tormenta. Se oyó un zumbido, después un chisporroteo dentro de la pared y la bombilla se apagó. El baño pasó a ser todo bruma, todo azul. «Dios mío —pensó Hattie—, lo que faltaba.» Apoyó la cabeza en la jamba de la puerta y cerró los ojos. Llevaba tres días sin dormir. Un recuerdo le sobrevino como un desmayo: Hattie, su madre y sus hermanas atravesaban el bosque de madrugada. Delante, su madre con dos grandes bolsas de viaje y las tres niñas detrás, cargadas con bolsos de tela de tapicería. Se dirigían al pueblo entre la bruma matinal y la maleza, con las faldas enganchándose en las ramas. Avanzaban por el bosque a escondidas, como ladronas, para subirse al amanecer a un tren que las sacara de Georgia. El padre de Hattie no llevaba muerto ni dos días y en ese preciso instante los hombres blancos sacaban la placa con su nombre de la puerta de la herrería para poner la propia. «Señor, ten piedad», murmuró su madre cuando la primera bocina sonó en el campo.

El pie de Philadelphia se hundió en el ombligo de Hattie y la despertó, devolviéndola al baño con sus hijos, sobresaltada y enojada por haberse alejado de ellos. Ambos rompieron a llorar. Se ahogaban y se estremecían juntos. La enfermedad se había agravado, primero en un bebé y luego en el otro, para después, como esperando el peor momento, atacar como un rayo de dos puntas. Piedad, Señor. Piedad.

Los bebés ardían: la fiebre les subía, las piernas les temblaban, las mejillas se les arrebolaban como soles. Hattie sacó el frasco de ipecacuana del botiquín y les administró una dosis. Ambos tosían demasiado para poder tragar y la medicina les resbaló por la comisura de la boca. Hattie les limpió la cara, les dio más ipecacuana y les masajeó el pecho, que subía y bajaba. Sus manos rápidas y avezadas pasaron con soltura de una tarea a la siguiente, aunque entretanto ella lloraba y suplicaba.

¡Cómo ardían sus pequeños! ¡Cuánto deseaban vivir! Hattie había pensado, cuando se entregaba a tales ideas, que las almas de sus hijos eran pellizcos de niebla, tenues e inaprensibles. Ella era sólo una niña, tan sólo llevaba en el mundo diecisiete años más que sus hijos. Hattie los consideraba extensiones de sí misma y los

quería porque eran suyos, porque estaban indefensos y porque la necesitaban; pero ahora miró a sus bebés y vio que la vida que contenían era fuerte, poderosa, y que no iban a arrebatársela.

—Luchad —les rogó Hattie—. Así.

Inspiró y soltó aire, dentro y fuera de los pulmones, en solidaridad con ellos, para demostrarles que era posible.

—Así —repitió.

Se sentó en el suelo con las piernas cruzadas, Jubilee apoyada en una rodilla y Philadelphia en la otra. Les dio palmaditas en la espalda para ayudarlos a expulsar las flemas. Los pies de los bebés se solapaban en el espacio triangular que había entre las piernas dobladas de Hattie; cada vez más débiles, se dejaron caer en los muslos de su madre. Aunque viviera cien años, Hattie aún vería, tan claramente como veía ahora a sus pequeños desmadejados ante ella, el cuerpo de su padre desplomado en un rincón de la herrería y a los dos hombres blancos del pueblo saliendo del taller sin tener siquiera la decencia de apresurarse o esconder las armas. Hattie lo había visto y no podía dejar de verlo.

En Georgia, el predicador había dicho que el Norte era una Nueva Jerusalén; la congregación lo acusó de traicionar la causa de los negros del Sur y al día siguiente el predicador se marchó en tren a Chicago. Otros también se iban, desaparecían de sus tiendas o del campo, su banco de la iglesia estaba ocupado en la misa del domingo y vacío en la oración del miércoles. En aquel preciso instante, todas esas almas que habían huido del Sur resplandecían de esperanza en los duros inviernos del Norte. Hattie supo que sus bebés sobrevivirían. Pese a ser pequeños, pese a estar en apuros, Philadelphia y Jubilee ya se encontraban entre esas almas luminosas, en el inicio de una nueva nación.

Treinta y dos horas después de que Hattie, su madre y sus hermanas cruzaran el bosque en Georgia camino de la estación, tras treinta y dos horas en los duros asientos y el ajetreo del vagón para negros, el grito del revisor despertó a Hattie de su duermevela: «¡Estación de Broad Street, Filadelfia!» Hattie se apeó del tren con la falda todavía ribeteada con barro de Georgia, el sueño de Filadelfia redondo como una canica en la boca y el miedo a ese sueño como una aguja clavada en el pecho. Hattie y mamá, Pearl y Marion

subieron los peldaños del andén y entraron en el vestíbulo de la estación. Estaba en penumbra pese al sol del mediodía. Había arcos en el techo abovedado, las palomas zureaban en las vigas. Hattie sólo tenía quince años y era delgada como una vara. Se quedó con su madre y sus hermanas a un lado, apartadas de la multitud, esperando que se abriese un hueco y pudieran alcanzar las puertas dobles en el otro extremo de la sala. Hattie avanzó hacia el gentío. Su madre gritó: «¡Vuelve! ¡Te perderás entre toda esa gente! ¡Te perderás!» Hattie se dio la vuelta, asustada; había creído que su madre estaba justo detrás. La muchedumbre le impidió retroceder y se vio arrastrada por la corriente de personas. Cruzó las puertas dobles y salió a una larga acera que se extendía a lo largo de toda la estación.

En la vía pública había más personas de las que Hattie había visto nunca reunidas. El sol estaba muy alto. El humo de los coches, el olor a alquitrán caliente y un hedor repugnante a basura podrida impregnaban el aire. Las ruedas retumbaban en los adoquines, los motores aceleraban, los vendedores de periódicos pregonaban los titulares. En la acera de enfrente, un hombre con ropas sucias gimoteaba una canción en una esquina, con las manos a los lados y las palmas hacia arriba. Hattie resistió el impulso de taparse las orejas para ahogar el estruendo de la ciudad. Olió la ausencia de árboles antes de verla. Las cosas eran más grandes en Filadelfia —eso era cierto— y había más de todo, demasiado de todo. Sin embargo, no vio en aquel tumulto una tierra prometida; tan sólo era, pensó, una Atlanta a mayor escala. Se las apañaría. Pero, al mismo tiempo que se declaraba apta para la ciudad, las rodillas le temblaban bajo la falda y el sudor le corría por la espalda. Cien personas habían pasado ante ella en los instantes que había permanecido fuera, pero ninguna era su madre o sus hermanas. Se esforzó tanto en examinar las caras de los transeúntes que le dolieron los ojos.

En el extremo de la acera, una carretilla llamó su atención. Hattie nunca había visto un puesto ambulante de flores. Había un hombre blanco sentado en un taburete, con la camisa remangada y el sombrero ladeado para protegerse del sol. Hattie dejó el bolso en el suelo y se enjugó las palmas sudorosas en la falda. Una mujer negra se acercó a la carretilla y señaló un ramillete. El hombre

blanco se levantó —no vaciló, su cuerpo no se contrajo en una postura amenazante— y sacó las flores del cubo. Antes de envolverlas en papel, sacudió suavemente el agua de los tallos. La mujer negra le tendió el dinero. ¿Se habían rozado sus manos?

Cuando fue a guardarse el cambio en el monedero, la mujer derribó tres de los arreglos florales. Los jarros y las flores cayeron de la carretilla y se estrellaron contra el suelo. Hattie tensó el cuerpo, preparándose para la inevitable explosión. Esperó que los otros negros retrocedieran y se apartaran del objeto de la violencia que sin duda se avecinaba. Esperó el momento en que tendría que apartar los ojos de la mujer y el espanto subsiguiente. El vendedor se agachó para recoger el estropicio. La mujer negra hizo un gesto de disculpa y abrió otra vez el monedero, posiblemente para pagar los desperfectos. Al cabo de unos minutos, todo se había resuelto y la mujer se alejaba calle abajo con la nariz metida en el cono de papel con las flores, como si nada hubiese ocurrido.

Hattie observó con más detenimiento a los viandantes. Los negros no se metían en la zanja para ceder el paso a los blancos ni andaban con la mirada fija en el suelo. Pasaron cuatro muchachas negras, adolescentes como Hattie, hablando entre sí. Charlaban y reían despreocupadas como por las calles de Georgia sólo andaban y hablaban las chicas blancas. Hattie estiró el cuello para verlas avanzar por la acera. Por fin, su madre y sus hermanas salieron de la estación.

—Mamá —dijo—. Nunca regresaré. Nunca.

Philadelphia se desplomó hacia delante y se golpeó la frente contra el hombro de Jubilee antes de que Hattie pudiera sujetarlo. Respiraba con silbidos húmedos y entrecortados, tenía las manos abiertas y caídas a los lados. Hattie lo zarandeó y él se movió como un muñeco de trapo. Jubilee también se debilitaba; podía mantener la cabeza erguida, pero no enfocar la mirada. Hattie cogió a las dos criaturas en brazos y con un movimiento forzado intentó alcanzar el frasco de ipecacuana. Philadelphia emitió un sordo ronquido de asfixia y miró a su madre, desconcertado.

—Lo siento, yo tampoco lo entiendo —dijo Hattie—. Pero haré que os curéis. Lo siento muchísimo.

El frasco de ipecacuana le resbaló de las manos y se hizo añicos

contra las baldosas. Hattie se agachó junto a la bañera, con Philadelphia en un brazo y Jubilee apoyada en el regazo. Abrió el grifo del agua caliente y esperó. Jubilee tosió como pudo, y como pudo introdujo aire en su cuerpo. Hattie colocó la yema de los dedos bajo el chorro de agua. Estaba helada.

No había tiempo para cargar la caldera del sótano ni tampoco para esperar que el agua se calentase. Philadelphia, aletargado, golpeó involuntariamente el vientre de Hattie con la pierna. Apoyaba la cabeza, inerte, en el hombro de su madre. Hattie cruzó el baño, pisó los cristales del frasco roto y se cortó el pie, ensangrentando las baldosas y luego la madera del pasillo. En su dormitorio, tiró de la colcha de la cama y envolvió a sus hijos en ella. Bajó rápidamente la escalera y se calzó en el vestíbulo. La esquirla del pie se hundió más en la carne. Salió de casa y bajó los escalones del porche. Volutas de vapor ascendieron de su bata húmeda y sus brazos desnudos para disolverse en el aire despejado y frío. El sol ya estaba en lo alto.

Hattie golpeó una puerta vecina.

—¡Tienen neumonía! —le dijo a la mujer que abrió—. ¡Ayúdeme, por favor!

Hattie no sabía cómo se llamaba. Una vez dentro, la vecina apartó la colcha y descubrió a Philadelphia y Jubilee inertes contra el pecho de su madre.

—Dios mío —murmuró.

Un niño, el hijo de la mujer, entró en la sala de estar.

—¡Ve a buscar al médico! —le gritó.

Cogió a Philadelphia y corrió escaleras arriba. Hattie la siguió con Jubilee desmadejada en sus brazos.

—Todavía respira —dijo la mujer—. Mientras respire…

En el cuarto de baño, puso el tapón en la bañera. Hattie aguardó en la puerta, acunando a Jubilee; sus esperanzas se desvanecieron al ver que la mujer abría el grifo del agua caliente.

—¡Eso ya lo he hecho yo! —gritó Hattie—. ¿No se puede hacer otra cosa?

La mujer le devolvió a Philadelphia y rebuscó en el botiquín. Se acercó con una lata de friegas de alcanfor, que abrió y agitó bajo la nariz de los pequeños como si fueran sales. Sólo Jubilee apartó la cabeza. Hattie se sintió desamparada; tanto tiempo intentando

salvar a sus bebés para acabar en otro cuarto de baño como el suyo, con una mujer que se mostraba tan impotente como ella ante la enfermedad.

—¿Qué puedo hacer? —Hattie miró a la mujer entre el vaho—. Por favor, dígame qué puedo hacer.

La vecina encontró un tubo de cristal con una perilla en un extremo; lo utilizó para succionar moco de la nariz y la boca de las criaturas. Se arrodilló frente a Hattie, conteniendo las lágrimas.

—Dios mío, por favor. Por favor, Dios mío, ayúdanos —suplicó la mujer.

Los dos bebés tenían los párpados hinchados y enrojecidos por los capilares rotos. Su respiración era débil. El pecho les subía y bajaba demasiado deprisa. Hattie no sabía si Jubilee y Philadelphia estaban asustados ni si comprendían lo que les ocurría. No sabía cómo consolarlos, pero quería que su voz fuese lo último que oyesen y su cara lo último que vieran. Besó la frente y las mejillas de sus hijos, cuyas cabezas se desplomaron en sus brazos. Entre jadeos, abrieron mucho los ojos, asustados. Hattie oyó un borboteo en el fondo del pecho de las criaturas; se ahogaban. No podía soportar su sufrimiento, pero quería que se marcharan en paz y no gritó. Los llamó «preciosos», los llamó «luz» y «esperanza» y «nube». La vecina rezaba con un murmullo constante y una mano en la rodilla de Hattie, que no retiró aunque ésta intentó quitársela de encima. No era gran cosa, pero lo hacía para que la muchacha no pasara sola por aquello.

Jubilee resistió más. Intentó tocar a Philadelphia, pero estaba demasiado débil para extender el brazo. Hattie unió las manos de Philadelphia con las de su hermana y estrechó a ambos en sus brazos. Los acunó, apretó las mejillas contra sus cráneos. ¡Oh, su piel aterciopelada! Sintió sus muertes como una desgarradura en el cuerpo.

Los hijos de Hattie fallecieron en el mismo orden en que habían nacido: primero Philadelphia, después Jubilee.

Floyd

1948

La pensión estaba más limpia de lo habitual. Los alojamientos para gente de color, los que Floyd podía permitirse, solían necesitar una buena fumigación y una mano de pintura. Floyd se rascó las picaduras de la espalda. En el último sitio había chinches. Pero era verano y estaba en el Sur… Qué se le iba a hacer. Allí todo estaba abandonado y plagado de bichos que picaban. Entró en su habitación; hacía calor, cómo no, pese al ventilador que zumbaba en la ventana. Las sábanas lucían algo desvaídas y gastadas, pero el suelo brillaba por el encerado reciente y en la mesita de noche había un jarrón con unas bonitas flores blancas.

—¿No es precioso? Mi madre también ponía flores cortadas —dijo Darla.

Darla era escandalosa, maldita sea. Incluso cuando te hablaba en voz baja era como si te gritara desde la acera de enfrente. Pasó por delante de Floyd y dejó su bolsa de viaje en el suelo junto a la cama. Darla tampoco sabía viajar, es decir, llevaba el vestido arrugado y el cabello enmarañado en la frente. Había fumado sin parar durante las cinco horas de trayecto en coche; incluso cuando Floyd se detuvo para que ella hiciera sus necesidades, una columna de humo ascendió por detrás del arbusto donde estaba agachada. A Darla todo ese humo le enrojecía los ojos y le amarilleaba la yema de los dedos.

—Supongo que sabes que a lo mejor no vuelvo esta noche, pero puedes quedarte en la habitación hasta que encuentres otro sitio —dijo Floyd.

—Quién sabe dónde acabaremos tú o yo esta noche —respondió

ella.

Darla era tranquila y de las que ponían al mal tiempo buena cara, pero algo vulgar. Llevaba un vestido de un naranja tan intenso que cegaba. Claro que ninguna chica que Floyd hubiese conocido en un club de música tenía clase: todas se hurgaban los dientes con las uñas pintadas de rosa y hablaban como si acabasen de salir de un campo de algodón. Nunca estaba con ellas más que el par de noches en que tocaba en un pueblo u otro. Aquella mañana, Floyd se había vestido y se marchaba discretamente con la trompeta bajo el brazo, cuando Darla le había dicho, saltando de la cama:

—Cariño, me largo contigo. Me he hartado de este poblacho.

Sería la resaca lo que le había hecho acceder. Imbécil. Pero ahora ya no podía hacer nada.

—Tendrías que llevarme a comer algo —dijo ella, sentándose en la cama de la pensión.

Floyd se miró los zapatos con cara de fastidio.

—¿A qué viene esa cara? Aunque no vayamos en serio, puedes comprarme un sándwich de tomate —dijo Darla. Floyd sonrió—. Caray, o una maldita lata de sardinas. Nunca he visto a nadie tan tacaño.

Darla balanceó el zapato en los dedos de los pies y se lo arrojó con picardía a Floyd.

—¿Por qué tienes que ser tan serio? Necesitas relajarte.

—Ya sé yo lo que necesito —replicó Floyd, cerrando la puerta.

Cuando llegó a la cama ya no llevaba camisa y el pantalón la siguió un instante después. Desabrochó el vestido de Darla y eso fue todo lo que tuvo que quitarle. Qué chica tan mala, no llevaba nada debajo. Darla lo llamó «papaíto» y «muchachote», gritó hasta desgañitarse y los dos se lo pasaron bien. Sólo lo estropeó la fotografía en sepia del tocador, un paleto musculoso montado a caballo. A Floyd le pareció que los ojos del paleto lo seguían por toda la habitación. El paleto lo miraba cuando Floyd acarició las caderas de Darla y lo miraba cuando Floyd se corrió. Después, Floyd apoyó la mejilla en la sábana, lo bastante cerca de Darla para notar el calor húmedo que ascendía de su cuerpo.

La pequeña habitación olía a sexo. Cuando Darla se levantó para toquetear el ventilador de la ventana, no se cubrió con la sábana, como habría hecho una chica más decente. Tenía el trasero alto y

redondo y unos muslos que iban estrechándose hasta formar las delgadas piernas, quizá demasiado delgadas, pero a Floyd le gustaba la eficiencia de aquel cuerpo.

Floyd tenía un buen historial en la cama. Era guapo y, aunque su piel no fuese tan clara como la de algunos, sí podía presumir de un cabello negro ondulado que se rizaba en las sienes. Después de cada actuación, tenía mujeres entre las que elegir. En Filadelfia lo llamaban Floyd *el Mujeriego*. Se había acostado con dos mujeres en una sola noche y con tres a lo largo de un día. Eso era más fácil de conseguir en el Sur que en Filadelfia. No importaba que en su ciudad hubiese poseído a mujeres en aseos o en el asiento trasero de un coche, Floyd estaba convencido de que en Georgia las mujeres eran fáciles. Quizá fuera por su forma de andar. La mitad de ellas —salvo las chicas decentes, claro está— ni siquiera llevaba faja. ¡Y en los pueblos más pequeños algunas ni siquiera llevaban bolso! Se contoneaban por la calle con las manos meciéndose a los lados; uno podía hacer lo que quisiera con mujeres que se tomaban semejantes libertades.

Las mujeres que Floyd conocía en su ciudad eran educadas y recatadas, como su madre y sus hermanas. Hattie quería que dejase la música y se casara. Le había prohibido ensayar en casa, y cuando él consiguió trabajo como encargado de mantenimiento del Downbeat Club, donde conocería a los músicos que tocaban allí, su madre sólo le había dicho: «No sé por qué quieres limpiar la porquería de los demás.» Cuando conoció a Hawkins y Pres, su madre no hizo el menor comentario. Pero resultó que, algunas noches a la semana, al volver a su casa de la calle Wayne después de tocar en bares de mala muerte o limpiar los retretes del Downbeat, había encontrado a su madre despierta, sentada en camisón en el alféizar de la ventana. Aunque extenuada por el insomnio, Hattie le sonreía y ambos se sentaban juntos un rato en el silencio nocturno.

Cuando Floyd era niño, durante los años posteriores a la muerte de los gemelos, sólo estaban Cassie, Hattie y él. Hattie no salía de la cama hasta la tarde. Algunos días, después de pasarse horas al pie de la cama esperando que su madre se levantara, Floyd le ponía una mano delante de la boca para comprobar si respiraba. Hattie vestía todo el día un camisón blanco y flotaba por las habitaciones de la

casa, pálida y silenciosa como un iceberg. Floyd y Cassie comían lo que a su madre se le ocurría darles —arroz frío con leche y azúcar, o unas galletas con mantequilla, o alubias con tomate directamente del bote— a la hora, fuera cual fuese, que conseguía preparar algo de comer. Cuando por la noche August regresaba, la casa se llenaba de música, silbidos y de su voz, que, triste o enfadada, pero siempre insistente, le decía a Hattie que se vistiera, que bañase a los niños, que se peinara. A veces se presentaba tía Marion; también era chillona y mandona, o eso le parecía a Floyd. Pero tarde o temprano la casa se vaciaba y volvía el silencio. Aunque el dolor de Hattie asfixiaba, aunque Floyd y Cassie estaban desatendidos como animales abandonados, las habitaciones frías y enclaustradas de la calle Wayne habían adquirido un aura de belleza en el recuerdo de Floyd. Hattie apenas conseguía esbozar una débil sonrisa, pero dejaba que Floyd y Cassie se le subieran a la falda, le trenzaran el cabello, le besaran la frente como si fuese una muñeca viviente. Eran compañeros, madre e hijos, igual de vulnerables y melancólicos, unidos en la deriva de los días. Incluso ahora que Floyd era ya un hombre, mantenía esa complicidad con su madre, que era la única persona del mundo que le daba serenidad. Echaba de menos su quietud. A menudo vivía sumido en una estridente confusión interna que amenazaba con arrollarlo.

Floyd la notaba sobre todo en los largos trayectos entre actuaciones, cuando viajaba solo en coche y el olor a jazmín podrido del Sur entraba por las ventanas. El corazón le martilleaba en el pecho por las anfetas que lo mantenían despierto de un concierto al siguiente y volaba por las carreteras pisando el acelerador, sintiéndose libre para hacer lo que le viniese en gana. Se detenía a repostar en pueblos que no eran más que una iglesia de madera y la gasolinera. Allí le indicaban una casa carretera abajo donde le darían un plato de comida por cincuenta centavos. Si la señora de la casa estaba sola y dispuesta, quizá pasaran por el dormitorio antes de que Floyd volviese a la carretera. También hubo un fornido empleado de gasolinera en Misisipi y un hombre que trabajaba en una tienda de Kentucky. Habían pasado a la trastienda a la hora más calurosa de la tarde, cuando la carretera y el establecimiento estaban desiertos.

Aquella gira era la primera que lo había alejado de su casa una

buena temporada. Cuanto más se ausentaba, más se entregaba a los impulsos que en Filadelfia había conseguido, en gran parte, reprimir. Se habían vuelto más perentorios en aquellos meses que llevaba en la carretera, más temerarios y más difíciles de reconciliar con el hombre que creía ser.

Y aquí estaba, en otra pensión con una desconocida más en un pueblo en el que ni siquiera sabía adónde ir a tomar un café. Este Sur. ¿Qué hacía, a fin de cuentas, vagando por sitios desolados sólo con la trompeta y unos pocos dólares en el bolsillo? Había querido irse de Filadelfia. Tenía veintidós años y se moría por labrarse un nombre como músico. Y había ido hasta allí para tocar en garitos y clubes de jazz, pero después de tres meses de miserable gira se sentía como una cometa con la cuerda rota.

Floyd forcejeó con los tiradores de los cajones, de pie ante el tocador.

—Por Dios, cariño. ¿No estás cansado? ¿Necesitas más? —preguntó Darla, guiñándole un ojo.

—No estaría mal… —respondió él con escaso entusiasmo.

—Pues tendrás que venir aquí a buscarlo.

Ahora Floyd revolvía el montón de ropa del suelo.

—¡Oh, vamos, para de una vez! Me pones nerviosa.

Floyd sacó un paquete de cigarrillos del bolsillo delantero de la americana.

—Deja que te pregunte una cosa, cielo. ¿Qué haces por aquí abajo? Pareces más uno de esos tipos que van a la universidad.

—Música. Estoy de gira —dijo Floyd.

—¿Acaso no hay garitos en el Norte? No hace falta venir hasta aquí. Si quieres vivir dos días aquí y tres allá, será por algo. A la mayoría eso no les va.

—Acabo de contarte el motivo.

—Tampoco es asunto mío —repuso Darla, encogiéndose de hombros.

El sol se ponía. Era un atardecer mortecino, una borrosa cinta naranja en la parte baja del cielo y el sol como una bola roja amortajada en nubes.

—Creo que me daré un baño —dijo Floyd.

Se envolvió en una sábana y salió al pasillo rumbo a la bañera.

El agua caliente lo apaciguó. Cuando volvió a la habitación, Darla dormía, desnuda y despatarrada, con el cabello aplastado a un lado de la cabeza y la boca abierta. Floyd se echó a reír. La vulgaridad de Darla le inspiraba una extraña ternura; ella no intentaba impresionarlo. Se acurrucó a su lado y durmió.

Lo despertaron unas voces abajo, en la calle. La habitación estaba a oscuras salvo por la luz que entraba por la ventana y por la rendija de la puerta. Sentía la boca pastosa por la sed y una especie de irritación generalizada e indefinida.

Darla se despertó y preguntó, con los ojos entornados:

—¿Qué es todo ese jaleo?

Él no respondió. Las voces de la calle subieron de tono. Floyd se asomó a la ventana: una multitud bajaba por el bulevar, justo delante de la pensión. Encendió la luz.

—¡¿Quieres dejarme ciega?! —exclamó Darla.

Las últimas prendas limpias de Floyd estaban arrugadas en el fondo de su maleta. De una patada, apartó las sucias a un rincón y se vistió deprisa. La habitación lo agobiaba, el olor a sudor y a perfume barato de Darla era empalagoso. Y ese maldito paleto seguía mirándolo desde la fotografía enmarcada del tocador.

—Estoy listo para irme —dijo Floyd.

—Eso parece.

Darla se levantó y se desperezó, luego se inclinó para coger otro vestido chillón de su bolsa. Floyd dio unos golpecitos impacientes con el pie, pero Darla no se apresuró. Floyd abrió y cerró el encendedor. Suspiró.

—Nene, ¿quieres decirme algo?

—Que me voy, supongo.

—¿Y tanto resoplar y refunfuñar para decirme que te largas? —Darla negó con la cabeza y se volvió hacia su bolsa—. Mira que eres raro.

Abajo, la puerta de la pensión estaba abierta como si el propietario se hubiese marchado apresuradamente. En la calle, una multitud se desplegaba por toda la calzada e invadía las aceras. En lugar de farolas, unas antorchas ardían en altos pedestales colocados en las esquinas. Un hombre vestido de verde de la cabeza a los pies (sombrero y zapatos verdes, pantalón y camisa verdes) le

indicó que se uniese al desfile. Una mujer envuelta en metros de tela blanca, hinchada y vaporosa, desfilaba junto a un hombre con símbolos dibujados con carbón en las mejillas. Otros tan sólo llevaban algo muy sencillo en las manos: una rama florida, una caña de azúcar, un pájaro amarillo en una jaula.

Tocaban panderetas y cencerros mientras avanzaban bailando por el bulevar. Era una danza que Floyd no había visto antes, movimientos bruscos de pelvis y unos pasos rítmicos que hacían que a las mujeres se les levantaran las faldas hasta los muslos. Un hombre se agachó, luego dio un salto mortal y cayó de pie. Los demás vitorearon. El hombre bailaba enérgicamente y por su torso pintado de amarillo resbalaban goterones de sudor. El aire olía a brea y a algo ahumado y dulzón que Floyd no logró identificar. Se le acercó un muchacho que llevaba unos pequeños cubos metálicos en una bandeja.

—¿Mirra? ¿Quiere mirra, señor? —preguntó, señalando los cubos y el humo dulzón que ascendía de ellos.

—¿Qué es esto? —preguntó Floyd.

—¡Los Siete Días! —exclamó el muchacho, echando a correr hacia la multitud.

Cuando Floyd apalabró la actuación, nadie le había dicho que se celebraba una fiesta. «Y aquí estoy, abrochado hasta el cuello como un abuelo», pensó, aflojándose el nudo de la corbata. Una banda de viento tocaba más adelante. Era la clase de noche en que podía pasar de todo y se había dejado el whisky arriba con Darla, maldita sea.

Se apoyó en el portal de la pensión y se fumó un cigarrillo. Era imposible distinguir a nadie en aquella locura; todos, los hombres y las mujeres, bailaban y se contoneaban, como fuera de sí. Floyd meneó los dedos, expectante, como hacía justo antes de tocar la primera canción en un concierto. En cuanto lo presentaban, Floyd salía al escenario y aguardaba; dejaba que el público se revolviese inquieto en la silla, bebiera de su copa y murmurase hasta que la espera se transformaba en necesidad. Sólo entonces se llevaba la trompeta a los labios. Siempre sabía cuándo el público estaba a punto.

Dos mujeres vestidas de azul, con sombreros de plumas también azules, se acercaron por la acera. Una con hoyuelos le sonrió. Como

era bonita, color crocante de cacahuete, Floyd se dejó tomar del codo en dirección al bullicio. «¿De qué va esto?», le preguntó. Ella no respondió. Floyd cayó en la cuenta de que los participantes iban disfrazados de elementos de la naturaleza, como nubes, flores o animales; sus acompañantes eran pajarillos, dos pequeños azulejos. La chica bebía de una jarra de cerámica y se la ofreció: whisky de maíz lo bastante fuerte como para sacar brillo a la trompeta, mezclado con algo dulce que Floyd no reconoció. La muchacha le indicó que bebiera despacio, pero él no hizo caso y dio tres grandes tragos. La bebida lo excitó. Ese pajarillo azul podría aliviarlo un poco, quizá en una de las bocacalles o en el Packard. Floyd deslizó una mano hasta la zona baja de la espalda de la chica y allí la dejó.

El bulevar se curvaba y entraba en un parque. Floyd se había dejado llevar al centro del desfile y los cuerpos lo empujaban desde todas direcciones. Se puso de puntillas para ver si había algún sitio a donde llevarse a su pajarillo, pero lo cercaban espaldas y hombros sudorosos. «Tendríamos que alejarnos de toda esta gente —le susurró al oído—. Hace calor, seguro que encontramos un sitio desde donde podamos verlo todo sin estar tan apretujados.» Ella le sonrió y ladeó la cabeza. Vaya, esos hoyuelos eran algo serio. La tomó de la cintura y tiró de ella hacia lo que creía que era una esquina, pero el pajarillo negó con el índice y se zafó de sus brazos.

La multitud lo agobiaba. El olor a talco, brillantina y humo viciaba el aire. Floyd se desabrochó los primeros botones de la camisa. No podía respirar. «No es más que un desfile —se dijo cuando sintió que el pánico le corría por el pecho—, tan sólo un puñado de pueblerinos borrachos.» Pero ¡todos esos cuerpos! El whisky le había impregnado la lengua de un sabor dulzón y nauseabundo. Cargó a ciegas hasta atravesar la zona más concurrida, se abrió camino entre el anillo exterior de gente y por fin salió a un claro donde se inclinó junto a un árbol y vomitó con violencia.

Cuando logró incorporarse, descubrió que estaba a cierta distancia del jolgorio, cerca de una iglesia, en un callejón sin salida junto a un bosque. Crujió una rama. Algo tintineó entre los árboles, frente a él. «Parecen cadenas», pensó Floyd. Apenas se oían, pero todo era posible en esa noche terrorífica… Un hombre encadenado podía salir de aquel bosque. Seguía habiendo cuadrillas de presos

encadenados en Georgia, ¿no? Quizá una de esas almas en pena vagase por allí. Floyd cogió una rama y la blandió a modo de espada. El tintineo se acercó. Floyd se puso en guardia, la rama en alto.

Un joven salió del bosque. Llevaba al cuello un pañuelo escarlata que la luna hacía brillar como una joya. En una mano ahuecada hacía tintinear unas monedas y con la otra inclinó el sombrero para saludar a Floyd.

—Eh, tranquilo. Sólo pasaba por aquí.

—Yo… lo siento. No sabía qué… —Floyd soltó la rama.

El joven no tendría más de dieciocho años, pero no era un chiquillo; sus labios entreabiertos eran rojos y voluptuosos, mullidos como almohadas. Su boca era carnosa como una fresa y aquel chico lo sabía.

—Pareces un poco nervioso —dijo el joven, riendo entre dientes.

Estalló un petardo. Floyd dio un respingo.

—No, es que… nunca había visto nada igual.

El joven examinó la americana de Floyd y la seda de la corbata. Examinó su corte de pelo y los zapatos.

—Sí, ya veo que no eres de aquí.

Tenía una voz vibrante y grave, como un clarinete.

—Actúo en el pueblo —explicó Floyd.

—Ajá —dijo el joven, ya dispuesto a irse.

—¿Qué es ese desfile? —preguntó Floyd de inmediato, porque quería saberlo y porque no quería que el chico se marchase.

—Los Siete Días. —El joven señaló el bullicio con desdén—. Todos los años montan este número de brujería. Yo no creo en esas cosas.

Floyd olió humo de leña, como procedente de una hoguera.

—¿Es una especie de festival mágico?

El chico suspiró.

—Algo así. Celebran cómo se imaginan que Dios creó el mundo. —Hizo una pausa y sonrió a Floyd—. Dicen que Dios creó el mundo, por si no lo has oído ahí de donde vienes.

—No he visto cruces ni predicadores.

—Por aquí hay cruces y predicadores todos los días. Pero esta gente —dijo como si no fuera uno de ellos— llama al brujo en cuanto sale de la iglesia. En la fiesta de los Siete Días todos se

vuelven paganos.

—Da un poco de miedo —dijo Floyd. El joven se encogió de hombros—. ¿Sabes dónde puedo conseguir agua por aquí?

El chico condujo a Floyd al otro lado de la iglesia. Cuando llegaron a la fuente, Floyd bebió con ganas y se salpicó el cuello y la cara. Se preguntó cómo el agua podía estar tan fresca y limpia en un sitio tan húmedo y turbio. Se mojó la camisa y también los brillantes zapatos. Debía de parecer un bárbaro. Pero bueno, por muy peinado que estuviese, el joven no era más que un pueblerino y no le hacía ninguna falta impresionarlo. Floyd no había intentado impresionar a ninguno de los otros que había conocido así. El chico se mantenía a cierta distancia de Floyd, con los brazos cruzados sobre el pecho. Por debajo del pañuelo escarlata asomaba un triángulo de piel color miel, que resplandecía bajo los focos de la iglesia.

Floyd se secó las manos mojadas en el pantalón y se presentó. El chico le estrechó la mano como un hombre que no estaba acostumbrado a hacerlo.

—Soy Lafayette.

Se sentaron en un banco del extremo más alejado del camposanto. Floyd le habló a Lafayette como haría con una mujer a quien hubiese echado el ojo: le preguntó de dónde era y qué hacía, si vivía allí en el pueblo… Lafayette respondió con monosílabos a estos amagos de conversación: de aquí, cortaba el pelo, no, no vivía en el pueblo. No se inmutó cuando Floyd le dijo que tocaba la trompeta y era de Filadelfia. La indiferencia de Lafayette lo enojó; alguien de un pueblo perdido como aquél debería sentir fascinación por las grandes ciudades del Norte. Siguió hablando deprisa, adornando los detalles de su vida: había visto a Monk en el
Minton’s
de Nueva York —Lafayette habría oído hablar del
Minton’s,
era muy famoso— y había tomado una copa con Duke. Mientras hablaba, Floyd comprendió que no hacía aquello sólo por orgullo o vanidad. Quería gustarle al joven.

No recordaba haberse comportado nunca de una forma tan torpe. Abandonó sus intentos de entablar conversación. Lo que tenía que hacer era sentarse un poco más cerca de Lafayette y mirarlo

para dejar claras sus intenciones. Pero Floyd estaba demasiado nervioso, de modo que se frotó las palmas en la pernera del pantalón y removió el suelo con la punta del zapato. Lafayette se le acercó. Recorrió la nuca de Floyd con los dedos. Su respiración era acelerada, pero regular. Le deslizó la mano por debajo de la camisa, cuyos dos botones superiores estaban desabrochados. La mano fría del chico entró en calor al tocar el torso de Floyd con dedos levemente temblorosos. Floyd se inclinó hacia él. Con esos pequeños gestos se entendieron. Habían llegado a un acuerdo. Mientras seguía a Lafayette hacia un claro entre los árboles, Floyd se volvió y vio un resplandor naranja en la esquina de la iglesia. Podía ser cualquier cosa: un petardo, un participante de los Siete Días disfrazado de sol. Apretó el paso para atrapar a Lafayette.

Aunque había luna llena, la luz apenas alcanzaba a los dos hombres entre el manto de vegetación. Lafayette conocía el camino y andaba deprisa; pronto le llevaría varios pasos de ventaja. «A lo mejor estoy haciendo el tonto —pensó Floyd—, y este tipo me mete en un lío.» Floyd siempre había estado en bares o gasolineras cuando algún hombre lo había acosado sin motivo alguno y ahora se preguntó si lo habían sabido, como Lafayette lo sabía, y si habían pretendido curárselo a golpes.

Llegaron a un pequeño claro iluminado por la luna. Lafayette tenía prisa; le desabrochó la camisa y también el cinturón. Floyd —en qué lo había transformado Lafayette, qué dócil— esperó desnudo bajo la luz de la luna, temblando de deseo y miedo. Lafayette se desnudó despacio y con coquetería. Todo su cuerpo lucía aquel mismo color miel. Tenía un torso sin vello y un poco de barriga. Sus piernas, duras y fuertes, no temblaron cuando Floyd las acarició. La pericia de aquel joven lo cohibió; gimió y se apartó de Lafayette.

—Yo no sé… Quiero decir que no he… —empezó.

—No pasa nada —murmuró Lafayette, acercando los labios a la oreja de Floyd—. No pasa nada.

Empezó a llover. El sudor de sus cuerpos se mezcló con las gotas de lluvia y les perló la piel. Floyd no podía apartar la vista del pene de Lafayette, recostado sobre el muslo. Imaginó su curva presionando los pantalones cuando se vistieran y se marcharan del bosque, más tarde.

En un extremo del claro había un tocón tan grande como dos hombres juntos, cubierto de cortes y garabatos negros.

—¿Qué es eso? —preguntó Floyd, señalando el tronco.

—A algunos les gusta dejar su marca.

Floyd se puso en cuclillas.

—¿Sus nombres?

—¿Nombres? Oye, ¿por qué no escribes algo? Nada de nombres, sólo una marca.

En la parte superior del tocón abundaban las marcas de navaja. Había varios corazones, algunas letras que podían ser iniciales y el contorno de una mano.

—¿Viene mucha gente aquí? —preguntó Floyd.

—No hay otro sitio donde puedas tomarte tu tiempo —repuso Lafayette.

—Supongo que será diferente en Macon o en Atlanta.

—¿Es diferente en el lugar de donde vienes? —le espetó Lafayette.

—Pues no lo sé.

—¿Ah, no? —se burló—. Bueno, no creo que sea diferente en ningún sitio.

—Quiero decir que yo no soy… Yo salgo con mujeres.

—Ya, claro, a la gente le gusta verse así.

—Es verdad.

—No he dicho que no lo sea. Pero parece que también sales con hombres, ¿no?

Floyd no conocía de nada a los pocos hombres con quienes había estado. Fueron encuentros rápidos y furtivos, sin apenas conversación. Después Floyd intentaba olvidarse de aquella experiencia como hacía con las noches de borrachera, o cuando perdía todo el dinero en los dados, o con cualquier otro acto de desenfreno. No pensaba en esas flaquezas por miedo a caer en ellas más a menudo, por miedo a ser como Lafayette. Lafayette, que no tenía la decencia de dejar a Floyd con su honor. Floyd *el Mujeriego*, lo llamaban. ¿Quién era Lafayette para decir lo contrario? Lafayette era de esos que veías mariconeando por Greenwich Village. Floyd no entendía por qué no actuaban con normalidad, protegiéndose así del desprecio. Miró a Lafayette; el chico lo observaba con ojos duros y desafiantes, ojos que Floyd no habría esperado en un joven como

él. Había algo en ellos que hizo que se avergonzara de sí mismo.

—¿Nunca has pensado en marcharte de aquí? —le preguntó con suavidad.

Lafayette apartó la mirada y se cruzó de brazos. Estaba desnudo como cuando vino al mundo, con la barriguita asomando y los labios apretados en una mueca de disgusto. Floyd quiso echarse a reír. Si lo hubiese conocido mejor, le habría dicho: «Oh, vamos» y lo habría besado en la mejilla.

—No lo digo por nada, sólo pregunto —añadió Floyd.

—Mi hermana vive en Nueva Orleans.

—¿Has estado allí?

—No. Nunca he estado en ninguna parte.

—Vaya, pues tienes mucho mundo para ser alguien que nunca ha estado en ninguna parte.

—¿Tú crees? —preguntó Lafayette. Su sonrisa fue la más auténtica y cándida que se había permitido aquella noche.

Si Lafayette no fuese tan… Si no luciera ese pañuelo escarlata, Floyd se lo llevaría con él. Pasarían por dos hombres que viajaban juntos. Nadie sospecharía. Podrían estar juntos una noche tras otra. Floyd nunca se había planteado mantener una relación continuada con un hombre.

La lluvia caía a goterones y se cobijaron bajo un árbol en la linde del claro. Se quedaron sentados un buen rato, mirando las anchas hojas de alocasia que se bamboleaban bajo el aguacero. Floyd pensó en cogerle la mano, pero quizá él la apartara. Y si no lo rechazaba y se quedaban sentados bajo la lluvia agarrados de la mano, ¿eso qué significaba? Lo mejor era levantarse y marcharse de allí. Pero Floyd se acercó a Lafayette hasta que sus muslos se rozaron, hasta que su muslo se apoyó en el de Lafayette y él apoyó también el suyo.

Después de estar juntos por segunda vez, y cuando Floyd ya esperaba pasar la noche con Lafayette en aquel claro, cobijados bajo el árbol, el joven se levantó y anunció con brusquedad:

—Tengo que irme.

Se vistió rápidamente y emprendió el camino de vuelta. El sendero, que antes tanto habían tardado en recorrer, no era más largo que una manzana de la calle. En un momento habían regresado al pequeño camposanto de detrás de la iglesia.

—Bueno —dijo Lafayette.

Floyd recordó cómo se había despedido de Darla hacía tan sólo unas horas. Lafayette estaba dispuesto a abandonarlo en ese parque, sin más.

—Vale —dijo Floyd.

—Bueno —repitió Lafayette. Se quedaron mirándose el uno al otro, apenas a un palmo de distancia—. Ya nos veremos.

—¡Espera! —gritó Floyd—. Quería decirte que mañana por la noche toco en
Cleota's.

—¿Me estás pidiendo que vaya?

—Si quieres.

—¿Me lo estás pidiendo o no?

—Te lo pido. A las diez.

—Estaré allí a las once.

Lafayette le guiñó un ojo y rápidamente, con la cabeza gacha, cruzó el parque y desapareció.

Floyd se moría por un cigarrillo. Tenía la ropa mojada, revuelta, y a saber cómo olería. La lluvia había dejado un charco embarrado junto al banco donde Lafayette y él se habían sentado. Los mosquitos revoloteaban alrededor del foco que había sobre la puerta de la iglesia. Sin Lafayette, aquél era un lugar triste y desolado.

«Tengo una cita con un hombre», pensó Floyd. Había estado muy contento, había estado encantado. Pero ahora, de nuevo solo, era como si se hubiese apagado una luz, exactamente eso; como un niño que se asusta y desorienta en la oscuridad, donde nada es reconocible. Por ejemplo, ¿qué significaba haber sentido más en esas tres horas con Lafayette que con ninguna de las mujeres con las que había estado? Eso lo convertía… Lo que le convenía era dar un paseo. Iría a la pensión, cogería la trompeta y buscaría un lugar apartado donde tocar hasta que le doliesen los dedos y no pudiese mantener los labios en la embocadura.

Salió del camposanto. El gentío de los Siete Días se había dispersado casi por completo. Los cubos de polvo humeante que el muchacho había llamado «mirra», ahora extinguida, rodaban por el centro de la calzada. Una pareja ebria se manoseaba apoyada contra un árbol; a la mujer, la parte superior del vestido se le había

desprendido de los hombros. El festival había degenerado en depravación. Quizá todos habían tomado el mismo licor que le había ofrecido el pajarillo azul y se habían vuelto lujuriosos y poco selectivos. En situaciones normales, a Floyd el sexo le gustaba más de lo que le convenía; seguro que sus apetitos y los Siete Días habían desencadenado el asunto con Lafayette. Y el problema podía deshacerse o ignorarse. Él llevaba años ignorándolo, tantos como le alcanzaba la memoria. No había ninguna razón para cambiar ahora. Ninguna. Incluso mientras se mentía, Floyd sabía que la noche siguiente, después de tocar, le diría a Lafayette que tenía una actuación en Nueva Orleans, aunque no fuese cierto, y si Lafayette accedía, allí irían, en lo más profundo de la noche.

Tampoco era cierto que nunca se hubiese planteado salir con un hombre. Estaba Carl. Claro que entonces Floyd tenía sólo trece años y era sexualmente excitable; ésa podía ser una explicación. De hecho, a menudo ésa era su explicación. El uno era el mejor amigo del otro, y viceversa. En invierno iban todas las tardes a casa de Carl y fue allí donde pasaron su última tarde juntos. Estaban sentados en la cama con las mantas sobre los hombros, tenían mucho frío y empezaba a oscurecer. Hacían algo; dibujaban, o jugaban a las damas, o acababan los deberes. Estaban muy juntos en la gélida habitación, calentándose en el haz cada vez más estrecho de luz que entraba por la ventana. Carl puso su fría mano en la rodilla de Floyd. Al principio, Floyd sintió el impulso de apartarla como si fuera una mosca, pero no dijo nada y permanecieron inmóviles un buen rato. La mano de Carl se templó, las medias lunas de las uñas pasaron del azulado al rosa. Carl frotó el muslo de Floyd y allá donde lo tocaba, Floyd ardía. Se quedaron sentados con las piernas cruzadas, rodilla contra rodilla, jadeando y temblando.

La puerta del dormitorio se abrió. No habían oído los pasos. ¿Cómo no oyeron los pasos? La madre de Carl paseó la vista de un chico al otro y luego del otro al primero una vez más. A medida que entendía lo que ocurría, su cara se retorció hasta que ya no fue una cara, sino pura ira. Floyd saltó de la cama, pero ella le cerró el paso. Nunca nadie lo había mirado con tanta repugnancia; nunca había hecho algo tan espantoso que lo convirtiera en menos que humano. «¡Fuera, fuera, fuera!», gritó la madre de Carl, aunque las bofetadas

y los golpes impedían que Floyd pudiera pasar por delante de ella para salir. Finalmente corrió escaleras abajo hasta la puerta, donde buscó su abrigo en el armario. Arriba, la madre golpeaba a Carl una y otra vez, las bofetadas resonaban en la casa vacía.

Ahora Floyd echó a correr por el bulevar casi vacío como si así pudiese dejar atrás el recuerdo de la paliza que recibió Carl o la expresión afligida de su rostro. Dobló la esquina. El corazón le latía demasiado rápido y le temblaban las piernas. Una luz ámbar se proyectaba en la acera desde una puerta abierta en mitad de la calle; en el umbral se abanicaba una mujer vestida con una bata de algodón. La luz y el aroma a pan horneado lo atrajeron hacia allí. Otra mujer amasaba en una mesa larga, los antebrazos cubiertos de harina hasta el codo. Había masa por todas partes, subiendo en los moldes del pan o hinchándose en los de los bollos.

La mujer del umbral lo miró con desconfianza.

—Aquí no vendemos licor —dijo.

Un par de rezagados de los Siete Días bajaban tambaleándose por la otra acera del bulevar.

La mujer que amasaba avanzó unos pasos. Eran hermanas, pensó Floyd, poco más que adolescentes.

—Así es, aquí sólo hay panecillos de mantequilla.

—Yo… —Floyd no sabía cómo decirles que únicamente quería penetrar en la luz ámbar y oler el pan que se cocía en el horno, que ambas parecían buenas chicas y que él necesitaba refugiarse un momento—. ¿Tenéis teléfono?

Se tanteó los bolsillos en busca de un pañuelo y, al no encontrarlo, se enjugó las lágrimas con el dorso de la mano.

—Os doy un dólar si me dejáis llamar por teléfono. —Floyd sacó la cartera y mostró a las chicas los mustios billetes de dólar—. Dos dólares por una llamada y uno de esos panecillos.

Las hermanas intercambiaron una mirada. La que antes amasaba se encogió de hombros y la otra dijo:

—Ven por aquí.

Lo condujo por unas puertas dobles al interior de una pequeña panadería; las paredes estaban pintadas de un amarillo luminoso y había un jarro con lavanda en el mostrador. La muchacha señaló un teléfono en la pared y, mientras Floyd esperaba a la operadora, le dejó tres panecillos calientes en la mesa. Se marchó antes de que él

pudiera agradecérselo.

No oyó ningún tono, sólo un chisporroteo y a la operadora, que decía que esperase un poco más. Mordió el panecillo y volvió a llorar. Se oyó un clic y luego una voz tenue en el otro extremo.

—Madre —dijo Floyd—. ¿Madre?

—¿Floyd? —respondió Hattie.

—Espero que no… Supongo que te he despertado.

Floyd confió en que el chisporroteo ocultase las lágrimas de su voz.

—¿Eres tú, Floyd? ¿Qué ocurre? ¿Estás bien?

—Estoy bien, madre. Estoy bien. Sólo quería… No he llamado últimamente.

—Nunca lo haces. —Hattie lo dijo de un modo que hubiera resultado acusatorio en labios de cualquier otro, pero en los suyos era una simple constatación—. ¿Te ha pasado algo?

—No, madre. No me ha pasado nada. Sólo quería saludar. Volveré dentro de unas dos semanas.

—Tienes correo de esa asociación de músicos de color —dijo Hattie.

—Dos semanas, madre.

—Te he oído. —Hattie suspiró—. ¿Te encuentras bien?

—Sí, estoy bien.

—Quien está bien no llama de madrugada.

La línea crepitó.

—Voy a colgar. Sólo quería saludar. Supongo… ¿Cómo te va?

—Estoy bien, Floyd. Como siempre.

—¿Y papá? ¿Cómo está papá?

—También está bien. Todos estamos bien. ¿Qué pasa, Floyd?

—Voy a colgar, madre. Sé que es tarde. He pensado… He imaginado que a lo mejor estabas sentada en la sala de estar, como sueles hacer.

—Ahí estaba.

—Así que no te he despertado.

—No.

—Bueno, voy a colgar.

—Bien.

—¿Madre?

—¿Sí?

—¿Te acuerdas de Carl? ¿Qué fue de Carl?

Hattie se demoró un buen rato antes de responder.

—No sé qué fue de él. Su familia se mudó.

—Pero está bien, ¿verdad? O sea, no has oído que le haya pasado nada malo.

—No lo sé. No tengo ni idea. ¿Por qué me preguntas por ese chico, Floyd?

—Por nada. Me ha venido a la cabeza, nada más. Bueno, voy a colgar. Me ha gustado hablar contigo, madre. Nos vemos pronto.

—Adiós, Floyd.

—¡Nos vemos pronto!

La línea se cortó. Floyd colgó el teléfono y olisqueó un buen rato los panecillos de mantequilla antes de terminárselos. Dejó otro dólar en el mostrador y salió de la panadería por la puerta principal.

Al día siguiente, el concierto de Floyd empezó puntualmente a las diez de la noche, antes de que los borrachos armaran demasiado escándalo y las mujeres respetables fueran a acostarse. Convenía que hubiera mujeres en los conciertos, pues, cuantas más mujeres, menos probabilidades de peleas. Floyd salió al escenario trompeta en mano. El local estaba lleno a rebosar:

Cleota's,

Floyd se había informado al respecto, era el único club en tres condados que aceptaba a gente de color.

Floyd sintió el peso de las expectativas, el cansancio y las circunstancias del público, que él no podía conocer, por lo menos no del todo. Hattie se refería a Georgia como «ese sitio», nunca llamaba al Estado por su nombre. Floyd no sabía qué le había pasado allí a su madre. Hattie y August eran refugiados y lo que Floyd sabía del Sur se componía del terror, la nostalgia y la ira que sentían sus padres. No era raro que llegasen de «ese sitio» noticias de un linchamiento o un asesinato a manos de una turba blanca, acontecimientos que invadían las casas de la calle Wayne dejando a los residentes mudos y agradecidos por el asilo del Norte. Ante aquel público, Floyd sentía una inevitable laguna de experiencia; eso hacía que a veces se pusiera a la defensiva y otras se sintiera humilde. Les debía algo a esas personas, de eso estaba seguro. Y

sólo a través de la música podía penetrar en la corriente de sus experiencias; había en ello cierta condescendencia, pero Floyd no sabía enfocarlo de otro modo.

Frotó el pabellón de la trompeta para que le diese suerte y como homenaje a los temas que iba a interpretar.

Cleota's

era demasiado pobre para tener una iluminación como Dios manda y, aunque el propietario apagó algunas luces del fondo, Floyd siguió viendo a los asistentes. El pianista tocaba y el batería tamborileaba la caja con suavidad, lo justo para preparar al público. Darla llevaba un vestido tan rojo como una gota de sangre. Floyd no la había visto desde la noche anterior. Esperó. Lafayette no estaba en el club. El pianista se impacientaba. Floyd se dijo que no era la llegada del chico lo que esperaba. De todos modos, hasta poco después, cuando Lafayette se abrió paso entre el público, Floyd no se llevó la trompeta a los labios.

Ahora el pianista se había lanzado y el batería acariciaba los platos con la escobilla. El público se inclinó hacia el escenario. La trompeta de Floyd centelleó en la luz. Interpretó *Round Midnight*. Un hombre de la primera fila exclamó: «¡Increíble!» Primero Floyd hizo tartamudear la trompeta, después la tocó con fluidez. El instrumento se lamentó y gimió. Preguntó al público cuáles eran sus problemas y se los devolvió en forma de música. Floyd pasó a un segundo plano, dejando que la trompeta lo llevara más allá de sus límites. No había nada que dicho instrumento no pudiese decir. «¡Lo nunca visto!», exclamó el hombre de la primera fila.

Se hallaban en pleno éxtasis cuando oyó alboroto entre el público. Floyd se asomó por encima del pabellón de la trompeta y vio a un hombre grande como un camión que se bamboleaba borracho en el centro de la confusión y empujaba a Lafayette con un gordo brazo. Lafayette se tambaleó hacia atrás, pero no cayó. Recuperó el equilibrio —era rápido— y avanzó hacia el hombre con los puños en alto. El pianista dejó de tocar, y también el batería. Sólo Floyd siguió soplando una nota interminable, con el pecho encogido.

El borracho golpeó y falló, y el impulso del puñetazo lo desestabilizó. Lafayette contraatacó de inmediato y le dio dos veces, un puñetazo en el vientre y otro en el cuello. Habría seguido

golpeándole si un par de tipos no lo hubiesen sujetado y no le hubiesen inmovilizado los brazos detrás de la espalda. El hombre grande estaba doblado y jadeaba. Señaló a Lafayette e intentó decir algo. Los hombres que habían intervenido arrastraron a Lafayette hasta la puerta.

No habían decidido echar al hombre gordo, sino a Lafayette. Nadie protestó. Floyd bajó la trompeta a un lado. Algunos asistentes se mofaron de Lafayette cuando pasó ante ellos. La mayoría no hizo nada, pero Floyd tampoco encontró la menor simpatía en sus caras. Aunque hubiese sido peor, aunque el gordo le hubiese dado una paliza, nadie habría protegido a Lafayette. Allí o en Nueva Orleans, allá donde fueran, ahora y siempre, Lafayette sería algo demasiado repugnante para que lo tolerasen.

Lafayette se libró de sus captores el tiempo suficiente para volverse y dirigirle a Floyd la mirada dura de la noche anterior. Floyd casi saltó del escenario. Se habría abierto paso a puñetazos entre el público y habría golpeado a aquellos hombres hasta que hubieran soltado a Lafayette. Pero Floyd sólo avanzó hasta el borde de la tarima. Lafayette forcejeaba en la puerta con los dos hombres. Cansado ya del alboroto, el público miró expectante a Floyd, que hizo una señal al pianista y volvió a llevarse la trompeta a los labios.

La audiencia lo adoraba. Tocó tres bises. La banda que subió al escenario después lo invitó a tocar el último tema. Cuando el espectáculo terminó, el hombre de la primera fila, el que había gritado como si estuviera en la iglesia, lo obligó a aceptar un whisky, y luego otro, y luego un tercero. Darla también se acercó a la barra, pero pronto se la llevaron a la pista de baile. A Floyd el whisky le dio náuseas; no apartaba los ojos de la puerta, como si Lafayette fuera a regresar aunque hubiese abjurado de él. El hombre de los gritos dijo:

—Menudo jaleo se ha montado en plena canción. Ese chico tendría que saber que no debe venir aquí.

Floyd estaba sentado en un taburete de la barra, rodeado de admiradores. De pronto, su cobardía y su sufrimiento lo alcanzaron. Resistió el golpe, aunque se moría por llorar, e intentó terminarse la copa. El vaso le resbaló de la mano. Los hombres apiñados a su alrededor le dieron palmaditas en la espalda y pidieron más: «¡En

vaso pequeño, fácil de sostener!», dijo el hombre de los gritos. Floyd rió más que nadie y se tragó cuatro tan rápido que el barman apenas pudo seguirle el ritmo. Cuando bajó como pudo del taburete y salió tambaleándose, su grupo de admiradores debió de pensar que iba a vomitar.

Floyd se ocultó en un hueco de la calle, unas puertas más abajo del
Cleota's.
Era tarde y todo estaba en silencio. Los hombres del club salieron a buscarlo y sus gritos sofocaron el sonido de su llanto. No sabía dónde vivía Lafayette. No sabía su apellido, ni dónde trabajaba. Floyd se dobló por la cintura y se apoyó en los muslos para mantener el equilibrio. Esa noche era más fresca que la anterior y la brisa lo tranquilizó. Lafayette había mencionado que su madre vivía en las afueras del pueblo. No era mucho para empezar, pero el pueblo era pequeño; encontraría a Lafayette, le rogaría que lo perdonase y podrían irse esa misma noche, como Floyd había imaginado. Había aparcado en una de las bocacalles, aunque no recordaba en cuál. Se dirigió rápidamente a la esquina.

—¿A qué viene tanta prisa? —gritó un hombre, botella en mano. Cruzó la calle y se acercó a Floyd—. He dicho que dónde está el fuego.

El hombre miró a Floyd de arriba abajo y añadió:

—¿Conoces a ese chico?

Floyd siguió andando.

—¿No tienes tiempo ni para hablar? Supongo que tienes prisa por llegar a donde vas.

El hombre aceleró el paso tras él.

—Ese chico te ha mirado. ¿Vas a verlo?

Floyd se volvió. El hombre sostenía la botella por el cuello.

—No sé de qué hablas.

—¿No lo sabes? ¿Tienes la cara de venirme con ésas? Pues hablo de tu amigo.

—No lo conozco.

Floyd apretó los puños, dispuesto a pelear. Justo entonces, una mujer lo llamó desde el otro lado de la calle.

—¡Sam! ¡Ven ahora mismo! ¡Jim nos lleva en su camioneta!

El hombre volvió a mirar a Floyd de arriba abajo antes de

alejarse.

Floyd bajó la cabeza como un perro apaleado. Se dijo que había actuado bien, que no habría sido prudente admitir que conocía a Lafayette. ¿Qué habría ganado, sino una pelea que retrasaría su búsqueda? Dobló la esquina y se apoyó en un edificio para recobrar el aliento. El coche, recordó, estaba junto a la calle principal. ¡A la mierda con esa gente! A la mierda. Tenía que actuar. Eso haría; no sabía qué pasaría después, pero al menos haría algo bien. Mientras corría hacia el coche vio el amanecer, que se insinuaba, apenas un suspiro rosa en el fondo del cielo.

—¡Eh! ¿Eres tú, Floyd?

Darla estaba en medio de la calle.

—Mucho idiota por aquí, ¿no? —Se acercó a Floyd—. ¿Tienes un cigarrillo?

Floyd negó con la cabeza.

—No hay nadie que tenga un cigarrillo en este pueblo, y la tienda está cerrada. Menudo sitio. —Darla rebuscó en su bolso—. Siempre guardo uno para emergencias. ¿Seguro que no te queda ninguno?

—Seguro.

Darla ladeó la cabeza y se quedó mirando a Floyd.

—¿No es ése tu coche?

—Hum, sí. Eso creo.

—¿Te largas de aquí? —Darla rió entre dientes.

—No, sólo voy a dar una vuelta.

—¿Ah, sí? —Darla se le acercó—. ¿Quieres que nos metamos en el asiento de atrás?

Floyd hundió las manos en los bolsillos y se miró los pies.

—No, no quieres. —Darla guardó silencio y luego comentó—: A lo mejor hay algún cigarrillo en el coche.

Se acercó al Packard y miró por la ventanilla.

—Ahora sé por qué te largas a otro sitio a los dos o tres días.

Floyd quiso abofetearla.

—Anoche te vi entrar en el bosque con ese chico. ¿Por eso corrías al coche?

—No sé de qué me hablas —repuso Floyd.

—Te vi.

—No era yo.

—A mí me da lo mismo. O sea, lo encuentro asqueroso, pero la verdad es que a mí me da igual.

—No era yo.

—No es nada nuevo. Aunque supongo que deberías andarte con ojo. Ya has visto lo que le ha pasado al chico.

—No lo conozco.

—Oh, vamos, Floyd.

—No fue a mí a quien viste.

Darla empezó a forcejear con las manijas del coche.

—¿Tienes las llaves? —le preguntó.

Floyd olió su cobardía; estaba podrido por dentro. Si en ese instante hubiera visto a Lafayette en la calle, habría sido incapaz de mirarlo a la cara. Abrió la puerta del coche y se sentó al volante. Se apoyó una mano en el muslo para calmar el temblor del músculo. Darla subió a su lado. «Lárgate», quiso decirle Floyd. Darla buscó cigarrillos en la guantera y, al no encontrar ninguno, se dispuso a salir del coche, pero Floyd la cogió del brazo y tiró de ella.

—Si nos vamos ahora, llego al siguiente concierto. Trescientos kilómetros.

—Tú crees que Dios me hizo tonta, ¿no? —repuso Darla, zafándose de él y saliendo del coche. Se alejó unos pasos y luego se volvió para decirle, en tono más suave—: Será mejor que espabiles si piensas conducir todo ese trecho.

Floyd la observó desaparecer calle abajo, repiqueteando sus gastados zapatos de tacón. Salía el sol, una bola de un naranja encendido. Podía ser otra Tierra, otra Tierra igual que aquélla, pero toda en llamas. En lo alto del cielo, todavía una franja oscura de nubes moradas. Floyd arrancó el coche y pensó: «Debería ahorcarme, como Judas.»

Six

1950

La carpa evangelista era más pequeña de lo que Six había imaginado. No había ni treinta personas dentro y ya estaba llena. Sentado en una silla plegable junto a otros dos hombres, Six no miraba a la congregación, sino el terreno que se extendía fuera, al otro lado de la puerta abierta de la tienda. Una lluvia constante azotaba los árboles; las tiernas hojas verdes cabeceaban en las ramas. Entró una familia, vio a Six en el púlpito y volvió a salir. Se marcharon por Six, porque sólo tenía quince años, era del Norte y nadie sabía nada de él. Los otros predicadores sentados a su lado también eran unos desconocidos, pero su mediana edad los hacía adecuados para el papel. Ese mismo día, cuando los habían presentado, lo habían llamado «novato» y habían bromeado con que todavía estaba verde, dándole golpecitos en la barbilla. Lo habían despeinado cariñosamente con sus anchas manos. Six había sentido esas palmas —secas o pegajosas, firmes o temblorosas— a través de la pelusa de su cráneo rasurado. Desconfiaba de su amabilidad.

La de Six era la carpa más humilde; tanto mejor. Predicaría y las personas que lo habían llevado allí comprenderían su error y lo mandarían de vuelta a Filadelfia.

A unos cincuenta metros, en otra carpa más grande, crujían las páginas de los himnarios y sonaba un piano. La multitud ya había empezado a cantar. El público de Six parecía cansado, demasiado exhausto para atender una buena prédica, demasiado agotado para sentir nada.

Six miró de nuevo hacia los árboles. Una mujer con un vestido amarillo se refugiaba debajo, calada hasta los huesos. La falda se le

pegaba a los muslos y la blusa se le adhería, lisa y brillante, al pecho. A Six le extrañó que no usara paraguas. Había advertido que allí casi nadie los utilizaba; entraban en la carpa sacudiéndose la lluvia, una muestra, sin duda, de sus atrasadas costumbres pueblerinas. Evocó una imagen de su madre, Hattie, saliendo por la puerta trasera con el paraguas en alto un día de lluvia; con dos largos pasos, ya estaba en mitad del sendero. «Hattie se te echa encima como un tren», decía August. Six siempre sabía en qué parte de la casa estaba su madre, contra qué habitación cargaría a continuación. Él pasaba demasiado tiempo allí; a Hattie no le gustaba que fuese tan hogareño, creía que debía estar fuera con sus hermanos. Para no disgustarla, Six se ocultaba en cualquier rincón y pasaba casi todo el tiempo en el dormitorio que compartía con Franklin y Billups. Su escondrijo preferido era el hueco que quedaba bajo la escalera, pero, como ya estaba crecido y apenas cabía, tenía que acurrucarse hecho un ovillo, con las piernas tocándole la barbilla.

Se sentía bien en aquel cubículo, oculto a la vista de todos, mientras la casa y sus habitantes revoloteaban a su alrededor como abejas. Oía a Hattie en el zaguán y a sus hermanos llamándose en voz baja —Hattie no permitía gritos en la casa—, los silbidos de su padre y los susurros de sus hermanas. Las cicatrices no lo molestaban cuando estaba debajo de la escalera. No sentía los queloides, que le cruzaban el cuello y recorrían el torso y la espalda. Aunque llevaba años curado, le picaban y ardían tan intensamente como cuando era niño y las heridas cicatrizaron por primera vez.

Six ocultaba ese constante malestar, no por estoicismo o valentía, sino por amargura. Su dolor y debilidad lo hacían especial —especialmente agraviado y especialmente indignado—, excepcional por todo lo que había sufrido. Su dolor era su posesión más preciada y secreta, y se aferraba a ella con tanta intensidad como a una joya robada a un cadáver.

El viento volvió a agitar la puerta de la carpa. La mujer del vestido amarillo salió de entre los árboles y corrió bajo la lluvia. Six no alcanzó a vislumbrar si era bonita, pero se le aceleró el pulso al ver cómo se le pegaba la falda a los muslos. Era joven, sin duda. Deseó que entrase en su carpa; seguro que la decepcionaría oírlo

predicar —como a todos—, pero en aquella tienda húmeda y cerrada las cicatrices le picaban tanto que la chica lo distraería de su sufrimiento y su añoranza del hogar.

Six había predicado cuatro veces en la iglesia baptista de Mount Pleasant, cerca de su casa en Filadelfia. La Palabra lo había poseído como un arrebato; lo había dominado por completo. La primera vez fue casi dos años atrás, durante el servicio vespertino del domingo. Justo antes de que lo llamaran para predicar había oído un silbido grave, como el sonido que produce el aire al pasar a través de un hueso hueco. Luego sintió que algo (¿espíritu?, ¿demonio?) se le acercaba. Cuando lo alcanzó, penetró en Six no como la paloma del Espíritu Santo que se menciona en la Biblia, sino como el trueno que en plena noche despierta a todo el vecindario. Aquella fuerza lo obligó a doblarse. Se apretó la garganta con la mano, pero eso no detuvo a la Palabra. Tenía tanto miedo que creyó que iba a vomitar. La Palabra se hacinó en su boca como un montón de guijarros y empujó hasta salirle de los labios.

Después los parroquianos le dijeron que había predicado como un ungido de Dios durante casi media hora. Six apenas recordaba lo que había dicho o hecho. Sólo conservaba una euforia latente que se esfumó con rapidez y cuya desaparición lo dejó vacío y confuso. En casa, en su escondrijo bajo la escalera, Six apretó los párpados y trató de llamar a Dios o a quienquiera que lo hubiese visitado, pero fue como intentar recordar un sueño: cuanto más se esforzaba, más se desvanecía. El predicador le había dicho que era la gracia. Pero ¿qué era la gracia, si lo acometía como unas convulsiones y luego lo dejaba tan frágil y dolorido como antes de su visita? No había nadie a quien preguntar: Hattie decía que era como cuando a las devotas las poseía el espíritu y se ponían a hablar en lenguas desconocidas, lo que sólo demostraba que eran excitables. August decía que en este mundo había cosas raras que no podían explicarse y que los arrebatos de Six eran una de ellas.

Six dudaba de que la religión fuese algo más que muchas personas atrapadas en un delirio colectivo que desaparecía en cuanto salían a la calle por la puerta de la iglesia. ¿Y quién podía culparlas por ello? ¿Quién no quería dejarse arrastrar por algo luminoso y elevado? Pero Six no era como los otros fieles. Su experiencia de Dios era un acceso violento que escapaba a su

control. Había llegado a creer que, como todo lo demás, su don para la prédica se debía a su mala salud. No veía que quizá fuese una bendición, una ayuda que se le brindaba. En plena noche, mientras su familia dormía y el dolor y el picor lo mantenían insomne, pensaba que aquellos accesos evangelizadores eran otro indicador de que era un monstruo, no sólo de cuerpo sino también de espíritu. Su alma era vulnerable al capricho de Dios como su cuerpo lo era a cualquier afección oportunista que quisiera dañarlo. Si hubiese sabido cómo rezar, le habría pedido a Dios que se llevara aquel don.

Las personas de la carpa se sentaron para el servicio. Six no tenía ni idea de qué iba a predicar. Los congregados lo miraban. Él no quería que lo viesen revolverse, pero los nervios le habían encendido la piel como una cerilla. Observó a los otros predicadores: uno sostenía una arrugada Biblia de piel marrón y esquinas dobladas, mientras que el otro leía sus notas, deteniéndose de vez en cuando para alzar la vista al cielo y musitar una plegaria. Casi todo lo que Six sabía de la Biblia lo había aprendido en la escuela dominical o de sermones que había oído en la iglesia, cuando su tía Marion lo llevaba. August y Hattie sólo asistían a misa en Navidad y Pascua, o en los bautizos y funerales. Tía Marion decía que sufrían por eso. «Si no vas a la casa del Señor, él tampoco irá a la tuya», solía decir.

Six no se había despedido de sus hermanos antes de salir de Filadelfia para participar en aquel encuentro evangelista. Lo habían metido en un coche antes del amanecer, cuando en la calle no había nadie despierto para presenciar su partida. El día anterior, Six le había dado una brutal paliza a un chico del barrio. De las profundidades de su ser había surgido una violencia que él no sabía que estaba allí. Los parientes del chico querían vengarse y los vecinos decían que estaba loco.

El viaje a Alabama había durado dos días. Six había dormido una noche en el coche y otra los había acogido una hermana de Tennessee. Se habían detenido en plena noche en un camino rural sin farolas. La luna era apenas una rodaja; estaba tan oscuro que Six no veía el contorno de su propio cuerpo, él y la oscuridad eran una misma cosa. Una anciana que sostenía un farol abrió la puerta de la casa y les dijo que la electricidad no siempre funcionaba. La suya era la única vivienda del camino; dentro olía a hierba y rocío, y en

las habitaciones abundaban los mosquitos. A Six le pareció que las paredes no tenían otro propósito que impedir que alguien los viese desde el otro lado. No pegó ojo debido al vértigo que le causaban la oscuridad, los bichos y el silencio. Por la mañana vio que la casa era poco más que una cabaña de madera inclinada por el peso del tejado, con unas ventanas que estaban demasiado torcidas para alojar un cristal.

Ahora, con la Biblia en el regazo, pensó en Juan 3, 16, en Jesús andando sobre las aguas y en Daniel en el foso de los leones. Intentó sentir esas historias, reproducir su fervor religioso, pero su corazón mantuvo su pulso estable; seguía completamente lúcido y asustado. Entonces cerró los ojos y tomó la Biblia, decidido a abrirla al azar y predicar lo que encontrara en ella. Levítico 14, 20, el ritual para limpiar a un leproso. Génesis 49, 9, «Vástago de león es Judá». No sabía qué era un vástago. Las panderetas cesaron y un hombre se acercó a la mesa plegable que hacía las veces de púlpito.

Dos días antes, Hattie lo había despertado al amanecer. «Chist», había dicho, llevándose un dedo a los labios. Le mostró una americana y una corbata que él nunca había visto antes y le indicó que se vistiera deprisa en el baño. Apenas había luz. Six bajó la escalera y allí estaban todos, Hattie, August y su viejo amigo el reverendo Grist, reunidos en el zaguán. El reverendo Grist dijo que se iban justo entonces, en aquel preciso instante. Las reuniones evangelistas de Alabama empezaban al cabo de dos días; harían una gira por todo el Estado y se ausentarían dos semanas.

—¡Dos semanas! —exclamó Six.

—Chico, después de la que has armado, tienes suerte de que no sean dos años —dijo August.

—¿Crees que con eso bastará? —preguntó Hattie.

—Supongo que lo descubriremos a la vuelta —respondió August.

Six nunca se había ausentado de casa. Miró el piso de arriba, donde dormían sus hermanas y hermanos.

—No hay tiempo para despedidas —dijo Hattie.

Abrió la puerta y los cuatro se dirigieron a un coche aparcado junto al bordillo. El reverendo Grist llevaba la bolsa de viaje que Hattie había preparado para Six. Ella se rezagó un poco, erguida e inescrutable. En el último momento, cuando Six ya se había acomodado en el asiento trasero, el motor había conseguido

ponerse en marcha y el muchacho había perdido toda esperanza de que su madre se despidiese de él, Hattie se acercó apresuradamente y le dio una Biblia. Le estrechó la mano cuando él la cogió, luego dio media vuelta y entró de nuevo en casa.

Los congregados se impacientaban. Six volvió a abrir la Biblia y su dedo cayó en las bienaventuranzas: «Bienaventurados los pobres de espíritu… Bienaventurados los que lloran…» Y los mansos y los misericordiosos y demás. Six no quería ser manso. Enfermo y lleno de cicatrices como estaba, la gente confundía sus limitaciones físicas con humildad. Six pensaba que misericordia y debilidad eran lo mismo y lo asqueaban tanto como su frágil cuerpo. Él quería castigar, no perdonar. Quería ser una espada, no un cordero.

Le vino a la cabeza la historia de Josué. Recordaba vagamente una muralla y una ciudad de cuyo nombre no conseguía acordarse. Tenía problemas para encontrarla en su Biblia. El hombre del púlpito empezó a orar con los congregados, una súplica larga y apasionada que hasta provocó un grito en alguien de la cansada congregación. Six tenía las manos sudorosas, las páginas de la Biblia se pegaban por la humedad y las yemas de los dedos dejaban manchas en las esquinas de las páginas. Quería aflojarse la corbata y desabrocharse el cuello de la camisa. ¡Jericó! Recordó el nombre de la ciudad.

—Amén —dijo el hombre que dirigía la oración.

—Amén —respondió la congregación.

—Esta noche os traemos la Palabra del Señor por tres caminos —dijo—. El Señor nos ha bendecido con tres de sus siervos.

Six encontró el pasaje, pero no era el de la batalla que él había esperado. En él sólo aparecían unas pocas trompetas y los israelitas dando vueltas a los muros de la ciudad. El hombre que había conducido la plegaria anunció:

—Aquí está Six Shepherd, recién llegado de Filadelfia.

Six mantuvo la cabeza inclinada para así poder acabar de leer.

—Parece que nuestro joven hermano Shepherd se ha perdido en la Palabra. —Siguió una pausa, pero Six no levantó la cabeza. El hombre carraspeó y añadió—: ¡Os digo que éste va a ser un sermón inolvidable!

Cuando Six se levantó, los congregados se inclinaron,

expectantes. Susurraban entre sí. Alguien dijo: «No abulta mucho.» Six se dirigió al púlpito y se tomó su tiempo para colocar la Biblia en la mesa y pasar las páginas adelante y atrás, asegurándose de no perder el punto. Le lloraban los ojos. Seguramente los congregados ya conocían la historia de Jericó. Todo el mundo la conocía. Él no debería estar allí, él debería estar en el alféizar de la ventana de su dormitorio en Filadelfia, mirando a su madre andar por el sendero.

—Voy a hablaros de Josué —anunció—. Por favor… abrid vuestras Biblias por el libro de Josué.

La concurrencia se quedó mirándolo. No se produjo el revuelo ni el movimiento que solían seguir al anuncio de la escritura. El hombre que había dirigido la primera plegaria se le acercó por detrás y le susurró:

—Muchos de ellos no tienen Biblia. Tendrás que leerlo.

—¡Oh! Disculpadme. Yo puedo… Lo leeré.

Perdió el punto y las palabras se desplazaron por la página, impidiéndole encontrar el versículo elegido.

—¡No se oye! —gritó alguien desde atrás.

—Lo siento. Es… hum… —Six tomó aire y gritó—: ¡Josué seis, quince!

Su voz era artificialmente alta y grave, como la de un niño que imita a un adulto. Leyó en voz alta como un falso barítono. No se atrevió a alzar la vista, notaba el aburrimiento de los congregados. Sin embargo, a medida que leía, la escena cobró vida en su mente. Six visualizó a un hombre que comandaba un poderoso ejército vestido de blanco; cien hombres seguían al barbudo Josué, a lomos de su caballo negro. Delante iban otros hombres con cuernos y trompetas, tan brillantes por el sol que el resplandor llegaba al otro lado del desierto. Desfilaban alrededor de una muralla alta y gruesa tras la cual nada se veía. Una vez, dos, tres, cuatro veces el ejército de Josué rodeó la muralla. Nada sucedió. El ejército del Señor empezó a dudar de su líder.

Six miró a la congregación; parecía tan escéptica y exhausta como los hombres de Josué. El ejército rodeó la muralla por séptima vez. Los trompeteros levantaron sus instrumentos al unísono, como si fueran un único organismo de muchas manos. Josué alzó el brazo y su ejército gritó: «¡Hurra! ¡Hurra! ¡Hurra!» Agitaron las espadas en alto. «¡Hurra! ¡Hurra! ¡Hurra!» Un muro de

sonido embistió la muralla de piedra. Jericó se estremeció. Las rocas grises de los muros se partieron por la mitad y luego en cuartos hasta quedar reducidas a la nada y dejar la ciudad de Jericó expuesta.

—La muralla se convirtió en polvo, hermanos y hermanas, en nada. ¿Lo veis? ¡Cerrad los ojos, hermanos y hermanas, para ver la obra del Señor!

—¡Amén! —gritó alguien.

Ahora el espíritu había prendido en Six. No veía las caras que tenía delante; un éxtasis que giraba en su pecho como una bola de fuego había reemplazado la ansiedad.

Recordó una canción de su infancia y la cantó con la aflautada voz de tenor de los chicos de su edad. «Josué luchó en la batalla de Jericó, Jericó, Jericó. Josué luchó en la batalla de Jericó y la muralla se desplomó.» La gente cantó con él. Six levantó la Biblia en dirección al cielo y todos se pusieron en pie. Las mujeres de la primera fila tocaron las panderetas. La congregación dio palmas y zapateó. Six alzó la mano para acallarlos.

—«Y destruyeron a filo de espada todo lo que en la ciudad había; hombres y mujeres, jóvenes y viejos, hasta los bueyes, las ovejas y los asnos» —leyó—. Parece un poco excesivo, ¿no es así, hermanas y hermanos? Pero ya sabéis que el Señor no hace las cosas a medias. No viene a sentarse en el porche y tomar limonada, ¿verdad? No viene de visita, ¡sino a imponerse!

—¡Sí, señor! —gritó una mujer.

—Hermanos y hermanas, os diré lo que nuestro Señor es capaz de hacer. Cuando era niño, un accidente me dejó malherido. Me llevaron al hospital, a un hospital lleno de médicos que no pudieron hacer nada por mí. ¿Sabéis, hermanos y hermanas, lo que le dijeron los médicos a mi madre?

Six hizo una pausa.

—¡Le dijeron que no viviría para ver la luz del día! Le dijeron que llamase a la funeraria. «¡Llame a pompas fúnebres!» No me dieron ninguna de sus medicinas. Esos médicos se marcharon a casa. Pero ¡el Señor me tendió la mano!

—¡Sigue!

—El Señor me tendió la mano y dijo: «No ha llegado su hora. Mi siervo tiene trabajo que hacer antes de que lo llame a casa.»

—¡Amén!

—¿Sabéis, hermanos y hermanas? Me salvó para que predicara. No tengo mucha experiencia, pero lo que sí tengo, ¡amén!, lo que sí tengo es la mano del Señor, que me guía. Tan cierto como que estoy aquí, Él me ha guiado hasta vosotros esta noche. Él me salvó para que pudiera estar aquí esta noche y deciros que, si se lo pedimos, ¡el Señor hará que nuestras tribulaciones y penurias caigan como esa muralla de Jericó!

—¡Alabado sea el Señor!

—¡Qué nuestra alegría llegue al Señor!

La congregación gritó.

—¡He dicho «nuestra alegría»! ¿No tenéis nada más que ofrecerle a Jesús?

La congregación bramó. Six se detuvo para recobrar el aliento y enjugarse el sudor de la frente. Todos aplaudían y gritaban. Las señoras de la primera fila levantaron los brazos y agitaron sus panderetas.

—Agachemos la cabeza y recemos juntos. Dios Padre, esta noche te pedimos que nos reveles lo que has dispuesto para nuestros corazones y nos des fuerzas para hacer lo que nos exiges. Dinos, Señor, cómo rodear la muralla de Jericó. Danos instrucciones esta noche, Jesús, y las seguiremos para alcanzar la victoria.

Six miró a los congregados. Una mujer lloraba en la primera fila. La intensidad del llanto le sacudía los hombros; los brazos le colgaban inertes a los costados. Six salió de detrás del improvisado púlpito y se le acercó. No sabía por qué, pero los pies lo llevaron hasta la mujer aunque no sabía qué decirle. Le rozó el brazo con la yema de los dedos.

—¿Señora?

La mujer abrió los ojos.

—Señora, ¿qué ha puesto Jesús en su corazón esta noche?

Six habló en voz baja, como si fueran las dos únicas personas que había en la carpa. Al verla más de cerca, comprendió que aquella mujer estaba derrotada. La habían golpeado hasta hacerla caer y después la habían golpeado un poco más. Una fina cicatriz le corría del rabillo del ojo a la comisura de la boca. No era joven, pero tampoco vieja. Six quiso recorrer con la punta de la lengua el relieve de la cicatriz.

—No sabía si debía venir aquí esta noche, porque llevo mucho tiempo perdida. Me salvé de joven, pero volví a caer. He venido porque quería… no sé, quería sentirme de nuevo cerca de Jesús.

—El Señor siempre acoge al cordero que regresa al rebaño. ¿Cómo te llamas, hermana?

—Coral.

—Hermana Coral, sus brazos siempre están abiertos.

Ella asintió con un gesto. Llevaba un vestido de algodón claro, que quizá antes había sido rosa. El cuello del vestido amarilleaba y estaba deshilachado en los bordes.

—Creo que tiene razón, reverendo.

Coral apretaba las manos con tal fuerza que los nudillos se le pusieron blancos. Jadeando y temblando, intentó contener las lágrimas.

—Veo que tu espíritu es sincero —dijo Six.

Percibía el corazón acongojado de la mujer y también sus buenas intenciones. Esa cicatriz, pensó él, tenía que ser vengada.

La multitud formó un semicírculo a su alrededor.

—No me… no me casé. Que Dios me perdone por decirle esto a un joven como usted. No me casé, pero viví con un hombre y él se largó. Tuve una hija, pero murió cuando era muy pequeña y yo me vine a vivir con mi hermana. Ella también lo ha pasado muy mal.

—Dios la bendiga —dijo Six.

—Ahora está enferma. El médico dice que no sabe qué tiene. Lleva un mes en cama y está cada vez peor. Parece un mal de ojo, se está quedando en los huesos. Es la única persona del mundo que se ha portado bien conmigo.

Dedicó a Six una mirada que contenía todo lo irremediable e indecible de este mundo.

—Recemos, hermana Coral. Usted, y yo, y todas estas almas que el Señor ha reunido esta noche. Recemos todos.

Six tomó a Coral de la mano y se arrodillaron juntos en el suelo de tierra. Sólo en la iglesia sentía compasión por alguien que no fuese él mismo. Algo le había sucedido al ver a la hermana Coral. Mientras predicaba sobre Jericó, se había cargado de una fuerza que le había recorrido todo el cuerpo hasta desbordarse. Y ahora tenía tanto poder que podía permitirse compartirlo, debía compartirlo o estallaría en su interior. Podía ser amable aunque

fuera una hora, porque, al menos durante esa única hora, se sentía fuerte.

Posó una mano entre los omóplatos de Coral y otra en su frente. Había visto hacer lo mismo al ministro en Mount Pleasant. Six sintió que la Palabra pasaba de su cuerpo al de la hermana Coral y que la fe y el dolor de la hermana lo invadían a él. Notó las protuberancias de aquella columna vertebral y la piel caliente y húmeda de la frente. Parecía una mujer tan vulgar que no esperaba que su piel fuese suave. Six movió los dedos. Nunca había sido tan consciente de otra persona; el alma de Coral ronroneaba como un motor, en aquel momento eran un solo organismo. Ya no le picaba el cuerpo, ya no tenía la piel tirante e irritada.

—Pongamos las manos sobre nuestra hermana —dijo.

Varias manos se posaron temblorosas en la hermana Coral. Six lloró mientras la congregación gemía y llamaba a Jesús.

Transcurrido un tiempo, no sabía cuánto, Six volvió en sí. Tenía las rodillas húmedas y entumecidas por haber estado arrodillado en la tierra, le escocía la garganta y la blusa de Coral estaba mojada bajo su mano. Sentía una imperiosa necesidad de orinar. Se frotó las rodillas y se levantó mirando a los congregados. Algunos estaban eufóricos, otros exhaustos, con los rostros sudados y surcados de lágrimas. Coral seguía arrodillada. Dos mujeres la ayudaron a ponerse en pie y la llevaron a una silla plegable, donde se sentó con las manos en el regazo. Six no sabía cómo concluir. Era incapaz de imaginarse un final adecuado a lo que les había sucedido. De pronto sintió vergüenza, como si hubiese hecho algo íntimo y todos lo hubieran visto.

—Amén —dijo.

Salió de la carpa y se encaminó a los árboles.

Alguien lo llamó por su nombre, pero Six no se volvió. Detrás sonaban las panderetas; los compases de un himno lo siguieron flotando en el aire frío y húmedo. La lluvia había cesado. El viento agitaba las hojas mojadas, que le goteaban en la cabeza y los hombros. Aún no había oscurecido del todo. Six sabía que debía volver a la tienda, pero quería subirse a los árboles. Los últimos rayos de sol prendieron en las gotas suspendidas en las hojas y, por un instante, todos los árboles irradiaron oro. Six sentía un gran silencio interior; no de paz, sino mudo, embelesado. Pensó: «No soy

un cualquiera. No soy un enfermo más.»

Con gran dificultad consiguió subirse a un árbol y se sentó a horcajadas en una de las ramas más bajas. Oyó una campana a lo lejos, un tintineo que repicaba en algún punto del camino que llevaba al campamento evangelista: un sendero de tierra roja, con nada más que árboles a ambos lados y unos pocos coches aparcados en el claro, delante de las carpas. Apareció un amago de luna; casi nunca contemplaba la luna en la calle Wayne. El sol se hundía en el horizonte. A lo lejos, una ristra de luces discurría por el camino y, más allá, un racimo de luz señalaba el pueblo. El reverendo Grist había mencionado el nombre, pero Six lo había olvidado. No tenía ningunas ganas de ir allí.

Su momento con Coral ya se desvanecía. No sabía dónde dormiría esa noche, ni qué comería o quién lo alimentaría. Hattie le había dado cinco dólares; Six sabía que no bastaban para regresar a Filadelfia.

Desde su posición privilegiada en el roble, Six escuchó a dos hombres que orinaban en los troncos de los árboles.

—Ese chico, ¿cómo se llama?

—Six, se llama Six.

—Ni siquiera está lo bastante crecido para tener pelo.

—¿Has visto que ha salido corriendo nada más terminar?

—Es por esa Coral. Tiene tantos pecados dentro que ha asustado al muchacho.

—Esta noche ha venido a arrepentirse.

—Pues muy bien, pero seguro que mañana ya se habrá llevado a otro al huerto.

—¡Y ya te gustaría ser tú!

—Qué va, yo sólo pienso en Jesús.

Se echaron a reír.

«Se ríen de mí», pensó Six. Tal vez todos en la carpa estaban riéndose de él. Estúpidos pueblerinos. Si August se hubiese quedado en Georgia quizá sería como esos hombres. Quizá la noche del viernes saldría del pueblo en camioneta o haciendo autostop para asistir a la reunión evangelista y mantener una conversación como la que Six estaba escuchando. Para Six, el Sur era una masa indiferenciada de Estados donde la gente hablaba demasiado despacio, como August, y había emigrado por culpa de los blancos,

sólo para pasarse el resto de la vida añorando las cosas más banales y provincianas: las pacanas de cáscara fina, los eucaliptos dulces, los melocotones gigantes. August podía recitar los nombres de las personas que vivían en su pueblo cuando era niño. En Georgia, decía, los ancianos nunca estaban desatendidos. El Norte era frío y soso, sobre todo la gente y la comida. Cuando hablaba así, Hattie se cruzaba de brazos y apretaba los labios hasta que formaban una línea muy fina.

Se encendieron los focos; un feo círculo de luz se tragó el suave anochecer índigo. Varias personas salieron de la carpa pequeña. Un hombre y un niñito que iban de la mano entraron en la zona luminosa, la cruzaron, volvieron a salir y se alejaron por el camino hasta que Six dejó de verlos. No recordaba haber ido así, de la mano, con August. Había niños que iban con sus padres a pescar o a ver partidos de béisbol, tal vez el hombre y el niño que acababa de ver habían ido a pescar ese mismo día. Tanto daba, el cebo le hubiese provocado náuseas. Los compañeros de colegio lo llamaban «niñita» y se metían con él a todas horas.

Los hombres que estaban debajo de Six siguieron hablando.

—Quince años, ¿eh? Pues es poca cosa.

—Un canijo.

—Pero lo ha hecho bien.

—Sí, puede predicar, pero tiene algo raro.

—Decías que es porque parece demasiado remilgado.

—No, no es eso. Es que me recuerda a un gorgojo algodonero.

—Una lástima. Tampoco es su culpa tener esa pinta enclenque y roñosa.

Six no sabía qué era un gorgojo algodonero, pero supuso que debía de ser algo pequeño y desagradable. Cambió de posición en la rama del árbol; cuánto deseaba volver con sus hermanos y a su escondrijo en la escalera.

Uno de aquellos hombres añadió:

—No es que parezca un gorgojo, es que actúa como si lo fuera.

En la escuela había otro niño como Six, frágil y demacrado. Se llamaba Avery, aunque todos lo llamaban Ava. Era pequeño y afeminado, pero estaba sano, por lo que, a diferencia de Six, no se libraba del maltrato físico. Una tarde Six vio que un grupo de chicos lo perseguían calle abajo; como Avery era lento y sabía que lo

alcanzarían, se quedó esperando en medio de la acera. Lo rodearon y lo empujaron al suelo. Avery cayó de rodillas y se negó a levantarse. Se limitó a quedarse arrodillado mientras todos lo llamaban «marica» y «cobarde». Cuando terminaron, Avery se puso en pie y se sacudió el polvo de las rodillas. Entonces Six se burló de él. Quería que los maltratadores viesen que él también lo odiaba; así comprenderían que Six sólo era un niño enfermizo, pero no patético ni merecedor de desprecio alguno.

Quizá había otra forma de entender el mundo, pero Six no podía imaginar cuál era. Le parecía que hasta a su propio padre le disgustaba su fragilidad. Cuando Six se recuperó del accidente, August dejó de pasar tiempo con él, si bien es cierto que su padre tampoco estaba mucho en casa. Una vez Six oyó que su tía Marion le decía a Hattie que la muerte de los bebés había convertido a August en un bala perdida, que antes de aquello había sido un hombre bastante decente. Six no sabía qué quería decir su tía exactamente, pero lo que sí sabía era que la presencia de su padre en su vida era, como mucho, secundaria. August nunca le había enseñado ninguna de las cosas que se supone que los padres enseñan a sus hijos. La noche antes de que lo enviaran al campamento evangelista, August le había dicho: «No sabía que llevases toda esa rabia dentro.» «¿Y cómo vas a saber lo que llevo dentro —pensó Six—, si lo único que haces es contar chistes e historias inútiles sobre un pueblo de Georgia del que nadie ha oído hablar? ¿Cómo vas a saber la rabia que siento?»

Unos pasos se acercaron a los árboles.

—Buenas noches, reverendo —dijeron los dos hombres.

—Alabado sea el Señor, hermanos —respondió el reverendo Grist.

—¿El que ha predicado era su chico?

—Así es. La primera vez que predica lejos de casa.

—El espíritu lo acompaña, eso seguro.

—¿Lo habéis visto? Me han dicho que se ha ido de la carpa.

—No, señor; no lo hemos visto ni oído.

—Ya aparecerá. Habrá salido a que le dé un poco el aire. Hace calor, ahí dentro.

—Bueno, si lo veis, decidle que lo espero en la tienda grande. Su madre lo ha dejado a mi cargo —dijo Grist.

Los dos hombres se marcharon.

Al oír mencionar a Hattie, a Six se le hizo un nudo en la garganta. Suspiró y luego se quedó muy quieto, por miedo a que lo oyeran.

—Si hay un muchacho por aquí, seguro que estará cansado. Podría ir a echar una cabezadita al asiento trasero del coche —dijo el reverendo Grist. Hizo una pausa y añadió—: Ese muchacho podría decir «sí, señor» o algo así para que yo sepa que está bien.

—Sí, señor —dijo Six en voz baja y entrecortada, apenas audible entre las cigarras, el suave movimiento de las hojas y las gotas de lluvia que caían de los robles.

Tras cerciorarse de que estaba solo, Six bajó del árbol y, al abrigo de la oscuridad y lejos de los focos, se dirigió al coche del reverendo, donde se quedó dormido en el asiento de atrás.

Se despertó en plena noche, todavía lejos del amanecer, cuando el motor del coche se detuvo. Salió y lo llevaron a una casa, donde cruzó un pasillo hasta una habitación que olía a pescado frito. Se desvistió medio dormido, demasiado cansado para preocuparse de si el reverendo veía sus cicatrices. Le habían preparado un catre. Al acostarse, la lona se hundió bajo su peso. Six soñó que se mecía en la hamaca de un porche ante una gran casa blanca con celosías, y que su padre aparecía en los escalones y le decía: «Sabía que esto te gustaría. Sabía que querrías quedarte para siempre.»

Por la mañana no había ni rastro del reverendo Grist. La habitación donde Six había dormido era anodina y triste, con paredes amarillas desvaídas por el paso del tiempo. Por una ventana próxima a su catre entraba un sol turbio y veteado. La ventana estaba cubierta por una especie de gasa que filtraba la luz. Unas voces murmuraban en alguna parte de la casa, un sonido amenazador, como si alguien conspirase en su contra. Six pasó las piernas a un lado de la cama y buscó sus pantalones, consciente de no saber dónde estaba, ni en casa de quién, ni el nombre del pueblo. La única persona que conocía en aquel lugar extraño y remoto era el reverendo Grist. Contuvo las lágrimas. Un niñito. Un niñito llorón. No lloriquearía, pensó, y se arrodilló para buscar su ropa bajo el catre. Sólo encontró los zapatos.

—¡Maldita sea! —exclamó.

El reverendo Grist abrió la puerta del dormitorio.

—Al Señor no le gusta esa forma de hablar, muchacho.

Six, en calzoncillos, se volvió como un resorte, avergonzado por sus cicatrices y su desnudez. Se cubrió con las manos.

—Perdone, señor.

—No son propias de un chico que predicó tan bien anoche.

El reverendo entró en la habitación y dejó la ropa de Six en el catre.

—La señora de la casa te la ha lavado y planchado. También te ha preparado el desayuno. Estas hermanas son amables de verdad. Apenas tienen para vivir, pero nos acogen y alimentan. Como la viuda del templo. ¿Conoces esa historia, muchacho? —preguntó el reverendo.

Six negó con la cabeza.

—Tienes fuego en tu interior y el Señor te ha bendecido con su espíritu, pero deberías conocer mejor la Palabra si vas a seguir predicando. —El reverendo lo miró con severidad—. ¿Quieres seguir predicando?

Six no quería. Era cierto que la noche anterior, con Coral, había sentido algo que hasta entonces no había experimentado, y, a diferencia de otras veces, podía recordarlo. Pero quería irse a casa. Para que el reverendo no lo considerase un desagradecido, respondió:

—No lo sé, señor. Supongo.

—¡Un predicador tiene que ser llamado, jovencito! —le espetó el reverendo. Señaló la ropa de Six—. El Señor nos trae desnudos al mundo, pero no creo que pretenda que nos quedemos así.

El reverendo Grist había sido amable con Six durante el viaje desde Filadelfia.

—Entramos en tierra de racistas, muchacho —había dicho cuando cruzaron la línea Mason-Dixon—. ¿Has estado alguna vez en el Sur? —Six negó con la cabeza—. Bueno, pues cuando haya blancos procura esfumarte y, si no puedes, sonríe y nunca los mires a los ojos.

El reverendo se meció sobre los talones mientras Six se vestía.

—El Señor nos da aliento y vida. Y nos da flores y la luna, y ojos para que las veamos, y corazón y cabeza para que apreciemos su belleza. Eso es algo que sólo nosotros podemos hacer. Una vaca del

campo no puede apreciar la belleza. Es un don que el Señor nos ha concedido para endulzarnos un poco la vida. ¿No es increíble? —El reverendo guardó silencio y luego preguntó—: ¿Qué te pasó, muchacho?

—¿Señor?

—Me… me preguntaba qué fue lo que te pasó.

—Me quemé, señor.

—Debió de ocurrir hace mucho tiempo, porque ahora ya ha cicatrizado.

—Sí, señor.

—Tuvo que dolerte mucho… y entonces debías de ser un niñito, supongo.

—Sí, señor.

—Tu madre debió de asustarse muchísimo.

—Eso creo.

Six recordaba el trayecto al hospital y a Hattie llorando a su lado. Jamás la había visto llorar, ni antes ni después de aquello. Él sólo tenía nueve años entonces, pero recordaba que los sollozos sacudían el cuerpo de su madre y que ella le tocaba las partes del cuerpo que no estaban quemadas. «Por favor, también éste no», decía. Hattie temblaba y se estremecía, pero sus manos siguieron firmes y tranquilas sobre él, como si no estuvieran unidas al resto del cuerpo.

Pasó dos meses en el hospital. Cada vez que se despertaba después de los analgésicos Hattie estaba allí, con la cara blanca como el papel, sentada muy erguida en la silla o andando al pie de la cama. August también iba a verlo. Le silbaba una canción y de vez en cuando le llevaba regalos: una flauta de madera, que le tocó muy bajito hasta que vino una enfermera y le dijo que parase, o cerezas, que le pelaba con un cuchillito y cortaba en pedazos para que Six saborease el dulzor en la lengua sin tener que masticar con sus mandíbulas quemadas.

Sus hermanas lo visitaron. Una tarde, al despertar, se encontró a Cassie de pie, detrás de Hattie.

—Lo siento muchísimo, madre. Muchísimo. Lo siento —dijo.

Hattie se volvió a mirarla y asintió con un gesto. Cassie salió llorando de la habitación.

El sol se filtraba por las pesadas cortinas del cuarto de hospital. A Six le parecía que había dormido mucho tiempo, que tal vez seguía durmiendo y que todo lo que veía u oía era un sueño. En el sueño él se levantaba de la cama, abrazaba a Cassie y le decía: «Estoy bien, ¿no lo ves? Sólo ha sido un pequeño accidente y ya estoy bien.»

Las quemaduras cubrían el cincuenta por ciento de su cuerpo. Los médicos le dijeron a Hattie que no sabían si Six viviría; mientras dormía y dormía, estaba muriéndose, o casi.

Bell y Cassie creían haberlo matado. Una vez recuperado, cuando ya volvió al colegio, e incluso ahora, pasados seis años, seguían culpándose. Cualquiera de las dos haría lo que fuese por Six si él se lo pedía. Cuando se mostraba brusco o frío con ellas, o las miraba enfadado, se sentían fatal. Six las criticaba a propósito cuando deseaba hacerles daño o quería que alguien recordara aquella noche y se compadeciera de él.

La noche del accidente Cassie se vestía para un baile al que la había invitado un chico mayor. Hattie le había dado permiso porque era el tipo de muchacho adecuado, de los que irían a la universidad. Hattie había conseguido pagar casi todo el vestido y Cassie había limpiado casas para pagar el resto. Era la primera Shepherd que asistiría a un baile. Hattie apenas habló, pero se había pasado mucho rato planchando el vestido y luego lo había depositado en la cama de Cassie con la misma delicadeza con que trataría a un recién nacido. Era verde claro, brillaba un poco y varias capas de gasa espumaban en la falda cuando se movía. Six iba continuamente a la habitación de sus hermanas para verlo tendido en la cama. Era un vestido tan delicado y bonito que podría haber levantado el vuelo y salido flotando por la ventana.

Bell estaba en el baño con Cassie, poniéndole rulos. «Six, tráenos más horquillas», llamaban una u otra, o «Six, dile a madre que dentro de veinte minutos necesitaremos el alisador». Él acudía a donde lo llamaban y se quedaba en el umbral contemplando a sus hermanas. Cuando no estaba ocupada con el pelo de Cassie, Bell se colocaba detrás de él y le frotaba las mejillas distraídamente, como haría con un gato. Sus hermanas parloteaban entre sí como dos cotorras. Eran más bonitas que nadie, Six lo sabía. Bell bajó a encender el calentador; cuando volvió, Cassie ya había puesto el

tapón en la bañera y el agua caliente era un torrente ruidoso y humeante que brotaba del grifo. Estaba tan caliente que se podía hervir un huevo en ella. Six se sentó en el borde. Una de ellas, tal vez Cassie, le pidió que llevara una toalla limpia del armario, la otra bromeó con que era el mayordomo y todos rieron. Six estaba a punto de levantarse para hacer una exagerada reverencia, cuando perdió el equilibrio y cayó en la bañera. Tan caliente que se podía hervir un huevo en ella. Tan caliente que durante un buen rato Six no pudo respirar ni gritar. Fue como si la carne se le desprendiera de los huesos. Cassie gritó. Gritó mientras lo sacaba y gritó mientras lo tendía en el suelo de baldosas y gritó mientras él se convulsionaba. Six oyó chillar a su madre y pasos, muchos pasos, procedentes del pasillo; luego, gracias a Dios, se desmayó. Se despertó en la ambulancia con las manos de su madre desplazándose sobre sus pies y sus piernas, revoloteando como si los dedos se le hubiesen transformado en mariposas.

—Las cicatrices no tienen tan mal aspecto, ¿sabes? —dijo el reverendo Grist—. Y sigues aquí, bendito sea Jesús.

—Bendito sea, señor.

Six se vistió y desayunó. Después, él y el reverendo Grist subieron al coche y se dirigieron al pueblo; el reverendo quería que Six viese una auténtica población sureña. En el campamento evangelista los ministros estarían rezando y estudiando la Biblia, preparándose para el servicio de la tarde. Era sábado y empezarían a las cuatro.

—Esta noche habrá más gente de la que jamás has visto.

—¿Aquí todos son tan practicantes? —preguntó Six.

—La reunión evangelista es la única diversión que hay en el pueblo, por así decirlo. Aquí no tienen mucho más aparte de los billares o los bares, pero a esos sitios pueden ir siempre. La reunión es una forma de entretenerse. Pero da lo mismo; que acudan por las razones que quieran, y el Señor ya se ocupará de sus almas. Amén.

El pueblo estaba formado por cinco calles con tiendas y un baratillo. El reverendo le señaló la estafeta y un pequeño local donde una mujer a la que él llamó Baby Sugar hacía el mejor pastel de boniato de todo el Estado de Alabama.

—Hay una entrada en la parte de atrás para que los negros

puedan comprar y llevárselo a casa —explicó el reverendo Grist.

Los blancos tenían un aspecto casi tan miserable como los negros. Las mujeres que Six vio llevaban vestidos desvaídos y el pelo greñudo, o eran gordas y rubicundas. Los hombres sudaban y no llevaban los zapatos limpios. Los negros esquivaban a los blancos en las aceras; un hombre casi se cayó a una cloaca cuando saltó del bordillo para evitar chocar con una mujer blanca que caminaba hacia él. El pueblo parecía componerse de una proporción similar de ambas razas. En Filadelfia, Six casi nunca veía a personas blancas, aparte de los maestros de su escuela. En casa se consideraba a los blancos una entidad imprecisa aunque poderosa, como las fuerzas de la naturaleza: capaces de destruir, pero ocultas a la vista.

Los negros y los blancos del pueblo se conocían. Por mucho que se apartaran y esquivaran, se saludaban con frecuencia, muchas veces por el nombre. Había algo íntimo en esa relación, y era esa intimidad lo que más lo perturbaba. Seguramente esas personas se conocían de toda la vida y aun así algunas tenían el poder de exigir a otras que saltaran a la cloaca, y esas otras estaban lo bastante acobardadas para hacerlo.

Llegaron al final de la calle principal. Las aceras desaparecieron y el camino se ensanchó hasta convertirse en una carretera. A medida que Grist se alejaba del pueblo, los blancos también fueron desapareciendo. Habrían recorrido dos kilómetros cuando rebasaron a una mujer negra que guiaba una mula con una vara. Llevaba un sombrero de hombre calado en la cabeza. Pese a la lluvia de la noche anterior, la tierra estaba seca y los pies de la mujer levantaban nubes de polvo rojo. La mula llevaba un cencerro. Six lo reconoció como el origen del sonido que había oído la noche anterior y se preguntó si la misma mujer guiaría a su mula día y noche por esos caminos, sin proceder nunca de ningún sitio ni tener ningún sitio a donde ir.

El camino de tierra estaba flanqueado por árboles de largas hojas que colgaban como cabello y llegaban hasta el suelo. De pronto apareció una estructura de madera blanca. La iglesia estaba rodeada por un área con tocones y matas parduscas de hierba aplastada; parecía más una extensión del camino que un aparcamiento. Hasta la sencilla cruz de madera de la fachada tenía

un aire provisional. En la iglesia no había los escalones de rigor para que los fieles esperasen allí después del servicio y todos los vecinos los viesen con sus galas de domingo.

Unas pocas mujeres permanecían frente a las puertas. Sus voces y un aroma aceitoso, almendrado, entraron flotando por las ventanillas abiertas del coche. Las mujeres se volvieron, los ojos entornados por el sol, en cuanto oyeron el motor.

—¡Es él! ¡Es él! —gritó una de ellas, agitando los brazos para detener el coche.

El reverendo aparcó en el descampado.

—¡Alabado sea el Señor! ¡Alabado sea Jesús! ¿Está ahí? —dijo la mujer.

—¿En qué podemos ayudarte, hermana? —preguntó el reverendo Grist mientras se apeaba del coche.

A la luz del día, Coral no se parecía a la mujer que había rezado con Six la noche anterior. Tenía muchas canas y llevaba el cabello recogido en cuatro trenzas, dos a cada costado de la cabeza. Le faltaba un diente en el lado derecho de la boca. Tres gruesas arrugas le cruzaban la frente.

—Reverendo Six, ¡salga y deje que lo vean!

Las otras mujeres, murmurando entre sí, se acercaron al coche.

—Todas vosotras estabais en la carpa grande y no lo visteis. ¡Salga para que mis amigas lo vean! —exclamó Coral.

Six no quería salir entre aquellas mujeres harapientas que se agachaban para mirar dentro del coche.

—Buenos días, señora —saludó a Coral.

Deseó que el reverendo Grist las ahuyentara. Coral metió las manos por la ventanilla para tomar las de Six entre las suyas. Aquellas manos húmedas hicieron que Six quisiera limpiarse las palmas en el pantalón.

—¡Gracias, reverendo Six! ¡Gracias!

—Cálmese, hermana. ¿A qué viene todo esto? —preguntó el reverendo Grist. Le indicó a Six que saliera del coche—. Déjenle sitio al muchacho.

Six tomó aire y agarró la manija de la puerta. La hermana Coral gritó:

—¡Ha curado a mi hermana!

Las amigas de Coral se unieron:

—Lo he visto con mis propios ojos. ¡Se ha levantado y está sentada en la tienda de Baby Sugar! —dijo una.

—¡Llevaba un mes sin sacar un pie de la cama!

—¡Anda por ahí como si pudiera participar en una carrera!

—Y yo les he dicho a todos que usted la ha curado, reverendo Six —añadió Coral—. Me han preguntado: «¿Cómo es que Regina ha salido de casa?» Y les he dicho que había sido usted. Ahora me la llevaré de nuevo para que descanse un poco, pero iremos al servicio vespertino. Dios lo bendiga, reverendo Six. ¡Dios lo bendiga!

—Alabado sea el Señor, hermana. No olvide agradecérselo a Él, que es la fuente de todos los milagros —intervino Grist.

—He dado gracias a Jesús y lo he estado celebrando toda la noche y toda la mañana. Cuando anoche volví a casa, ¡encontré a Regina sentada en la cama! ¡Estaba allí sentada, preguntándome de dónde venía y si quedaba algo de comer! No comía nada que no le metiera yo garganta abajo desde ya ni recuerdo cuándo.

—Recemos todos juntos una plegaria de agradecimiento —dijo Grist, inclinando la cabeza.

Six no habló, aunque sabía que eso era lo que todas esperaban. No estaba seguro de si el reverendo creía en su milagro. Era cierto que él había sentido a la hermana Coral en su cuerpo, que había experimentado la profundidad y la magnitud de su dolor como si fuera algo tangible que pudiera sostener en la mano. Y también era cierto que cuando se había concentrado rezando por ella había atisbado un lecho de enfermo, no una visión, sino un presentimiento de sábanas sudadas, languidez y la claustrofobia de compartir habitación con una persona enferma. Creyó que había sido su propia convalecencia lo que había recordado. Un atisbo fugaz, pero… Podía ser, pensó, que sencillamente la señora se encontrase mejor. Six también había visto la muerte de cerca y allí estaba ahora, sin ningún milagro de por medio.

Se había quedado tan absorto en sus pensamientos que no advirtió que el reverendo había acabado la plegaria. Una de las mujeres dijo:

—Fijaos, el reverendo Six está hablando con el Señor. No se entera de lo que pasa en este mundo.

—Dios lo bendiga —dijo otra.

Six mantuvo la cabeza gacha porque no tendría que decir nada

si creían que rezaba y porque se le había ocurrido que quizá quería ser lo que ellas creían que era. Durante toda su vida, las mujeres le habían prestado atención porque lo compadecían. Ahora lo hacían porque lo respetaban.

—Bien, hermanas; nos veremos después, si Dios quiere —dijo el reverendo Grist.

Se alejaron de la iglesia.

—¿Hueles eso? —preguntó Grist.

Six asintió.

—Es el algodón. Algodón listo para la recolección —explicó el reverendo.

Un mar de puntas blancas se mecía en el campo ante ellos.

—Señor, ¿qué es un gorgojo algodonero?

—¿Gorgojo algodonero? ¿Dónde has oído eso? Es un bicho tan malo como las langostas de la Biblia. ¿Por qué quieres saberlo?

Six se encogió de hombros.

—Tu madre no las tenía todas consigo con esto de enviarte aquí. ¿Lo sabías?

—No, señor.

—No la veo mucho por la iglesia. Y cuando viene y a alguien lo posee el don de lenguas, lo mira como si tuviera dos cabezas.

Siguieron un rato en silencio.

—Espero que un día encuentre al Señor —añadió el reverendo.

—Yo también.

—¿Has encontrado al Señor, Six?

—No lo sé —respondió Six en voz baja.

—Si lo hubieras encontrado, lo sabrías. No es algo de lo que se pueda dudar. —Y añadió—: Creo que no deberías predicar esta noche.

—¿Señor?

—Sólo nos quedaremos hoy y mañana. Irás a la carpa grande y escucharás; quizá el Señor te encuentre a ti.

—Sí, señor.

El reverendo tenía razón; el sábado eran muchos los que acudían al campamento evangelista. Poco después de las tres empezaron a llegar fieles a pie o hacinados en plataformas de camionetas. Llevaban cestas con pollo frito y bolsas con buñuelos de maíz,

manzanas, melocotones y jarras de agua y té helado. Antes de que abriesen las carpas, la gente se sentó en la hierba y dispuso la comida sobre trozos de tela. De vez en cuando se oía un grito y dos mujeres se saludaban con los brazos extendidos.

Six observaba el picnic por un hueco entre las puertas cerradas de la carpa grande. Coral le había contado a medio pueblo lo de su milagro y en cuestión de horas la noticia había llegado a las casas donde se hospedaban los otros ministros. Los ocho al completo se reunirían antes del servicio vespertino para discutir su plan de acción. Six se alegró muchísimo al saber que él también asistiría a la reunión; los ministros le dirían si había sanado a Coral, por qué experimentaba aquellos arrebatos religiosos y quizá podían rezar para que remitieran.

Six se sentó junto al reverendo Grist cuando el ministro principal inició la reunión.

—No nos corresponde a nosotros decidir cómo y a quién llama el Señor.

—Amén. Eso es cierto —convino un ministro.

Los otros guardaron silencio hasta que un joven predicador exclamó:

—¡Todos sabéis que este chico no ha curado a nadie!

—Regina dice que sí. He ido a verla y parece que se encuentra muy bien —repuso el líder de los predicadores.

—Lo que es seguro es que este chico no subirá al púlpito esta noche.

Los ministros miraron a Six de común acuerdo y éste asintió.

—Esperad. Creo que esta noche va a venir mucha gente que ha oído lo de Regina —dijo el predicador principal.

—¡Manda a este chico de vuelta a casa! ¡Sólo trae problemas!

Más asentimientos.

—¡Eso es, mándalo a casa! ¡Mira en qué lío nos ha metido!

—No hay sitio para la aflicción en la casa del Señor, hermanos —dijo su líder.

—¡Aflicción! ¿Cómo nos va a causar aflicción este pequeño…?

—La cuestión es —interrumpió el reverendo Grist— que el chico no está seguro de su vocación.

El líder de los predicadores miró fijamente a Grist.

—¿Has traído a este muchacho hasta aquí y no está seguro?

—Yo no lo sabía. Y creo que él tampoco.

Uno de los predicadores se levantó de la silla de un salto.

—¡Súbelo al siguiente autobús que vaya hacia el Norte!

Los rostros de los predicadores se contraían de rabia. El reverendo Grist le pasó el brazo por los hombros. Six temía que lo echaran de la carpa. No se había planteado que pudiese despertar la ira de los ministros; no creyó que una sanación, una sanación que no estaba del todo clara, fuera a hacer que lo odiasen.

—Pero ¡qué está haciendo siquiera aquí! —gritó el predicador enojado. Se levantó con tal brusquedad que volcó la silla en el suelo de tierra—. ¡Este chico nos lo está fastidiando todo!

En aquel preciso instante, Six supo que tenía algo que los ministros querían, algo que le daba poder sobre ellos. Nunca se había sentido poderoso en un grupo de hombres.

Al final decidieron que el reverendo Grist se lo llevara de vuelta a Filadelfia en cuanto terminase el campamento evangelista. Aislaron al muchacho, primero dentro del coche del reverendo, donde las cicatrices le picaron dolorosamente y hacía tanto calor que creyó que iba a desmayarse, y después lo ocultaron detrás de la carpa grande. A las cinco de la tarde empezaban las prédicas y la gente entró en masa. La carpa empezó a oler a gomina, sol y jabón casero. Six quiso llorar de soledad. Los congregados, expectantes, parecían animados como potrillos. Los niños se empujaban entre sí y sus madres les chillaban que se estuvieran quietos. Six alcanzaba a ver, por una rendija, parte de la multitud y las gruesas nucas de los ministros. Un presentador subió a la tarima para iniciar la primera plegaria y anunciar a los oradores. Una mujer lo siguió cantando *Grande es tu fidelidad* con una sonora voz de contralto.

Era un pilar de mujer, tan gruesa y redonda que un coche no la tumbaría. La canción emanaba de ella con la misma potencia y facilidad con que lo hacía la sirena de los barcos en el astillero de Filadelfia. Sonó una pandereta, pero el vozarrón de la mujer sofocaba cualquier otro sonido. La voz escapó de la carpa, atronó en el camino y entre los árboles, hizo que los pájaros alzaran el vuelo y que las piedras temblaran. Después, la mujer templó el ritmo y alargó las notas, y el público, extasiado, dejó de dar palmas, dejó de respirar y se dejó llevar por la canción.

Six se agachó en el suelo de tierra. Lo único que lograba ver de

los congregados eran los zapatos, la mayoría viejos, rozados en las puntas y con muchas manos de betún. Algunos estaban completamente embarrados y una capa de polvo cubría los tobillos del portador. Un mocasín blanco seguía el ritmo de la música. Tenía una mancha oscura en la punta, algo rojizo y brillante que le recordó a otro par de mocasines manchados que había visto la tarde en que lastimó a aquel chico en Filadelfia.

—¡Para, Six! ¡Para!

Six recordaba una voz masculina, grave y crispada por los gritos.

—¡Para! ¡Apártate de él!

La voz lo había hecho volver en sí. Six recuperó la conciencia de golpe y de pronto se quedó sin fuerzas. Tenía los hombros caídos, la cabeza colgando y la barbilla casi tocándole el pecho. Miró a su izquierda, hacia la voz, y vio un zapato blanco con una mancha oscura en la punta.

Había mucho alboroto a su alrededor. Le dolían los brazos, notaba los nudillos lacerados y un dolor agudo le cruzaba la parte superior de la espalda, como si llevase mucho rato tensando los músculos. El corazón le ardía en el pecho. Los latidos ocupaban todo su interior; las costillas no podían contener un corazón que palpitara de aquel modo. La gravilla se le clavaba en las rodillas a través de los pantalones. Era como si Six hubiera abandonado su cuerpo y al volver lo hubiese encontrado devastado.

Dos fuertes brazos lo agarraron por las axilas y tiraron de él para ponerlo en pie. Perdió de vista los mocasines blancos y ya no supo dónde posar los ojos, por lo que miró al suelo y allí estaba Avery, con la cara convertida en una especie de picadillo y un diente al lado, en un charquito de sangre. Avery tenía los ojos cerrados y la cabeza vuelta a un lado, con una mejilla apoyada en la acera. La otra estaba tan destrozada que parte del hueso asomaba entre la carne roja y brillante. Six se miró los pies y se descubrió a horcajadas encima de Avery. Se miró las manos: tenía el puño izquierdo apretado y el derecho sujetaba un pedazo de hormigón ensangrentado del tamaño de una naranja.

El gentío allí reunido se gritaba y empujaba. Un hombre se arrodilló junto a Avery y una mujer llorosa apareció entre la multitud. Miró a Six con tal odio que hizo que éste se tambaleara

hacia atrás. Lo señaló y dos chicos mayores se abalanzaron sobre él como perros rabiosos. Varios hombres los apartaron. La mujer era la madre de Avery y los chicos eran sus primos, que habían llegado al rescate, aunque durante todos los años de acoso y maltrato jamás lo habían defendido.

Six estaba en la calle Greene, a dos manzanas de donde vivía. El hombre que lo había separado de Avery y otro peatón, vecinos que Six veía por el barrio desde hacía años, lo flanquearon y acompañaron a casa.

—Pero ¿qué se te ha pasado por la cabeza, chico? —preguntó uno de ellos.

—Menuda la has armado —dijo el otro.

—Ese muchacho, Avery, es poquita cosa —se dijeron el uno al otro.

—Y éste también.

Los vecinos miraban. Six pensó que Avery tal vez muriese. Uno de los hombres llamó a la puerta y Six cayó en la cuenta de que estaba en casa. Hattie se quedó boquiabierta cuando lo vio.

—¿Qué le ha pasado a mi hijo?

—Ha sido al revés, señora Shepherd.

Le explicaron a su madre lo que había hecho. Hattie le miró las manos ensangrentadas, la cara sudorosa y el desgarrón en la rodilla del pantalón. Se cruzó de brazos y apretó los labios. La preocupación de sus ojos se esfumó, pero el temor persistió y acrecentó la ira, esa ira que se cocía a fuego lento, descargaba como un nubarrón y hacía que todos los Shepherd salieran corriendo. Hattie dio las gracias a los hombres y lo hizo entrar en casa.

—¿Es verdad todo eso? —preguntó Hattie.

—No lo sé… No sé qué ha pasado —dijo Six.

—Estás lleno de sangre.

Six se miró la mano y rompió a llorar.

—Dios te ayude si veo una lágrima en tu cara, ¿me oyes? ¡Ni una sola!

Six se quedó temblando ante su madre.

—Ha sido sin querer.

Hattie lo abofeteó con todas sus fuerzas. Six se dio contra la pared. Hattie avanzó con los puños apretados por la rabia.

—Podrías ir a la cárcel. ¡Puede que vengan a arrestarte ahora

mismo! ¿Y pretendes quedarte ahí y decirme que ha sido sin querer? Como si te hubiese dado un ataque de golpe y de pronto despertaras…

Hattie reprimió una exclamación y se llevó una mano a la boca.

—¡Oh! —dijo—. Oh, Señor. ¿Qué te pasa? —Hattie examinó la cara de su hijo—. No puedes controlarlo, ¿verdad?

Six negó con la cabeza. Su madre alargó los brazos y sus dedos se detuvieron en la cicatriz que asomaba por el cuello de la camisa.

—No sé cómo ayudarte —susurró.

Six creyó que Hattie iba a echarse a llorar, pero su madre respiró hondo y se volvió para coger el bolso y el sombrero del armario.

—Ve a lavarte y quédate aquí. Cierra con llave en cuanto yo haya salido y no abras a nadie.

Cuando Hattie regresó con August, ya era casi de noche. Six se había escondido en su cubículo bajo la escalera. Oyó ruido en la cocina: agua que corría, algo friéndose en la sartén. Luego el tintineo de platos y tenedores. Aparecieron las piernas de Hattie.

—¿Saldrás a cenar, o qué? —preguntó, brusca y enfadada como siempre.

Six no respondió. Esperó que ella se agachara y lo sacara, pero, en lugar de eso, Hattie le dejó un plato de huevos fritos en el hueco. En el comedor, la familia cenó casi en silencio. Hattie los mandó a la cama en cuanto terminaron. Six oyó los pasos de sus hermanos sobre su cabeza cuando subieron la escalera. Estaba convencido de que Hattie iba a hacerle algo espantoso.

—¡Eh! —Six dio un respingo. Era Bell, que se agachó a su lado y susurró—: Déjame verte las manos.

—¡He dicho que todos a la cama! —gritó Hattie desde el comedor.

Bell corrió escaleras arriba con los demás.

—Ya está bien, Six. Ahora tienes que salir —le dijo Hattie.

—Sal, muchacho —dijo August.

Six salió arrastrándose despacio. Le dolían los músculos, por la pelea y por llevar tanto tiempo encogido en su escondrijo. Nunca había estado tan cansado; se preguntó si tendría fuerzas para mantenerse en pie. La luz del comedor brillaba demasiado. Hattie estaba sentada a un extremo de la mesa y August al otro.

—Has armado una buena —empezó August—. Se han llevado a

ese chico al hospital. Su madre quiere venir aquí a rajarte en persona, si esos dos primos suyos no te encuentran antes.

Six se estremeció, aliviado. Se había pasado toda la tarde temiendo ser un asesino; Avery muerto en la calle y su madre chillando sobre su cadáver.

—Nada nos librará de pagarle el hospital a ese chico, Six, pero no irán a la policía. Algo es algo. Y eso —siguió August— sólo porque su padre anda metido en tantos chanchullos que si apareciera por comisaría seguramente lo meterían entre rejas y tirarían la llave.

Hattie estaba como petrificada en su silla.

—Pero habrá que pensar en algo, porque los primos quieren vengarse y puede que el papá del chico también, y ése tiene muchos amigos de los malos. Supongo que tendremos que enviarte una temporada lejos de aquí. —August se volvió hacia Hattie—. Podríamos mandarlo con Pearl, su casa es tan grande como toda esta manzana.

Hattie le dirigió una mirada que habría parado un tren y August retrocedió en la silla.

—Bueno, pues algo habrá que hacer —musitó él.

—He mandado llamar al reverendo Grist —dijo Hattie.

—Hattie, no pisamos la iglesia desde Pascua.

—Six sí.

En cuanto llegó el reverendo, Hattie mandó a Six a la cama. Subía la escalera cuando Hattie lo detuvo.

—¿Cómo empezó? —preguntó.

Six se miró los pies y negó con la cabeza. No quería contarle lo que Avery había dicho. Six había pasado por su lado de camino a casa, mientras Avery recogía los libros que un grupo de acosadores le había tirado al suelo. No sabía por qué, pero se había detenido y había apartado de una patada uno que Avery estaba a punto de coger. El libro había salido disparado por la acera hasta acabar en un charco.

—Tu madre, Hattie, es una puta —dijo Avery, mientras miraba el libro que se hundía en las aguas turbias.

La había llamado por su nombre de pila. Avery dijo haberla visto besándose con un hombre en la esquina, a la vista de todos, y que en el barrio se rumoreaba que se había vuelto una mujer fácil

porque August era un mierda. Eso era lo que había dicho Avery, que su madre era una puta y su padre un mierda. ¿Cómo iba a permitir Six que ese canijo miserable, ese don nadie, hablase así de Hattie?

Six sólo quería arrearle un puñetazo en la mandíbula, pero, en cuanto lo golpeó, Avery cayó al suelo y no se levantó. Se quedó tendido en la acera, mirando a Six con asquerosos ojos de reptil. Y siguió provocándolo. Tirado en la acera, siguió murmurando: «Puta, puta.» Había un pedazo de hormigón en el suelo, junto a la cabeza de Avery. Six lo cogió y se abalanzó sobre él. Lo golpeó con el pedrusco como si Avery fuese lo peor que existiera en el mundo. Le dio como si fuera el agua hirviendo que lo había quemado, como si fuera todas las miradas compasivas, todas las crueldades que le habían infligido sus compañeros. Cuanto más fuerte le atizaba, más poderoso se sentía. El brazo de Six cayó una y otra vez como la pieza de una máquina. Su cuerpo se movió como lo hacían los cuerpos de los chicos normales, se sintió invencible y perfecto.

Hattie suspiró. Levantó una mano, como si fuera a estrecharle el hombro o abofetearlo de nuevo —Six no lo sabía—, pero se lo pensó mejor y la dejó caer a un lado.

—Ve a acostarte —le dijo.

August y el reverendo Grist entraron en la sala de estar. Vieron que Six subía la escalera.

—Vuelve aquí, muchacho —ordenó August.

Six se detuvo, pero no se volvió para mirar a su padre.

—Deja que se vaya, August —dijo Hattie—. Déjalo.

La cantante terminó la canción. Six se arrodilló en el suelo, detrás de la carpa. Vio en los ojos de reptil de Avery un reflejo de su propia fealdad. Deseó ser distinto. Su débil cuerpo albergaba un espíritu débil y miserable. Mientras Six lo golpeaba, Avery se había quedado mirándolo hasta que no pudo mantener los ojos abiertos. Eran dos almas crueles unidas por la violencia; simplemente, en esa ocasión él tenía las de ganar. Eran chicos frágiles e insignificantes y eso los hacía ser como eran.

—Querido Señor —dijo Six en voz alta—, debería pedirte perdón por lo que le hice a Avery, pero no sé si lo que siento es arrepentimiento.

Sollozando, rezando y sintiendo el peso de su cruel corazoncito, Six se dirigió a la arboleda donde la noche anterior se había escondido. Una mujer apareció entre las sombras.

—¿Tú has curado a la hermana de Coral? —le preguntó.

Llevaba el mismo vestido amarillo que él le había visto la tarde anterior: amarillo canario, vivo y estridente como unos platillos. Tenía las piernas delgadas y delicadamente torneadas en la pantorrilla. Six la miró y pestañeó.

—Eres tú, ¿verdad? ¿Reverendo Six?

—No soy reverendo —dijo Six.

—¿Ah, no?

La mujer de amarillo dio un paso adelante. Era tan pequeña que su coronilla apenas llegaba a la barbilla de Six. La tela del vestido se desplazó y por un instante se ciñó al cuerpo, revelando el contorno de la cadera y la longitud de los muslos.

—¿Cómo es que no estás ahí dentro, predicando? He ido a casa de Coral. Hacía mucho que no veía a Regina tan animada. —Avanzó otro paso—. Me han dicho que ni siquiera la tocaste.

El vestido tenía un cuello lo bastante cerrado como para considerarse respetable, pero la redondez de sus pechos se insinuaba justo debajo del escote. Las clavículas se unían formando un arco.

—Está curada, eso seguro —añadió.

—No sé si yo he tenido algo que ver. A lo mejor sólo ha sido cuestión de suerte.

—Vaya, sí que hablas bajo cuando no predicas. Soy Rose. He venido esta noche porque mi madre está mal. Hace semanas que no va a trabajar y se queda acostada en casa. Todos los días dice que le duele algo distinto. ¿Puedes rezar por ella? Ni te acercaste a Regina y se encuentra mejor. Si vienes y tocas a mamá, sé que después estará sana como una manzana.

Six tragó saliva y volvió a parpadear.

—No vivo lejos —dijo ella.

Rose dio media vuelta y se dirigió rápidamente a la carretera. Six se quedó en la penumbra y quiso gritarle: «¡No creo que pueda hacer nada por tu madre!», pero cuando se decidió a hablar ella ya estaba muy adelantada.

A los veinte minutos llegaron a una casa de madera pequeña y

sin pintar. La mujer del vestido amarillo, en realidad una chica apenas unos años mayor que él, lo dejó en el porche.

—Espera aquí. Iré a ver si mamá está despierta.

«No debería haber venido —pensó Six—. En esta casa hay una mujer que necesita ayuda, ayuda de verdad. Pero ¿quién puede aconsejarla?» Los ministros, enzarzados en sus celos y riñas, no estaban más cerca de Dios que él. Rose salió al porche. Lo miró con tal expectación y reverencia que Six quiso complacerla, quiso ser lo que ella creía que era. Lo condujo por una sala en penumbra hasta un dormitorio que olía más a tristeza que a enfermedad. Una mujer yacía en un camastro en el suelo, con la luna bañándola en plata. Six advirtió su escepticismo y su cansancio.

—¿Es él? —preguntó la madre a su hija.

—Sí, señora —respondió la chica.

La mujer les dio la espalda. Six no sentía ninguna fuerza en su interior, pero recordó a los capellanes que lo habían visitado en el hospital y cómo se habían arrodillado junto a su cama. Se sentó en el suelo, cerca del camastro de la mujer. Rose miraba desde el umbral.

—¿Qué le pasa, señora? —preguntó él.

—Nada que un jovenzuelo como tú pueda comprender.

—Dios lo entiende todo, señora; no importa si yo no lo entiendo. Su hija dice que tiene dolores.

La mujer no respondió. Six miró con más detenimiento la habitación. Había plantas por todas partes; rebosaban de los tiestos, colgaban del techo, invadían los alféizares.

—Veo que tiene usted buena mano para las plantas.

La mujer volvió la cabeza hacia una cercana al camastro. Sus flores blancas resplandecían bajo la luz plateada. Hattie tenía plantas en casa; no era una mujer muy dada a cantar, pero tarareaba cuando las cuidaba. Six se preguntó si esa mujer sería igual. Alargó el brazo hacia uno de los capullos y la madre de Rose se sentó rápidamente y dijo con voz firme:

—No toques ésa. Es delicada.

No estaba tan enferma como creía. Aquello envalentonó a Six.

—Debe de querer mucho a estas plantas, o no estarían tan hermosas. Seguro que las trajo cuando eran pequeñas y las ha hecho crecer con sus cuidados y amor.

—Supongo que sí.

—Eso es lo que el Señor hace con nosotros. Las plantas están en el campo como nosotros estamos en esta tierra. El Señor extiende su mano y las hace crecer.

La mujer miró a Six a la cara por primera vez desde que había llegado.

A lo mejor, pensó Six, no había nada que fuese del todo bueno o sagrado. Quizá el bien sólo se lograba de forma indirecta y a través de los caminos más insospechados: falsas sanaciones o una sala llena de hombres enojados y celosos armados con Biblias, que, pese a todo, conseguían atraer a aquellas personas tristes y animarlas durante unos días. Tal vez Six fuese uno de ellos; algo malo que podía usarse para hacer el bien. Quizá sí podía ser una espada.

—¿No cree que el Señor se preocupa de usted tanto como de una pequeña flor?

—No sé si lo hace o no.

—Hermana, no pretendo convencerla de que Dios la quiere. Aunque vemos sus milagros por todas partes, y si los milagros no son amor, pues bueno, entonces no sé qué son. Usted cree que Dios creó estas plantas, ¿verdad?

—Pues claro.

—Entonces déjeme rezar con usted. Eso es todo lo que le pido. Recemos juntos y que el Señor le muestre su misericordia.

Six la tomó de la mano y rezó. Rezó pese a ser consciente de sus intenciones como no lo había sido con la hermana Coral, pese a sentir tan sólo un débil atisbo de divinidad. La gente del pueblo decía que Six tenía un don y ahora él intentaba dirigirlo, aplicarlo a la madre de Rose como si fuera una varita mágica. Quería que Rose viese que curaba a su madre. Quería ser un instrumento de Dios, aunque fuese uno defectuoso.

Como la noche anterior, cuando Six dejó de rezar no supo qué hacer, así que se levantó bruscamente y salió de la habitación. Se dirigió a la parte posterior de la casa y empezó a andar por el pequeño patio. Rose salió unos minutos después.

—¿Quieres comer algo?

—No, gracias.

—Mi madre está ahí llorando como el día en que nació.

A la luz de la luna, la piel de Rose parecía caramelo líquido.

—Toma un poco de limonada, al menos, antes de irte —insistió.

Rose lo cogió de la mano y lo condujo al salón. La luz del porche se filtraba por la ventana. Se sentó a su lado en el sofá bajo y Six olió el aroma a ropa limpia de su piel. Ella lo besó; tenía los labios secos y esponjosos. Six frunció los suyos, rígidos, como si soplara una cucharada de sopa caliente. Le puso una mano en el hombro y la otra en el respaldo del sofá. Se sentía incómodo. Rose se inclinó sobre él con los labios entreabiertos y le susurró en la boca: «Tranquilo.» Él recordó cómo la había visto por primera vez, con el vestido amarillo mojado pegándosele a los muslos. Metió la mano debajo de la falda. Rose tenía la piel suave como el sol de primavera; los músculos de aquellas piernas se desplazaron bajo sus dedos cuando Rose se quitó el vestido y se sentó a horcajadas sobre él.

Antes, ese mismo día, Six había oído que los predicadores decían que en el pueblo había una vacante de pastor auxiliar. Se ofrecería a ocuparla y tendrían que aceptarlo, porque la gente creería en él en cuanto corriese la voz de que había curado a la madre de Rose. Se quedaría en ese pequeño pueblo, predicaría los domingos y la congregación diría que Dios lo había ungido con el don de la sanación. Él sería lo que quisieran que fuera. Quizá no importaba que su don fuese real o no; como había dicho el reverendo Grist, «que acudan por las razones que quieran, y el Señor ya se ocupará de sus almas».

—Reverendo Six —susurró Rose, tendiéndose a su lado en el sofá, con el cuerpo húmedo de sudor, brillante a la luz del porche —. Reverendo Six, reverendo Six, reverendo Six.

Ruthie

1951

Lawrence acababa de entregarle al corredor de apuestas todo el dinero que le quedaba cuando Hattie lo llamó desde el teléfono público que había a unas manzanas de su casa, en la calle Wayne. Apenas pudo oírla, entre el ruido del tráfico y el llanto agudo del bebé.

—Soy Hattie —dijo, como si él no fuese a reconocer su voz. Y después—: Ruthie y yo nos hemos marchado de casa.

Por un momento, Lawrence pensó que de pronto Hattie tenía una hora libre y que podía reunirse con ellas en el parque donde solían verse.

—No —dijo ella—, he hecho el equipaje. No podemos… No vamos a volver.

Se encontraron una hora después en un restaurante de la avenida Germantown. La hora de comer había pasado y Hattie era la única clienta. Estaba sentada con Ruthie en el regazo y un menú cerrado encima de la mesa. No levantó la vista cuando Lawrence se acercó. A él le dio la impresión de que, al verlo entrar, Hattie había vuelto la cabeza para que no pareciese que lo esperaba. A su lado, en el suelo, había una mochila de tela: bordada, de tonos sombríos, desvaída. Un pedacito de tela blanca asomaba por el cierre. Lawrence sintió una inmensa ternura al ver la bolsa tirada en el suelo de linóleo.

La recogió y la dejó en la silla mientras se sentaba a la mesa; después alargó un brazo hacia Ruthie y le hizo cosquillas en la barbilla. Hattie y él nunca habían hablado en serio del futuro. Claro que había habido muchos suspiros y «ojalás» después de hacer el

amor las tardes en que se veían: inventaron toda una vida a base de «qué bonito sería» e «y si…». Pero ahora, al mirarla, Lawrence comprendió que aquellas fantasías eran para él más reales de lo que se había permitido creer.

Lawrence no era hombre de ideales ni sentimentalismos; siempre había vivido de forma muy pragmática todo lo concerniente a sus emociones. Tenía coche y trajes bonitos y sólo había trabajado con hombres blancos muy de vez en cuando. Se marchó de su casa de Baltimore a los dieciséis años y salió adelante sin ayuda de nadie. Y aunque no pudo salvar a su madre de ser una bestia de carga, al menos él nunca lo había sido. Eso era lo que siempre consideró lo más importante, no ser la mula de carga de nadie. Luego apareció Hattie con todos sus hijos, esa infinidad de hijos, aunque no habían dejado la menor huella en ella. Hattie hablaba como si hubiese ido a uno de esos colegios privados sureños para señoritas negras de buena familia, parecía haber caído en una vida de miseria y humillaciones que no le correspondía. Con una mujer así, si él se esforzaba un poco, podía convertirse en todo un padre de familia. No conocía a los hijos de Hattie, cierto, pero sus nombres —Billups, Six o Bell— eran tan seductores como los de las ciudades extranjeras. Aunque eran niños, Lawrence se los imaginaba como diminutas copias dóciles de Hattie.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Lawrence.

Ruthie daba patadas a la mantilla. Se parecía mucho a él. Los cuentos de viejas dicen que todos los recién nacidos se parecen al padre. Ruthie tenía la piel clara de Lawrence y Hattie, más clara que la de August. Aunque, como Lawrence no había visto a los otros hijos de Hattie, no podía saber que todos tenían el mismo color de té con leche.

—¿August te ha puesto la mano encima?

—No es esa clase de hombre —repuso ella bruscamente.

—Cualquiera lo es, si lo hieren lo bastante en su hombría.

Hattie lo miró alarmada.

—Muchos hombres, quiero decir —se corrigió Lawrence.

Hattie se volvió para mirar por la ventana. Necesitaría dinero, sin duda, y ahora que August sabía la verdad podrían pasar juntos más tiempo. Lawrence la instalaría en algún lado. A él se le pasó por la cabeza que ahora tenía dos opciones: salir corriendo del

restaurante y no verla nunca más o convertirse, de repente, en un hombre serio y decente.

—Estoy tan avergonzada. Tan avergonzada… —dijo Hattie.

—Hattie, escúchame. Nuestro bebé no es nada de lo que haya que avergonzarse.

Hattie negó con la cabeza. Más tarde esa noche, y en los años venideros, él se preguntaría si la había malinterpretado, si lo que la avergonzaba no era haber tenido una hija con él, sino algo más amplio que él no comprendía, y que quizá fuera esa incapacidad para entenderlo lo que los había condenado. Pero en aquel momento Lawrence creyó que sólo hacía falta convencerla, por lo que le habló de alquilar una casa en Baltimore, donde él se había criado, de llevarse a sus hijos desde Filadelfia y de cómo sería todo.

Hattie tenía los ojos enrojecidos y miraba continuamente por encima del hombro de Lawrence. Nunca la había visto tan inquieta, tan necesitada de él. Por primera vez, sintió que Hattie era suya. No se trataba de una cuestión de propiedad, sino de algo más profundo; él era responsable de ella, estaba maravillosa y honrosamente obligado a cuidar de ella. Lawrence tenía cuarenta años. Comprendió que lo que había experimentado con otras mujeres, fuese lo que fuese —¿deseo?, ¿encaprichamiento?— no había sido amor.

Hattie se mostró incrédula. Lo rechazó.

—Ésta es nuestra oportunidad —insistió Lawrence—. Nunca lo superaremos, nunca nos perdonaremos si no lo hacemos, cariño.

—Pero ¿aún sigues…?

Lawrence había mencionado lo del juego de pasada. Le había dicho a Hattie que gran parte del tiempo se ganaba la vida como mozo en los trenes, lo cual fue verdad durante unos pocos meses, hacía ya muchos años. Al verla vacilar, comprendió que Hattie no se tomaba el juego tan a la ligera como él había supuesto.

—Lo dejaré. Ya lo he dejado, en realidad. Sólo juego una o dos partidas cuando baja el ritmo de los trenes.

Hattie lloró con unos sollozos profundos e incontrolables que le sacudieron los hombros y alteraron a Ruthie.

—Lo dejaré —repitió él.

Lawrence se deslizó en el banco a su lado. Se inclinó y besó a su hija en la frente. Besó las sienes de Hattie, sus lágrimas y la

comisura de su boca. Cuando se calmó, Hattie apoyó la cabeza en su hombro.

—No soportaría ser una tonta por segunda vez —le dijo—. No lo soportaría.

Hattie apenas había hablado durante el trayecto de cuatro horas hasta Baltimore. El de Lawrence era el único coche en la carretera y sus luces largas taladraban el negro camino. Era una noche tranquila y oscura; la luna, fina como un recorte de uña, no iluminaba. Lawrence aceleró hasta alcanzar los ochenta kilómetros por hora sólo para oír las revoluciones del motor y sentir la aceleración del coche. Hattie se tensó en el asiento del copiloto.

—Ya no falta mucho. —Lawrence apretó el gordo muslito de Ruthie—. Te quiero. Os quiero a las dos.

—Es una niña buena —dijo Hattie.

Aunque August había decidido que la niña se llamaría Margaret, Hattie y Lawrence la llamaban Ruthie, como la madre de él. Cuando Ruthie tenía nueve días, Hattie la llevó a un parque del barrio de Lawrence, para que él la conociera.

—Éste es tu padre —dijo Hattie, tendiéndosela a Lawrence.

La niña protestó —Lawrence era un desconocido—, pero él la sostuvo en brazos hasta apaciguarla. «Tranquila, pequeña Ruthie, tranquila.» Lawrence tuvo que reprimir las lágrimas cuando terminó la visita y Hattie se la llevó de regreso a la calle Wayne. En las horas y los días transcurridos hasta que volvió a verla, Lawrence pensó en Ruthie a todas horas: «ahora tiene hambre», «ahora duerme». «Ahora está en brazos de un hombre que no es su padre.» Era posible, claro, que Hattie estuviese equivocada y Ruthie fuera hija de August, pero Lawrence sabía, lo sabía de un modo que ni era lógico ni podía explicar, que aquella criatura era suya.

Agarró el volante con más fuerza, hasta que le dolieron los dedos.

—Nunca se fabricará un coche como el Buick del cuarenta y cuatro. Ya te dije que iría como la seda. ¿No te lo dije? Una vez conduje hasta Chicago para ver a mi primo.

—Me lo dijiste.

Pasó un coche en dirección contraria. Hattie cubrió los ojos de Ruthie con la mano para protegerla de los faros.

—Te gustará Baltimore —aseguró Lawrence—, ya lo verás.

Lawrence no sabía si a Hattie le gustaría. Vivirían en un par de habitaciones en una pensión hasta que él reuniera dinero para alquilar una casa. Un sitio lo bastante grande para todos los hijos de Hattie costaría veinticinco dólares a la semana. Lawrence podía ganar ese dinero fácilmente; con un par de buenas manos, podía sacarse seis meses de alquiler en una sola noche. No era el dinero lo que lo ponía nervioso, aunque justo entonces estaba sin blanca.

—«Como las chispas se levantan para volar por el aire…» —dijo Hattie—. Es de la Biblia —añadió.

—Bueno, pues es muy triste. ¿No recuerdas otra cosa?

Hattie se encogió de hombros.

—Supongo que no —dijo Lawrence.

Alargó el brazo y le acarició la rodilla con el dorso de la mano. Hattie se puso tensa.

—Venga, cariño… Vamos a alegrarnos un poco. Ésta es una ocasión alegre, ¿no?

—Me gusta ese versículo. Hace que no me sienta sola. —Hattie se revolvió en el asiento—. Cogerás más turnos en el ferrocarril, ¿verdad?

—Ya hemos hablado de eso. Sabes que sí.

Lawrence sintió la mirada de Hattie, insegura y asustada. Últimamente estaba deslucida, pensó; había algo gastado y gris en ella. Lawrence no quería que fuese una mujer normal, una negra oprimida más. ¿No se había ido de Maryland para librarse de ellas? ¿Y no se había casado con su ex esposa porque era glamurosa como un diamante de imitación? Ni se le ocurrió que él había contribuido al miedo y la aprensión que extenuaban a Hattie.

Echaba de menos a la Hattie que le había parecido tan irresistible cuando se conocieron; un poco acerada, algo inaccesible, con ese punto de enojo que daba brío a sus pasos y luz a su mirada. Un punto de enojo que la empujaba a no rendirse nunca, igual que él. Y había, además, otra Hattie, la que anhelaba y deseaba algo que nunca tendría. También los dos compartían eso. Lawrence se la había llevado a Nueva York unos meses antes de que se quedara embarazada. El viaje había requerido complejas mentiras: Hattie les dijo a August y a su hermana Marion que la habían contratado para cocinar en la fiesta de una mujer blanca que vivía a las afueras de

Filadelfia y que tendría que pernoctar allí. Marion cuidó de los niños. Lawrence no se esperaba el sentimiento de culpa de Hattie, que empañó el viaje y la misma ciudad de Nueva York, o eso creyó hasta el día siguiente, cuando regresaban a Filadelfia. Al salir del túnel Holland, Hattie se volvió para echar un último vistazo a los altos edificios de la ciudad, que resplandecían por la puesta de sol. Luego se desplomó en el asiento. «Bueno, se acabó», dijo. Había algo en las calles de Nueva York que le resultaba familiar; más que familiar, lo sentía como propio, le dijo a Lawrence. Él lo entendió, pues le parecía que siempre que en la vida se decidía por una alternativa, rechazaba otra. Todas esas cosas que no podía hacer ni ser se le acumulaban dentro y podían surgir cuando menos lo esperaba, dejándolo apesadumbrado. En ese momento se detuvo en el arcén para abrazarla. Hattie era un corazón que latía en su mano.

Ahora Lawrence apenas reconocía a la mujer distante y angustiada que tenía al lado.

—Te comportas como si toda tu vida fuese una larga tarde de enero, de árboles siempre desnudos y ni una planta en flor —dijo Lawrence.

—No me serviría de nada ir por ahí con la cabeza en las nubes.

—A veces sí, Hattie. Claro que sí.

Él era ahora responsable de ella. Pensó que al menos Hattie debería ser más… Bueno, a fin de cuentas, empezaban una nueva vida juntos ese mismo día, en ese preciso instante. Lawrence necesitaba el temple de Hattie, que su determinación reafirmara la de él. El encanto de Lawrence, su sexo y unas risas con que evadirse ya no bastarían; tenía que ser mejor que August.

Ese inútil. August se pasaba la vida en bares o clubes nocturnos. Lawrence lo vio una vez en un restaurante que frecuentaban todos los negros ricos: August estaba con una mujer e iba engalanado como el alcalde de Filadelfia, mientras que Hattie seguía en la casa de la calle Wayne con los codos metidos en el agua de fregar los platos. August podría haberse buscado un trabajo decente, pero prefería trabajar en lo que le iba saliendo en los astilleros, por pura holgazanería. Un hombre tenía que ser responsable. Lawrence lo era. Al margen de algunas otras cosas que también podía ser, al menos cuidaba de los suyos. Tenía el Buick, ¿verdad? Sin cargas ni préstamos. Y una casa en un barrio decente. Le había pagado a su

ex esposa bonitos vestidos cuando estaban casados y seguía pagándoselos una vez divorciados. Veía a su hija un día a la semana y nunca se perdía una visita, a menos que fuese por un motivo importante; no, por algo casi ineludible. Su hija era la viva imagen de la salud, no le faltaba de nada. Había muchas formas de ser responsable, y aunque quizá él no ganase el dinero de un modo que a todo el mundo le pareciera bien, los suyos nunca habían pasado necesidades.

—Tienes que buscarle la gracia a las pequeñas cosas, cariño. Mira eso… ¡Fuegos artificiales! —Un destello dorado ascendió entre las copas de los árboles y se abrió en un abanico de luz sobre la carretera—. ¿Qué te parece? Estamos más cerca de Baltimore de lo que creía.

Hattie apenas echó un vistazo a las luces que estallaban en lo alto.

—Oye, ¿te trenzas el pelo por la noche?

—¿Qué?

—El pelo. ¿Te haces trenzas y te lo recoges con un pañuelo?

—¿Qué clase de pregunta es ésa?

—Sólo… Es que acabo de pensar que no lo sé.

—Ay, Lawrence —dijo Hattie. Le tembló la voz—. Sí, me lo recojo.

Qué poco sabían de las respectivas costumbres del otro. Lawrence sintió una súbita aprensión ante la idea de ver a Hattie lavándose los dientes, quitándose la faja o poniéndose los rulos. Había alquilado unas habitaciones en una bonita pensión. La dueña tejía ella misma las alfombras y tenía las ventanas tan limpias que casi podías atravesar los cristales con las manos. Pero el baño estaba al otro lado del pasillo. Sería embarazoso que Hattie tuviera que salir de la habitación para aliviarse en plena noche. Quizá la avergonzara su aliento por la mañana, o le asquease el de Lawrence. Tal vez Ruthie llorase toda la noche y Hattie se volviera irritable, o quizá él. ¿Y si él iba primero al baño y luego iba ella a lavarse la cara y olía lo que él había dejado? Tendrían que desnudar sus olores, ruidos y costumbres. Lawrence suspiró. «Pero qué tonto soy, ¡si estuve diez años casado!» Esas intimidades no eran ninguna novedad, ninguna novedad en absoluto.

Ruthie lloriqueó.

—Tenemos que parar para que pueda darle el pecho —dijo Hattie.

—¿Ahora?

—Pronto.

—Casi hemos llegado. ¿No puede esperar? —preguntó Lawrence.

Los lloriqueos de Ruthie se transformaron en llanto.

—Me parece que no.

Lawrence se detuvo en el arcén.

—Bien… —dijo Hattie.

—Bien —repitió Lawrence.

—Verás, no puedo…

—¡Vaya! —Lawrence salió del coche y esperó al lado.

—¡Lawrence!

—¡Vaya! —repitió él, y se alejó unos pasos por la carretera.

Estaba enojado. ¿Acaso Hattie pensaba echarlo de la habitación cada vez que Ruthie tuviera hambre? Seguro que había amamantado a sus otros hijos delante de August. Eran cosas que un hombre y una mujer compartían, con el tiempo.

—Hattie —dijo Lawrence cuando volvió al coche, en cuanto ella hubo terminado—. No veo por qué tengo que irme corriendo a otro condado cada vez que quieras darle el pecho a nuestra hija.

Mientras hablaba, Lawrence recordó a su ex esposa levantándose en plena noche para amamantar a su hija. La sacó de la cuna y la llevó a la cama. Lawrence vio que se desabrochaba el camisón a la luz de la lamparita de noche. El pecho cayó a un lado como una bolsa de agua. Vio las venas verdes bajo la piel. Delia puso el pezón en la boca del bebé. Su mujer le recordó a una zarigüeya, una oveja o uno de esos bichos con ubres. Nunca volvió a ser la misma para él; incluso cuando se vestía para salir de noche, él la miraba y veía ese enorme pecho bamboleante. Lawrence esperaba ser ahora un hombre mejor.

—Nuestra hija —repitió Hattie.

Ruthie se durmió después de comer. Lawrence no había pasado mucho tiempo con ella; Ruthie solía dormir las pocas tardes en que Hattie se la llevaba para que la viera. Ruthie le sostenía la mirada unos segundos, luego se acurrucaba en su pecho y se quedaba dormida. August la tenía en brazos todas las noches. August le

cantaba y la mecía. La noche en que nació, August fumó puros y sostuvo el cuerpecito envuelto en mantas. Lawrence recibió la noticia por teléfono dos días después y no la vio hasta pasados nueve días.

—Vivirá muy bien —dijo Lawrence, mientras se incorporaba de nuevo a la carretera—. Vivirás muy bien, Ruthie. Todos dirán: «¡Ahí está Ruthie, la muchacha más bonita de Baltimore!»

Una sirena de policía sonó en algún lado, detrás de ellos. Hattie dio un respingo y abrazó tan fuerte a Ruthie que la criatura murmuró en sueños. Unas luces rojas y azules centellearon por la carretera e iluminaron los árboles del arcén.

—La policía estatal —dijo Lawrence.

Aminoró la marcha y se apartó a un lado cuando el coche patrulla se acercó.

—¿Qué quieren? —preguntó Hattie con voz débil y aguda.

Ella se volvió para mirar por el cristal trasero.

—Hattie…

El coche los rebasó, la sirena sofocó la voz de Lawrence. Ruthie rompió a llorar y Hattie la acunó, nerviosa. Le temblaban los hombros cuando se inclinó para besarle la frente.

—Pensaba… pensaba que venían por nosotros.

—¡Hattie! Nadie viene por nosotros, cielo. Nadie. Ésta es nuestra hija. No hemos hecho nada ilegal —dijo Lawrence, pasándole un brazo por los hombros.

—¿Qué estoy haciendo yo aquí? —dijo Hattie—. ¿Qué estoy haciendo yo aquí sin mis hijos?

Los niños no estaban asustados sólo porque Hattie se había ido, sino porque se habían quedado solos con August, en la sala de estar y muertos de hambre. August llevaba horas escondido en la cocina. «Dejadme en paz un momento para que pueda pensar», había dicho. Nadie había entrado para molestarlo, pero ya eran casi las siete y a esa hora ya solían haber cenado y retirado la mesa.

Alice apareció en el umbral.

—¿Papá?

—¿Qué, niña? Necesito un poco de tranquilidad para organizarme.

—¿Qué haremos con la escuela dominical de mañana?

—La escuela domin… —Era lo último que August esperaba oír, pero Alice era una niñita muy activa y madura para su edad—. Bueno, supongo que debéis ir todos.

—La ropa del domingo no está limpia.

—Pues lavadla.

—No hay jabón. Hoy es el día en que madre va a comprar.

—Pues lavadla con jabón de baño.

—¡No se puede lavar con ese jabón! No quita las manchas y la ropa queda tiesa.

—Bueno, por un domingo no pasa nada si está tiesa.

—Y también pica.

—Aaay, Alice. Pues entonces no iréis.

—Tía Marion dice que si no vamos iremos al infierno.

—¡Me tienes harto, Alice! No iréis al infierno por perderos un domingo.

Alice se quedó en el umbral con expresión indignada y la espalda tan recta como una estaca. August se volvió para examinar el contenido de la nevera, aunque llevaba casi toda la tarde mirando los compartimentos casi vacíos. No había mucho: un poco de mantequilla, un cuenco con rodajas de melocotón, algo de tocino. August esperaba que Alice regresara a la sala de estar, pero ella se puso en jarras y repitió:

—Hoy es el día en que madre va a comprar.

August estaba a punto de preguntarle si sabía dónde guardaba Hattie las conservas cuando en la sala Franklin empezó a llorar. August y Alice lo encontraron al pie de la escalera, con el labio ensangrentado y una rodilla que empezaba a hincharse. ¿Dónde demonios estaban todos mientras el niño se caía por la escalera? Alice consideró necesario informar a August de que Franklin podía haberse partido la cabeza, como si él no supiera que sus hijos eran muy capaces de matarse con su madre ausente. Se sacó un pañuelo del bolsillo de atrás y limpió la sangre de la cara de Franklin. Le quedó una mancha en la mejilla, pero, como conservaba todos los dientes y no parecía tener nada roto, los tres regresaron a la cocina.

August preguntó, con todo el entusiasmo de que fue capaz:

—¿Qué queréis para cenar?

Alice sugirió que usara el tocino para preparar un cocido de alubias, pero, cuando August le pidió que lo ayudase, ella palideció.

—No sé cómo se hace. Y además no tenemos alubias.

—¿Qué quieres decir con que no sabes cómo se hace?

—Pues que no sé cómo se hace.

—¿Y qué has estado haciendo todas las tardes de tu vida mientras tu madre preparaba la cena?

Alice se encogió de hombros.

—¿Vuestra madre no os ha enseñado a cocinar? —August silbó entre dientes.

—Ya sabes que no le gusta tener a nadie en la cocina.

Hattie se las había apañado para que nadie en esa casa supiera hacer nada, salvo ella. Y, peor todavía, hasta entonces August no se había enterado de ello. Seguro que había muchísimas otras cosas que desconocía.

—Sal de aquí y llévate a Frank. Y no lo pierdas de vista. Cuando menos te lo esperes, habrá salido por la puerta y estará corriendo entre los coches.

En cuanto Alice salió de la habitación, August comprobó si tenía calderilla en los bolsillos. Vacíos. «No pasa nada —pensó—. Hattie tiene un bote para emergencias en un estante de la cocina, y si esto no es una emergencia, entonces no sé qué lo será.» August abrió la tapa. Un centavo solitario rodó en el interior. Pensó dónde podía encontrar dinero en la casa (las americanas de sus trajes o los bolsillos de los pantalones), pero la noche anterior había gastado sus últimas monedas en cigarrillos. También podía ir a la sala de estar y buscar bajo los cojines del sofá. Podía rebuscar entre los muebles delante de todos sus hijos hambrientos, por si encontraba cinco centavos.

—¡Floyd! —gritó hacia la sala—. ¡Floyd!

August buscó en los cajones de la cocina, por si encontraba una moneda perdida entre los tenedores. Ese chico se lo tomaba con calma.

—¡Floyd! —volvió a gritar.

Entretanto, vació la alacena —un saquito de harina, un poco de sal y una bolsa de judías que tardarían horas en cocerse si August supiera cómo cocinarlas— y depositó el contenido en la encimera, como si por arte de magia pudiera transformarse en una cena para sus hijos.

Floyd apareció y se apoyó en la jamba de la puerta.

—No tenías prisa por venir, ¿eh? —dijo August, cortante.

—Alice me ha dicho que me llamabas.

—Ve a casa de tía Marion y pregúntale si puede venir o si tiene algo de pollo ya preparado, o lo que sea. Y no se lo cuentes a nadie.

Floyd miró a su padre y las bolsas de harina y sal, y luego salió de la cocina sin mediar palabra. El ruido en la sala iba en aumento. August se quedó contemplando la comida de la encimera hasta que los gritos de sus hijos se volvieron tan perentorios que no pudo hacer oídos sordos por más tiempo.

Cuando entró en la sala de estar, vio a Alice y Billups zarandeándose. Los niños se abalanzaron sobre él de inmediato: Billups había empujado a Alice. ¿Quién cuidaba de Franklin? Había vuelto a caerse porque nadie le prestaba atención. ¿Dónde estaba la cena? ¿Y sabía August que Floyd se había ido, aunque era el mayor y debía cuidarlos? August miró una cara tras otra. Alice, en voz más alta que el resto, gritó:

—¿Dónde está madre?

Los niños guardaron silencio.

A August no se le ocurrió ninguna mentira creíble, así que se decidió por lo primero que le pasó por la cabeza.

—Ha ido a ayudar a tía Marion porque no se encuentra bien.

—Pero Floyd acaba de… —empezó Alice.

August la fulminó con una mirada afilada como un cuchillo y eso la acalló. Bell estaba sentada en el alféizar de la ventana con las rodillas en la barbilla. Miró a su padre a los ojos y se echó a llorar. Unas lágrimas grandes y silenciosas le rodaron por las mejillas y August supo entonces que su hija sabía algo; no puede haber secretos en una casa llena de críos. Debía consolarla, pero no podía; era incapaz de mirar aquellos ojazos con toda la tristeza que albergaban. Dios, aquélla sí que era una niña triste. August no le hizo caso y se sintió como un cobarde.

—¿Y cómo es que madre se ha llevado al bebé? —preguntó Billups.

Bell miró a su padre cuando éste no respondió de inmediato. Se enjugó las lágrimas y dijo:

—Porque Margaret es muy pequeñita y madre tiene que darle el pecho.

—¿Por qué no nos dices si vamos a cenar esta noche? —

preguntó Alice.

—¿Es así como se habla a los mayores? ¡Te voy a moler a palos! —August nunca había pegado a ninguno de sus hijos. Las palabras sonaron rarísimas, saliendo de su boca. Alice no se movió, ni siquiera se inmutó. August gritó—: ¿Me oís? ¿Oís lo que os digo? No quiero oír ni una palabra más de ninguno de vosotros. ¡A callar! ¡A callarse todos!

August subió los peldaños de la escalera de dos en dos y se encerró en su dormitorio dando un portazo. Sacó los cajones del vestidor y los volcó en el suelo. Seguro que Hattie tendría otra reserva de dinero para emergencias, algunos billetes de dólar metidos en un calcetín, quizá. Levantó el colchón y miró debajo. Sacó las cajas de zapatos del armario y volvió del revés los bolsillos de los vestidos. Cuando terminó, todas las superficies de la habitación estaban cubiertas de ropa y zapatos, las almohadas se habían caído al suelo y el colchón se había salido del somier. August se sentó en el suelo, sobre un montón de enaguas de Hattie. Frotó los dedos en la tela y se la llevó a la nariz. Olía como ella: jabón para madera Murphy, mantequilla y su piel. «Por Dios, Hattie, nunca he traído a ninguna mujer a casa y no hago nada que no hagan otros hombres. Y ni una sola vez me he largado de esta casa. Nunca lo haría.» August arrojó la enagua al suelo y salió decidido de la habitación.

La situación de la sala de estar había degenerado. Maldita sea, Alice era la viva imagen de su madre: tenía ocho años, pero parecía tener cuarenta, con esos labios apretados y esa mirada acusadora. El suelo estaba lleno de envoltorios de caramelo; la bandeja de la mesita estaba vacía. Franklin lamía un caramelo de mantequilla, sentado en el suelo. August iba a decirles que no había cena y que lo sentía, pero que el desayuno sería buenísimo. Y también iba a decirles que Hattie no volvería aquella noche, para que dejasen de mirar continuamente la puerta. Pero perdió los nervios y se plantó en medio de la sala sin decir nada, con los ojos fijos en la pared opuesta para no tener que mirarlos. Los niños esperaron que hablase, pero él, cabizbajo, pasó junto a Franklin, rodeó en un amplio círculo el sofá donde Alice estaba sentada y se dirigió al comedor.

—Todos a la cama —murmuró.

Salió y se sentó en el escalón de atrás. Oyó lo que pasaba en la casa a través de la puerta mosquitera. Bell reunía a los pequeños para acostarlos. Fumó un par de cigarrillos. Iba por el tercero cuando Bell gritó:

—¡El señor Greer está en la puerta, pregunta por ti!

August intentó consultar su reloj con la luz que llegaba a través de la mosquitera. Las nueve. La hora perfecta para largarse al club.

—Dile que no voy.

—Dice que quiere…

—¡Que vaya tirando!

Esa noche August pensaba ir al Latin Casino. Tocaba una *big band* y él y sus amigos lucirían sus trajes en la barra del fondo del club. Después irían a ese garito donde el camarero escondía whisky de maíz de Tennessee en una tina de hielo. August no bebía mucho, pero le gustaba tener un vaso en la mano, le gustaba ir dando sorbos a lo largo de la noche. Y claro, conocería a alguna mujer que lo haría reír y bailaría con él hasta que el sudor le perlara los hombros. La acompañaría a casa, le daría un besito en la mejilla y la dejaría en el portal ya a punto para la siguiente cita. Cuando volviese a verla, la besaría un poco más y así empezaría una nueva aventura. Esas mujeres no le importaban. Sólo le hacían la vida más llevadera, día tras día.

La casa permanecía en silencio. Seguramente los niños lloraban en sus camas, si es que se habían acostado. August no tenía valor para subir a comprobarlo. ¿Y si seguían despiertos? Sería igual de espantoso si se habían acostado con la cara sucia y el pijama mal abrochado, algo impensable si Hattie se encontrara en casa.

«Ahora estará en la carretera —pensó August—. Estarán en la carretera, los dos.» Hattie le había dicho que se iban a Baltimore. Ese tal Lawrence tenía familia allí. Hattie pretendía llevarse a los niños en cuanto se instalara. August la maldijo cuando la oyó decir eso; juró que incendiaría la casa antes que permitir que sus hijos se fueran a vivir con ella y un negro de medio pelo.

Recordó una melodía, una cancioncilla que Cassie solía tocar al piano en casa de Marion, años atrás. Le había dicho que era rusa. Sus hijas sabían un montón de cosas de las que Hattie y él nunca habían oído hablar. Bell siempre estaba leyendo. A veces dejaba sus libros en la sala de estar y cuando él llegaba a casa, de vuelta del

club o de estar con una mujer, los leía. Había encontrado un poema que le gustó tanto que lo leía noche tras noche: «Ésta es la hora de plomo/ recordada si se sobrevive.» No se acordaba del título ni de nada más, sólo de esos versos. Se le antojó que nunca llegaría a entender del todo la belleza de este mundo.

Prendió un nuevo cigarrillo con la colilla del anterior. Floyd no había vuelto. Seguramente ni siquiera había ido a casa de Marion. «Tanto mejor —se dijo August—. Marion se habría presentado para tratarme como a un inútil.»

Una mujer tonta y mezquina. Tendría que haberles dado el piano, porque aparte de Cassie nadie sabía tocarlo; desde que su hija dejó de ir a ensayar, no hacía más que acumular polvo. Cassie tenía un don con ese piano. Un día August fue a buscarla a casa de Marion y que lo aspen si Cassie no sacaba las notas de *Take the «A» Train*. Le contó que había oído la canción en la radio, ¡increíble! Poco después, Hattie decidió que ya no podía seguir con las clases, aunque la mujer de la esquina consideraba que Cassie era tan buena que le enseñaba gratis. Hattie dijo que a una muchacha negra no le serviría de nada llenarse la cabeza de música. «¿Qué hará con eso?», había dicho.

No había ninguna razón para destrozar de aquella manera los sueños de los niños. ¿Y qué, si no le servía de nada? Por aquel entonces, Cassie sólo tenía doce años. ¡Con todo lo que él había tenido que pasar para vivir allí arriba, en Filadelfia, y tener una vida mejor! Como mínimo, vivir mejor significaba que una niña pudiera hacer algo con el único propósito de sonreír. Le dijo a Hattie que la dejara seguir con el piano. Hattie le contestó que no creía que las noches en el bar y el buen gusto en materia de trajes facultasen a August para tomar decisiones sobre sus hijos.

August entró en casa de puntillas y sacó el licor del aparador. Se quedó en el comedor bebiendo de la botella y aguzando el oído por si alguno de sus hijos seguía despierto. Si se habían acostado no era porque él lo hubiese dicho, sino porque estaban demasiado asustados y confundidos para hacer otra cosa. Siempre que él les ordenaba algo, miraban a Hattie para ver si tenían que obedecer. Lo trataban como a un tío tonto que había ido a jugar con ellos, pero que por lo demás era insignificante. Salía de noche, sí, ¿y por qué no iba a hacerlo? Trabajaba cuando podía y siempre le daba a

Hattie la mitad de lo que ganaba, más o menos. Muchos conocidos de August tenían una vida privada ajena a la de casa. Qué demonios, muchos conocidos de August tenían mujeres e hijos a los que nunca veían ni se planteaban ver.

Antes de que August se casara con Hattie, sus amigos le advirtieron de que esa negra de piel clara sólo le traería problemas. Dios, qué guapa era. No tenía más de quince años cuando empezaron a salir, pero ya era una dama. La mitad del tiempo lo miraba como si él acabase de salir de una ciénaga. A Hattie sólo le gustaba August porque se lo ocultaba a su madre y porque le encantaba salir con un pueblerino al que ella consideraba inferior. Si August hubiese tenido una mandolina y llevado una brizna de hierba en la boca, Hattie se habría enamorado de él al instante. En cuanto a la madre, eso ya era una historia muy distinta; lo habría talado como los cedros del Líbano. Esa mujer no dejaba que Hattie ni sus hermanas hiciesen nada. Hattie siempre estaba inquieta; incluso sentada movía el pie o tamborileaba en el brazo de la butaca con los dedos. Cuando conseguía escabullirse de su madre y salir a pasear con él, nunca lo miraba más de unos segundos y sus ojos siempre se desviaban a la calle, como si buscara algo. Él le regaló un pañuelo rojo, pero, como Hattie no podía tenerlo en casa, lo metió en una caja y lo escondió debajo del porche. Le encantaba ese pañuelo, decía que el tacto en su mejilla era tan suave que le recordaba a la brisa del primer día de primavera. Curioso que dijera algo tan extravagante, porque el resto del tiempo era tan correcta y formal que apenas se permitía reír. Pese a todo, Hattie lo fascinaba y August consiguió acabar gustándole un poquito. Una noche se la llevó a casa de su hermano, donde ella hizo con él lo mismo que habían hecho otras chicas. Después de la conquista, la emoción se esfumó para ambos. A Hattie no le importó demasiado cuando él dejó de verla tan a menudo.

Hattie le dijo por carta que estaba encinta. Llevaba semanas sin verla, pero en cuanto leyó la carta corrió a su puerta. Él tenía diecisiete años. No sabía qué quería hacer con su vida porque ninguna de las opciones era buena. Cuando le contó lo de su embarazo, August decidió en ese momento que quería ser padre de familia. Se haría electricista y se casaría con Hattie, que, a fin de cuentas, era una de las chicas más bonitas de Germantown. Ella se

relajaría en cuanto se alejara de su madre. Las noches de verano se sentarían en el porche a tomar batidos y a mirar las estrellas. Tendrían una buena vida. Así que fue a casa de Hattie a hablar con su madre, que ya estaba al corriente, supuso él, porque lo miró como si quisiera clavarle un picahielo en el pecho. Al salir de la casa oyó cómo le decía a Hattie que había arruinado su vida. «Yo no soy la ruina de nadie», había pensado él. Y ahora allí estaban, veintiocho años después, y quizá él hubiese arruinado la vida de Hattie, o Hattie la suya. Se preguntó si ella se habría quedado con él de no haber muerto su madre unos meses antes de que nacieran los gemelos. Las mujeres hacían eso, se hartaban de los maridos y volvían con sus madres. Tal vez Hattie se quedó porque no tenía adónde ir.

Hattie era la culpable de su propia infelicidad. ¿Cómo no iba a verse con otras, si ella siempre estaba enojada? August no la comprendía. Algunas noches Hattie se acostaba dándole la espalda y enroscada como un puño, mientras que otras permanecían pegados hasta el amanecer; ella le arañaba la espalda y le mordía los hombros, y enterraban la cara en la almohada para que sus hijos no los oyeran. Pero los días eran siempre iguales: Hattie no le devolvía las sonrisas y se lo quitaba de encima cuando él intentaba tocarla. Hattie se lo follaba —no se le ocurría otra forma de llamarlo—, pero no le mostraba la menor ternura. ¿No sabía que él también estaba desconsolado? August tampoco se recuperaría jamás de lo que les había sucedido a Philadelphia y Jubilee. O de que Six hubiese estado a punto de morir quemado, lo que lo había trastornado tanto que acabó mandando a ese chico, Avery, al hospital. Cuando August era joven no sabía qué quería para sus hijos, pero seguro que no era eso. Sabía que tendría que haberse portado mejor con ellos, que debía hacerlo mejor, pero también que la partida estaba amañada. No comprendía por qué Hattie no lo admitía; ella le echaba toda la culpa a él. Nunca, ni por un momento, Hattie había dejado de pensar que August era la causa de todo lo malo y él nunca dejaba de esperar que una mañana se levantaría y le demostraría que se equivocaba. Si Hattie dejara de odiarlo un solo día, una sola hora, él tendría fuerzas para portarse como era debido. Aquélla era su vida, nadie la conocía mejor que ellos. Estar juntos era algo que se debían el uno al otro. Ése era su

vínculo.

La puerta de la calle chirrió al abrirse y cerrarse.

—¿Hattie? —August corrió a la sala de estar.

Bell estaba al pie de la escalera.

—¿Qué hacías fuera a estas horas? —preguntó August.

—Daba un paseo.

—¡Es casi medianoche!

Bell se miró los pies. August sabía que debía guardar la botella de licor. Debía preguntarle a Bell si los había visto discutir y encontrar la forma de que su hija se sintiera mejor.

—Sube y acuéstate, no son horas de que las jovencitas anden levantadas —dijo, volviendo al comedor.

Bell lo siguió.

—¿Puedo sentarme un rato contigo?

—Creo que necesitas descansar.

—Madre no va a volver.

August se desplomó en una de las sillas.

—Quién sabe.

—No lo hará.

—¿Por qué dices eso?

—Porque lo sé. Los he visto.

—¿A quiénes?

—A madre y a ese hombre.

—¿Dónde los has visto?

—En la calle.

—¿Hoy?

Bell negó con la cabeza. August sintió los efectos del licor.

—Bueno, qué demonios, puede que no vuelva.

Bell se echó a llorar. August pensó en silbarle una melodía o decirle algo que la hiciera reír. Pero ¿de qué serviría?

—Nos sentaremos aquí a llorar un buen rato. No hay mucho más que hacer.

Bell se sentó junto a su padre, apoyó la cabeza en su hombro y lloró. August encendió un cigarrillo y le acarició el brazo mientras fumaba. Bell tenía una picadura de mosquito que él toqueteó con el índice hasta que ella se revolvió y le dijo que parase. Después se quedó dormida.

—Ahora sí que estamos en apuros —susurró él al cuerpo

dormido de su hija.

Se encontraban tan sólo a unos kilómetros de Baltimore. Hattie no había dicho una palabra durante la hora que siguió al paso del coche patrulla. Tenía a Ruthie en el regazo, con la cabeza del bebé apoyada en el interior del codo. Hattie había seguido acunándola mucho después de que se quedase dormida. Lawrence no veía ningún afecto en el modo en que Hattie mecía a su hija, era como si removiese un puchero de sopa. ¿A cuántos hijos era capaz de querer de verdad una mujer? Lawrence venía de una familia de quince hermanos y siempre le había parecido que su madre lo veía como un estómago quejoso más, otro par de pies al que no le cabían los zapatos del año anterior. Se encogió de hombros mientras conducía. ¿Y qué podía hacer Hattie? Eran demasiados. «Ruthie es para Hattie una más de sus muchos hijos», pensó. ¿Cómo llevaría su hija lo de crecer entre todos esos niños?

Bastaba con fijarse en cómo la sostenía, como si Ruthie fuese una más, un bebé como cualquier otro que necesitara estar en brazos. ¿Y si Hattie ya no podía querer a más hijos? Quizá sólo tenemos una cantidad finita de amor que ofrecer. Nacemos con nuestro cupo, y si amamos y no nos aman lo suficiente, se agota. Lawrence no había amado bastante; se había negado a utilizar su cuota y ahora ésta se desbordaba, comprimida en su interior. Quizá acabase estallando, quizá explotase como un globo.

—Ya casi estamos —dijo.

¿Y qué, si sólo le quedaban un par de dólares? Cobraría una deuda en cuanto llegasen a la ciudad y con eso bastaría hasta la siguiente partida. Al cabo de una semana alquilaría una casa. «Antes de una semana», pensó Lawrence.

A Hattie le dijo:

—Volveremos a Filadelfia en tren y los recogeremos. Seguro que los más pequeños nunca han viajado en tren. Tendremos una casa con un gran jardín y puede que un columpio. No te imaginas cómo son los porches…

—¡Para! ¡Por favor, cállate aunque sea un momento! ¡No lo soporto!

—¿Y si empiezas a hablar tú, Hattie? ¿Y si dejas de estar ahí sentada como un carámbano y por un momento te comportas como

si te alegrase estar aquí conmigo, maldita sea?

Lawrence no pretendía alzar la voz, pero ella se mostraba tan… ¿Acaso no entendía el sacrificio que él estaba haciendo? Como mínimo, Hattie podía sonreírle o darle ánimos.

Hattie tomó aire antes de hablar.

—Cuando era pequeña, mi padre nos llevó a ver a su familia a Savannah. Fuimos a una franja estrecha de playa rocosa que había para los negros. Mamá no nos dejaba nadar, pero aproveché que había ido a hacer algo para levantarme la falda y correr al agua.

»Mi primo Coleman vino por detrás y me salpicó el vestido —siguió, con una mano en la rodilla regordeta de Ruthie—. Como él sabía nadar, me hizo una demostración. Flotó de espaldas y escupió agua como si fuera una fuente, y también buceó tan hondo que yo sólo alcanzaba a verle las piernas saliendo del agua como unos palitos marrones. Luego empezó a flotar con los brazos a los lados y la cabeza apenas asomada a la superficie. ¡Estaba encantada! Era como si empujase el agua para elevarse y después volvía a desaparecer. Siguió haciendo eso y fue divertidísimo, pero de repente se sumergió y no volvió a salir. Esperé en la parte poco profunda a que apareciese imitando las pinzas de un cangrejo con las manos, pero no lo hizo. De pronto, todos gritaban y corrían. Me volví hacia la orilla y vi que mi madre sujetaba a la de Coleman para que no se lanzara tras él. Salí y aguardé en la playa. Poco después un hombre salió del agua con Coleman en brazos y supe que se había ahogado.

»Ahogarse no es lo que parece. ¿Entiendes lo que te digo? —Hattie miró a Lawrence—. Te lo he dicho esta mañana. Te he dicho que no soportaría ser una tonta por segunda vez.

—Nadie se ahoga, Hattie. Estoy aquí para ayudarte.

—¿Ayudarme? No necesito ayuda, Lawrence, sino un puerto seguro en medio de la tempestad.

Lawrence se había pasado toda la vida ocupándose sólo de lo inmediato, de las necesidades básicas para su supervivencia: comida, techo, dinero. Hattie le resultaba incomprensible. Siempre había ahogados o puertos, o algo inmenso imposible de solucionar y que ni siquiera debía plantearse. Pero era el presente lo que importaba: aquel coche, aquella carretera, llegar a Baltimore. Lawrence siempre había considerado aquel malestar de Hattie como

una especie de canción bonita y triste, pero quizá sólo fuese una mujer sombría y opresiva. Demasiado para él. ¿Cómo iba a cuidar de alguien así, imposible de cuidar porque siempre se preguntaba el porqué de las cosas? Pero Lawrence no era un hombre dado a complicar una situación de por sí complicada. No había llegado a donde estaba metiendo las narices en sitios turbios. Mejor quitarle hierro al asunto, calmar las cosas y usar su labia para salir del paso.

—Los dos estamos nerviosos, eso es todo. Un poco tensos.

—Claro. Un poco tensos —dijo Hattie.

La noche anterior a que Hattie lo dejara, August se había acostado tarde. Se despertó por la mañana con el sol atizándole con ambos puños. La casa estaba en silencio y bajó a la cocina deseando que Hattie hubiese salido. Pero allí estaba, sentada a la mesa con Margaret en el regazo. Hattie apenas lo miró cuando él entró.

—¿Cómo está la niña hoy? —A August le encantaban los bebés, sus cabecitas bamboleantes y ese olor suyo a talco y mantequilla. Margaret era tranquila y no lloraba demasiado—. ¿Está bien? Tiene buen aspecto.

—Está bien, August —dijo Hattie.

August se puso a revolver los armarios.

—No me lo desordenes todo para buscar el café —le advirtió Hattie.

—Ya la cojo yo.

Hattie no le hizo el menor caso y sostuvo a Margaret con un brazo mientras metía el otro en la alacena.

—El dinero para la factura de la electricidad no está en el bote.

—Lo meteré el próximo día de paga —dijo August.

Hattie dejó a Margaret en el moisés que había en la mesa.

—Llevamos un mes de retraso.

—La compañía eléctrica puede esperar una semana más. No va a quebrar.

—Nos cortarán la luz dentro de una semana.

—¿No tienes algo de dinero reservado? Sólo hasta que me paguen.

—No, August. No tengo.

—Te lo devolveré la semana que viene.

—No lo harás, August. No lo has hecho en la vida. Te llevas

cada centavo que ahorro.

—Es demasiado temprano para hablar de todo esto, Hattie.

—¡Son las doce del mediodía!

Hattie encontró el bote de café y lo depositó ruidosamente en la encimera.

—Acabo de tener una idea: podrías pedir un préstamo en ese garito al que vas —añadió Hattie—. A estas alturas ya te deben algo: toda la ropa que mis hijos no llevan y todos los zapatos que no calzan están pagando las facturas de electricidad del garito.

—No empieces con eso ahora, no estoy de humor.

—Ni yo, te lo aseguro. Ni tampoco estoy de humor para sentarme a oscuras la semana que viene. Encuentra ese dinero.

—No puedes esperar al menos a que tome un sorbo de agua antes de empezar a abroncarme, ¿verdad? Estabas aquí preparada, esperando.

August se encaminó a la puerta de la cocina. Sin volverse, añadió:

—No hay ningún dinero que encontrar, Hattie. Es la semana que viene o nada.

Llegaba a la puerta cuando notó una corriente de aire. Algo grande y negro le pasó rozando.

—¡Estás loca, mujer!

La sartén de hierro no lo alcanzó por poco y se estrelló en la pared opuesta. Aterrizó en el suelo con el estruendo que provoca un accidente de tráfico. Margaret sollozó.

—¿Estás loca? ¡Podrías haberme abierto la cabeza! —El yeso se había partido en el punto donde había impactado la sartén—. ¿Qué te ha dado, Hattie? Cálmate. Hay un bebé en la habitación.

August hizo ademán de sacar a Margaret del moisés.

—No la toques —dijo Hattie.

—Basta ya, Hattie. ¡Mira cómo llora!

—¡No toques a mi hija!

—Maldita sea, Hattie, también es hija mía, y ahora mismo llora tanto que echará la casa abajo y tú estás demasiado ocupada haciendo locuras para atenderla.

—¡No es hija tuya! ¡No es tuya y no quiero que la toques!

Hattie levantó una mano como si fuera a cubrirse la boca. Eso habría estado bien, volver a meterse esas palabras asquerosas

garganta abajo. Pero no lo hizo y quedaron suspendidas entre ellos. Margaret berreó. La respuesta instintiva de August fue cogerla en brazos, siempre se le habían dado bien los bebés llorosos. Quiso sacarla del moisés y acunarla un rato. Quiso cantarle hasta que se quedase dormida. «Hattie habla por hablar —se dijo—. Está cabreada y ha soltado lo primero que le ha pasado por la cabeza.» Pero August tenía lágrimas en las mejillas. De pronto se sintió muy cansado. Quiso sentarse a la mesa y apoyar la cabeza en las manos.

—Cállate de una vez, Hattie. Calla antes de decir algo que no puedas retirar.

—Ya lo he dicho, August.

—No digas esas groserías. No quieres hablar así.

Esperó que lo retirara, que admitiera haberlo dicho por rabia y rencor. «Vamos, Hattie. No me hagas estar de pie en la cocina llorando como un bebé.»

—¿Hattie?

Ella negó con la cabeza. Cogió a Margaret y le frotó la espalda. A August le pareció que la sostenía más fuerte, de un modo más protector que antes, como diciendo «Es hija mía, no tuya».

—¿Quién es? —preguntó August.

—No lo conoces. Da lo mismo.

—¿Da lo mismo? ¡Te has abierto de piernas! ¿Has sido la puta de alguien y da lo mismo?

—No me hables así, August.

—¡Has hecho pasar a esta niña por mi hija! ¿La visto y le lleno el estómago y me dices cómo debo hablarte?

—¡No me juzgues! Vivo con tus líos de faldas y tus juergas todos los días de la semana. He ahorrado para la entrada de dos casas y he acabado gastándolo en facturas de electricidad y ropa para estos niños. He sido una bestia de carga durante veinticinco años. Desde que abro los ojos por la mañana hasta que me acuesto por la noche, me haces infeliz. Piensa en eso antes de insultarme.

—Coge a este bebé y sal de mi casa.

—Me iré, pero me llevaré a mis hijos.

Entonces August dijo que antes le prendería fuego a la casa. Salió apresuradamente de la habitación y subió la escalera. Quince minutos después estaba vestido y se marchaba dando un portazo. No esperaba que Hattie se largara. No sabía cómo acabaría todo

aquello, pero no creía que ella fuera a marcharse. Cuando unas horas después regresó, encontró la casa vacía y una nota de Hattie sobre la cama.

> *Se llama Lawrence Bernard. Sólo te lo digo por si les pasa algo a los niños y tienes que localizarme. Me voy a Baltimore. Volveré por mis hijos. Los he mandado al parque. Puedes comunicarte conmigo a través de Marion.*

August no comprendió cómo a Hattie se le había ocurrido mandarlos al parque sin decirles que se marchaba y sin prepararles nada de cenar.

Lawrence tomó la salida de Baltimore. Los edificios que se recortaban en el horizonte eran bajos y las luces no eran tan brillantes ni numerosas como en Filadelfia. Aquella sombría ciudad parecía reflejar cómo estaban las cosas entre Hattie y él. Pero, pese a su enojo y desánimo, Lawrence se descubrió temiendo que a ella la decepcionase Baltimore, que no quisiera quedarse ni seguir con él.

—Daremos un paseo por el puerto. Es muy bonito de noche, con los barcos. Sólo tengo que parar un momento en la estación de tren.

—¿En la estación? Estoy cansada, Lawrence.

—Luego iremos a Federal Hill. Conduciré deprisa, es sólo para que te hagas una idea. Puede que te recuerde a tu tierra. Ahora estamos en el Sur, la gente es simpática.

—Los segregacionistas no suelen ser muy simpáticos, por lo que yo recuerdo —repuso Hattie.

Lawrence siguió conduciendo mientras nombraba en voz alta las calles por las que pasaban: Light, North Charles y Calvert. Se sentía como un tonto, parloteando de los edificios famosos de la ciudad; pero, si dejaba de hablar, la aprensión de ambos llenaría el silencio como un torrente de agua.

—Lawrence, estoy agotada y Ruthie tiene que acostarse. Vamos a donde tengamos que ir.

—Tienes razón. Sí. Disponemos de todo el tiempo del mundo.

Se arriesgó a ponerle una mano en la rodilla. Hattie no la apartó.

—Hay tanto silencio aquí… En casa nunca estoy tranquila hasta pasada la medianoche. Y ahora ni eso. —Hattie miró a Ruthie—. Se despierta cada tres horas.

Lawrence notó una urgencia creciente en su voz. Le frotó el muslo para tranquilizarla. Hattie se volvió hacia él con tal brusquedad que casi se le cayó el bebé.

—Siempre hay alguien que quiere algo de mí —dijo casi en susurros—. Me comen viva.

Lawrence siguió con la vista al frente. No se atrevió a mirar a Hattie y delatar lo que sentía. Luego dijo con suavidad, vacilando:

—Si necesitas descansar un poco, podemos esperar a traerlos… —Intentó que su voz no trasluciera el alivio que sentía.

—¡No! ¡No! —exclamó Hattie—. No quería decir…

—¡Ni yo! —se apresuró a replicar Lawrence.

Aunque sí había querido decirlo y estaba seguro de que ella también.

Siguió conduciendo por las avenidas vacías, doblando al azar por una calle u otra. No estaba seguro de por qué se demoraba. Pasado un rato dijo:

—Tenemos que hacer esa parada en la estación.

—¿No podemos ir directamente a la pensión, por favor? Estoy muy cansada.

—Será sólo un momento, ya verás.

—¿Para qué?

—Tengo que ver a un hombre para lo del trabajo de mozo.

—¿A estas horas?

Lawrence aparcó frente a la estación.

—Ya hemos llegado.

Hattie suspiró.

—Yo también entro.

—Si será sólo un momento…

—¿Qué te pasa, Lawrence? Querías venir aquí, ¿no? Pues ahora déjame estirar las piernas y usar el baño.

Eran casi las diez de la noche y la calle estaba vacía. Lawrence adelantó a Hattie unos pasos.

—¿Por qué andas tan deprisa? —preguntó ella.

«¿Qué hago? Estoy perdiendo los nervios», pensó Lawrence.

Había unas pocas personas en el vestíbulo: un hombre en la

ventanilla, otro que fregaba el suelo y una mujer que llevaba una bandeja con un termo y tazas de café. Hattie tenía los ojos enrojecidos e hinchados y el pelo aplastado por detrás. Su falda estaba arrugada e intentó alisarla con la mano que tenía libre. Parecía una niñita, desaliñada y asustada, más pequeña incluso bajo el alto techo de la estación. Lawrence le mostró el aseo de mujeres negras y le dijo que esperase junto a la taquilla cuando hubiese terminado.

—Creí que sólo ibas a tardar un minuto —dijo ella.

Lawrence ya se alejaba, fingiendo no haberla oído. Salió del vestíbulo y recorrió un pequeño pasillo donde había un quiosco que cerraba durante la noche. Llamó dos veces a la puerta.

—¡Mira quién está aquí! —exclamó el hombre que abrió.

—¿Cómo va, Scoot? —dijo Lawrence.

—Hay partida abajo. Creía que no llegabas hasta mañana.

—No puedo quedarme, Scoot. Pero necesito esos cincuenta que me debes.

—Todavía no los tengo. Aún no hemos empezado —repuso, riendo entre dientes.

—Sé que algo tienes.

—Voy a jugar con eso. No puedo separarme de la pasta antes de una buena partida, y lo sabes.

Lawrence golpeó con el pie en el suelo, impaciente.

—Puedes dar todos los golpecitos que quieras. Tienes que entrar en la partida, están Ray y todos los demás.

Lo mejor de Baltimore. Podría sacarse quinientos dólares, quizá más.

—Ya te he dicho que no puedo quedarme.

—Oye, si tanto quieres ese dinero, mueve el culo hasta ahí abajo y échale un vistazo a la mesa.

—No tengo tiempo.

—Pues lo fabricas. Pero ¿qué te pasa?

Scoot cruzó una puerta que daba a una escalera. Lawrence lo siguió a las entrañas de la estación. El olor a carbón y a máquinas que se enfriaban era insoportable. Arriba los motores iban al ralentí y las ruedas de acero chirriaban en las vías. Lawrence y Scoot pasaron por un pasillo de techo bajo, tan estrecho que tenían que andar en fila india. Doblaron la esquina y un haz de luz los enfocó

desde una puerta entreabierta que había al fondo.

—Vaya, vaya —dijo Ray cuando entraron Lawrence y Scoot.

Había ocho hombres sentados alrededor de una mesa con montones de fichas. Una nube de humo flotaba suspendida como un estrato por encima de sus cabezas. Una mujer con un vestido verde ceñido estaba sentada en el rincón, junto a una mesa más pequeña donde había comida, termos de café y una botella de whisky. En esas partidas siempre estaba la novia de alguien. Al cabo de unas pocas horas estaría adormilada con la boca abierta, la mandarían arriba por más bebida o cigarrillos y todos mirarían cómo se le movía el culo bajo la tela del vestido. Unos faroles de aceite colgaban del techo bajo y el hedor a queroseno se sumaba al hacinamiento, el calor y el humo.

Ray tenía su piedra de la buena suerte en la mesa, a su lado. La tocaba, ausente, con el pulgar. Cómo lo delataba, pensó Lawrence. Ray nunca aprendería a guardarse esa cosa en el bolsillo.

—Caballeros —saludó Lawrence.

Ray tenía delante sus fichas y un vaso de agua. No bebía ni fumaba y estaba tan flaco como un gato callejero. Lawrence carraspeó y se tiró del cuello de la camisa.

—¿Juegas? —preguntó un hombre al que nunca había visto.

Lawrence echó un vistazo a la habitación. El chico que guardaba el dinero contaba un fajo de billetes de veinte. Seiscientos, quizá setecientos dólares. Lawrence tendría que acabar jugando, pero no esa noche, la primera que Hattie y él pasaban juntos. Tarde o temprano, ella debería acostumbrarse a sus ausencias, claro, y a que llegase tarde por la noche. Y era verdad que él tendría que volver a viajar: subir a Nueva York al menos una vez por semana para las partidas grandes, a Washington para otras, y también a apostar en la lotería clandestina para que la pasta siguiera corriendo entre partidas. Ahora tendría nueve bocas que alimentar. Volvió a echar una ojeada al dinero; el mismo lunes ya podría alojar a Hattie en una casa.

—¿Juegas o no? —dijo Ray.

—Bueno, no he venido a mirar. Pero primero tengo algo que hacer.

Los jugadores intercambiaron una mirada.

—¿Qué es eso de que tienes algo que hacer? Un tipo ha venido

desde Boston para esta partida. —Ray cogió su piedra y la movió en la mano—. ¿Se supone que tenemos que esperarte?

—Nosotros también tenemos cosas que hacer, joder —dijo el jugador desconocido.

Ray le echó una mirada. El hombre bajó la vista y volvió a juguetear con sus fichas. Ray se levantó y se acercó a Lawrence.

—Estás retrasando la partida y sabes que no me gusta que la gente entre y salga. Esto no es una puta feria rural. Será mejor que te sientes.

La mujer del vestido verde dijo:

—Ha venido con una damita y un bebé. Lo están esperando. —Antes de que Ray pudiera preguntar, añadió—: Los he visto entrar cuando he ido por café.

—Ah, has venido con tu mujer. Tráela, entonces —dijo Ray.

—No es esa clase de señora.

Ray se echó a reír.

—Un memo al que le van las finas. Bien. Tienes una hora. Una hora.

Salieron de la habitación y Scoot le metió dos billetes de veinte en la mano.

—¿Te acuerdas de cómo se sale?

—Yo ya venía por aquí cuando tú dabas tus primeros pasos —repuso Lawrence.

—Pues tú darás tus últimos como no estés de vuelta dentro de una hora.

Ganaría cientos de dólares esa noche, lo bastante para comprar muebles y empezar con buen pie. Se inventaría algo para justificar su ausencia. Tendría que distraerla. De momento Hattie debía creer que Lawrence ya no jugaba; por su bien, para que no se asustase. Se enfadaría, pero la pensión era bonita, la señora James prepararía un buen desayuno y le haría monerías a Ruthie.

Lawrence subió los escalones de dos en dos. Sentía en la garganta el mismo cosquilleo que cuando jugaba y sabía que iba a ganar. Nunca fallaba: cuando Lawrence notaba ese cosquilleo, todo salía a pedir de boca. Todo iría bien con Hattie. La aprensión del viaje había desaparecido. Jugar a las cartas lo hacía sentirse tal como era, listo y optimista.

Dejó una caja de cerillas en el pasador de la puerta para poder

entrar después en el quiosco. «Hattie me espera —pensó Lawrence—. No a August, sino a mí. ¡Increíble!»

Llegó al gran vestíbulo.

—¿Hattie?

No estaba.

—¿Hattie? —llamó.

No estaba junto a la taquilla ni en ninguno de los bancos de la sala de espera. Fue a los servicios y escuchó ante la puerta del aseo de señoras. Alguien abrió un grifo. «Qué estúpido —pensó—. Yo aquí corriendo como un idiota y ella sólo se está refrescando.» Lawrence volvió al gran vestíbulo. Hattie lo tomaría por loco si lo encontraba esperando ante la puerta del baño. Se quedó mirando el pasillo por donde saldría Hattie. Pasó un minuto y luego otro, hasta que por fin oyó el repiqueteo de unos tacones en el suelo de mármol.

Apareció una mujer con una sombrerera. Nadie la seguía.

—Disculpe, señora —dijo Lawrence—. ¿Señora?

La mujer lo miró sorprendida.

—Perdone la molestia, señora, pero mi mujer me esperaba aquí con nuestra pequeña y no las… Me pregunto si las ha visto en los servicios.

La mujer lo miró de arriba abajo y luego respondió:

—Sí que he visto a alguien hace un rato. Creo que salía de la estación.

Hattie había salido para esperar en el coche. Estaba cansada, pobrecilla. Seguramente Ruthie y ella se habrían quedado dormidas. Lawrence cruzó la calle y miró dentro del Buick; no estaban allí.

Volvió a entrar corriendo en la estación. El empleado de la taquilla dormía apoyado en la ventanilla de cristal.

—¡Señor! —exclamó Lawrence, llamando a la ventanilla.

El hombre se despertó sobresaltado y miró a Lawrence con desconfianza. Tenía la tez cetrina a la luz de los fluorescentes y cuatro mechones de pelo pegados a la frente sudorosa.

—¿Qué quiere? Esta noche no hay más trenes.

—Perdone, pero ¿ha visto aquí a una mujer con un bebé? Hará unos minutos.

—Sí, la he visto.

—¿Y sabe adónde ha ido?

—A Filadelfia, supongo. Ha comprado un billete para el tren de las diez y veinticinco.

—¿Qué andén?

—Son las diez y treinta y seis, el tren ya ha salido.

—¡Qué andén! —gritó Lawrence.

—Vigile ese tono —dijo el hombre. Se inclinó hacia delante—. Andén nueve, pero le repito que ese tren ya ha salido.

Lawrence corrió. En el andén nueve no había nadie en absoluto: ningún mozo, ningún empleado de la limpieza ni ningún maquinista fuera de servicio. Ni siquiera alcanzó a oír el eco de las ruedas en la vía ni a atisbar el menor resplandor de las luces traseras del tren. Un vago aroma a gasóleo impregnaba el aire. Lawrence supo, aunque buscaría en el coche por si encontraba una nota o la maleta, que el humo del gasóleo era todo lo que quedaba de Hattie.

A las cuatro de la madrugada la puerta de la calle se abrió y se cerró. August miró hacia la sala de estar y vio que Floyd se descalzaba en el zaguán. Ese chico no iba por buen camino: un hombre crecido que seguía en casa de sus padres y siempre con misterios; la mitad del tiempo nadie sabía dónde estaba. Pero August se imaginaba en qué andaba metido su hijo. Ya lo veía volviendo un día a casa diciendo que había dejado embarazada a una chica, para luego no hacer nada con su vida ni con su trompeta. August intentó levantarse, pero Bell tenía la cabeza en sus rodillas y se le habían agarrotado las piernas después de tantas horas en la misma posición.

—¡Floyd! —susurró August, intentando no despertar a su hija—. ¡Floyd!

Para cuando consiguió ponerse en pie, Floyd ya había subido la escalera. August dejó a Bell recostada en la silla y fue a la sala de estar. Tomó un último trago de licor y fumó un último cigarrillo.

En las horas que había pasado ante la mesa de la cocina, August no había resuelto nada. No se le había ocurrido qué podía darles a sus hijos para desayunar. Tampoco había decidido si permitiría que Hattie se los llevase o si debía ir a Baltimore a encargarse de Lawrence. Se imaginó la confrontación, aunque no conocía a ese tipo. Sería un negro guapo de piel clara y le sangrarían la nariz y la boca cuando August lo golpeara. Pero no creía que una pelea fuera

a arreglar nada. No soportaba verse incapaz de actuar, necesitar que Hattie volviera para solucionar el hecho de que Hattie lo había abandonado.

La planta baja apestaba a humo. August pensó en quedarse ahí sentado hasta la mañana. No podía enfrentarse al dormitorio, pero antes del amanecer tendría que subir, o arriesgarse a que sus hijos bajaran y lo encontraran desaliñado, borracho e impotente.

Un motor aminoró la marcha en la calle. El brillo de los faros barrió la estancia. En esos escasos segundos de luz, August vio los envoltorios desparramados por el suelo, los zapatos en la puerta y la alfombra arrugada en un rincón. Los niños no debían encontrar la casa hecha un desastre cuando bajaran por la mañana. Se levantó con dificultad de la butaca y empezó a enderezar los cojines del sofá.

La puerta se abrió y allí estaba Hattie con Margaret en un brazo y la bolsa de viaje en el otro. Parecía una trotamundos.

Hattie entró y cerró la puerta. August hizo ademán de encender la lámpara que había junto al sofá.

—Déjala apagada —dijo Hattie—. Si no te importa.

Permanecieron uno frente al otro en la penumbra; la luz de una farola se filtraba por la ventana.

—¿Ese hombre ha vuelto a traerte aquí?

—No, he venido en taxi.

—¿Desde dónde?

—Desde la estación de tren.

—¿Dónde está él?

—En Baltimore.

Lo apropiado era insultarla o abofetearla o echarla a la calle en plena noche. Lo había abandonado con todos sus hijos. Sostenía al bebé de otro hombre en sus brazos. Cualquiera hubiese coincidido en que tenía que hacerle algo espantoso a aquella mujer, pero ella se había ausentado quince horas y durante esas quince horas la vida de August se había desmenuzado como un terrón de tierra seca.

Bell entró corriendo en la sala de estar.

—¡Madre! —exclamó, avanzando para abrazarla.

—Despertarás al bebé —dijo Hattie. Le dio un par de golpecitos en el hombro y añadió—: Ve a acostarte.

—Pero es que estaba tan… —empezó Bell, al borde de las

lágrimas.

—Es tarde —zanjó Hattie.

Cuando Bell ya no estaba, Hattie se dirigió a August.

—No volveré a verlo.

—¿Por qué has vuelto?

—Por mis hijos.

—¿Te ha hecho algo?

—No me preguntes eso. No me preguntes nada de él. Yo nunca te he preguntado nada.

—Yo nunca me he largado de casa.

—Nunca has tenido motivos para hacerlo.

Hattie se sentó en el extremo del sofá con el bebé en el regazo.

—Puedo ir a casa de Marion por la mañana. Yo no… no sabía adónde ir esta noche.

—Los niños estaban muy asustados.

—¿Crees que no sé la que he liado? Por Dios, August, estoy agotada.

—¡Tú! —August no podía decirle que ni siquiera había sido capaz de darles de comer sin ella—. Si te fueras mañana, sólo sería peor para los críos.

—Esto huele como un bar de mala muerte. Tendrías que airearlo un poco.

August se desplazó por la sala abriendo las ventanas como Hattie le había pedido. Entraron los olores nocturnos: el rocío de la hierba, el cubo de basura del vecino, las caléndulas que Hattie había plantado en la entrada.

—Espero que no pienses que todo va bien entre nosotros. Nada está bien.

—¿Y cuándo lo ha estado, August?

—No sé cómo se supone que debo mirar a Margaret todos los días.

August oyó un sollozo, un gemido apagado que podía haber sido el bebé, pero cesó tan bruscamente que supo que había sido Hattie. Se le revolvió el licor del estómago. Se detuvo frente a ella y levantó los brazos a los lados, no como una invitación al abrazo sino como un gesto de resignación, como diciendo «Aquí estamos, esto es lo que hay». Dejó caer los brazos y se sentó con un quejido en el sofá. Había demasiadas decepciones que nombrar y demasiado

dolor. Ellos se hallaban más allá de cualquier forma de castigo o de perdón, más allá de lo que se habían infligido el uno al otro, más allá del amor.

—Ahora la llamo Ruthie —dijo Hattie.

—¿Para qué?

—Quiero… Me gustaría que también la llamaras así.

—Ruthie —repitió August.

—Por favor.

August asintió con la cabeza en la habitación en penumbra. Se lo concedió, aunque Hattie no pudo verlo.

Ella

1954

Ella se despertó llorando y no paró aunque Hattie la acunó, le cambió el pañal y la alimentó, aunque le dio un terrón de azúcar para que lo chupara, le envolvió los pies en una tela cálida y le frotó la barriga por si era un cólico lo que la inquietaba. Pasaron tres horas, tres horas de gritos agudos que hubiesen hecho aullar a un perro. Los otros niños no lo soportaron. Se marcharon antes a la escuela, salieron corriendo de casa con las camisas mal abrochadas y los cordones de los zapatos desatados. August jugó en vano al caballito con la criatura en la rodilla y luego se fue al puerto, donde, curiosamente, aquella mañana había conseguido un buen turno de trabajo.

—¡Volveré a las doce! —gritó al salir por la puerta.

Hattie se quedó sola con su hija. El llanto de Ella la irritaba, la hacía sentirse desesperada, mezquina y asustada. Salió a los escalones del porche con la esperanza de que el aire matinal las calmase a ambas. Eran casi las nueve de la mañana y en las casas reinaba el silencio: los niños ya se habían marchado al colegio, las mujeres iban camino de los autobuses que las llevarían a los barrios de los blancos y los hombres, vestidos con trajes o monos de trabajo, se dirigían a una tienda, una fábrica o un edificio de oficinas. Hattie creyó percibir en la brisa cierto aroma a humo de leña, aunque no hacía suficiente frío para encender las calderas y, además, todas las casas de su calle usaban carbón. El otoño siempre le recordaba las estufas de leña de su infancia. Pasó una vecina. La saludó secamente y siguió su camino.

Hattie hizo las tareas de la mañana con Ella envuelta en una

sábana que se anudó alrededor del pecho. Lavó las tazas del desayuno de sus hijos, limpió las gachas derramadas por la mesa y separó unas monedas para el lechero. Era importante hacer lo que tocaba, independientemente del día que fuera o las circunstancias que se dieran. Sacó los zapatos de otoño e invierno del armario del zaguán y los redistribuyó como solía hacer en octubre. Los que les venían pequeños a los niños mayores pasaban a los hermanos menores y al mayor se le compraba un par nuevo si había dinero, o embutía los pies en los zapatos del año anterior si no lo había. Hattie sacó del estante superior la caja donde guardaba los diminutos zapatitos y los blandos botines de cordones que Philadelphia y Jubilee habían llevado unas pocas veces, treinta y un años atrás. Esos zapatos eran el único calzado de la casa que nadie había heredado ni reutilizado. Hattie quería bañarlos en bronce. Los limpió con la crema y el paño que guardaba en la caja para tal propósito. A Ella le gustaba el olor y dejó de llorar.

Eran las diez y media cuando terminó. Sacó al bebé de la sábana y se acostó con ella en la cama, pero Hattie estaba inquieta y se levantó de un salto para quitar el polvo del tocador. Las motas flotaron en la oblicua columna de sol que entraba por la ventana. Ella extendió los brazos y cerró la mano sobre una plumita que se había desprendido del edredón. El verano anterior, una tormenta había hecho entrar por la ventana una nube de flores de cerezo que, después de muchas piruetas, acabaron aterrizando en las sábanas grises y las almohadas aplastadas. Por aquel entonces Ella era demasiado pequeña para compartir el deleite que había sentido Hattie.

Hattie vertió un poco de jabón en el tocador, el tocador de su madre, y empezó a limpiarlo. Años antes, August había olvidado encima una taza de té y manchó la madera. Hattie casi lo abofeteó cuando descubrió la marca, a punto estuvo. Él le había prometido lijarla y darle un buen acabado. Ya.

Ella estaba sentada en el centro de la cama, con la barbilla sepultada en el pliegue del cuello, esa barbilla con su pequeño hoyuelo. Hattie le cantó mientras limpiaba el tocador: «A mi niña le gusta el pan de manteca, a mi niña le gusta…» El bebé extendió un brazo; el brazo izquierdo, reparó Hattie, porque quería recordar hasta el menor detalle de su hija. Tenía que cortarle las uñas.

«Ahora se dormirá —pensó— y yo la miraré mientras duerme, y archivaré en mi cabeza sus rizos castaño oscuro y su piel color nuez moscada y ese ronroneo que hace como si fuera un gato al adormecerse.» A las dos llegaría Pearl, la hermana de Hattie. A las dos, Pearl se llevaría a Ella a Georgia y Hattie se quedaría en el porche, viéndola marchar.

Habían pasado cinco años desde la última vez que Hattie había sostenido a un bebé en brazos, y con cuarenta y seis cumplidos creía que ya no tendría más hijos. Cuando no tuvo la regla, esperó que fuese la menopausia; ya estaba harta de sangre, leche y partos. Pero entonces aparecieron los pechos hinchados, los antojos de granizado y rodajas de pepino y el familiar palpitar en el vientre. No se le había olvidado ese palpitar, aquellos dos corazones latiéndole dentro del cuerpo. Siempre que sentía eso lo sabía, sin necesidad de ir al médico. Una noche, acostados en la cama, se lo dijo a August.

—Tendrás que sacar el moisés del desván.

August se incorporó como un resorte. Hattie notó que sonreía y quiso darse la vuelta y abofetearlo. Todos sus años de infelicidad no habían atenuado la necesidad física que sentían el uno por el otro. Pasaban días en que apenas le dirigía la palabra a su marido, pero las noches eran otra cosa, sus cuerpos eran otra cosa. Hattie decía y hacía cosas con August de las que se avergonzaba. En plena noche, acostados en la cama, jadeantes y sudorosos, se miraban perplejos. Ella no sabía qué pensar de esa esporádica necesidad que sentía de él; la había confundido y humillado durante sus treinta años de matrimonio. Aquellos interminables embarazos. Y, peor aún, que su cuerpo se empecinase con un hombre que era el mayor error de su vida. Sólo tenía quince años cuando se conocieron, era demasiado joven para entender que seducirla en casa de su hermano era lo único que a él le interesaba de aquel cortejo. Después, cuando se cansó de ella y dejó de verla, Hattie nunca reveló cuánto le había dolido, hasta el punto de no poder dormir por las noches, hasta el punto de la náusea. «Madre tenía razón al llamarlo mi ruina —pensó Hattie—. Si hubiese sabido lo que iba a pasar, me habría arrojado al río después de enterrar a mis gemelos.»

—A lo mejor podrías volver a encontrar trabajo en el astillero.

Puede que la señora Mark ya no me necesite, se va a vivir a Florida para estar con sus nietos.

—Ya te estás preocupando. Nos apañaremos. No será más difícil que con el resto. Y por ahora ninguno ha pasado hambre.

«¿Ah, no?», pensó Hattie.

Al fondo del pasillo los niños dormían, tres en cada dormitorio. Hattie casi los oía crecer, oía las muñecas que se alargaban y asomaban por los puños de las mangas, los pies que ya no cabían en los zapatos, los hombros que se ensanchaban y tiraban de la tela de sus abrigos. Llevaba dos semanas dándoles judías blancas con huesos de jamón para cenar y leche en polvo con gachas para desayunar. Estaban flacos y tenían una expresión dura que resultaba turbadora en la cara de un niño.

Ella nació a finales de un mes de abril inusualmente cálido. Hattie se puso de parto en la bañera, mientras hacía una colada ajena para ganar un dinero extra. El parto apenas duró tres horas y cuando el médico se marchó llegaron unas pocas vecinas, mujeres de la misma calle que aparecían en los nacimientos y los funerales o para tomar la ocasional taza de té en el porche. Limpiaron la sangre, cuidaron de sus otros hijos y le llevaron parte de lo que habían cocinado ese día: un cocido de alubias, una fuente de pollo. La más anciana, Willie, era de algún pueblo de Carolina. Willie siempre había sido vieja. Tenía la piel color barro y un acento sureño tan marcado que parecía haber llegado de Bugaloo el día antes. Las mujeres más jóvenes veían a Willie como una pueblerina, aunque la mayoría de ellas también era de pueblo; casi todas vestían y pulían sin descanso sus personalidades de mujeres del Norte para despojarse por completo de las aldeas sureñas de donde ellas o sus familias habían salido hacía cinco, diez o veinte años, de los rojos senderos de tierra y los campos en régimen de aparcería, o bien alardeaban de los amplios porches de sus familias en el buen barrio negro donde se habían criado, lo cual equivalía a exigir indirectamente que Filadelfia les diese lo que se merecían.

Willie se llevó la placenta de Hattie y la enterró bajo el roble que había frente a la casa. Era un árbol grande y ancestral, de raíces tan gruesas y fuertes que rompían el asfalto del suelo. «Para que el espíritu de la niña se quede cerca de casa», dijo Willie. Las mujeres del vecindario no querían admitir que creían en esas cosas, pero

siempre dejaban entrar a Willie en las habitaciones donde parían. Después chasqueaban la lengua, negaban con la cabeza y decían: «La pobre Willie, qué sabrá ella.» Pero también eran demasiado listas para darle la espalda a la posibilidad de tener suerte, fortuna o bendición, en cualquier forma que pudiese tomar. Si las supersticiones de Willie podían facilitar, quizá, que sus hijos prosperasen en Filadelfia, entonces adelante. Hattie las consideraba unas ingenuas con expectativas estúpidas, pero también ella permitía que Willie practicase el ritual. Y aunque las otras mujeres de la calle Wayne también se sentían heridas y escarmentadas por el Norte, como Hattie, ella insistía tanto en la singularidad de su decepción que olvidaba que no era la única en tales circunstancias.

A las once Hattie aún no había terminado de quitar el polvo del tocador. Cuando Ella gimoteó, la cogió en brazos. Toda la habitación olía a jabón Murphy. Distraída, Hattie había echado demasiado y la mesa del tocador estaba llena de pegotes. Enjugó el jabón con una mano mientras con el otro brazo acunaba a Ella. En la acera de enfrente habían clavado una cinta rosa en la puerta de una de sus vecinas: una niña había nacido unos días antes. Desde aquella distancia la cinta parecía limpia y nueva, aunque más de cerca habría revelado unos bordes deshilachados y los agujeritos donde la habían clavado a las puertas de toda la calle. Seis meses antes había colgado en la puerta de Hattie para celebrar el nacimiento de Ella. Hattie intentó recordar dónde estaría la azul; hacía bastante tiempo que no nacía un niño.

—Mira, Ella. Mira tu cinta de recién nacida.

Hattie dio unos golpecitos en la ventana para llamar la atención de Ella y su dedo dejó una huella. Presionó el de Ella contra el cristal, después toda la mano. La huella duraría un mes, tal vez más si Hattie no la limpiaba. Sintió una necesidad imperiosa de apretar la manita de Ella en todos los cristales y espejos de la casa. Mucho después de que se hubiese marchado a Georgia, el contorno de su mano aparecería con la condensación, cuando el cuarto de baño se llenase de vaho.

Hattie podía coger a Ella y huir. No tenía que darle su bebé a Pearl, podían escapar a un pueblecito remoto donde los inviernos fuesen suaves y no conocieran a nadie. Hattie bajó corriendo a la cocina para contar el dinero para emergencias que guardaba en el

bote del té: catorce dólares. Con eso no llegarían muy lejos. Llevaba años sin salir de Filadelfia, pero tenía una idea muy clara de cómo era su parte del mundo, al menos los pocos Estados que había visto; la Georgia donde nació y los Estados que Marion, Pearl, su madre y ella habían atravesado camino de Filadelfia, cuando Hattie tenía quince años. Había seguido aquella ruta en uno de los libros de geografía de sus hijos: las dos Carolinas, luego Virginia y Maryland hasta llegar a Pensilvania.

Cuando en 1923 Hattie, su madre y sus hermanas salieron de Georgia, no había retretes en los vagones segregados y en muchas de las estaciones sureñas tampoco había aseos para los negros, por lo que tenían que hacer sus necesidades al raso. Tres vigilaban mientras la cuarta orinaba. La primera vez Hattie no pudo, de pura vergüenza. Su madre fue la última y el revisor blanco les gritó desde las vías, a unos metros de distancia: «¡Daos prisa si queréis subir!» Fue indignante ver a su madre, siempre con el pelo bien recogido en un moño, que podría haber pasado por blanca, pero no quería, que tenía mejores modales que la reina de Inglaterra, agachada entre la hierba con la falda en la cintura y un blanco gritándole. Unos minutos después ese mismo revisor las esperó en la entrada del vagón para negros. Con las manos en los bolsillos y meciéndose sobre los talones, se quedó mirándolas mientras se acercaban andando por la vía. Le guiñó un ojo a su madre y apretó su cuerpo contra los suyos cuando subieron al vagón. La madre de Hattie no dijo nada, pero se puso colorada hasta el cuello y su respiración se convirtió en una ráfaga enojada. Después de aquello, sólo habían hecho sus necesidades cuando estaban casi dobladas por el dolor de aguantárselas.

Aunque fue un viaje terrible, había ocurrido algo asombroso. Hattie se despertó en plena noche por el traqueteo de las ruedas y la lluvia que golpeaba la ventana; el opaco cielo púrpura era una cúpula contra la que los árboles empujaban. El viaje la había sacado de su vida anodina. En Georgia era una de tantas, indiferenciada de las demás hasta para sí misma, pero en el tren a Filadelfia fue claramente consciente de lo que ella tenía de inviolable. Se sintió como la única flor roja en un campo de hierba verde.

Si Hattie y Ella huían, podrían ser así para siempre, dos amapolas rojas. Ella intentó meterse una moneda de dólar en la

boca. Eran las once y media. Hattie hizo puré con unos guisantes y lo vertió en un cuenco amarillo. Le dio unas cucharadas a su hija mientras Ella trinaba como un alegre pajarillo e intentaba agarrar la cuchara. Hattie besó su coronilla de bebé y lloró. Tendría que acordarse de decirle a Pearl que a Ella le gustaban los guisantes.

Pearl forcejeaba con el cierre dorado de su bolso. Su marido, Benny, la miraba desde el asiento del conductor. Pearl sacó la polvera del bolso y la abrió, cuidándose de inclinar el espejo para que el sol no cegase a Benny mientras conducía. El cabello se le había encrespado un poco en el nacimiento del pelo, pese al minucioso planchado al que lo había sometido antes de salir de Macon. Había creído que el peinado se mantendría los dos días de viaje a Filadelfia. Por si acaso, había metido en el equipaje un cepillo alisador, aunque Benny había dicho que no pararían en ningún hotel.

—Los hoteles para negros no valen nada —había dicho cuando ella le había preguntado dónde iban a dormir—. No hay más que putas y chinches.

Pearl se estremeció. No lo soportaba cuando se ponía vulgar.

Bien mirado, el pelo se le mantenía bastante bien. Ya habían cruzado dos Estados y el tiempo había sido variable. «Aun así, me retocaría las raíces», pensó. También le brillaba un poco la nariz, por lo que abrió la polvera y se aplicó polvos con aroma a rosa. Las rosas siempre la animaban; decidió empolvarse la nariz cada hora para combatir la melancolía. A fin de cuentas, aquel viaje era motivo de felicidad.

Benny entornó los ojos ante el sol vespertino que atravesaba el parabrisas. Pearl reparó en que sus manos sujetaban con tal fuerza el volante que se le marcaban los tendones. Benny hizo un sonido como si sorbiera por la nariz, un medio estornudo, y preguntó:

—¿Qué es eso?

—Mis polvos faciales. Están bien, ¿verdad?

—Me irritan la nariz.

—Discúlpame. Pero no recuerdo que se te haya irritado ninguna de las veces que los he llevado durante los últimos diez años.

Benny torció el gesto. Bajó la ventana y pisó el acelerador.

—¡Benny! —exclamó Pearl, levantando los brazos para que el cabello no se le despeinase. Un mechón castaño escapó y le azotó la

frente—. ¡Benny! ¡Benny, la ventana! —repitió.

Pero él no le hizo caso y durante un buen rato el viento siguió despeinando a Pearl.

Poco después, Benny dijo que tenía hambre y buscaron dónde detenerse. Al cabo de una hora divisaron una señal diminuta y erosionada que colgaba torcida de un poste de madera. Las letras estaban desvaídas, pero todavía podía leerse «ÁREA DE DESCANSO-NEGROS». Benny salió de la carretera y siguió unos metros por un camino de gravilla que desembocaba en un claro junto a un pinar. Era un anochecer cálido, habría mosquitos. El aroma a flores silvestres impregnaba el aire de un frescor que Pearl quiso aspirar a grandes bocanadas. Le recordó la fragancia que perdura en la muñeca de una mujer cuando su perfume se ha evaporado. El sol se ponía detrás de los pinos y una luz lavanda bañaba el claro.

Era un anochecer lleno de promesas. Al día siguiente Pearl recogería a Ella y se la llevaría de vuelta a Georgia para criarla como si hubiese nacido de su cuerpo. Pearl había rezado, cuánto había rezado. Pese a sus decepciones y su enfermedad, pese al agotamiento y una depresión tan profunda que le hizo abandonar el jardín a las malas hierbas y le impedía salir del dormitorio, todas las tardes se había acercado a la iglesia para pedirle al Señor que la bendijera con hijos. Las mujeres de la congregación la compadecían, pues la única opción que tenía era acoger a la hija de su hermana. Aunque les había insinuado que quedarse con Ella era un acto de caridad, Pearl sabía que lo hacía por desesperación.

Pearl sacó el mantel del asiento trasero y Benny retiró la cesta del maletero. Los cubiertos tintinearon en el fondo. Pearl pensó que si se sentaban a la mesa del merendero y se comían la cena que había preparado, seguro que se tratarían bien. Era imposible compartir ese bonito atardecer (años atrás habría llamado «romántica» a la velada) y no ser corteses. ¿Acaso no era cierto que Benny y ella habían emprendido una especie de peregrinaje y que la magnitud de su misión debía arrinconar sus discusiones y resentimientos?

Benny echó un vistazo al interior de la cesta, tomó una buena bocanada de aire nocturno y relajó los hombros. Pearl sacó los platos de porcelana blanca, los tenedores y cuchillos y las servilletas blancas. Colocó en la mesa un plato tapado de pollo frito, otro con

rodajas de tomate y otro con tortitas. Colocó los platos uno junto al otro y puso el pastel de melocotón al lado de su marido, para que pudiera admirarlo. Benny se rió al verla buscar una forma recatada de pasar la pierna por encima del banco para sentarse.

Pearl bendijo la mesa:

—Querido Señor, te damos las gracias por esta maravillosa comida y también por este viaje. Asimismo, te damos las gracias… —vaciló y miró a Benny— por la llegada de un nuevo miembro a nuestra familia.

Benny carraspeó.

—Amén —dijo. No había enojo en su voz.

Pearl le sirvió primero. Sin duda, el aire puro y el viaje le habían abierto el apetito. El pollo de Pearl nunca había sabido tan bien y los tomates nunca fueron tan dulces. Benny se zampó tres tortitas antes de que ella pudiese parpadear. Fueron a servirse tomates al mismo tiempo y sus manos se rozaron. Pearl sonrió bajando la vista y, con un movimiento apenas perceptible, Benny acercó el cuerpo al de ella.

—No todas las mujeres pueden convertir una comida de carretera en algo especial —dijo él. Llevaba mucho tiempo sin hacerle cumplidos.

En la menguante luz, no pudieron distinguir las figuras del coche que se acercaba por el camino de gravilla. Acababan de volver a llenarse los platos cuando el conductor puso las luces largas, aunque todavía no había anochecido, y eso bastó para que Benny supiera que Pearl y él no eran bienvenidos. Se limpió los dedos uno a uno en la servilleta de tela y después los labios, cuidándose de que no le quedara ninguna miga en la comisura de la boca. Sólo entonces se levantó y se volvió hacia las luces, con una mano sobre los ojos para protegerlos del resplandor. Pearl se preguntó si el dueño del coche habría amañado los faros para que brillasen más. Estaban atrapados, como presos sorprendidos por la luz de unos reflectores.

Pearl se quedó sentada. Amontonó el plato de Benny encima del suyo. El tintineo de la porcelana quedó suspendido en el aire con el ralentí del motor. Benny le puso una mano en el antebrazo para indicarle que no se moviera y Pearl se quedó sentada muy tiesa y erguida, aunque le sudaban las manos y tenía acidez de estómago.

Los focos se apagaron y todas las puertas del coche se abrieron a la vez. Benny evaluó a los cuatro hombres que salieron de él. Complexión media tirando a flacos salvo el conductor, que era más corpulento. No más que Benny, pero parecía fuerte. Si pudiera atizarles con el banco de madera, eso daría buena cuenta de dos. Podía arrojarles el mantel por encima y cegarlos temporalmente mientras les clavaba un tenedor en la cara o en la espalda. O podía romper un plato y apuñalarle el vientre a alguno. O meterle los dedos en los ojos, o darle un puñetazo en el cuello y notar cómo se le hundía la nuez. Benny pensó, como hacía a menudo cuando se enfrentaba a blancos, qué aspecto tendrían acostados en la mesa de embalsamar de su funeraria. Los hombres avanzaron despacio con actitud deliberadamente amenazante, con el más corpulento a la cabeza. Eso era también una farsa; todos sabían que cuatro hombres blancos en un tramo desierto de la carretera de Virginia no necesitaban hacer ninguna exhibición de fuerza. Todos sabían que Benny no tenía nada que hacer.

El hombre corpulento tomó nota de los mocasines de piel, los relucientes gemelos y la camisa de algodón con cuello almidonado de Benny. Sus labios formaron una línea fina, dura y enfática como un guión.

—¿Perdidos? —preguntó, arrastrando las palabras con marcado acento sureño.

Antes de que Benny pudiese responder, otro hombre espetó:

—Contesta. Te han preguntado algo, ¿no lo has oído?

—No, señor. Quiero decir sí, señor. Lo he oído, pero no, señor, no estamos perdidos. Estamos comiendo algo en este banco.

«¿No, señor?» «¿Sí, señor?» Pearl nunca había oído a Benny hablar así.

—Si ninguna señal dice que esto es para negros, es que este sitio es sólo para blancos, ¿o no? —dijo el corpulento.

—Y si dice que es para negros, también es sólo para blancos si nosotros lo decimos —añadió el otro hombre.

—Bueno, señor, entonces me habré equivocado. Mi señora y yo teníamos hambre. No era nuestra intención molestar.

—¿No sabéis que en el Estado de Virginia los sitios bonitos son sólo para blancos? ¿Crees que hemos construido este bonito banco para que tú pongas el culo? —Hizo una pausa—. ¿De dónde sois?

—Muy cierto. Muy cierto. Somos de Georgia y nunca habíamos viajado por carretera. —Sonrió—. No conocemos las reglas de la carretera, ¿sabe?

—¿Habéis salido de vuestro Estado?

—Sí, señor. Sí.

A Pearl le ardían los ojos. Sabía que, cuando la mirasen, esos hombres la verían al borde de las lágrimas y creerían que tenía miedo. Y sí, tenía miedo; podían matar a su marido allí mismo y hacerle a ella cualquier cosa, pero, que Dios la ayudase, también estaba furiosa. Las rodillas le temblaban de rabia y esa misma rabia le agarrotaba los dedos de los pies. Quería sacarse los zapatos y arrojárselos. Chusma blanca sarnosa y muerta de hambre. De caras rojas. Rojas de alcohol, eso era. Con pezuñas callosas en lugar de manos, y nudillos hinchados.

Uno de los hombres avanzó hacia ella. A Pearl se le revolvieron las tripas. El hombre extendió un brazo y tocó la cesta de la comida con la punta de los dedos. «Chusma —volvió a pensar Pearl—. ¡Cuánto deben de odiarnos!» «Mirad mi porcelana y mi buena cubertería —quiso decirles—. Vivo en una gran casa rodeada por un bonito porche y con árboles frutales en el jardín.» Quiso que los hombres se sintieran pobres y mezquinos cuando volviesen a sus chozas y a sus demacradas esposas.

—Parece que tu señora ha estado cocinando. ¿Es buena cocinera, chico? —preguntó el hombre.

—Sí, señor. Sí, señor, lo es.

El hombre corpulento miró al otro, luego volvió a mirar a Benny y dijo:

—Será mejor que os larguéis.

—Gracias, señor. Recogemos nuestras cosas y nos vamos enseguida.

—No he dicho que os llevéis nada. He dicho que os larguéis.

Benny guardó silencio. Apretó los puños. Se le hincharon las venas de las sienes.

El corpulento añadió:

—Habéis puesto vuestras cosas en una mesa para blancos y aquí las vais a dejar. Es un impuesto. ¿Vosotros pagáis impuestos?

Benny no respondió. El hombre corpulento se le acercó unos pasos.

—Te he preguntado algo. ¿Pagas impuestos?

Benny tragó saliva.

—Sí.

—Sí, ¿qué?

De nuevo, Benny no respondió.

El hombre corpulento puso una mano en el pecho de Benny y lo empujó. Benny se tambaleó hacia atrás, pero no cayó. El canto de los grillos era atronador. Las botas de uno de los hombres arañaron la gravilla.

—Sí, señor. Sí, señor, pagamos nuestros impuestos.

—Pues tenéis que pagar otro más. Ahora largaos antes de que cambie de parecer.

Pearl colocó las palmas en la mesa y empujó para ponerse en pie. Se detuvo al comprender que tendría que pasar la pierna por encima del banco y que esa chusma le vería la enagua. No podía moverse. Se inclinó a la izquierda, después a la derecha, intentando encontrar la mejor manera de apartarse del banco.

—¿Tu mujer quiere quedarse con nosotros? —dijo el hombre corpulento.

Se echaron a reír.

Pearl, temblando, levantó la pierna. Sintió el aire frío en el interior del muslo. Se volvió rápidamente para que no viesen las lágrimas en sus mejillas. Mientras se dirigía al coche, inestable sobre sus tacones en la gravilla, uno de los hombres silbó y exclamó:

—¡A lo mejor tendría que quedarse!

Oyó que Benny andaba despacio detrás de ella, como alguien que se aleja sigilosamente de un animal que está dispuesto a atacar.

En el coche, no hablaron ni se miraron durante un buen rato. Los dos echaron frecuentes vistazos al retrovisor por si divisaban las luces demasiado intensas del otro coche. El anochecer pasó del púrpura a la completa oscuridad. El suyo era el único coche en la carretera. Pearl estaba sentada con las manos firmemente entrecruzadas en el regazo, y sólo las descruzaba para alisarse la falda y tirar del dobladillo. Notaba una corriente de aire cuyo origen no lograba precisar y toqueteó la manivela que controlaba la ventanilla.

—¡Estate quieta, por favor! ¡Me pones la piel de gallina!

—Pues yo me arrancaría la mía y la tiraría por la ventana —murmuró Pearl.

—¿Qué? Si tienes algo que decir, entonces dilo en voz alta.

—¡Menuda manera de arrastrarte y bajar la cabeza! —exclamó ella.

—¿Y qué querías que hiciese? Dime, ¿qué podía hacer, si no?

—No hacía falta que te rebajaras tanto. ¡Podrías haber conservado la dignidad! ¡Nunca me había sentido tan humillada!

—Sí, ya veo. Ya veo que te has sentido muy humillada, y que sabes bien lo que es eso. Llevas tanto tiempo con tus reuniones para tomar el té y el club de jardinería que crees que puedes fingir que no somos lo que somos, pero sabes tan bien como yo que mi dignidad, mi maldita dignidad, nos habría hecho acabar colgados de un árbol.

—Esos hombres valen menos que la suela de mis zapatos. No podía soportar sus miradas de satisfacción, no podía.

—¿Y crees que yo sí?

La señorita Prisby, una mujer grosera, una mujer monstruosa, salió de la casa de la calle Wayne dando un portazo. Los de la asistencia social la mandaban todas las semanas. «Evaluación de los hogares», lo llamaban, para asegurarse de que Hattie continuaba siendo una candidata adecuada para el subsidio que recibía cada mes. Hattie pensó que prefería morir de hambre antes que volver a verla. A lo mejor iba esa misma tarde a la oficina de asistencia social para cancelar las ayudas. Ya apenas importaba, no faltaban ni dos horas para que regalase a su hija como si fuera un perro. Su pequeño bebé, la menor de sus hijos, se iría con Pearl. Cuando Hattie volviese a ver a Ella, al cabo de tres o cinco años, serían unas desconocidas. Su hija la llamaría «tía Hattie» o «señora». Hattie la miraría a la cara e intentaría no quererla. Tendría que convencerse una y otra vez de que había hecho lo correcto, que había salvado a Ella de una nevera medio vacía y de los inviernos sin carbón en la caldera. Podía quedársela, aún podía. Pero no. Ella tendría su propio dormitorio, hortensias, amplios jardines y helados en verano. Nada de zapatos heredados; nada de señoritas Prisby.

La señorita Prisby había aparecido por primera vez hacía cuatro meses y, aunque Hattie no se lo había mencionado a nadie (que se

recibía el subsidio no era algo que pudiera contarse), corrió la voz por el barrio. La mañana siguiente, las vecinas, mujeres con las mismas rotaciones de zapatos usados, camisas remendadas y alacenas con latas de alubias, dejaron de hablarle; se limitaron a saludar con un gesto rápido y a pasar ante su casa como si tuviera la peste. Ser pobre era aceptable, allí todos lo eran, pero ir a la asistencia social y rellenar un papel donde lo decías era algo muy distinto. El subsidio era una admisión de fracaso demasiado vergonzosa, demasiado pública. Aun así, Hattie no podía soportar las caras hambrientas de sus hijos, y Ella cogió la difteria y no mejoraba, porque no había dinero para el médico. Marion empezó a transmitirle mensajes de Pearl, de cuánto sentía que las cosas no fueran bien y cuánto quería ayudar. Luego Marion le contó a Pearl lo del subsidio y Pearl escribió a Hattie.

Hattie:

Bueno, ha llegado la primavera y aquí no para de llover. La forsitia floreció, también el cerezo silvestre y esas delicadas cositas moradas que crecían alrededor de nuestra casa cuando éramos niñas (¿recuerdas que a mamá le gustaban?), pero luego cayó un diluvio bíblico que lo destrozó todo. Supongo que fue bonito, en cierto modo. El camino y el jardín quedaron sembrados de pétalos blancos y morados. Estos últimos días hemos tenido un tiempo apacible y soleado. Ha crecido el césped y Benny dice que el nuestro es más bonito que el de nuestros vecinos, los Parsons.

La señora Parsons me echó una mano con mi problema. Es una mujer amable y las dos ayudamos en la iglesia. Es como una hermana y un gran consuelo. Vino a verme todos los días, hasta cuando el médico dejó de visitarme y Benny estaba tan raro. Supongo que los hombres siempre se ponen raros con las cosas de mujeres. Esta vez yo ya había bajado la cuna del desván y la había colocado en la habitación soleada de atrás. Había decidido que sería el dormitorio del bebé. Es una habitación muy bonita, muy espaciosa. No la has visto, claro. ¿Te contó Marion lo que me pasó? Nunca tengo noticias de ti. Supongo que estás demasiado ocupada y sin teléfono, uno de esos artilugios modernos.

Ahora ya me he recuperado del todo, pero el médico dice que no debo intentarlo de nuevo. La señora Parsons cree que es una tontería. «Qué sabrán los médicos», dice. ¿No es curioso que algunas cosas vengan de familia y otras no? Tú y Marion habéis recibido esa bendición y en cambio aquí me tienes a mí, como la Sara de Abraham.

Hablé con Marion la semana pasada. Me dijo que sus hijas están bien. También me dijo que últimamente estás pasando apuros. Bueno, ese August nunca se ha portado como debía. Marion dice que August no trabaja y que has pedido una ayuda. Lo comprendo, siempre he creído que la vida en el Norte estaba llena de dificultades, pero parece que hay que encontrar una solución. Se me ha ocurrido que Benny y yo podríamos ayudar. Aquí tenemos mucho espacio, ¿sabes? Y un jardín muy grande, y a Benny le van bien las cosas. Mucho aire puro, sol, y en el instituto para personas de color acaban de graduarse tres chicas que irán a la Universidad Spelman. Hay muchas oportunidades, incluso aquí, en Macon. ¿Te acuerdas de que mamá y papá se afiliaron hace años a una sociedad para mejorar las condiciones de nuestra raza? Pues he seguido pagando la cuota, la sociedad ha hecho un trabajo excelente y sé que las cosas irán de bien a mejor. Benny dice que estas asociaciones no pueden combatir la pereza, pero ya sabes cómo es.

Le dije a Marion que esperaba poder hablar contigo. No le dije de qué. Sé cuánto valoras tu intimidad, pero, como sueles visitarla los domingos, se me ha ocurrido que puedo llamarte a su casa la semana que viene.

Te envío veinte dólares para aliviar un poco las cosas. Espero que los aceptes.

Que Dios os proteja y bendiga,

Pearl

Hattie tiró la carta y se pasó un mes sin visitar a Marion. Pero, cada vez que la señorita Prisby aparecía por su casa, Hattie no tenía más remedio que enfrentarse a lo desesperado de su situación. Sus hermanas no le dirían que era una deshonra para ella y sus familias, pero lo pensaban y Hattie sabía que era verdad. Podía soportar la

pobreza y la decepción, pero sus hijos no podían, Ella no podía. Dos veces al mes, Pearl le enviaba un sobre con un billete de diez dólares. Hattie se quedaba el dinero. Se odiaba y odiaba a Pearl, pero se gastaba hasta el último centavo.

A mediados de verano Pearl volvió a escribir:

Espero que consideres mi propuesta. Sé que no tienes muy en cuenta la opinión de August, pero él está de acuerdo.

Que Dios os bendiga,

Pearl

Hattie se guardó la carta en el bolso y fue a casa de Marion. La encontró sentada en el porche, abanicándose para aliviar el calor.

—¿Qué sabes tú de esto? —preguntó Hattie, agitando la carta en la cara de Marion.

—Sé que no deberías venir a mi casa como una endemoniada, cuando llevo un mes sin verte. ¿Qué es eso?

Marion cogió el papel con monograma.

—Vaya —añadió mientras lo leía.

—¿Y bien? —preguntó Hattie.

—Es que Pearl no sabe decir las cosas. No es tan malo como parece.

—Pues lo que me parece es que August y Pearl han estado conspirando a mis espaldas, y tú también, supongo.

—Nadie está conspirando. August sólo pasó por aquí para hablar con Lewis…

—¿Y desde cuándo August os visita sin mí? Él y Lewis no han cruzado más de diez palabras desde que os casasteis.

—De eso no sé nada, pero lo que dijo August es que no sería tan terrible que Pearl se quedase con Ella, con lo mal que lo estáis pasando.

Hattie se llevó una mano a la boca, como para sofocar un grito. Respiró hondo, dejó caer la mano a un lado y dijo:

—Una de mis hermanas intenta robarme mi propia sangre y la otra miente para encubrirla. No me queda mucha dignidad, Marion. Te pido que me digas la verdad.

—Ya te la he dicho. August pasó por aquí, vino a… vino a

pedirle algo de dinero a Lewis, pero no quería que tú lo supieras y le prometimos que no te lo contaríamos.

—¿Vino aquí a mendigar? ¿Para qué?

—No sé para qué, Hattie. —Marion fue a coger la mano de su hermana, pero Hattie retrocedió para apartarse de ella—. Él y Lewis empezaron a charlar y fue entonces cuando dijo que había pensado en Pearl.

—¿Y?

—Y resulta que yo hablé con Pearl al día siguiente y se lo mencioné.

—Comprendo. —Hattie recuperó la carta, la dobló y la guardó de nuevo en su bolso. Mientras bajaba los escalones del porche, añadió—: Gracias.

—¡Hattie, espera! —gritó Marion.

—Déjame, Marion. Déjame.

Esa noche, August llegó a casa silbando, como siempre, lloviese o hiciese sol, a las duras o a las maduras, siempre silbando. Durante la cena, Hattie le sirvió el puré de patatas con tal fuerza que le salpicó la corbata. Después de comer, los niños se dispersaron como gatos asustados. August se quedó a solas con el silencio de Hattie, el estrépito de los cubiertos contra los platos y el rumor del agua que llenaba el fregadero. Hattie se volvió para encararse con él.

—¿Ibas a contarme que le dijiste a Pearl que puede quedarse con mi hija o pensabas robar a Ella y llevártela a Georgia mientras yo dormía?

August alargó un brazo para coger sus cigarrillos. Como Hattie no le dejaba fumar en casa, golpeó el extremo de la cajetilla en la mesa.

—Yo no le dije nada de eso a Pearl.

—Tú no le dijiste nada de eso a Pearl. —Hattie negó con la cabeza—. Entonces se lo inventó y me lo escribió en una carta.

—Yo no le dije que se llevase a Ella. Sólo le conté que pasábamos por un mal momento y a lo mejor…

—¿A lo mejor tenías que ir a mendigar dinero al marido de mi hermana a mis espaldas? ¿Y, ya que estabas allí, decirle a Pearl que podía quedarse con mi hija?

—No fue así, Hattie.

—¿Para qué necesitabas ese dinero, August? No recuerdo haber

visto carne en la nevera. Tampoco lo añadiste a los ahorros para la entrada.

—Sólo fueron unos pocos dólares. Ya se los he devuelto.

—Espero que ella los valiese.

—No eran para ninguna mujer, Hattie. Lo único que hice fue pedir prestados quince dólares y decirle a Lewis que había pensado en lo que Pearl había dicho. Eso es todo.

—¡Has vendido a mi bebé por unos dólares y por el dinero que Pearl nos manda todas las semanas!

—¿Qué dinero? Pearl nunca me ha dado dinero. Ni le dije que podía quedarse con Ella. Hattie, escucha, ellos tienen de todo ahí abajo. Y no es como si no fuéramos a verla más. Sólo estará con tu hermana, sangre de tu sangre, Hattie. Hasta que las cosas mejoren.

—¿Y cuándo van a mejorar, August? ¿Cuando se te acaben las chicas? ¿Van a mejorar cuando te hartes de llevar camisas bonitas y de salir todas las noches? —Hattie golpeó la mesa con la palma de la mano—. ¡Y encima tienes el descaro de presentarte aquí silbando, como si nada!

—¿Crees que no sé que tengo bocas que alimentar? ¡Y una de ellas ni siquiera es mía, maldita sea!

—¡No metas a Ruthie en esto!

—Voy todos los días al puerto y todos los días me dicen «No hay nada para ti». Vuelvo a casa cantando, eso es bien cierto, y me subo a los niños a la rodilla para jugar al caballito con ellos e intento hacerlos reír porque es lo único que puedo darles.

—No quiero oír tus tristes historias cuando todas las semanas aparece la señorita Prisby a fisgar en los cajones y armarios. ¿Te extraña que no te sonría? Tienes suerte de que no te apuñale mientras duermes. Si fuese una mujer mejor, lo haría.

—Nunca has intentado comprender qué significa ser un hombre en este mundo.

—No me vengas con la cantinela de lo difícil que lo tienen los negros. ¡He tenido que pedir el subsidio porque tú te gastas el dinero en la calle! ¡Sí, sé que es difícil!

—¿Sabes en qué me gasté esos quince dólares? En las cuotas del sindicato. Pensé que me conseguirían un trabajo mejor, pero no han hecho más que comprar whisky para los chicos blancos. Quiero tanto como tú que nuestra hija se quede, pero ¿acaso no ves qué es

lo mejor para ella? Somos pobres y seguiremos siéndolo. Pearl y Benny tienen mucho dinero. Ella tendrá más de lo que nosotros podemos darle.

—Bueno, entonces, ¿por qué no los regalamos a todos, August? No tenemos que limitarnos a Ella. ¿Qué me dices de Franklin? ¿A cuántos de nuestros hijos crees que alguien cuidaría, ya que tú no lo haces?

—Tranquila, Hattie. Tranquila. Estamos hablando de Ella. En el fondo sabes que es lo mejor. Vuelve al sitio de donde vinimos, buen aire, buena tierra.

—Tú y yo no venimos del mismo sitio —siseó Hattie—. Tú vienes de una choza y yo de una casa en la colina. No tenemos ni una sola cosa en común en lo que a eso respecta, y que no se te olvide. Maldito bracero. Maldito negro.

August se levantó de la mesa y avanzó hacia Hattie con la mano en alto. Nunca le había pegado. Hattie no se movió, ni siquiera cuando lo tuvo tan cerca que podía verle el sudor de la frente. Su mano alzada tembló en el aire.

—Eres una mujer fría, Hattie.

August bajó la mano y salió de la cocina.

Mientras lo miraba irse, todo indignación y orgullo herido, Hattie decidió darle su hija a Pearl. August no iba a cambiar. Quizá él creyera que sí, pero seguiría como siempre. «No puedo ser tan irresponsable, tan egoísta como para someter a mi hija a tales circunstancias, cuando hay otra opción», pensó.

Pearl y Benny cruzaron la línea Mason-Dixon y entraron en Pensilvania. Como ya era seguro detenerse, pararon en el arcén y salieron a estirar las piernas y a hacer sus necesidades. Pearl se internó en el bosque que flanqueaba la carretera. Acababa de amanecer y el rocío le atravesó las medias y le mojó los tobillos. «Estos bosques del Norte huelen distinto —pensó—, más a corteza de árbol y menos a tierra y musgo. Menuda tontería, si acabamos de cruzar, y los árboles no cambian sólo por haber salido del Sur.»

Las bellotas caídas se le clavaron en las suelas de los zapatos y en las plantas de los pies. Pearl sintió el impulso de descalzarse y frotarse los pies en la tierra. Nunca iba al bosque que había junto a su casa, en Macon, prefería los sitios cultivados. Se agachó detrás de

un árbol grueso y apoyó una mano en el tronco para no caerse mientras con la otra se apartaba la faja del cuerpo, para no ensuciarla. Estuvo tanto tiempo agachada que le dolieron los muslos y dejó un amplio charco debajo. Aunque era agradable sentir el aire fresco en el trasero, no pudo evitar mirar a su alrededor por si veía a alguien.

«Ésta es mi última mañana sin hijos», se dijo. Cuanto más se acercaban a Filadelfia, más eufórica se sentía; esos hombres blancos del área de descanso ya no importaban, ni tampoco el desdén de Benny, ni siquiera el enojo de Hattie. Acabaría comprendiendo que había tomado la decisión adecuada. Hasta el tonto de August lo sabía.

Le crujieron las rodillas cuando se incorporó. A tan sólo unos pasos vio un castaño que las ardillas habían dejado sin frutos; se internó un poco más en busca de otro. Se preguntó si Ella habría visto alguna vez un árbol rebosante de castañas. Seguramente no había visto muchas cosas: magnolias, campos de remolacha azucarera, los caballos que de vez en cuando la gente de los pueblos llevaba a la ciudad. Esperaba que el bebé tuviese buena salud. Marion le había dicho que Hattie parecía agotada y enferma. ¡Y pensar que Hattie la había acusado de intentar comprar a Ella! Había enviado el dinero para que esos niños tuviesen algo que llevarse a la boca y Hattie lo había reducido a un soborno. Aunque había aceptado el dinero, ¿o no?

Nunca había sido fácil querer a Hattie. Era tan callada que a menudo resultaba imposible saber qué pensaba. Y siempre estaba enfadada, y era muy despectiva cuando no se cumplían sus elevadas expectativas. De niña, Pearl siempre correteaba detrás de Hattie y Hattie siempre se mostraba muy reservada, por muy grande que fuera la devoción de Pearl, por mucho que Pearl la quisiera. Y seguía queriéndola, aunque Hattie hacía que se sintiera como una fracasada. Incluso ahora, pobre y hacinada en esa casa llena de críos, su hermana seguía tan orgullosa como cuando eran niñas en Georgia y su padre era el único negro con negocio propio en el pueblo. Verse obligada a pedir el subsidio tampoco le había bajado los humos. Pearl se recordó que era Hattie la que había fracasado, no ella. Hattie se había casado con el hombre equivocado y había fracasado.

Cuando Pearl le contó a Benny que por fin Hattie había entrado en razón, él se había mostrado casi indiferente. Sí, bajó los muebles infantiles del desván, pagó al hombre que fue a empapelar de nuevo la habitación de la niña y sonrió y asintió cuando en la iglesia lo felicitaron, pero nunca mencionaba a Ella cuando estaban a solas. Justo antes de ir a Filadelfia, Pearl había entrado en casa con un nuevo cargamento de ropa de bebé y Benny había torcido el gesto.

—Después de tanto tiempo y esfuerzo, creí que te alegraría tener una hija —había dicho ella.

—Una sobrina —había contestado Benny, volviendo a su periódico.

Ese hombre pasaba tanto tiempo entre muertos que ya apenas sabía comportarse con los vivos.

Pearl encontró un castaño con todos sus frutos. Las ramas estaban llenas de ardillas y se preguntó si Ella sería de esas niñas que se asustaban de los animales. Intentó imaginarse qué aspecto tendría: ¿la piel más tirando a marfil como Hattie o canela como August? ¿El cabello castaño o negro y rizado? Sería un bebé precioso. Todos los hijos de Hattie, los que Pearl había visto, eran guapos. En el suelo había castañas que habían caído del árbol. Pearl se sacó la enagua y empezó a meterlas dentro, un acto que le hizo sentir de nuevo la despreocupación de su infancia. Se le habían pegado ramitas en el jersey y pedacitos de tierra en la falda, pero siguió recogiendo castañas hasta que abultaron a través de la seda de la enagua.

Benny la llamó cuando ella ya cruzaba el bosque para volver a la carretera. Pasó entre los árboles y llegó al arcén con las mejillas arreboladas, embriagada y su enagua convertida en morral.

—¡Mira cuántas castañas! —exclamó.

—¿Eso es tu enagua? —preguntó Benny.

—Se las daré a Hattie para que las asemos juntas. ¿A que será bonito?

Él suspiró.

—Creo que hará falta algo más que castañas.

—Puede que asar castañas como hacíamos de niñas facilite un poco las cosas.

—Sube. Nos quedan cinco horas como mínimo.

Se detuvieron una vez más; sándwiches de jamón que comieron

en un puesto de carretera con tal rapidez que el motor ni siquiera tuvo tiempo de enfriarse antes de que reanudaran la marcha. Poco después del mediodía cruzaron el río Schuylkill y entraron en Filadelfia.

«Tengo que preparar la maleta con las cosas de Ella», pensó Hattie. Frotó la barbilla con la zona del suave cráneo del bebé que seguía sin cabello, antes de detenerse en la entrada y mirar la calle, por si veía el Buick de Pearl y Benny. Ella ya era lo bastante mayor para agarrar cosas con el puño: la nariz y la barbilla de Hattie o un mechón de su cabello. También había aprendido a dar besos, aunque se quedaba con la boca abierta en una «O» muy redonda; «besos de pez», los llamaba August.

August estaba encantado con Ella, como con el resto de sus hijos. Los trataba como a oseznos de circo y ellos lo querían por eso. Dejaba que los más pequeños entrasen en el baño mientras se afeitaba y lo contemplaban embelesados como si estuvieran en el cine. Les enseñaba a silbar canciones que había oído en la radio. August era un bufón y lo adoraban; Hattie los mantenía con vida y apenas sonreían cuando entraba en la habitación. Hattie no sabía cómo ser otra clase de madre. Achuchó a Ella. «Quizá contigo podría hacerlo mejor», le susurró al oído. A lo mejor esta vez… Pero era demasiado tarde, todo estaba decidido.

Ella tiró de la oreja de su madre y rió. «Tengo que ponerle el vestido azul y preparar su maleta», pensó Hattie de nuevo. Pero el vestido azul era para las visitas o para salir de casa y todavía estarían juntas otra hora. Hattie decidió sacar las botellas de leche al portal. Quizá también barrería antes de que Pearl llegase. Se habían acumulado hojas caídas en la entrada y el de Hattie era el único porche que quedaba por barrer.

Ella gorjeó a las mariposas que revoloteaban en los arbustos próximos a los escalones del porche. Era su primer otoño. Hattie se preguntó qué pensaría su hija o si habría reparado en que el verano se había desvaído en los ocres y naranjas del otoño. Al menos Ella no tendría que soportar el invierno del Norte. Hattie nunca se había acostumbrado; no sentía añoranza (el Sur no existía para ella), pero aquellos inviernos la dejaban exhausta y abatida. Se habían llevado a dos de sus hijos. La pequeña se revolvió.

—Ah, quieres las mariposas —dijo Hattie.

Atrapó dos en un frasco de conservas. Se negó a mirar de nuevo el reloj, pero era tan consciente del paso del tiempo como de los latidos de su propio corazón. Las mariposas, blancas como dos hojas de papel, revolotearon en el frasco. La pequeña estaba cautivada. En verano, las hijas de Hattie atrapaban mariposas. Arrancaban las partes brillantes del abdomen de los insectos y se las ponían en los dedos como si fueran anillos. «¡Esmeraldas de princesa!», gritaban, corriendo por la calle mientras el resplandor verde palidecía en sus dedos.

Ella golpeó el tarro de mariposas con las palmas.

—¿A que son bonitas? Si haces unos agujeros en la tapa y pones un poco de hierba en el fondo, vivirán hasta el anochecer —dijo Willie, que estaba en mitad de la acera, apoyada en un bastón.

—Es una pena matarlas. Creo que las soltaré en cuanto Ella se canse de mirarlas —dijo Hattie.

—Todo tiene que acabar, aquí o en otra parte. Que sea en el arbusto o en el tarro, supongo que a ellas les da lo mismo.

Después Willie señaló a Ella:

—Parece de buen carácter; un bebé gruñón es difícil de manejar, aunque no tanto como un hombre gruñón, me parece a mí. —Rió entre dientes—. Y está bien rolliza; eso es bueno, de cara al invierno. Los bebés rollizos salen adelante aunque no tengan más que alubias y la leche de su madre. Los bebés rollizos salen adelante hasta en los inviernos malos.

—Sí, señora. Supongo que eso es verdad. Y supongo que me las he apañado antes.

—Como todos. Bueno, se me hace tarde. Ven a verme cuando puedas, te daré algo para dormir mejor. No tienes buena cara.

Willie se marchó calle abajo.

Era cierto que más de un bebé, los hijos de Hattie sin ir más lejos, había salido adelante a base de col y alubias. La primavera siguiente, con Ella ya un poco más crecida y fuerte, Hattie podría ponerse a trabajar. Quizá la señora Mark volviese de Florida o tal vez encontrase trabajo en un restaurante. August, Marion y Pearl querían arrebatarle a su bebé, esa Pearl iba repartiendo billetes de veinte dólares como si fueran centavos. «Siempre ha querido algo de mí —pensó Hattie—. Nunca he sabido qué, pero desde que

éramos niñas está buscando la forma de metérseme dentro, como las arañas se introducen en los capullos de mariposa y se los comen por dentro hasta no dejar más que la cáscara.»

«No puedo hacerlo. Si entrego a mi hija, me derrumbaré. No sobreviviré. Puede que sea egoísta privarla de lecciones de piano y vestiditos, pero no soy tan fuerte. Me desintegraré y se me llevará el viento», pensó.

A su hija le dijo:

—Nos arriesgaremos.

La casa despedía un ligero olor mohoso, como el de la colada que lleva tendida demasiado tiempo en un día de lluvia. El olor hizo que Hattie pensara en cosas que no soportaba: pelo en los desagües, las junturas entre los azulejos negras de moho. Ordenó la sala de estar y dejó el tarro de las mariposas en la mesita baja que había junto al sofá. Al otro lado de la calle, las rosas tardías de su vecina se marchitaban en sus tallos. Se le ocurrió que eran rosas lo que necesitaba para alegrar la sala. A ella la tenían sin cuidado, pero a Pearl le gustaban las cosas dulces y empalagosas.

Hattie decidió cruzar la calle y cortar unas cuantas. Acababa de coger las tijeras de la cocina y salía al porche cuando el Buick de Benny se detuvo ante su casa. «Llegáis pronto», murmuró Hattie. El sol se reflejaba en el guardabarros del Buick y brillaba en el capó como si lo hubiese bendecido Dios, y allí estaba ella, saliendo de su casa de alquiler para robarle unas rosas a la vecina. No se sentía a la altura de la batalla que tendría que librar para conservar a Ella.

—Llegáis pronto —repitió, esta vez más alto.

Marion los acompañaba. Pearl se empolvaba la nariz dentro del coche; le temblaban las manos. Miró por la ventanilla y vio a Hattie de pie en los escalones con el bebé en brazos. Su bebé, su Ella. Hattie había envejecido, sin duda: tenía más arrugas y estaba muy seria. También parecía cansada y el cabello se le escapaba del moño recogido en la nuca, pero seguía siendo alta y erguida, y conservaba en su porte ese algo que hacía que Pearl se sintiese un poco sucia, un poco desaliñada. Devolvió la polvera al bolso.

Hattie los miró desde lo alto del porche. Benny le abrió la puerta a Pearl; siempre había tenido buenos modales. Pearl se empolvaba la nariz como una princesa. Tenía buen aspecto: bien alimentada,

bien cuidada. Cuando salió del coche, se alisó la falda con ambas manos y echó a andar hacia la casa. Sí, tenía buen aspecto, aunque no parecía muy segura de sí misma. No despegaba los ojos de Ella. Pearl y Hattie se miraron, luego al bebé. Marion rompió el silencio.

—Hattie, por Dios, vaya pinta. ¿Qué haces aquí fuera con esas tijeras? Ni que hubieses estado dándole al licor. —Miró ansiosa a una hermana y a otra—. ¡Cuánto aire! ¿No corre mucho aire?

Hattie respiró hondo y bajó los escalones.

—Debéis de estar cansados después de tanto conducir, aunque parece que habéis venido muy deprisa. ¿Habéis venido muy deprisa, Benny?

—Lo normal, Hattie. —Benny se quitó el sombrero para hablar con ella.

Volvió el silencio. Marion dijo:

—¿No crees que deberíamos entrar? —Pasó entre Pearl y Hattie y abrió la puerta de la casa—. Vamos.

—Tienes buen aspecto, Hattie —dijo Pearl—. Y el bebé… Has pintado la casa desde la última vez que estuve aquí, pero de eso… de eso hace mucho. Válgame Dios, bendito sea. Bueno, ésta siempre ha sido una calle bonita y respetable.

Pearl no recordaba haber querido nada tanto como coger a Ella en brazos en ese momento.

—Una calle muy tranquila —añadió. Se le quebró la voz.

Hattie sintió una súbita simpatía hacia su hermana, toda encorsetada, enguantada y con demasiados polvos en la cara. De haber sido otras las circunstancias, le habría dado un apretón cariñoso en el hombro. Ella escondió la cara en el cuello de su madre, como hacía siempre en presencia de desconocidos.

—¡Casi me olvido de las castañas! Ve a buscarlas, Benny.

Benny volvió al coche. Las mujeres entraron en la casa.

La sala estaba en penumbra. Pearl se quedó en el zaguán, con los brazos colgando a los lados; miró a su alrededor como si hubiese entrado en un establo. Hattie se ofreció a prepararles café y se encaminó a la cocina.

—¿Puedo sostener al bebé mientras preparas café?

—Supongo que todos tomáis leche —respondió Hattie.

Al volverse hacia el pasillo, besó a Ella en la frente y le tiró del lóbulo de la oreja, porque eso siempre la hacía reír.

Puso agua a hervir. Quedaba un poco de café en un bote del fondo de la alacena, suficiente para dos o tres tazas. «Les diré que no tomo café por la tarde», pensó. Con un brazo apoyó a Ella en la cadera y con el otro cogió del aparador una vieja bandeja, las tazas buenas, la jarra de leche y el azucarero. Ella se empeñaba en tocar la loza y a Hattie casi se le cayeron los platitos del café. El bebé gimoteó como si estuviera a punto de echarse a llorar; Hattie se humedeció la punta del meñique, lo metió en el azucarero y lo introdujo en la boca de la pequeña. Después se apoyó en la encimera y le susurró al oído mientras Ella chupaba el azúcar. Hattie sintió que se precipitaba por un abismo.

Marion entró.

—¿Necesitas ayuda? Al menos deja que sostenga al bebé mientras trabajas.

—¡No! No, estoy bien.

—Todos vais a tener que adaptaros a la situación, ¿sabes?

—El café está listo. Puedes llevar la bandeja.

Benny había dejado las cosas del coche en el suelo, en el centro de la sala de estar: una cesta de manzanas y otra de habichuelas, un par de cajas tapadas y una gran bolsa de la que rebosaba algo que parecía ropa. Al lado estaba la enagua de Pearl llena de castañas. Era como si Benny hubiese descargado un barco. Hattie se trasladó a Ella de una cadera a la otra.

—Os agradezco que hayáis traído todo esto y también todas las molestias, pero… —Hattie tomó aire— mejor que os lo guardéis. Ella se queda conmigo. No la tendréis a cambio de una cesta de habichuelas.

—¡Hattie! He traído todo esto porque eres mi hermana, como hago siempre que te visito. También le he traído cosas a Marion, ¿verdad? —Pearl miró a Marion—. No sé cómo puedes decir algo así.

—Te ayudaré a llevarlas de vuelta al coche —le dijo Hattie a Benny.

Benny negó con la cabeza, levantó la vista y la miró por entre las pestañas.

—Creo que debes quedártelas. Me gustaría que te las quedases aunque… —dijo él.

—Pero ¡qué te pasa, Benny! —exclamó Pearl—. ¡Hattie, creía

que todo esto te hacía falta!

—Tú no sabes lo que me hace falta y te agradecería que no hicieras suposiciones al respecto.

—Nunca he conocido a nadie que esté tan ciego de orgullo. Cualquiera puede ver que necesitas ayuda, ¡fíjate en el estado de esta casa!

—¡Pearl! —exclamó Marion.

—Lo siento, Hattie. De verdad. Perdóname, estoy un poco nerviosa —dijo Pearl—. Creo que todos estamos un poco alterados, mejor tomémonos el café. ¿Por qué no te sientas y nos tomamos el café?

—Me quedaré de pie, gracias —repuso Hattie, frotando la espalda de Ella.

—Antes no me he expresado bien. Tenemos que solucionar esto, Hattie. Habíamos llegado a un acuerdo, todo está decidido. Tú misma me dijiste que viniera.

—Pues ahora digo lo contrario.

—Pero Hattie… tienes que ser práctica. Piensa en la ropa y la comida, y en todos vosotros hacinados en esta casita. Sé que tiene que ser difícil, pero es lo mejor. Para Ella.

—Tú no sabes nada. Nunca has tenido hijos, así que no puedes saber lo difícil que es. ¿O sí puedes, Pearl?

Pearl se echó a llorar. Hattie se quedó de pie delante de ella, meciendo al bebé. Lamentaba que Pearl llorase. Lamentaba lo sola que estaba su hermana. Benny miró a su mujer como si fuese una desconocida, como si fuera alguien que acababa de entrar de la calle. «Pero yo no puedo solucionar sus problemas», pensó Hattie. Quería que se marcharan. Quería un poco de tranquilidad, una hora de silencio antes de que los otros niños llegasen de la escuela.

—No tiene ningún sentido seguir con esto —dijo.

Alguien silbó una melodía al otro lado de la puerta. El pomo giró. August entró.

—¿Ya estáis aquí?

Vio a Pearl llorando, a Benny mirándose los zapatos y a Marion allí sentada como si fuese la anciana tía de alguien. Y a Hattie, a Hattie como una tormenta plantada en mitad de la sala de estar.

—Ya veo que las cosas no marchan bien. Me lo esperaba —dijo August.

—Por favor, August, dile algo. Dice que no nos da a Ella, pero teníamos un acuerdo. Tú lo sabes —gimió Pearl.

—No hay nada que yo pueda decir. Para Hattie valgo menos que una cucaracha.

—Por el amor de Dios, August. ¡Por favor! No puedes…

—¿Sabes?, nadie se comporta como si esta niña fuese hija mía. Parece que todos creéis que ha salido de un huevo. A nadie se le ha ocurrido que a lo mejor me duele verla marchar.

—¡Es lo que acordamos! ¡Todos lo acordamos! —exclamó Pearl.

—Ésta es nuestra hija, Pearl. No tienes derecho a actuar como si fueras mejor que nosotros. Hasta un ciego vería que eso es lo que piensas, y así no te ganas la simpatía de nadie. Todas venís de los mismos padres. Las cosas no le han ido igual de bien a Hattie, pero que te des aires como un gallo en el gallinero no está bien.

Hattie se volvió hacia August, sorprendida de encontrar en él un aliado, sin acabar de creerse que de verdad lo fuera.

—En parte deseaba que ya os hubieseis ido, porque no quería ver cómo se llevaban a otro de mis hijos.

—No se la van a llevar. He cambiado de parecer.

August asintió.

—Yo mismo he estado a punto de llamar a Pearl para decirle que no viniese. No podía soportar la idea de perder a otro hijo. Creí que me destrozaría, pero luego he comprendido que no es lo mismo que la otra vez.

—¿Adónde quieres ir a parar, August? —preguntó Hattie.

—Tengo que decírtelo, Hattie, aunque no quieras oírlo. Viste cómo se fueron nuestros bebés. Los alimentaste, les cantaste y acunaste, y al final no sirvió de nada. —A August se le quebró la voz—. No me plantaré aquí a decirte lo que debes hacer, pero quiero que sepas que no es lo mismo. Ella no se está muriendo. Tuvimos ese dolor, Hattie, y tendremos éste, pero debes entender que no es lo mismo.

Hattie miró largo rato a August. Nadie habló. Por fin, ella asintió y él asintió a su vez.

Pearl se levantó y se acercó a Benny, pero él estaba sentado con la cabeza entre las manos y no la vio. «Benny no querrá a Ella», comprendió Pearl. Se había engañado al creer lo contrario.

—¡Oh! —dijo en voz alta, y se desplomó en el sofá.

Hattie acarició la cabeza de Ella; el cabello le hizo cosquillas en la palma. Tocó los muslos rollizos, las rodillas con hoyuelos, las uñitas traslúcidas del bebé. Después August tomó a Ella en brazos y le cantó en voz tan baja que se quedó dormida. Hattie lo vio acariciar a la pequeña y recordó su sonrisa cuando le dijo que estaba embarazada. Recordó el pánico y la rabia que ella había sentido. A punto estuvo de acudir a Willie para que le diese algo para interrumpir el embarazo, y cuánto se alegraba de no haberlo hecho: allí estaba su niñita. Hattie estaba agradecida por la vida de aquella hija, por muy fugaz que hubiese sido su intervención en ella. Pero también había un hecho insoportable: Hattie perdía a otro de sus hijos. Y no podía evitar preguntarse, que Dios la ayudara, si no habría sido más fácil que Ella nunca hubiese existido y que Hattie no hubiese sido su madre durante esos seis meses. ¿Cómo se suponía que iba a soportar una vida así? Paseó la vista por la habitación como si fuera a encontrar la respuesta en la cara de August, en la de Marion o en la de Pearl, pero sus ojos se posaron en Ella. En aquel momento no era ningún consuelo pensar que hacía lo mejor para su hija. Mejor no pensar, mejor moverse, porque de lo contrario se desplomaría y no volvería a levantarse. Dio media vuelta y subió la escalera. Bajó unos minutos después con el moisés de Ella y una bolsa marrón.

—Aquí hay algunas de sus cosas —le dijo a Pearl—. También un muñeco de trapo que le hice yo. Seguro que tienes algo mucho más bonito, pero éste le gusta y huele a mí. Puedes dárselo en el viaje de vuelta, si la notas inquieta.

Pearl miró a su hermana como si quisiera decirle algo, pero no supiera qué.

Hattie cogió a Ella de los brazos de August. El bebé resopló y gimoteó; Hattie se lo puso en el hombro y le frotó la espalda.

—A veces se revuelve cuando duerme. Tendrás que cogerla así y frotarle la espalda o se despertará gritando.

«Sólo será mi hija unos minutos más», pensó Hattie. Deseó que Ella se despertara para poder verle los ojos por última vez.

—Ahora tenéis que iros, antes de que se despierte —les dijo.

Le entregó su hija a Pearl. «Estoy acabada», pensó.

Marion y Benny, Hattie, August y Pearl con Ella en brazos salieron a la calle. Benny abrió la puerta del coche y acomodó a

Pearl y a Ella en el asiento. Arrancó despacio; Pearl levantó la mano a modo de despedida y la mantuvo suspendida hasta que el coche dobló la esquina y desapareció.

—Los niños volverán pronto de la escuela —dijo Hattie.

—Eso creo —repuso August.

Entraron en casa y empezaron a llevar las cestas de comida a la cocina. Las mariposas seguían vivas en el tarro. August se volvió y le dijo:

—Saldremos de ésta, Hattie.

Hattie cogió el tarro de la mesa y lo arrojó a la pared, detrás de August. Los dos se quedaron mirando las mariposas, que revoloteaban aturdidas entre los cristales rotos.

Alice y Billups

1968

6.30 horas

Alice estaba en bata en lo alto de la escalera. El sol aún no había salido. Oyó fuera el golpe amortiguado de unas puertas de automóvil; Royce subía a la limusina que lo llevaría a su despacho, el conductor le cerraba la puerta, luego el rumor del motor se fue debilitando cuando el coche salió a la calle y se alejó. El reloj de pared dio la media y la escalera de madera crujió de frío. Aún faltaban dos horas para que llegase Eudine. Esa mañana, más que ninguna otra, a Alice se le antojó injusto tener que bajar sola, encender la caldera y poner el cazo a hervir. Eudine ya debería estar allí, pulcramente uniformada, sirviéndole el café y preparando las tostadas, mientras Alice le daba instrucciones para la fiesta de esa noche. Los invitados no llegarían hasta las nueve —una eternidad—, pero había que encargarse de los proveedores, sacar la porcelana buena del aparador, asegurarse de que llegaban los licores.

Alice bajó al vestíbulo y se agachó para alisar el extremo de la alfombra que Royce había levantado con el pie al salir de casa. Nunca fallaba en eso de arrugarla, como nunca se molestaba en encender las luces o la calefacción. Pero se sentía afortunada de estar con él, desde luego. ¡Había tan pocos médicos de color, y él era de una familia tan distinguida!, se dijo mientras cruzaba las habitaciones heladas de la planta baja. Bueno, ¿y qué sabía Royce de los «oficios austeros y solitarios del amor»? Hacía un par de años, él había insistido en ir a un recital de poesía de Robert

Hayden, y Royce había asentido emocionado cuando Hayden había recitado ese verso. Pero después, al mencionarle Alice el poema, Royce no lo recordaba en absoluto y la había mirado con lástima, como diciendo: «Alice, qué tonta y simplona, impresionada por una nimiedad.» Lo importante, comprendió ella demasiado tarde, era ir al recital con la élite de color de la ciudad, no recordar los poemas. Alice seguía cometiendo muchos errores, pese a llevar ya cinco años casada.

Encendió la calefacción y se sentó en la cocina a esperar el zumbido del piloto y el borboteo de los radiadores. ¡Eran poco más de las siete! No le gustaba admitir que se sentía sola, aunque estaba pendiente de oír la llave de Eudine en la puerta. Ojalá su hermano Billups estuviese allí con ella. Alice lo echaba de menos, sobre todo a primera hora de la mañana. ¿Cuántas veces había llegado él a las seis con cara de sueño, después de una noche de espantosas pesadillas? Se sentaban a tomar té hasta que se tranquilizaba, después Billups la besaba en la mejilla, le daba las gracias y se iba a su trabajillo de media jornada. Esos últimos meses las visitas de su hermano se habían espaciado a una cada dos semanas. Ni siquiera le había devuelto la llamada para lo de la fiesta, y eso que hasta su madre había telefoneado para decirle que acudiría. Su madre, que nunca llamaba, a quien no le gustaban las fiestas, a quien, según pensaba Alice a veces, no le gustaba Alice.

La casa de Hattie estaba sólo a media hora de la suya, pero Alice nunca iba a visitarla. Cuando veía a sus padres y hermanos era porque ellos se acercaban a su casa, comían en su mesa y les servía su criada. Todos asistirían a la fiesta. Todos pasarían revista a las bonitas pertenencias de Alice, se sentarían en sus butacas y sofás y charlarían con ella como si Alice nunca hubiera sido uno de ellos. Bell saldría del tocador y bromearía con que podía vender las toallitas de mano para pagarse el alquiler del mes. El problema eran los celos, desde luego. También era cierto que, cuando se reunían, su familia le recordaba a un grupo de criaturas errantes y solitarias enjauladas como una manada de leopardos en cautividad. Que el motivo de la fiesta fuese el concierto de Floyd ayudaría. Su hermano llevaba quince años ausente, desde que Alice tenía diez, y sólo conocía su aspecto por las fotos de los periódicos. Su madre recortaba los artículos sobre él y se los enviaba a toda la familia.

¿Quién habría dicho que Hattie era una sentimental? Ay, cuánto la asustaba la llegada de todos. Se puso de pie tan bruscamente que casi volcó la silla. Cinco minutos después estaba en la calle y el pánico que sentía crecía hasta arder en el aire gélido.

7:30 horas

Alice llevaba media hora andando cuando divisó la iglesia luterana de San Marcos. Necesitaba unos minutos de calor. La fría mañana, tan tranquilizadora al salir de casa, se había vuelto brutal. La iglesia, tres plantas con una empinada escalera de granito que llevaba a la puerta doble roja, dominaba la calle. En la familia de Royce eran miembros desde hacía setenta años. Un banco de la primera fila llevaba su apellido; era el mismo en el que Alice se sentaba todos los domingos, con el ala del sombrero de su suegra golpeándole un lado de la cara.

Cuando Alice y Billups eran adolescentes solían ir a escondidas a iglesias católicas. Se saltaban las clases y merodeaban por los parques fumando cigarrillos, luego cogían el tranvía hasta Nuestra Señora del Consuelo o la Antigua Santa María o la Santísima Trinidad. Se turnaban para desahogarse con el cura en el confesionario. Alice contaba la historia con una vocecilla impersonal, recitaba los hechos como si leyera la lista de la compra. La había contado tantas veces que era inmune al efecto que generaba en quien escuchaba, y si el cura sofocaba una exclamación o se detenía conmocionado, casi se sorprendía. Al salir, ella y Billups encendían velas por la salvación de sus almas, aunque casi siempre hacían lo contrario: susurraban un nombre, siempre el mismo, y soplaban una vela para que se le extinguiese el alma. Ahora Alice y Billups eran mayores y ambos sabían que no había forma de librar al mundo de las almas malignas.

Ya habían echado sal en el rellano helado de lo alto de la escalera. Un hombre mayor salió de la iglesia con un cubo blanco. Alice no lo reconoció por un instante, porque lo tapaban el abrigo y la bufanda, pero luego reparó en la curva de los hombros y la inclinación del cuello, como si mirase algo a lo lejos. Alice soltó una exclamación. No podía verle la cara, pero seguro que era él. Llevaba el mismo sombrero de fieltro y tenía el mismo aire asustadizo,

ratonil.

«¡Thomas!», quiso gritar, pero sólo abrió y cerró la boca como un pez. Cada vez que lo veía imaginaba lo mismo: lo golpeaba con los puños, lo arañaba hasta hacerlo sangrar y le daba un rodillazo en la entrepierna que lo tumbaba en la acera. Pero estaba tan asustada que ni siquiera pudo señalarlo con el dedo, y mucho menos atacarlo. El hombre bajaba la escalera, arrojando puñados de sal en los peldaños. Alice se dijo que al menos esta vez no se movería y que al llegar a su lado Thomas tendría que mirarla a la cara y reconocerla. El hombre fue acercándose; sus tacones repiquetearon en los peldaños.

Alice nunca había conocido a otro hombre con zapatos tan ruidosos. Cuánto habían resonado en la casa vacía cuando ella era niña. Thomas apenas tenía muebles: la pizarra de la cocina, la mesa cuadrada donde repasaba las lecciones con Alice y Billups y el pequeño sofá de la salita donde Alice esperaba con el libro de texto abierto sobre las rodillas. Alice oía el discreto clic del pestillo cuando Thomas salía y cerraba la puerta tras él y después otro clic de la llave al cerrarse desde el otro lado. A continuación, él zarandeaba el tirador para asegurarse de que Alice no podía salir. Ella se quedaba sola en la pequeña habitación y la casa se llenaba del taconeo de Thomas en las baldosas del vestíbulo, y luego en el suelo de madera del pequeño comedor. Después nada, cuando Thomas atravesaba el rectángulo enmoquetado del pasillo que llevaba a la cocina.

Alice alzó la vista y lo miró. Se acercaba. «Espera —se dijo—. No te muevas. Está casi aquí, al alcance de mis uñas.» Pero, a medida que se aproximaba, el aire pareció contraerse y empujarla hacia él, hasta que fue como si estuvieran tan juntos que ella olió el aroma a tiza y a zapatos de piel. Alice dio media vuelta y echó a correr.

8:30 horas

—¡Billy! ¿Billy, estás ahí? —gritó Alice. Llamó al timbre por cuarta vez—. ¡Billy!

Sólo había tres apartamentos en el edificio. Alice pulsó todos los timbres. Una mujer a la que nunca había visto abrió la ventana de

la segunda planta y asomó la cabeza.

—¡Señorita! ¡No insista más, no estará en casa! ¡Por Dios!

Alice se arrebujó en el abrigo.

—¡Billy! —volvió a gritar.

Los dedos de los pies le dolían de frío. Las suelas de sus zapatillas de deporte eran finas como el papel, pero estaba decidida a avisar a Billups de que Thomas andaba cerca. Alice miró la calle para ver si la había seguido desde la iglesia.

—¡Billy! —gritó de nuevo.

La vecina reapareció en la ventana.

—¡Le he dicho que no está!

—¿Puede llamar a su puerta, por favor? ¡Apartamento tres!

—¡Señorita, quiero dormir! No lo veo desde ayer.

—¿Y estaba bien? —Billy era muy frágil debido a su insomnio y sus dolores de cabeza.

—Llamaré a la policía si no se marcha de aquí.

—Pero ¡si soy su hermana!

La mujer cerró la ventana. Alice bajó los escalones del portal y se quedó en mitad de la acera. Echó un último vistazo a la ventana de Billups. La cortina se movió. ¿O era el reflejo de las ramas del árbol en el cristal?

—¿Billy? —llamó, esta vez en voz más baja.

Se le inundaron los ojos de lágrimas. Miró la calle vacía y tuvo un mal presentimiento. Era como si el cielo plomizo y el frío hiriente y los minutos, que volaban (ya eran las ocho y media, ya era febrero, ya era su veinticinco cumpleaños), le desearan algún mal. Alice se estremeció y se encaminó a su casa. Sin duda, era esa extraña mañana la que la hacía sentirse tan vulnerable.

9:30 horas

Una furgoneta blanca se marchaba cuando Alice cruzó el jardín hasta su puerta.

—¿Quién era? —gritó al entrar en casa—. ¿Eudine?

Eudine apareció en el vestíbulo como un gran gato, toda pasos largos y silencio. Iba impecable y llevaba el pelo recogido en un moñito en la nuca, su delantal era de un blanco cegador y su cara —no sólo la piel, sino la expresión— parecía tan suave como el

caramelo fundido. Alice se arrebujó aún más en el abrigo, como si así pudiera esconder el peto vaquero y las zapatillas de tela empapadas de nieve sucia. Se embutió un mechón de cabello suelto bajo el gorro de lana.

—¿Quiénes eran los de la furgoneta? —volvió a preguntar.

—Los del servicio de comida.

—¿Qué? Pero si tenían que venir por la tarde.

—No lo sé.

Claro que lo sabía. Eudine lo sabía todo de aquella casa. Era la persona más eficaz que Alice había conocido; todas las mañanas se levantaba a las cinco y siempre entraba a trabajar quince minutos antes.

—Bueno, pues se han equivocado, ¿no? No sé por qué no les has dicho que se marcharan.

Eudine no contestó. Era indescifrable, además de inmaculada y atemporal. Sus ojos tenían el mismo tono caramelo que su piel, la cara era un lago plácido de muchas profundidades. Una mujer con una cara así podía ser confesora; se le podía contar cualquier cosa, por espantosa que fuera, que aquella cara seguiría inmutable como el granito. Cuando la contrató, Alice esperaba que Eudine se convirtiera en su confidente, como en esas películas en que la señora de la casa se sienta ante el tocador y le cuenta sus secretos a una criada que le desabrocha los collares y los guarda en el joyero. ¿O eran sólo las mujeres blancas quienes convertían a sus criadas en confidentes? ¿O sólo mujeres blancas cuyas criadas negras estaban obligadas a la confidencia? Quizá Alice era tan sólo una imitación de una mujer blanca en una gran casa. Pero nunca sabía a ciencia cierta qué imitaba, es decir, el objeto de sus esfuerzos casi siempre le resultaba confuso.

—Los llamaré —declaró.

Alice guardaba los papeles de la fiesta en un escritorio del salón. Semanas de listas: manteles, menús, teléfonos de las floristas, de la agencia de servicio doméstico y de la jefa de cáterin, a quien Alice había despedido. Esa mujer se había comportado con la misma prepotencia que si fuera la señora de la casa. ¡Hasta había dejado de consultar a Alice! «Por puras razones prácticas», había dicho. Como si Alice no pudiera planear la fiesta de su hermano ella misma.

—¿Sabes, Eudine?, seguro que esa odiosa mujer tiene algo que

ver en todo esto. —Se le cayeron al suelo papeles y recibos manchados de té al rebuscar en las hojas amontonadas del escritorio—. Estaba decidida a sabotearme.

—Creo que no ha sido ella —dijo Eudine.

—¿Qué? —Alice no levantó la vista de los papeles.

Era muy difícil estar al corriente de todos los detalles.

—Creo, me parece que el doctor Phillips quería que algunas personas… o sea, ha pedido algunas cosas aparte.

—¿Royce? No, no puede ser. Él dijo que no… que yo me encargaría de todo. —Alice parpadeó. Se le hizo un nudo en la garganta—. ¿El otro proveedor vendrá después?

Alice quería preguntarlo con seguridad, pero en cuanto abrió la boca sólo le salió una vocecilla de niña pequeña.

Eudine la miró un buen rato.

—No creo —respondió en voz baja.

—Yo… iré arriba y aclararé este asunto —dijo Alice.

Las mejillas le ardían de humillación. Se preguntó cuándo habría cancelado Royce los servicios de su proveedor, de qué otras formas la había hecho quedar en evidencia y cuándo había conspirado con Eudine. Alice era consciente de su desprecio. Subió la escalera despacio, con la cabeza alta y la espalda recta. Al llegar arriba se detuvo, cogió un jarrón con ambas manos y lo arrojó al suelo. Qué placer, qué liberación hacerlo añicos.

11:00 horas

La melancolía invadió la casa como una era glacial. La mañana casi había pasado y Alice sólo había conseguido quitarse el peto y ponerse de nuevo la bata. A menudo el tiempo transcurría así, Alice a la deriva hasta que el día se reducía a una rodajita y entonces se veía forzada a la acción frenética: las obligaciones domésticas, vestirse a tiempo para cenar antes de que Royce volviese del hospital, comprar la comida y los artículos varios que Billy era incapaz de adquirir por sí mismo. Alice suspiró. Era evidente que el día no mejoraría. Quería volver a la cama, quedarse allí hasta la primavera. ¿Y entonces qué? Llegaría la primavera con sus vivos colores, todo el mundo sería feliz por el cambio de estación y Alice también tendría que serlo. En verano, Royce y ella pasarían el mes

de julio en la casa de Vineyard, con sus espaciosas habitaciones, las cortinas color champán que flotaban con la brisa, los cubitos que tintineaban como campanillas en los vasos de cristal y la conversación, que también tintineaba con la misma delicadeza y frivolidad. El aire olería a caramelo de tofe y algas secas, ellos vestirían de blanco y habría aún más felicidad. Mucha felicidad. Era casi tan extenuante como ese implacable febrero.

12:30 horas

Sonó el timbre. Alice corrió a la escalera y miró mientras Eudine abría la puerta. ¡Billy! Hacía semanas que no la visitaba. Tenía buen aspecto, parecía más alto. Alice se vio de refilón en el espejo del pasillo mientras corría escaleras abajo: los rizos todavía prendidos con horquillas, la cara sin lavar. No le gustaba que Billups la viese desaliñada, pero qué alegría, qué maravilla que hubiese venido.

—¡Billy! —Alice bajó corriendo a recibirlo—. ¡Eudine! ¡Té! —gritó.

Tomó a su hermano del brazo y lo acompañó a la sala de estar.

—He pensado en ti continuamente. Esta mañana he ido a tu casa y no estabas. La fiesta es esta noche. ¿Lo habías olvidado? —Se detuvo y retrocedió unos pasos para mirarlo—. ¿Estás bien?

—Estoy bien, Alice.

—¿Por qué te quedas ahí de pie con el abrigo puesto?

—No me has dado tiempo a…

—Vaya, tienes buen aspecto. ¡No me imagino qué habrás hecho estas últimas semanas! ¿Es nuevo el abrigo? Es muy bonito. ¿Dónde lo has comprado?

—Alice, tengo que…

—Azul marino. Los abrigos de hombre me gustan más de color negro o gris. Siempre te lo compro negro o gris, pero… ¿te lo ha dado Royce? Tiene tantas cosas, deberías echar un vistazo a sus trajes viejos. Habrá que ensancharlos, pero…

—¡Alice! Alice, por favor. Quiero hablar contigo.

—¿Hablar conmigo? Dios mío, eso suena grave. ¿Y de qué? Ni siquiera es hora de comer. ¡Demasiado pronto para ponerse tan serios, Billy!

—Son las doce y media, Alice.

—¿Ah, sí? ¿Tan tarde es? ¡Cómo pasa el tiempo! Y queda tanto por hacer…

Miró a su alrededor. Eudine había sacado las botellas que no tenían que enfriarse y había colocado los ceniceros buenos y los posavasos de peltre en las mesitas de centro. Alice saltó del sofá soltando una pequeña exclamación.

—Tengo que meterme en la bañera. ¿Me esperas, Billy?

—Té —anunció Eudine, entrando en la sala con una bandeja de plata.

—Bueno, yo… —Alice titubeó, mirando de Eudine a la escalera y viceversa—. Supongo que me da tiempo a tomarme una taza.

—Tengo que hablar contigo —reiteró Billups.

—¡Oh, Billy! No te lo he contado. —Alice esperó a que Eudine saliera de la habitación. Se sentó al lado de Billups y dijo en voz baja—: He pasado una mañana espantosa. Lo he visto en la escalera de la iglesia. Llevaba el mismo sombrero.

Billups se puso tenso.

—Lo reconocería en cualquier parte —susurró Alice—. No le he dicho nada. Tendría que haberle dicho algo.

—No era él —dijo Billups.

—Sí lo era.

—Por favor, Alice. ¿Podemos hablar de otra cosa?

Aquellos avistamientos de Thomas molestaban a su hermano. Por lo general, no se los mencionaba. A lo largo del último año había visto a Thomas junto a su zapatería preferida y en el centro, delante de los almacenes Bonwit Teller. No había envejecido, pero algunas personas se mantenían jóvenes durante años y años.

—El ruido de sus zapatos, Billy. Me fui corriendo, directa a tu casa, para avisarte de que Thomas andaba cerca. —Alice casi pudo oler el bizcocho que Thomas les preparaba todas las semanas cuando Billups y ella iban a su casa. Alice encerrada sola en la salita, Billups en la cocina con Thomas—. Creí que iba a vomitar.

—No quiero hablar de eso.

—¿Qué harías ahora, si lo vieses?

Billups no respondió.

—¿Qué harías? —insistió Alice.

—Nada.

—Y si él te hablase, entonces, ¿qué? —insistió ella.

—¡Nada!

A Billups le temblaban las manos. Tenía unas manos grandes y fuertes. En invierno se le agrietaban y adquirían un aspecto gris y encallecido. Con esas manos, si Billups viese a Thomas seguro que lo mataba; lo golpearía hasta que pareciera un tomate que alguien hubiera pisado. Era espantoso ver cómo temblaban esos grandes dedos.

Cuando Billups fue a dejar la taza en la bandeja, le resbaló del plato y se rompió en el suelo de madera.

—¡Oh, mi pobre Billy! —exclamó Alice.

Billups apretó los puños; parecía a punto de echarse a llorar. El charco de té alcanzó la alfombra persa.

—¡Eudine! ¡Eudine!

Eudine apareció con un cubo y un trapo y se arrodilló para limpiar. Alzó la vista y miró a Billups. Alice vio algo en sus ojos. ¿Lo juzgaba? ¿Sentía compasión?

—Te agradecería que te limitaras a limpiar, Eudine —dijo Alice.

—¡Alice! —exclamó Billups.

Alice abrazó a su hermano. Él se puso rígido.

—Dios lo ha maldecido, eso creo. Cojeaba. Habrá tenido un accidente o…

—¡No quiero hablar más de eso! —gritó Billups.

Ni madre, ni papá, ni sus hermanas y hermanos, nadie cuidaba de Billups. Alice no esperaba que entendieran las necesidades de Billy; ni ella ni su hermano habían contado nunca lo de Thomas. Era Alice la que lo consolaba cuando sufría terrores nocturnos, era Alice quien le había encontrado un apartamento en un buen barrio de la ciudad y le ayudaba a pagar el alquiler, era Alice quien le compraba ropa cara, la mejor. Sabía que Billups necesitaba que lo cuidasen, aunque él insistiera en que no. Ella era todo lo que tenía. Tuvo que esforzarse para no correr tras él y llamarlo cuando Billy se marchó dando un portazo.

13:30 horas

Después de intentarlo en dos ocasiones, Eudine había dejado de gritar escaleras arriba para consultarle los detalles de la fiesta. Tanto mejor, Eudine se las apañaría perfectamente, y además en

esos momentos Alice no podía enfrentarse a ella.

En lugar de eso se puso a inspeccionar las habitaciones del segundo piso, aunque la mayoría no se usaban y no hacía falta limpiarlas. ¿De qué habría querido hablarle Billups?, se preguntó, pasando del baño a la habitación de invitados. A Alice no le gustaba que Billups tuviese algo que decirle que ella no supiera ya. Lo sabía todo de él. Siempre habían estado muy unidos. Royce decía que el único problema de Billups era que se regodeaba en su melancolía y le había recomendado actividad diaria y ejercicio físico. Ridículo. Royce estaba tan obsesionado con el progreso de la raza… Billups no era más que otro de sus proyectos de mejora.

Royce trabajaba como voluntario en los barrios pobres y donaba dinero a organizaciones a favor de los derechos civiles, así como a la campaña de Edward Brooke. Claro que también se hacía mandar las camisas de Londres. Cuando descubrió que Alice iba a una costurera de color cerca de la calle Wayne se lo dijo a su madre, que enseguida la llevó a un establecimiento del centro, donde la modista blanca la miraba con desdén incluso cuando se arrodillaba a los pies de Alice para cogerle el dobladillo. Los familiares de Royce eran personas amargas, triunfadoras e invulnerables, frías como la estrella más distante. ¡Cuánto deseaba Alice ser como ellos! Y cuánto los odiaba; llevaba cinco años intentando complacerlos y seguían tratándola como a un perro difícil de adiestrar.

Royce quería un hijo. Nada más casarse había transformado uno de los dormitorios de invitados en habitación infantil; ahora no permitía que nadie entrase allí. Alice abría la puerta con la llave que él escondía en el fondo del cajón de los calcetines. Las paredes estaban empapeladas con patos amarillos tocados con gorritos para la lluvia, adecuados tanto si era niño o niña, había dicho él. Los hijos no llegaron. Royce se enfurruñó, maldijo y, desesperado, llevó a Alice a especialistas de Nueva York y Boston. La carencia de hijos de Alice era lo único por lo que Royce había mostrado auténtica emoción, pero en eso no se saldría con la suya. Alice se aseguraba muy bien de ello. No era un acto de agresión, se decía cuando todos los meses abría una nueva caja de píldoras. Sólo ganaba tiempo hasta que la situación entre ellos mejorase. Y ella todavía era joven; le quedaban muchos años, muchísimos. Al salir de esa habitación infantil, Alice se metió la llave en el bolsillo de la bata. Dejó la

puerta abierta de par en par.

El cuarto de costura estaba al final del pasillo. Alice perdió rápidamente el interés en cuanto lo tuvo montado, pero conservaba la máquina porque le recordaba el rinconcito de la calle Wayne donde Hattie había improvisado un espacio para coser. ¡Lo que su madre hubiese dado entones por tener un cuarto de costura! Hattie odiaba la calle Wayne, decía que vivían hacinados como ratas en un agujero. No soportaba su sordidez. Cada dos años pintaba la sala de estar de un color original: rosa palo, azul casanova o verde brisa marina.

Unos meses antes, Hattie se la había llevado a ver una casa que esperaba comprar. Había habido muchas casas de ésas a lo largo de los años. No era mucho mayor que la de la calle Wayne, pero tampoco hacía falta; casi todos los hijos habían crecido y se habían marchado. Hattie condujo a Alice por las habitaciones. «¡Por fin! —decía—. ¡Por fin!» Iría al banco a firmar los papeles al cabo de dos días. Era absurdo confiar en que August pusiera su parte, pero Hattie sufrió una amarga decepción cuando la venta se malogró. Y no aceptó la ayuda de Alice. El orgullo insensato, y no el dinero, era lo que se interponía entre Hattie y lo único que había admitido desear de verdad.

Durante toda su vida, los niños Shepherd habían oído declarar a Hattie que era una vergüenza no tener una casa en propiedad. El alquiler los hacía pobres y vulgares. «Todos estos años y no hemos conseguido nada. ¿No quieres tener algo que podamos legar a nuestros hijos?», oyó que su madre le decía en cierta ocasión a August.

Cuando Alice era niña, Hattie calculaba periódicamente el dinero que se habían gastado año tras año en el alquiler de la calle Wayne. Unos días después se ponía a gritar por toda la casa, señalando las grietas de la bañera o los zócalos rotos y mugrientos. Esos arrebatos eran peligrosos. Una vez azotó a Franklin con una vara porque se había dejado una ventana abierta durante una tormenta y el suelo del dormitorio se había hinchado. Por aquel entonces, Frank tenía sólo ocho años, pero aun así Hattie lo arrastró a la entrada y lo golpeó hasta que el pobre se orinó encima, de miedo y de dolor. Alice se pasó una semana aplicándole mercurocromo a los verdugones.

«A mi madre debe de darle rabia venir aquí», pensó Alice. Todos esos dormitorios y salones, sin un solo niño a la vista. Todas esas habitaciones llenas de cosas preciosas. Alice volvió a su cuarto y se sentó en el borde de la cama, con las manos sobre el regazo. La fiesta empezaría a las nueve; al cabo de una semana o de un mes habría otra celebración, y otra y otra y otra, y se oirían muchas conversaciones en todas esas habitaciones, muchas charlas y atenciones y farsas estaban por venir. Alice no imaginaba que alguna vez llegara a estar a la altura de los años que tenía por delante. Sentía aquella casa como unas fauces enormes que se la habían tragado entera.

15:00 horas

Alice salió de la bañera con la piel hormigueando debido al agua caliente. Se roció con su perfume de gardenia preferido y seleccionó las joyas: la gargantilla de diamantes y platino, la pulsera rivière, pendientes de perlas. Se miró desnuda en el espejo: las joyas la animaban, le daban valor. «Soy una mujer rica —pensó—. Ya no tengo que temer a nadie, nunca más.» Se puso la combinación y la bata y bajó a decirle a Eudine que necesitaba su vestido para la fiesta.

La puerta del cuarto de la plancha estaba abierta. Alice cruzó la cocina y entró. La ventana de atrás estaba empañada, pero alcanzó a distinguir un pájaro de un rojo intenso en una rama del jardín. Cuando Alice volvió la cabeza y vio a Billups y Eudine tan abrazados, a punto estuvo de decirles: «¿No es increíble? ¡Un cardenal en febrero!», porque tanto el abrazo como el cardenal eran imposibles. Alice creyó que lo imaginaba y cerró con fuerza los ojos. Volvió a mirar y el pájaro no estaba. Pero Eudine se alisaba el cabello y Billups se apartaba de ella, carraspeando. Alice retrocedió a la cocina.

—Perdón —tartamudeó, como si fuese ella la que había hecho algo indebido.

Billups entró en la cocina.

—He intentado… he intentado decírtelo. —Vaciló. Miró a Eudine, que lo había seguido desde el cuarto de planchar y se mantenía a unos pasos de distancia. Cuando volvió a mirar a Alice,

había algo liviano y etéreo en sus ojos—. Salimos juntos.

A Alice le pareció insoportable la autoridad de su voz. La declaración de eso que había hecho a sus espaldas, esa decisión que había tomado sin consultarla. Eudine tenía la barbilla levantada y los ojos fijos en Billups, como si Alice ni siquiera estuviera allí.

—Víbora —susurró Alice—. Zorra.

Eudine se colocó la pechera del delantal, aunque ya estaba en su sitio, y dijo:

—Será mejor que me vaya.

—¡Tendría que darte vergüenza! —gritó Alice intentando seguirla por el pasillo, pero Billups le cerró el paso.

—Cálmate, Alice. Estás muy alterada.

Posó una mano en el hombro de su hermana. Alice tensó los músculos.

—Sé que no te lo esperabas, pero esta mañana he intentado… He hecho algunos cambios. Yo…

Billups miró la habitación como si algo pudiera salvarlo de aquella discusión, como si algo pudiese llevárselo volando lejos de Alice.

—Me mudo la semana que viene. He encontrado un sitio que puedo pagar con mi… —Billups titubeó— mi salario.

Alice temblaba como un terrier, pero no dijo nada.

—¿Alice? ¿Alice? Será mejor que me vaya. Éste no es el mejor momento, con la fiesta y todo lo demás.

—A eso me refería, Billy —dijo ella por fin, hablando en voz baja y forzada—. No puedes tomar decisiones adecuadas. ¿Un lío con la criada? ¿Y mudarte? ¿A qué barrio? No puedes permitirte ningún sitio bonito.

—Tengo trabajo. Soy el nuevo administrativo del hospital Girard, cinco mil seiscientos dólares al año. Ya no habrá más trabajos a media jornada ni continuos cambios de empleo.

Míralo, todo orgulloso y satisfecho.

—Ése es un trabajo de mujer.

—Es un buen trabajo —repuso él débilmente, con la vista baja.

¡Pobre Billy! No iba a poder con todos esos cambios. Era incapaz de arreglárselas solo.

—No piensas, Billy; esto es algo que ya hemos discutido. Sabes que la media jornada es mejor. Y no tienes por qué trabajar si no

quieres. Hay dinero de sobra.

—Fuiste tú quien decidió que la media jornada era mejor. Tú decidiste que yo necesitaba un piso caro. ¡Puedo mantenerme solo!

—Trabajando de lacayo en el hospital.

Billy negó con la cabeza.

—Sabía que harías esto. Llevo dos meses trabajando y no te lo he dicho porque sabía que reaccionarías así. Mira, mira lo que tengo aquí. —Billy se sacó unos papeles doblados del bolsillo; los cheques semanales de Alice, sin cobrar—. No me han hecho falta.

—¿Crees que no me necesitas porque tienes un trabajillo? ¿Y a Eudine? Anda ya, Billups. Ella me limpia los retretes.

—¿Quién eres tú para decidir quién es lo bastante bueno para mí? La familia de Royce cree que tú deberías limpiarles los retretes.

—¡Yo sólo quería que fueras feliz! ¡Todo lo he hecho para que seas feliz!

—Nunca te he pedido nada. Lamento que te sientas tan culpable, pero no puedo hacer nada al respecto.

—¡Culpable! ¡Si he intentado ayudarte!

—¡Has querido salvarte con dinero! ¿Y de qué te ha servido? Mírate, Alice. Te has convertido en la caricatura de una señorona que se pasa el día vagando como una zombi por esta gran casa, colocada con las pastillas que te da Royce y mirando sin ver por la ventana. Déjalo, Alice. Te estás volviendo loca.

—¡Mira cómo me culpas! ¡Me culpaste cuando éramos niños y ahora me culpas porque me preocupo por ti!

—¡No era a ti a quien Thomas metía en esa cocina todas las semanas!

Los dos se miraron conmocionados. Billups nunca lo había dicho en voz alta; respiró hondo para tranquilizarse.

—No te culpo, Alice. Antes creía que tendrías que habérselo contado a alguien porque eras mayor que yo y en teoría me cuidabas, pero ya hace mucho tiempo que no lo pienso. Sólo éramos niños. Pero tienes que dejar de hablar de eso. Deja de disculparte, deja de arrastrarme de vuelta allí. ¿Sabes lo que quiero, Alice? Quiero ser normal. Tengo veintitrés años. Quiero casarme. Quiero ir a trabajar todos los días, pagar las facturas, labrarme mi propio camino y ser un hombre.

—Me casé con Royce para poder cuidar de ti.

—Te casaste con Royce porque querías ser más que nadie.

—No tienes muy buena opinión de mí, ¿verdad? ¿Cómo puedes decir que no me importas?

—Yo no he dicho eso.

«También mi Billy no —pensó Alice—. La única persona de este mundo que me necesita, que no se cree superior a mí ni me desautoriza. También él no.» Ambos guardaron silencio. Después Billy cambió de posición y se alisó la chaqueta como si se dispusiera a marcharse.

—¿Billy? —preguntó Alice con suavidad—. ¿Sabe Eudine lo de Thomas? Quizá tendría que saberlo. Quizá debería decírselo. ¡Eudine! —gritó Alice hacia la sala de estar.

Alice sintió el escozor de la palma en la mejilla y al mismo tiempo vio que Billy no se podía creer lo que había hecho. La fuerza de la bofetada la tiró al suelo. Debió de gritar, porque Eudine entró corriendo en la cocina y la ayudó a sentarse. A Alice le palpitaba el labio y sentía frío en el muslo, por donde se le había abierto la bata. Uno de sus pendientes de perlas estaba en el suelo. Billups se agachó a recogerlo, pero Eudine le indicó que se marchara.

—Sigue siendo una niña, Billups. No tendrías que haberle puesto la mano encima.

—Lo sé —respondió él, al borde de las lágrimas—. Lo sé.

—Ve a dar una vuelta, te calmará —dijo Eudine.

Le hablaba a Billups, pero fue Alice quien se levantó. Pasó ante los camareros vestidos de negro del comedor, alejó con un gesto a la mujer que llevaba un ramo de lisiantos y lirios de agua y a otra con la cubertería de plata. Nadie la llamó, algo que Alice agradeció.

17:30 horas

El día había completado su ciclo de oscuridad a oscuridad y allí estaba Alice en lo alto de la escalera, igual que esa misma mañana. Los invitados llegarían al cabo de tres horas y media. El regreso de Royce era inminente. Alice llevaba un rato intentando animarse y vestirse antes de que Royce volviera, al menos haría eso, para ahorrarse su reprimenda y las consecuencias. Se frotó el lado de la cara donde Billups la había abofeteado; tenía los labios un poco hinchados, la familia murmuraría al respecto. Se abrazó las rodillas

para protegerse del frío que al anochecer se instalaba en la planta de arriba.

—¿Señora Phillips?

Alice no respondió.

—Señora Phillips —repitió Eudine—. Recogeré mis cosas de la cocina y me iré. ¿Cree… puedo subir, en lugar de gritar por la escalera?

—¡Desde luego que no!

Alice corrió escaleras abajo, pero al darse de bruces con Eudine en el vestíbulo se sintió insegura y no supo qué decir ni cómo hablar.

—Bueno, pues supongo que esto es todo —se limitó a murmurar.

Quería preguntarle por Billups, saber dónde estaba y si iría después a la fiesta, pero no podía reconocer que Eudine sabía algo de su hermano que ella desconocía.

—Le agradecería que arreglásemos cuentas.

—¿Cuentas?

—Que me pagara.

—Sí, claro. —Alice era incapaz de contar las horas de Eudine ni encontrar su chequera ni nada, por lo que respondió—: Te lo enviaré por correo. Tengo que revisar tus horas.

—No hay nada que revisar. Esta semana he trabajado tres días. Me debe tres días de paga.

—El doctor Phillips debe firmar el cheque, ya que es el último.

—No comprendo… —Eudine suspiró—. De acuerdo. Le agradeceré que lo envíe lo antes posible.

Se volvió hacia la cocina.

Los camareros hacían ruido en el comedor; una tropa de desconocidos a sueldo preparaba la casa para la familia de Alice, otra tropa de desconocidos. Eudine no tardaría en marcharse. No volvería a la mañana siguiente ni a la otra, ni tampoco Billups. ¡Oh, aquella casa vacía!

—¡No puedes irte sin más! —gritó Alice—. ¡Sabes que aún quedan cosas por decir!

—¿Y qué quiere que diga? —preguntó Eudine, volviéndose hacia ella.

—¡Que lo lamentas! ¿No tienes la decencia de lamentarlo?

—Lamento que haya tenido que enterarse de lo nuestro de este

modo. Y lamento lo que Billups ha hecho esta tarde.

—¡Eso no es asunto tuyo! ¡No te atrevas a hablar mal de él! ¡No eres digna ni de pronunciar su nombre!

Eudine negó con la cabeza. Alice sintió su desaprobación como una segunda bofetada. En un arrebato de furia, se dirigió a su escritorio y sacó un sobre.

—Toma y vete —dijo, sacando del sobre un fino fajo de billetes de veinte—. ¡No quiero volver a pensar en ti! ¡Con lo bien que me he portado contigo!

Alice agitó el dinero en la cara de Eudine y, cuando ella no hizo ademán de cogerlo, se lo arrojó. Le habría escupido, de habérsele ocurrido. Los billetes revolotearon entre las dos mujeres y aterrizaron a los pies de Alice; incluso su desprecio era ineficaz. Un joven camarero que empujaba un carrito se detuvo brevemente en el umbral y miró boquiabierto el espectáculo: los billetes de veinte en el suelo y la señora de la casa como una arpía, gritando en bata. Alice empezó a sollozar con tal fuerza que tuvo que apoyar las manos en los muslos para sostenerse.

Eudine se sacó un pañuelo del bolso y se lo tendió. El gesto, pese a su pragmatismo y su falta de emoción, le pareció a Alice el mejor de los detalles. Era una criatura hambrienta a quien se había ofrecido un mendrugo, por exiguo que fuera. Se arrodilló en la alfombra. Eudine desapareció un momento y volvió con un vaso de agua. Se quedó junto a la mujer que lloraba, mirando con tacto hacia otro lado, hasta que Alice se calmó.

—Será mejor que me vaya —dijo entonces Eudine, tendiéndole el vaso—. Tardo un rato en llegar a casa.

Alice se enjugó los ojos con las mangas de la bata.

—¿Vas a seguir liada con mi hermano?

—Ésa no es la forma de llamarlo.

—Él tiene muchos problemas, ¿sabes? Es un buen chico, pero no sabe cuidarse. Cree que sí, pero no puede. ¿Qué haréis, vivir en el norte de Filadelfia? Él no está acostumbrado a esa clase de…

—No vivo en el norte de Filadelfia.

—Bueno, pero…

—Nada de peros. No vivo en el norte de Filadelfia. Y si viviese allí, tampoco pasaría nada. Es sólo un lugar como cualquier otro y eso no significaría que pueda usted encasillarme.

—Nunca te he encasillado.

—Lo ha hecho continuamente y ahora está furiosa porque no me quedo aquí.

—¡Quería ayudarte!

—¿Ayudarme? ¿Hablándome con aires de superioridad? Está usted como un cencerro, ¿sabe? O me humilla o me persigue como si yo tuviera que quererla como a un bebé.

Alice se sintió a punto de entender algo, como si todo ese tiempo hubiese habido algo que necesitaba saber y averiguarlo quizá pudiera liberarla. Se frotó la mejilla. Deseó poder tomar de la mano a Eudine; tendría las palmas cálidas y secas, algo callosas, manos curativas. Al contrario del tacto clínico e indiferente de Royce o las manazas temblorosas de Billups.

—Siempre he estado sola, nunca he tenido a nadie a quien contarle las cosas. Y me han pasado tantas… No tienes ni idea. A veces me confundo sobre qué… cómo ser. He intentado ser muchas cosas y no he conseguido ser ninguna. Tú pareces… Pensé que tú sabrías.

—Yo no sé nada que no sepa usted.

—Conoces a Billy. —Alice se inclinó hacia delante y susurró—: ¿Crees… crees que Billy me abandonará?

No era la pregunta adecuada. En cuanto las palabras salieron de su boca, Alice comprendió que había planteado la pregunta equivocada y que no sabía cuál era la correcta. Eudine apartó la vista. Alice se había puesto en evidencia. «Me he puesto en evidencia —pensó—. Pero ¿qué soy yo, si ya no puedo cuidar de Billy? ¿Qué clase de persona? ¿Qué clase de vida sería la mía si no estuviésemos los dos tan mal? Es más, ¿y si mi mal no es el mismo que el de Billy?» Todo ese tiempo Alice había pensado que Thomas era su desgracia compartida, pero tal vez, tal vez algo había cambiado y era sólo ella, sólo Alice, la que se había arruinado la vida. Ése era su precipicio, allí estaba su abismo. Alice retrocedió como si estuviera en el borde de un acantilado.

Se levantó y se enjugó las lágrimas, se colocó un mechón de pelo detrás de la oreja.

—No puedes imaginarte el trabajo que supone hacerse cargo de mi hermano. Te comerá entera —dijo Alice.

—Él puede cuidarse solo. Tiene que dejarlo en paz.

—Lo he intentado.

—Eso no es verdad.

—Tú no serás capaz. Yo soy la única que puede.

—Es una pena que piense así. Por su propio bien.

La puerta de la calle se abrió. Billups apareció en el umbral. Estaba pálido de frío.

—¡Billy! —gritó Alice.

Se reconciliarían; tenían que reconciliarse. Alice avanzó hacia su hermano, también Eudine. Billy se volvió hacia su novia y sonrió. Su sonrisa decía «lo siento», «no quería decepcionarte» y «gracias a Dios que sigues aquí». Su abrazo atravesó a Alice como la primera punzada de una migraña, igual de súbita y vertiginosa.

La lámpara de araña estaba encendida y la luz, proyectada en los cristales tallados y los candelabros de plata, se reflejaba en el ventanal. Allí estaba Alice, al fondo, pequeña y gris. Fuera había empezado a nevar. Los copos, blancos y gruesos como las bolas del diente de león, brillaban a la luz de las farolas. Un hombre se acercaba con la cabeza gacha. Llevaba subido el cuello del negro abrigo y cuando pasó bajo la farola Alice vio el sombrero de fieltro.

—¡Billy! ¿Lo has visto? —dijo, señalando la figura que avanzaba en la nieve—. ¡Llamad a la policía! ¡Está aquí!

Alice miró a Eudine y a su hermano.

—¿Por qué os quedáis ahí parados? ¿No lo veis?

Cruzó la habitación hasta llegar al escritorio, descolgó el teléfono y empezó a marcar. Billups y Eudine intercambiaron una mirada.

—¡Billups, tenemos que hacer algo! —exclamó Alice.

Billups le quitó con delicadeza el teléfono y la condujo al ventanal. La abrazó por los hombros para que dejara de temblar.

—Es Royce, Alice. ¿Lo ves?

—¿Royce?

—Sí, Alice. No pasa nada. Sólo es Royce.

Alice miró por la ventana. Era verdad, la figura que se acercaba era su marido. Aunque él la observó con preocupación, aunque levantó una mano para saludarla con amabilidad, Alice supo que después de la fiesta Royce la convencería de que se disculpase ante Floyd y sus invitados, le pondría dos pastillas en la mano y le diría que necesitaba descansar. La velada seguiría sin ella, acostada

arriba en el dormitorio bajo unas sábanas que pesaban como un cuerpo, con los labios agrietados por el aire caliente y seco. Se despertaría en plena noche sintiéndose liviana y pesada a un tiempo, como si su cabeza fuese un globo lleno de agua. Hoy había fallado: no estaba vestida ni había organizado la velada, había despedido a Eudine. Billups también se iba. Saldría de aquella casa y se alejaría por la resbaladiza acera hasta que, como si se bajara un telón, su figura se perdiese en la nieve. Poco después desaparecerían sus huellas. Alice supo que pasaría todo eso y apoyó la cabeza en el pecho de su hermano. Deseó que el hombre de allí fuera sí fuese Thomas, pues así ella y Billups compartirían de nuevo el mismo enemigo y el mismo miedo.

Franklin

1969

Aparece un sampán. Surge de entre la bruma del anochecer y navega por las aguas negras, a tiro de granada desde mi posición en la orilla.

Ayer por la mañana me comunicaron mi misión: formo parte de una unidad de diez hombres que se desplegará en una isla situada en el extremo de una gran bahía. Yo montaré guardia en la playa mientras los otros siembran minas. Hemos zarpado a las cuatro de la madrugada. Durante las instrucciones se me advirtió que controlase las embarcaciones indígenas: juncos y sampanes. Más tarde, ese mismo día, iba con Pinky y Mills a papear cuando el teniente gritó: «¡Marinero Shepherd! No la jodas.» Mills y Pinky se echaron a reír. Pinky dijo: «De noche no podrás controlar los sampanes de la bahía.» Le pregunté por qué y me respondió: «Ya lo verás.»

Hay tres hombres en el sampán, dos en los extremos y uno en el centro, con sombreros de punta cónica calados en la cabeza. Se alejan remando de una ensenada situada en la zona más remota de la playa. Sus brazos se mueven hacia abajo, formando elegantes arcos. Los remos descienden, el agua se ondula; los remos emergen, el agua se ondula de nuevo y la embarcación avanza. La mano del que ocupa el centro va rozando la superficie del agua. Lleva entre las piernas un gran saco de algo pesado y blando, arrugado y doblado por la mitad. El sampán es de madera negra y mide medio metro de alto; sus extremos se tuercen hacia arriba como un plátano. Los hombres, sentados rectos como palillos, entornan los ojos para protegerlos del

resplandor de mi linterna. La embarcación no escora.

Disparo al aire dos tiros de advertencia.

—¡Identificaos!

Los hombres levantan rápidamente las manos y con las prisas se les cae un remo al agua.

Los pescadores de los sampanes no son de fiar. Cuando nos dio las instrucciones, el teniente dijo que no siempre debemos tomarlos por pescadores. Reman con esa calma tan suya y luego meten la mano entre las redes y sacan granadas o ametralladoras MAC-10.

Algunos hasta tienen napalm; el jefe no me dijo eso, me lo dijeron Mills y Pinky, y los creo.

—¡De pie! ¡De pie con las manos en alto!

Oigo los pasos húmedos de unas botas en la arena. Mills grita: «¡Suéltalo! ¡Suéltalo, joder!», aunque nadie en el sampán lleva nada en las manos. Primero se levanta uno, después el otro. La embarcación tiembla y escora. Disparo dos veces más.

—¡He dicho de pie, hijoputa!

Ésa, compruebo, es mi propia voz, ronca y frenética; les grito aunque sé que deben levantarse despacio y de uno en uno para que no vuelque el sampán.

—¡El cabrón del centro no se levanta! —Miro de reojo a Mills, que está a mi derecha—. ¡No se levanta, joder!

Aparto los ojos del objetivo. Nunca hay que apartar los ojos del objetivo. El del centro se levanta por fin y la barca está a punto de volcar. Se agacha para guardar el equilibrio. Casi disparo. Casi. Un hombre resulta ser una mujer. Mantiene el equilibrio mejor que los otros dos. Vuelve la cabeza despacio y nos mira como si fuéramos una panda de monos salvajes.

—¿Qué hay en el saco? —grito.

No responden.

—No hablan nuestra lengua —dice Mills.

—Nos entienden. Están fingiendo. ¡Tirad el saco!

Señalo el bulto con el cañón del rifle.

Disparo un quinto tiro de advertencia, éste en el agua, cerca del sampán. El hombre del centro se agacha y arroja el saco por la borda. Se hunde silenciosamente en la bahía.

—¡Fuera de aquí! —grito.

No pierdo de vista a la mujer, parece menos de fiar. Es la que lanzará la granada si tienen alguna que lanzar. Mills les indica que sigan su camino. Mueve su rifle de lado con dos movimientos rápidos.

—¡Moveos! ¡Moveos, joder!

—Mierda, Shep, ya se van —me tranquiliza Mills.

No le hablo del ardor que siento en la parte baja de la espalda. Antes creía que el dolor era sólo miedo, pero ahora sé que es una premonición. El saco del sampán me ha incendiado la espalda.

—¡Fuera de aquí, joder! —grito una vez más, aunque uno de los pescadores ha empezado a remar con el único remo que les queda y el sampán se desplaza en el agua.

Mills se aleja negando con la cabeza. Vuelvo a quedarme solo recorriendo mi pequeño territorio, una estrecha franja de arena en un extremo de la isla. Imagino que el saco del pescador estaba lleno de granadas especialmente diseñadas para flotar hasta la orilla y estallar en la arena.

Intento ver en la oscuridad. Una espesa nube gris se desplaza por delante y detrás de la media luna. La bahía y la playa se iluminan y después vuelven a la penumbra. Ahora, con la luna oculta detrás de las nubes, sólo vislumbro el contorno de las cosas: unas rocas altas que asoman del agua, nuestro junco amarrado a medio kilómetro de la orilla, las siluetas de los miembros de mi unidad arrodillados en la arena. Las tortugas entrechocan sus caparazones y silban en las aguas poco profundas. Ladeo la cabeza para intentar detectar sonidos humanos, más remos en el agua, más sampanes deslizándose en el mar.

Dentro de unas horas habremos cumplido la misión, cargaremos el junco y nos iremos de aquí. Los muchachos están detrás, cavando agujeros en la playa. Justo después de casarme me mudé cerca de una carnicería. Al pasar por delante siempre oía cantar al carnicero, lo que me hacía suponer que era un hombre feliz. El ruido de las palas en la arena húmeda me recuerda al de su cuchillo cuando cortaba la carne.

Temo que la bruma del mar llegue hasta la orilla, se instale en la arena y me impida ver el avance del enemigo. Me duele el

cuello de tanto estirarlo para vigilar. Aprieto el gatillo del rifle despacio, con suavidad, hasta sentir la presión que se acumula en la yema del dedo, hasta estar a una fracción de segundo de la placentera detonación del disparo. Enciendo otro cigarrillo. Le he escrito una carta a mi mujer —«ex mujer», debería llamarla—, la primera desde hace casi un año. Creo que esta vez me ha dejado de verdad. Yo nunca lo dejaré con ella.

Sissy. Allá en Filadelfia. Si está en casa de su hermana quizá ahora se ría con la boca muy abierta, moviendo los dedos mientras habla. O tal vez esté un poco triste, mirando por la ventana con las manos juntas en el regazo. Conozco todos sus estados de ánimo y cómo se dibujan en sus rasgos, pero sigue asombrándome la configuración de los labios, ojos y mejillas que forman esa cara que amo, entre tantas otras que podría haber amado. Mi Sissy.

Cuando cruzamos el umbral de casa, el día de nuestra boda, una hoja de arce entró volando por la ventana. Era de un rojo intenso que se oscurecía a granate en los bordes. Sissy dijo que el otoño era sangre y oro, y yo levanté la hoja y dije: «Pues aquí tenemos la sangre.» Salimos a la calle en busca del oro. Encontré una hoja amarilla en la acera de enfrente, sin una sola mota marrón. No puedo imaginarme hacer eso con nadie más, algo tan tonto como buscar hojas caídas en la calle, pero con ella no era tonto, en absoluto. Le di esa hoja dorada, Sissy la puso encima de la roja y las envolvió en un pañuelo que planchó para formar un pulcro cuadrado plano. Como no teníamos ninguna cinta, cortó una tira del forro de su vestido de boda, la anudó al pañuelo y lo guardó en un cajón, debajo de la cama. Eso pasó hace sólo dos años.

Las nubes se alejan y la luna transforma el paisaje en un alto relieve. Hay cientos de islitas en esta bahía. En algunos puntos están tan juntas que si flotara de espaldas tocaría una con los dedos de los pies y su vecina con la coronilla. Las más pequeñas son pedazos de tierra no más grandes que una manzana en cualquier ciudad, pero con flores de colores demenciales creciendo por todas partes. Ni siquiera sé si llamarlas «flores»; son cerosas, con pinchos y estridentes como rótulos de neón.

Mills me dijo que esta bahía es una de las siete maravillas del mundo, pero yo nunca la había oído mencionar. Patrullo en la isla más grande, que tiene toda una jungla en el centro. Ojalá hubiera podido ver todo esto de otro modo, sin un rifle ni el junco lleno de bombas.

No sé de dónde saca Mills toda esa cerveza. Llevamos bebiendo desde el toque de diana. Algo resplandece en el cielo; no puede ser una estrella porque la luz es intermitente, ni una bengala porque no ha subido para luego desaparecer, ni un avión porque no se mueve. Nunca había visto tantas luces inidentificables en el cielo hasta que llegué aquí. Pinky me dijo que el cielo de esta bahía estaba embrujado. «El cielo no puede estar embrujado», repuse. «Ya lo verás», respondió. Luego se echó a reír y comprendí que se burlaba de mí.

Algo salpica a unos pasos de la orilla. Levanto rápidamente el rifle. Esa cosa viene directa hacia mí; la freiré a tiros, la agujerearé como un queso. Sale a la superficie. Un pez, un maldito pez volador que brilla a unos metros y se sumerge de nuevo. Bajo el rifle. Veo algo negro y convexo en la superficie del agua, justo donde se ha hundido el pez. No se mueve, tiene que ser una de las islas. Las más pequeñas no son mayores que una mesita. Será una de ésas, tiene que serlo.

Huelo a tabaco pasado y carne rancia. Noto el olor en la boca, tengo la lengua y los dientes mohosos. Ni me imagino cómo será mi aliento. Antes he comido una lata de atún y unas galletas saladas; luego todo lo que he ingerido ha sido cerveza y café. No recuerdo la última vez que pasé un día entero sin vomitar. La barba me ha crecido de forma irregular; bajo el pelo surgen aglomeraciones de bultos rojos.

Me gustaría creer que Sissy no me reconocería, pero sé que eso es mentira. Me ha visto así de mal. Cuando vuelva al barco, empezaré un nuevo régimen: sólo tomaré cerveza de noche, después de cenar. No me meteré en broncas ni acabaré en el calabozo. Creo que puedo controlarme. Lo he hecho antes, aunque a veces pienso que no soy más que un borracho colgado y que las rachas en que consigo lavarme, afeitarme y funcionar sólo me escondo de mí.

La semana pasada recibí carta de Sissy. Decía: «Tienes una

hija, nació el 13 de septiembre. No iba a contártelo, pero se parece mucho a ti, hasta en las motas color avellana de los ojos. No sé qué harás ahora que te lo he dicho. No sé si quiero que hagas algo. Iba a ocultártelo, pero sé que las cosas que intentamos esconder acaban apareciendo cuando menos te lo esperas. No quiero que mi hija tenga a una mentirosa por madre. Tiene cinco meses. Se llama Lucille.»

Conocí a Sissy en la playa de los Huesos. Los blancos empezaron a llamarla así porque decían que tirábamos huesos de pollo por todas partes; es la única playa para negros de Atlantic City. Nosotros también empezamos a llamarla así, ¿no es vergonzoso? En la arena había unos cuantos huesos, mi madre nos acompañó una vez y se pasó la tarde negando con la cabeza y chasqueando la lengua: «Los negros no saben cuidar nada», se lamentó. La playa no estaba tan mal como se decía, y no era tanto que los negros fuéramos sucios sino que las autoridades no la limpiaban, como sí hacían con las playas para blancos. Las gaviotas bajaban a picotear los huesos de pollo. Los rompían con los picos, se comían la médula y dejaban los huesos vacíos secándose al sol. Recuerdo que había que mirar dónde pisabas o te clavabas las astillas. Ese verano el tío Lewis se compró un Buick nuevo, pero sólo nos llevaba de cuatro en cuatro. Decía que un coche lleno de negros amontonados no quedaba bien.

La vi haciendo cola para comprarle un refresco al hombre que arrastraba su neverita portátil por la playa. Sissy tenía un lunar en la mejilla y lo primero que pensé fue que era bonita pese a eso. Yo acababa de salir del instituto, pero ya sabía de chicas; me gustaban de muslos gruesos y con caras a lo Dorothy Dandridge. Aunque Sissy tenía ese lunar, había algo especial en su forma de sostener el refresco, tan delicadamente como si fuera una taza de porcelana. Aquel día no hablé con ella, pero me pasé la semana planeando cómo ligármela. Sabía que tendría que soltar las frases adecuadas y cuidar mis modales, quizá prometer algunas cosas. Le diría que tenía un buen trabajo como ayudante de electricista en los astilleros. Pediría prestado el Buick del tío Lewis y me la llevaría al centro, a un concierto en el Latin Casino. Le apartaría la silla, la invitaría a un cóctel y la miraría a los ojos con esa mirada

romántica que había estado ensayando. Ella me permitiría besarla cuando la acompañase de vuelta a casa y luego sólo sería cuestión de semanas. Sabía cómo actuar. Empezaría la semana siguiente.

Llegó el sábado y ella no apareció. Me bebí el refresco y reí con mis amigos, pero no dejé de buscarla con el rabillo del ojo y cuanto más pasaba sin verla, más sórdida me resultaba la playa. El sol brillaba demasiado, los cuerpos enfundados en bañadores me parecían aceitosos y llenos de marcas, bultos y pelo. Me pasé la tarde recorriendo aquella playa para negros de un extremo a otro. No era muy larga, pero sí lo bastante para que la arena me quemase las plantas de los pies y me ardiese la piel de la nariz y los hombros. Las gaviotas me molestaban. Estaba de tan mal humor que esa noche no salí. Durante la semana siguiente intenté convencerme de que lo que sentía no era más que decepción por haber perdido la oportunidad de darme un revolcón con una chica guapa en el asiento trasero del coche. Cuando el sábado siguiente tampoco apareció, sentí que me ardían las sienes.

Esa semana pregunté por ahí y averigüé su nombre y dirección. No fue fácil, porque no vivía en nuestra zona de la ciudad. Bajé en autobús al sur de Filadelfia. Nunca había estado allí; llevaba toda la vida viviendo en el mismo sitio y nunca había estado allí. Recuerdo que me sorprendió la tranquilidad y la pulcritud de las casas adosadas; había imaginado basura en las esquinas y negros cutres por todas partes. Sissy abrió la puerta y me quité el sombrero en cuanto la vi. Se quedó mirándome desde el otro lado de la mosquitera; con el sombrero en las manos, le dije:

—Me llamo Franklin Shepherd. Siento molestarte, pero te vi el otro día en la playa de Atlantic City y me preguntaba… me preguntaba si alguna tarde podríamos salir a pasear.

Yo nunca hablaba así, pero al encontrarme allí, delante de ella, se me vació la cabeza y lo único que recordé fueron cosas anticuadas y palurdas. Ella sonrió, asintió y me dijo que volviese el viernes por la tarde, y eso es lo que hice. Yo tenía diecinueve años y Sissy veintidós. Nos casamos seis meses después.

Esta tarde me he perdido la puesta de sol. Ha anochecido mientras reconocíamos la zona en el junco. Yo estaba borracho y jugaba a las cartas con Mills y Pinky.

Era de día y un minuto después todo estaba oscuro. Siempre procuro ver el atardecer. Incluso cuando estoy de servicio voy a cubierta para contemplar cómo el cielo se oscurece hasta convertirse en crepúsculo. Me ayuda a recordar que este extraño lugar continúa siendo la Tierra y que yo sigo en ella.

Antes de venir nos dijeron que la isla está llena de enemigos ocultos. Si me internase entre los árboles próximos a la playa, encontraría una aldea. Sus habitantes me oirían avanzar a machetazos en la jungla y para cuando llegase ya habrían desaparecido entre la vegetación, bebés incluidos. El protocolo dice que debemos quemar las aldeas que encontramos en territorio enemigo, pero no nos hace falta; en lugar de eso sembramos minas. Los enemigos llegarán hasta la playa remando en sus sampanes o amarrarán sus juncos o saldrán de la jungla. Pisarán la arena con sus pertrechos y las minas los harán pedazos. Les estallarán los tímpanos, las piernas se desgajarán de los torsos.

—¡Mierda! —grita alguien a mi espalda.

Me vuelvo y veo que algunos muchachos se apartan de un agujero en la arena.

—Joder, joder, joder —dice otro.

Han activado una mina, pero no estalla. No quiero morir borracho como una cuba mientras patrullo una playa tan remota que bien podría ser la luna. Tengo una hija en Filadelfia que no sabe que me necesita. Lucille está hecha de cosas que son como las mías —puede que tenga mi boca y mi barbilla, o a lo mejor se le darán bien los números, como a mí— y ni siquiera sabe que estoy en alguna parte de este mismo mundo, con ella. Es todavía un bebé, pero me la imagino como una niña mayor, de cuatro o cinco años, con un vestido verde claro. Me llama «papá», o puede que «papi», y todo lo que tengo que hacer para demostrar que me la merezco ya ha quedado atrás.

Esa cosa oscura que está a unos cincuenta metros se balancea. No recuerdo que se moviese antes. Podría pedirle a uno de los chicos que echase un vistazo, pero ya me toman por loco, que es por lo que patrullo en lugar de sembrar minas. La enfoco con la linterna, pero la luz no llega tan lejos. ¿Está más cerca de la orilla que hace unos minutos? Quizá es un poco más oscura

que las otras islas. Ahí fuera todo son siluetas, pero creo que ésta es más negra que el resto. Me meto en el agua hasta las rodillas. Ojalá pudiese recordar si la he visto de día, si había una isla ahí. He oído que el enemigo tiene unos pequeños submarinos negros con periscopios no más anchos que una cañería. El mando nos ha dejado aquí como un blanco fácil para el enemigo. Esa cosa oscura se mueve, ahora sí estoy seguro.

Hoy, antes del reconocimiento, Mills, Pinky y yo nos hemos desnudado y lanzado al mar. Esperaba tocar la arena firme de las playas de casa, pero en lugar de eso he resbalado en el fango escurridizo del fondo. El agua parece tan limpia, transparente y cálida… Llevaba toda la tarde esperando ese baño, pero el mar me ha parecido un jarabe pringoso. Los otros gritaban y buceaban, yo he salido del agua casi llorando. Quería el Atlántico, quería la playa de los Huesos y su agua siempre un poco demasiado fría, las olas que te dejan sin respiración, los granos de arena que te arañan las piernas cuando nadas en la parte poco profunda.

Son las tres de la madrugada. Una medusa que ha arrastrado la corriente brilla en la arena. Todo este sitio parece como escupido por el mar. Llevo en el bolsillo mi respuesta a la carta de Sissy; la saco y me agacho en la arena, cerca de las luces que ha instalado mi unidad. Desdoblo y aliso el papel con la culata del rifle y escribo: «Me gustaría sostener a Lucille en brazos y notar los latidos de su corazón y verle el alma asomándose a los ojos.» Mi caligrafía es un garabato irregular; no parece una carta escrita por un hombre digno de ser padre. Lo que he escrito es cursi y superficial. Lo que quiero decir es: «Intentemos ser una familia. Estoy aquí y sigo vivo. Dame otra oportunidad de convertirme en alguien decente.» Como Sissy no quiere oír otra vez todo eso, lo que le digo es que dentro de un mes estaré de permiso. A ella le gustan las cosas claras y mi permiso es lo único claro que puedo ofrecerle. El papel está húmedo por el tiempo que lleva en mi bolsillo y tengo que apretar el lápiz. Vuelvo a guardarme la carta.

No menciono mi vida aquí. No hay mucho que decir que Sissy pueda entender, la cerveza caliente y la espera y todo lo que hacemos para matar el tiempo, comprobar las mismas líneas

y cables que comprobamos el día anterior o limpiar las barandillas aunque no estén sucias. Antes pensaba que la disciplina era noble, pero ahora me pregunto si los peces gordos entienden que aquí muere gente. Es ridículo, una falta de respeto incluso, seguir fregando el mismo trozo de cubierta cuando hay hombres muriéndose. Mills dice que es mejor salir de misión. «¿Mejor que qué?», me pregunto yo. He participado en muchas misiones y he empezado a notarme menos humano que cuando llegué aquí. No sé si podré volver a serlo. Intento asirme a la imagen de Lucille con su bonito vestido verde, pero también tengo otra visión: han pasado los años y estoy en la calle frente a la escuela de Lucille, todos los días la veo subir los escalones de la mano de Sissy. Lucille nunca me ha visto y yo sé que es mejor así. Nadie piensa de sí mismo que puede acabar siendo uno de esos colgados, esos mendigos a los que la gente normal no quiere ni mirar, viejos cenicientos con cirrosis y el pelo enmarañado, que duermen en un albergue para vagabundos. Y nadie piensa —yo no lo pensaba hasta que recibí la carta de Sissy— que esos viejos tienen esposas e hijos que se han visto obligados a olvidarlos.

Mi unidad casi ha terminado de sembrar la playa.

En cuanto esté todo listo, subiremos al junco, acabaremos el trabajo y nos iremos de aquí.

Cuando vivía con Sissy en la calle Bevere, yo solía ir a un bar llamado
Fat's.
Era un antro que apestaba a cerveza rancia y Lucky Strike. A veces venían tíos del Sur, viejos legañosos de nudillos anquilosados y voces roncas que tocaban canciones con cucharas. Todas eran cánticos de braceros o blues sobre la mujer patizamba que los abandonó en Alabama. Pero esos viejos sabían cantar, vaya si sabían, y yo sentía que se me desenredaba el corazón. Lo digo en serio; algo en mi pecho se soltaba. Nunca he sentido nada tan profundamente como esas canciones; ni amor, ni arrepentimiento, ni asombro, ni siquiera, hasta que llegué a esta guerra, miedo. Habría sido músico como Floyd si hubiese descubierto antes esa parte de mí. Ahora es demasiado tarde. Siempre digo lo mismo; me

pregunto si creo que aún me queda tiempo para algo.

Solía jugar a las cartas en el
Fat's
hasta muy tarde, tres o cuatro noches a la semana. Tenía una buena cara de póquer, mejor cuanto más bebía. Cuando ganaba una cantidad decente de dinero, le daba un poco a Sissy o compraba algo para la casa. Una vez compré una butaca, al contado, en una tienda de muebles de la calle Greene. Hice que la llevaran al piso mientras Sissy estaba en casa de su hermana. Cuando regresó, me encontró sentado en esa butaca nuevísima, sonriendo. Nos miró a mí y a la butaca y dijo: «Agradezco el detalle, pero no los medios.» Nunca se sentó en ella. Después, cuando ya no la teníamos, me dijo que apestaba al licor que había rezumado de mis poros; dijo que ese olor le partía el corazón.

Resultó que en el
Fat's
no había bastantes partidas y tuve que moverme por toda la ciudad. Jugué con hombres con fajos de veinte dólares en los bolsillos que rompían una botella y te rajaban si no aprobaban que te llevases su dinero. Nunca me metí en líos. Yo les caía bien porque hacía el payaso y podía beber hasta tumbarlos. Aunque tuviese las manos entumecidas por el whisky, siempre podía con una copa más y nunca nadie tuvo que sacarme de un bar. Esas partidas se prolongaban hasta las cinco o las seis de la madrugada, hasta que ya no quedaba nada que apostar.

Una vez un tío se apostó a su hermana. «Qué mierda de mundo es éste», pensé, pero gané la partida y me cobré el premio. Después pasé días sin volver a casa con Sissy. Me quedaba jugando hasta altas horas de la madrugada y luego me arrastraba hasta la cama del premio. No recuerdo su nombre, ni creo que ella llegase a saber el mío. Estaba demasiado borracha para hacer nada que no fuese quedarse dormida. Por las mañanas yo salía para volver a beber. Hay muchos bares, más de los que cabría imaginar, que abren a las ocho de la mañana; fui a unos cuantos, y me sentí como si penetrase en toda la tristeza del mundo. Pasados unos días se me acabó el dinero, así que pedí prestado. Ese dinero también se acabó y volví al astillero a trabajar. Cuando me presenté, me dijeron que ya no tenía empleo. Tardé dos días más en regresar a casa, porque me

daba demasiada vergüenza enfrentarme a Sissy.

El sexto día me arrastré de vuelta como una cucaracha. Sissy se había marchado. Como estaba demasiado borracho para hacer algo al respecto, dormí mucho rato. Me desperté en diferentes momentos del día: al amanecer, a media tarde, al anochecer y luego de nuevo a medianoche. El alcohol salió de mi cuerpo y me senté muy tieso en la cama, temblando y pensando en Sissy. Me dolía el hígado, algo que en teoría no pasa, pero me pasaba. Me dolía el hígado y lo único que mantenía mi corazón en marcha era Sissy y la idea de que podía recuperarla. Me aseé y me puse un buen traje. Me parecía a los tipos con quienes jugaba a las cartas. Vi en mi propia cara la mandíbula caída y la piel hinchada y gris de los viejos borrachos. Una expresión feroz acompaña a esa flacidez; si a alguien se le cae una moneda, esos tipos correrán a cogerla como un perro persigue unas sobras.

Me eché encima un cuarto del frasco de colonia y fui a buscar a Sissy a casa de su madre y al piso de su hermana. Me miraron como si fuera un despojo y no me dijeron dónde estaba. La localicé en casa de una amiga y fui a la mañana siguiente. Hacía frío, pero estaba sentada en el portal con el abrigo puesto. Me vio antes que yo a ella. Nos maldijo a mí y a mis muertos. Maldijo a mi madre por haberme traído al mundo, a mis hermanas por mimarme y a todos los bares de la ciudad por servirme un trago.

—¿No hay nada que te importe? —me preguntó.

Me hinqué de rodillas. No era un numerito para reconquistarla; me habría echado al suelo ante ella de haber tenido sitio en el portal. Le dije que la quería, que me portaría mejor y todas las cosas que dicen los hombres cuando no merecen que los perdonen. Creí en cada una de mis palabras, pero ella no debería haberme aceptado de nuevo. No puedes dejar que alguien como yo se salga tan fácilmente con la suya. No es que no sepa que me porto mal ni que sea incapaz de controlarme. Sólo que hago lo que hago, cueste lo que cueste. Después me arrepiento de verdad. Me arrepiento de casi todo lo que he hecho, pero supongo que eso da lo mismo.

El padre de Sissy era jugador y borracho; ella ya estaba avisada. Conseguí trabajo descargando camiones para unos grandes almacenes y le entregaba a Sissy lo que ganaba. Le dije que lo ahorrase para cuando volviese a casa. No bebí ni una gota, no jugué

ni una mano. Me llevó dos meses que accediera a intentarlo otra vez.

El día en que Sissy volvía a casa, compré una escoba y una fregona para poder limpiar con cosas pulcras, nuevas. Como no quería que se pusiera a cocinar, fui a buscar pollo frito y coles a la calle Wayne. Mi madre sabía que a Sissy le gustaban las mollejas y también frió unas cuantas, aunque a mí apenas me dirigió la palabra. Tiempo atrás, había ahorrado cuatro mil dólares para la casa que quería comprar; cuatro mil dólares a base de lavar la ropa de otros y trabajar media jornada en la cocina del instituto. Yo iba a contribuir con otros mil. Tuve que insistir para que lo aceptara, mi madre decía que era una vergüenza coger dinero de los hijos, pero quería tanto esa casa que al final aceptó. Bueno, ella y yo sabíamos lo que le había pasado finalmente a ese dinero. Cuando llegué a la calle Wayne estaba demasiado avergonzado para hablar de ello, aunque evidentemente no lo estaba para llevarme su pollo.

Puse la mesa para Sissy y para mí. Ella entró vacilando, como cuando pisamos una superficie helada sin saber si aguantará nuestro peso. Miró la comida y dijo: «Supongo que has ido a ver a tu madre.» Fue al dormitorio y olió las sábanas. En la sala de estar cambió una mesita de sitio y alisó el tapete del sofá. La comida se enfrió mientras ella andaba por las habitaciones recolocando cosas.

—Me gustaría guardar el aceite de freír en este armarito junto a la cocina —dijo.

Y, agitando una caja vacía:

—¿Cómo te las has apañado sin azúcar? Habrás bajado a la cafetería a tomar café.

Luego:

—No quiero nada de alcohol en la casa.

Deshizo el equipaje y colgó su ropa en el armario. Qué alivio, ver sus vestidos junto a mis trajes. Puso un jaboncito azul en el plato de la bañera y pasó los dedos por una línea oscura de moho en la junta de los azulejos.

—Lo sacaré con lejía.

Después se puso las zapatillas.

—Supongo que habrá que comerse la cena de tu madre.

Cenamos casi en silencio, como las parejas ricas de las películas. Fui a rozarle la mano y ella la retiró, por lo que esperé unos

minutos antes de volver a intentarlo. Una arruga de su frente se había vuelto más profunda y vi que llevaba colorete y pintalabios. Eso no me gustó. Quería que fuésemos marido y mujer sin artificios, sin exhibiciones. No se maquillaba desde que éramos novios y eso hizo que me sintiera como un hombre al que Sissy no conocía y que tampoco la conocía a ella. Yo quería que fuera por la casa en combinación, como antes, con pinzas en el pelo recogido en un pañuelo de seda.

—Nunca te he tomado por tonta —le dije—. Nunca he confundido tu bondad con debilidad.

Ella suspiró.

—Bueno, supongo que no era tu intención. Tampoco creo que mi padre quisiera portarse así con mi madre. Pero lo hizo.

—Yo no soy él.

—No te queda mucho.

—Yo no soy él —repetí.

Por primera vez esa noche, Sissy me miró a los ojos.

—He desoído mi sentido común por ti. Lo hice cuando viniste a mi casa y me pediste que saliéramos a pasear en nuestra primera cita y lo hago ahora. Estoy aterrorizada, pero de todos modos lo hago. Y quiero que lo entiendas.

Se acercó a mi lado de la mesa para recogerme el plato. Los polvos de lila y el aroma a cepillo alisador me enloquecieron. El roce del nailon en sus muslos enfundados en medias hizo que me temblaran las manos.

—Cariño —dije.

Sissy dejó los platos y me llevó al dormitorio. Cuando me desperté a las seis y media para ir a trabajar, ella dormía, pero la habitación estaba caldeada y comprendí que se había levantado antes del amanecer para encender la calefacción.

—Pero ¿qué coño haces? —El que habla es Mills. Nos gritamos, las sienes me palpitan, tengo las manos pegajosas—. ¡Qué coño haces! —vuelve a gritar.

—Hay algo ahí, tío —digo, señalando la cosa negra del mar.

—¡Es una puta roca, Shep! ¡Y ni siquiera has disparado al agua, acabas de vaciar medio cargador en una playa llena de minas! Pero ¡qué coño haces!

—¿No lo ves? ¡Llevo horas mirando eso!

Vuelvo a levantar el rifle, tambaleándome un poco por el esfuerzo.

Ahora Mills está cabreado.

—¡Baja el rifle! ¡Bájalo!

Dejo el rifle en la arena y tengo a Mills en mis narices, golpeándome con el dedo en el pecho y gritándome. Lo aparto de un empujón y caigo de espaldas por el esfuerzo. Se me echa encima, todo puños y saliva. También está medio borracho y sólo consigue darme en el hombro antes de que Pinky llegue y nos separe. Me levanta, dice que debería descansar un poco, quizá los tres deberíamos descansar un poco. El resto de la unidad ha dejado de cavar. Está oscuro, pero juraría que uno de ellos me está mirando y niega con la cabeza.

—No necesito descansar. ¡Os estoy protegiendo, hijoputas! Hay un submarino ahí, ¿qué carajo queréis que haga?

—¿Creías que podías dispararle a un submarino? —me pregunta Pinky.

—Ahí mismo, a cincuenta metros a la izquierda.

—Ahí no hay nada. Es una roca.

—Fíjate —insisto.

—Me estoy fijando y es una roca —dice Pinky.

Mills está algo apartado, pero sé que aún quiere darme de hostias.

—Lo veo. Es una puta roca —dice.

—Tienes que calmarte.

Pinky me lleva a unos mangles y nos sentamos en la arena. Tardo unos minutos en comprender que me ha quitado el rifle y lo ha apoyado en las raíces de los árboles. Creo que voy a vomitar.

—Era un submarino —repito, aunque ya no estoy tan seguro.

Pinky enciende un canuto y me lo pasa.

—Vale, tío. Si era un submarino, ¿no crees que ya habría salido a la superficie? Llevamos aquí toda la noche. —Pinky se ríe—. Ibas a cargarte un submarino con el rifle, ¿eh?

Nos quedamos un rato sentados, pasándonos el canuto. Me tranquilizo. No sé si es el porro o Pinky. Es verdad, si fueran por nosotros ya habrían atacado. Pinky le grita a Mills:

—¡Este negro cree de verdad que ha visto un submarino!

Mills no responde.

—Vamos, tío. No hemos saltado por los aires. Ven y ayúdame a reírme de este bobo.

Mills se acerca y se sienta. Entre nosotros es así: en un momento dado estamos tan furiosos que nos mataríamos y un minuto después nos sentamos a compartir un porro. Quiero otra cerveza, pero no creo que me la den.

Pinky lleva un tatuaje en el brazo que pone «Black Patti». Dice que fue su amor imposible. Como necesito reírme un poco, le digo:

—Háblanos de Patti.

Pinky cuenta mil historias de Black Patti.

—No, tío. Ahora, no.

—Vamos, Mills quiere oírlas —insisto.

Mills sonríe un poco.

—Sí, cuéntanos alguna de Black Patti.

—¿Qué te hacía? —pregunto.

—¿Qué te daba? —dice Mills.

Ahora Pinky sonríe.

—Esa zorra me daba mucha caña.

»Me pasaba por su casa, siempre acordábamos una hora y demás. Yo aparecía por allí y su madre abría la puerta y me decía que Patti no estaba. Entonces le preguntaba: "Con todos mis respetos, señora, ¿dónde está?" Y esa mujer enorme se hinchaba y me decía: "Creo que Patricia tenía otro compromiso." Bla, bla, bla, maldita señora, iba con la nariz tan levantada que podía oler los pedos de los pájaros. Se creía Leontyne Price. Y me cerraba la puerta en la cara. Luego yo me largaba a una fiesta y allí estaba Black Patti con otro tipo, maldita sea.

Mills se saca una cerveza del bolsillo de atrás. La compartimos entre los tres.

—Ya sabéis que Patti era patizamba. No era guapa, pero sabía montárselo; lo hacía como nadie, me volvía loco.

—Parecía un pollo, ¿no? —dice Mills—. Tenía patitas de pollo.

—Su madre no tenía ni idea de cómo era su hija —sigue Pinky—. Recuerdo una vez que Patti me hizo ir a su casa por la

tarde. Su madre estaba durmiendo en una butaca con una revista femenina sobre las rodillas y la cabeza caída, y no veáis cómo roncaba; mucho leer recetas de merengue de limón, pero luego roncaba como un camionero. Patti y yo subimos a su habitación y fuimos a lo nuestro. No sé cuánto estuvimos. Pero yo arranqué bien, a Patti le gustaba hacerse la tímida, ya sabéis. Había que decirle cosas bonitas. Tenía que decirle «pero qué guapa eres» y llamarla «cariño», «preciosa» y todas esas cosas. Su sonrisa era muy bonita, eso sí. Y olía a gloria, como la seda y las damas ricas. Tenía un pequeño tocador lleno de perfumes que su madre le compraba para que se ligase al médico negro que vivía a la vuelta de la esquina. Pues eso, nos lo estábamos pasando en grande y Leontyne empieza a chillar con su vozarrón: «¡Patricia, Patricia, el doctor Nelson ha venido a verte! ¡Qué encantadora sorpresa!»

—Oh, mierda —dice Mills.

—¡Patti me apartó de un empujón! Intenté agarrarme a ella porque estábamos en medio de algo, ya me entendéis. Y entonces se incorpora con el sujetador desabrochado y empieza a arrearme. Me pega por toda la cabeza y el cuello como si yo fuera un niño travieso y luego, casi sin respiración, me dice con una especie de silbido: «El doctor Nelson está aquí. Levántate, idiota. Ya terminaremos esto más tarde.» Y me empuja directo al suelo. Me quedé ahí pasmado, ella tenía más fuerza que un bracero del campo. Vi las estrellas. Y va Patti y se pone delante del espejo y empieza a echarse todos los putos perfumes que hay en el tocador. Yo estoy en el suelo, enredado en mis pantalones. Ella me mira y me dice: «Vamos, tienes que salir de aquí.» Empieza a pegarme otra vez. La muy zorra me pegó durante todo el camino al baño, hasta que salí por la ventana. Me estoy cayendo por la ventana y lo último que oigo es a la madre de Patti: «Patricia, no hagas esperar al doctor Nelson.» Como estoy medio desnudo, me escondo detrás de un arbusto y que me aspen si Patti no sale con una limonada en una bandeja de plata. Estoy detrás de un arbusto con hierba metida en el culo y entretanto Patti se toma un refresco en el porche.

Mills se golpea el muslo, riendo.

—¿Y cuánto duró eso?

—Un año. Un año entero de saltar por ventanas y de plantones. Me partió el corazón.

Mills suelta una carcajada.

—En serio, tío. Creo que Patti me echó un conjuro, me paseaba por el pueblo hecho polvo, iba a la ferretería y me ponía a llorar encima de las llaves inglesas.

—Ahora Pinky se ríe de sí mismo.

—Hay mujeres que te llegan al alma —digo yo.

Mills y Pinky se quedan mirándome.

—No todo es tan profundo, tío. Joder —dice Mills—. ¿Y qué pasó al cabo de un año? —pregunta, pero entonces se acerca nuestro oficial.

—¿Queréis un ventilador y unas copas con sombrillitas? Levantaos, coño, a ver si terminamos y nos largamos de aquí. Y tira eso —ordena, al ver la cerveza que Pinky esconde en la espalda. Seguramente él lleva una en el bolsillo.

Cojo el rifle y vuelvo despacio a mi puesto. Es cierto, esa cosa negra no es lo bastante grande para ser un submarino. Aunque podría ser una mina. Podría ser lo que fuera que ese pescador ha arrojado del sampán. Podría ser la espalda de un submarinista, si vistiese de negro y tuviese la cabeza y las piernas sumergidas. Pero ¿por qué iba a flotar así? No tiene sentido. Pinky y Mills han dicho que es una roca, así que es una roca. Ya se me ha pasado el efecto de la hierba. Estoy tan cansado que ni siquiera siento las piernas, pero el miedo me vibra dentro como un motor. Me acerco a la orilla y vomito en el agua. Quizá llegue flotando hasta el submarinista. Ja. Sería una sorpresa asquerosa.

Sissy trajo algunas plantas nuevas y una alfombra que tomó prestada de casa de su madre. El piso quedó bonito, ahora parecía más un hogar. Supongo que eso se debía a que nos lo habíamos ganado, a que habíamos sobrevivido a algo.

Llevábamos juntos un mes cuando un par de recaudadores llamaron a la puerta. No tenía bastante dinero para devolver lo que debía y mis ruegos no evitaron que se llevaran la butaca que había comprado, el sofá, la mesa y la cama con su correspondiente cajón.

Al menos puedo decir que esa vez no escapé. Cuando Sissy volvió, yo estaba en la sala de estar vacía y le expliqué lo que había

pasado. Recuerdo que me metí las manos en los bolsillos porque quería portarme como un hombre; no quería moverlas por los nervios ni taparme la cara con ellas. Esos tipos habían vaciado el cajón de debajo de la cama, le habían dado la vuelta y habían desparramado el contenido por el suelo. Las cosas de Sissy estaban amontonadas en el centro de la habitación: una camisola y una combinación, su cajita de música con la tapa, que se había roto al caer al suelo. Había una huella de zapato en el pañuelo plegado que contenía nuestra sangre y nuestro oro. No sé por qué no recogí todo eso. No pasa un día sin que desee haberlo hecho. Ojalá Sissy no hubiese tenido que ver sus cosas íntimas desperdigadas de aquella manera por el suelo.

Sissy me miró como su madre había mirado a su padre cientos de veces, con asco, conformismo y decepción. Contempló durante un buen rato sus tan estimadas pertenencias, luego las recogió y las metió en la maleta.

—Volveré por el resto —dijo.

Entonces me eché a llorar.

—Lo siento. Lo siento, iba a pagarles cuando… Son deudas de antes.

Sissy se me echó encima con los puños bien apretados. Me golpeó en el vientre; me dio un buen puñetazo, en serio, lo bastante fuerte para cortarme la respiración. Y, ¿sabéis qué?, me alivió. Sissy me pegaba con los dos puños y yo me sentía aliviado porque nos pasaba algo de verdad. Sissy iba a dejarme para siempre porque yo era su perdición. He mirado muchas veces a mi padre, preguntándome cómo podía soportar saberse la perdición de mi madre. Era demasiado débil para dejarla. Mi madre tendría que haberlo echado y así salvarse los dos, como Sissy hacía con nosotros.

Mi unidad siembra las últimas minas y aplana los montículos de arena donde están enterradas. Si viene el enemigo, será ahora. Dentro de veinte minutos nos vamos de aquí. Caigo en la cuenta de que me he pasado las últimas veinticuatro horas creyendo que iba a morir. Sólo les quedan veinte minutos para matarme. Corro de un lado a otro de la playa apuntando a la cosa negra de ahí fuera. Los veinte minutos se reducen a quince. Me tiemblan las

piernas y me duele el pecho, pero sigo corriendo. Quiero ver a mi hija. Quiero explicarle a Sissy que no creo que pueda volver a ser tan imbécil después de lo que he vivido esta noche. Durante las horas que he pasado en esta playa he estado tan cerca de la muerte que soy casi mi propio fantasma.

Ya hemos guardado el equipo. Intento agenciarme una cerveza más, pero Mills no me deja. Otro de los muchachos me arroja una a sus espaldas, Mills lo ve y le dice:

—¿Quieres que se ponga a disparar a helicópteros invisibles?

—Podría haber sido peor —responde el tipo, encogiéndose de hombros.

Nos dirigimos al junco y lo único que oigo es el creciente croar de las ranas y el silbido de mi cerveza cuando abro la lata.

Nuestro junco es negro, viejo y apesta a podredumbre y pescado, como todo en esta bahía. Ocupo mi puesto de estribor y popa cuando nos alejamos de la orilla. Apenas distingo el bulto negro del agua por la mira del rifle. «Te gané», le digo. Ya lejos de la arena, dos de los nuestros abren una trampilla en la popa del barco. Desciende una rampa retráctil y dos marineros descargan por la pasarela las minas marinas, que se hunden en las negras aguas con una discreta salpicadura. Detonarán cuando algo se cruce en su campo magnético. Me han dicho que los peces no son lo bastante grandes, ni tampoco un hombre que nade solo. Nos dirigimos a mar abierto.

Mills está a mi lado. Le susurro:

—Burla a la muerte aunque al diablo le pese.

—Estás chalado, negro.

—Pero no estoy muerto.

—No, hoy no.

No quiero mirar esa isla ni un minuto más. Me dirijo a proa y contemplo el mar de espaldas a la bahía. Tendré que reescribir la carta. Practico doblándola en diferentes formas; si me sale algo bonito, puede que Sissy no la tire. Puede que se la deje a Lucille, un juguete de papel que le ha hecho su papá. La doblo en forma de barco, plano y con un triángulo por vela, pero no creo que a las niñas les gusten los barcos, así que lo convierto en un cisne.

Sissy pidió prestado el dinero para recuperar la cama; dejó que

se quedaran con la butaca. Unos meses después me alisté en el ejército y, cuando me marché, ella se lió con un hombre que no se apostaba los muebles. Alice me lo contó en la posdata de una de sus cartas. Sólo una posdata para decirme que mi mujer estaba viviendo con otro; increíble. La madre de Sissy debía de estar muerta de vergüenza. En cuanto tuve un permiso, volví a Filadelfia.

Fui a casa de Sissy a media tarde. Ella y ese hombre vivían en un pisito de la zona oeste de la ciudad donde ninguno de los dos conocía a nadie. Yo llevaba mi uniforme azul; los botones de latón brillaban al sol y me sentía como un rey que va a reclamar a su prometida. No merecía sentirme así, pero la fantasía me ayudaba a mantener la cabeza alta. Mientras subía la escalera del edificio, reparé en que era sorprendente que Sissy no hubiese encontrado a otro hombre hasta ahora. Le diría, pensé, que iba a ofrecerle el divorcio; podíamos ir a los juzgados esa misma tarde. La liberaría para que pudiese llevar una vida respetable con el hombre que había encontrado. Pero entonces abrió la puerta y allí estaba mi Sissy enterita, con el lunar en la mejilla y la mirada de hierro.

—He venido a buscarte —le dije.

Se quedó en el umbral, mirándome y parpadeando muy rápido. Creí que iba a llorar, pero Sissy no me daría ese gusto.

—Seguimos casados. ¿Qué forma de vivir es ésta? —pregunté.

—Vivo como una mujer, Franklin —respondió—. Mi madre y mis hermanas no me hablan, pero vivir como una mujer lo compensa. No sé cuándo te ha dado por preocuparte de mis sacrificios.

Y ahí estábamos, en una película, yo como marido arrepentido y Sissy como esposa agraviada. Yo interpretaba mi papel y ella el suyo. No sé por qué no cogí mi gorra y me marché.

—He venido porque te quiero.

—Eso es lo que tú crees.

No se movió del umbral. Las manos le colgaban a los lados y las cerró; después las abrió de nuevo, como hacía cuando estaba nerviosa. Unos circulitos dorados, el sol reflejado en mis botones de latón, bailaban en su cara. Miré la sala de estar por encima de su hombro. Tenía buen aspecto, parecía acogedora. Todo en la habitación era de tonos claros y liviano; cortinas blancas, sofá color crema, una pálida alfombra en el suelo.

—El ejército me ha hecho un hombre mejor. —Sabía que no convenía decirle algo así, pero no se me ocurrió nada más—. Lo he organizado todo para que un camión te ayude a sacar tus cosas. Puedo llamar ahora mismo. Estará aquí dentro de diez minutos.

—¡Un camión! —Sissy no pudo contener la risa.

Ella sabía que no había ningún camión. No sé qué habría hecho yo si me hubiese destapado el farol.

—¡Un camión! —repitió, negando con la cabeza.

Me dejó entrar en la casa. Me senté en su sillón blanco. Ella se sentó frente a mí en una silla de respaldo recto y reposabrazos de madera. Tendría que haberle comprado algo así, y no la butaca que le regalé; iba más con ella, Sissy no era de las que se repantingaban.

—Llevo semanas sin beber.

—Esta vez no puedo irme contigo, Franklin.

—¡Y seguirás viviendo así, con ese hombre!

—Él siente algo por mí. No lo llamaría «amor», pero es serio y amable. Me veo como una señora que hace una cura de reposo. Ya sabes, esas de los libros que se pasan el día en un diván mirando las flores. Eso es lo que hago. Voy a trabajar, vuelvo aquí, cuido de la casa y no pienso en nada. Me consumiste, Franklin.

Ya había ido antes a rogarle a Sissy y ella me había dado una paliza y se había marchado. Yo no había cambiado desde entonces, pero seguía siendo tan arrogante que me creía capaz de aparecer y ganármela de nuevo. Pensé en todas las cosas que podía hacer: ponerme hecho una furia y llevármela a rastras, arrojarme al suelo y suplicarle. Podía volver a decirle que era un hombre nuevo. Pero ya había hecho todo eso antes. Ya había jugado todas mis bazas y Sissy no se dejaría engañar ni engatusar. Vi mi reflejo en la ventana de la sala de estar; parecía una montaña de oro falso, había que entornar los ojos de lo mucho que brillaba: botones, zapatos, charreteras. Me pregunté por qué deseaba tanto recuperar a Sissy. No pude responder a la pregunta, pero tampoco irme de allí.

Me levanté del sofá y me puse a llorar en el centro de la habitación.

—Te quiero —dije.

—Tenemos que dejarlo, Franklin.

Se levantó y me cogió de la mano. No comprendí cómo podía tomarme así de la mano y decirme que no. Me acarició la palma

con los dedos. Me apoyé en ella porque necesitaba fuerzas para salir por aquella puerta y Sissy era la única persona que podía dármelas. Nos abrazamos largo rato y luego le besé el cuello y el hombro. Le besé los párpados y el hueco entre las clavículas, y nos hundimos juntos en el sofá blanco.

Después, mientras se abrochaba la blusa, me dijo que me acompañaría a la esquina, y fuimos hasta esa esquina de la mano, como cuando éramos novios, antes de que yo lo estropeara todo.

—Cuídate —me dijo, y se volvió rápidamente hacia su casa, antes de que yo pudiera contestar.

Eso pasó hace un año. No había tenido noticias de Sissy desde entonces, hasta que recibí la carta en que me hablaba de Lucille.

Dirigimos el junco al golfo. Se mueve despacio, pero vamos ganando distancia. Las estrellas y la niebla se evaporan antes del amanecer y el cielo se ilumina. Detrás, la isla es una rugosa silueta negra que se desvanece. Un sampán se desliza por el agua, cerca de la costa. Será un barco de pesca, si ha salido a estas horas. Sus ocupantes, un niño y un anciano, miran el agua y luego a nosotros. El niño señala nuestro junco, me señala. Juro que me señala inequívocamente a mí. El anciano le baja el brazo de un manotazo.

Una ola levanta con suavidad el sampán, como un bailarín levanta a su pareja, y lo acerca a la isla. Se produce una explosión. Una columna ascendente de agua levanta la embarcación. El estallido resuena una y otra vez, de una isla a la siguiente. Me sacude la cabeza y el pecho. Aguanto la respiración, pero no me doy cuenta hasta que vuelve el silencio y entonces respiro tan profundamente que acabo tosiendo. Mills silba por lo bajo y murmura: «Mierda.»

Cojo otra cerveza y me bebo la mitad de un trago. Miro el agua, por si veo fragmentos de cuerpos flotando en el mar. Quiero ver la cabeza del niño, tengo que obligarme a reconocer lo que he hecho. La mayoría de mis misiones son nocturnas. Disparo en la oscuridad y zarpamos antes de tener que contar los cadáveres. Con Sissy pasó lo mismo. Fui un acto de violencia en su vida y me marché antes de enfrentarme al daño que le había hecho; con Lucille habría más insensatez, más dolor, más

promesas rotas, más destrucción de las personas que quiero.

Hago una apuesta: si veo algún resto del niño cuya vida hemos segado, no volveré a beber. Dejo la cerveza en cubierta y espero. Escruto el agua. Algo pálido e irreconocible flota hacia mí. Me inclino tanto en la borda para verlo que casi me caigo al agua. Detrás, Pinky grita: «¡El suicidio no es la solución!» Oigo una retahíla de carcajadas. Me inclino y miro. El objeto flotante parece un dedo, luego una hoja, luego una venda. La corriente cambia y la cosa se aleja. Cojo la cerveza y me la acabo. Cuando volvamos al barco me iré a dormir y, cuando despierte con temblores, no tendré la fuerza de voluntad para sentarme sudando en la litera y vomitar hasta eliminar el alcohol de mi cuerpo. Me tomaré un trago del whisky que guardo en mi taquilla y los días pasarán como hasta ahora. Y no es que no sepa que me he apostado la familia a los pedazos descuartizados de un niño. Lo sé. Sé que eso dice en qué clase de hombre me he convertido. ¿O siempre he sido así? Ya no lo sé. Es casi un alivio pensar que aquéllos a los que amo se han librado de mí, que no tengo que mentirme, que no tengo que fingir que Lucille se alegraría de conocerme.

Meto una mano en el bolsillo y tiro la carta que le he escrito a Sissy en la bahía. En el sobre había una fotografía que se posa en el agua junto al cisne de papel. En la foto estoy en el puerto, delante del barco. Llevo mi uniforme azul con el gorro blanco inclinado sobre un ojo. En el dorso pone: «Para ti y la pequeña Lucille. Os quiero, Franklin. Saigón, 1969.»

Bell

1975

Después de que Walter se marchara, Bell decidió acostarse y no levantarse más. Se pasó un mes en la cama mirando la calle desde la ventana. El cristal estaba tiznado. De haber sabido que esa ventana iba a ser su último y único portal al exterior, la habría limpiado cuando aún le quedaban fuerzas y voluntad. La música atronaba en el apartamento de al lado. Los graves se le metían en los huesos y el cráneo como un clavo penetra en la madera blanda. Bell se incorporó sobre los codos. Tenía fiebre, las sábanas le dañaban la piel. Desdeñó el dolor como un mes antes había desdeñado la vida. Decidirse a morir había sido sorprendentemente fácil, tan sólo había dejado de hacer lo necesario: tomarse la medicina o levantarse por la mañana o ir a trabajar o esperar a que Walter volviese. No quedaba comida en el piso. Bell tenía hambre, sentía como si dentro sólo tuviese aire: si se levantaba de la cama, flotaría botando por el suelo como un globo.

Si no se movía, la tos no la molestaba tanto. No se llevaba tan mal durante el día, pero de noche era persistente. «Como casi todos los hombres que he conocido», pensó. Ja! Algunas noches, entre la tos y tener que levantarse de la cama por agua, apenas dormía. Los accesos de tos la doblaban por la mitad y la dejaban jadeando, sin aire. Cuando era niña enfermó de tos ferina y se convenció de que el resuello lo causaban unas polillas que revoloteaban en su pecho. «Las polillas están inquietas hoy», se decía, o «las polillas duermen». Ahora las polillas estaban siempre inquietas y le dolía el pecho como si las alas fuesen cuchillas revoloteando en las paredes de sus pulmones. Estaba delgada, cada día más. Justo después de que

Walter la dejara, cuando aún sentía algo de deseo, metía la mano bajo las sábanas para darse placer y los huesos de las caderas sobresalían como los cantos de una mesa. Siempre había querido ser delgada como sus hermanas. Ojo con lo que deseas… ¡Ja! Ahora su vientre era casi cóncavo. Bell se lo frotó con la mano y tosió.

Cuando conseguía dormir, Bell soñaba con las polillas. Soñaba que era un árbol roto, no mayor que un pimpollo. Los brazos y las piernas eran ramas sin hojas que crecían de su cuerpo de árbol, liso y marrón como el bastón de Walter. En lo alto del largo tronco que era, tenía una cabeza alargada y elegante como las estatuas que vendían en el bazar africano del oeste de Filadelfia. En los sueños la tos nunca dolía; sólo era una vibración del pecho que subía por los pulmones. Cuando le llegaba a la garganta, echaba la cabeza hacia atrás y abría la boca. Las polillas salían volando, una legión plateada como un claro de luna.

Si se quedaba el tiempo suficiente en la cama acabaría fosilizada en una talla de madera, pensó Bell. Al final alguien entraría en el apartamento y en lugar de carne y huesos encontraría un poste pelado, pulido y brillante. Seguramente serían policías, ¡y cómo les sorprendería tener que desahuciar a un palo! Habían deslizado un aviso bajo la puerta: Bell tenía treinta días para desalojar el piso, por impago del alquiler. Se preguntó cuándo habría dejado Walter de pagar con el dinero que ella le había entregado para tal fin.

Unos meses antes él le había regalado un vestido, una fea y chillona prenda fucsia que hacía que pareciese una puta. No tenía etiquetas, Walter lo habría cogido del armario de otra mujer. Quizá se lo había llevado para aliviar el sentimiento de culpabilidad, si es que lo tenía. Aunque lo más probable es que le hubiese dado el vestido porque quería verla con pinta de mujer vulgar; Bell estaba encantada de contentarlo. Era su talla, aunque cuando se lo dio ella ya empezaba a adelgazar y le venía un poco ancho.

—Estás perdiendo la sal —dijo Walter.

—No estoy perdiendo nada, cariño; tengo la sal aquí mismo —repuso Bell.

Empujó las caderas hacia él; con Walter podía ser todo lo guarra que quisiera. A él no le importaba de dónde venía ni con quién había estado antes. Bell le dijo que era de un barrio como el suyo de ahora, con basura en las esquinas y jóvenes depredadores rondando

por el local de pollos para llevar. Fingía que hablaba como él, actuaba como él y era como él, aunque no fuese cierto; ella era Bell Shepherd, de Germantown, había acabado el instituto y había ido un año a la universidad. Pero eso le parecía tan remoto como los detalles de la vida de otra persona. Ahora sabía que siempre había sido una mujer de bajos instintos. Había pasado por hombres de diferentes fortunas y posibilidades hasta que llegó a Walter, con quien podía satisfacer todos sus caprichos sin rendirle cuentas de nada.

Walter no hablaba mucho de su pasado. No hablaba mucho de nada y, si lo hacía, era sobre algo que había sucedido recientemente. Había intentado ganarse la vida como recadero de apuestas ilegales, chulo y camello, pero no le había ido bien porque era incapaz de recordar las cosas, ni siquiera las del pasado reciente. De modo que había acabado trabajando de ratero y gorila del prestamista del barrio. No había tenido muchos problemas con la ley. Tenía mala suerte, pero también buena, y, para no recordar lo que había pasado anteayer, era listo. A Bell le gustaba eso de él. Ya había tenido su ración de intrigantes y hombres que levantaban castillos en el aire. Todos esos sueños eran como nubes, y cuando llovía —y tarde o temprano siempre llovía— acababan sólo con las camisas empapadas que llevaban puestas. Esa clase de decepción la dejaba exhausta. Walter era mezquino y miserable, pero no ponía a prueba su alma. Era el hombre perfecto para ella, porque el alma de Bell ya estaba gastada.

En los dos años que estuvieron juntos, Walter nunca intentó convencerla de nada. Ni siquiera procuró hacerla reír. Aunque, claro, Walter tenía el sentido del humor de un sepulturero en el funeral de su hijo. Una vez, mientras esperaban en su coche a uno de los clientes rebeldes del prestamista, Walter le había contado una historia.

—Estoy perdiendo el tiempo. Este tío no tiene el dinero para pagar —dijo Walter.

—¿Qué harás entonces cuando salga? —le preguntó Bell.

—No te preocupes.

Guardaron silencio unos minutos.

—La paga que te dan cuando dejas el ejército no llega ni para pagar una ronda en el bar; ni para comprar unos zapatos. No llega

para nada.

—Es una vergüenza. Una puta vergüenza —dijo Bell.

Se apoyó en el reposacabezas y cerró los ojos. Walter tamborileó en el volante con la yema de los dedos.

—¿Tienes que hacer eso, cariño? —preguntó Bell—. Iba a echar una cabezadita.

Él estuvo unos instantes sin responder.

—Limpiaba ventanas subido a esos andamios. —Le dio un codazo a Bell—. ¿Me escuchas?

Bell, que se había dormido, se incorporó sobresaltada en el asiento.

—¿Qué? Sí, cariño, hum…

—He dicho que limpiaba ventanas.

—Ya te he oído.

—Mi primo tenía un negocio de limpiacristales y fue a casa de mi madre y me preguntó si quería trabajar, porque a mí no me asusta nada.

—Hum… hum… —murmuró Bell, esforzándose por mantener los ojos abiertos.

—Me subieron allí arriba. Ese trasto se mueve un montón. Y hay un montón de bichos muertos en las ventanas. Es increíble que vuelen hasta tan arriba. ¿Has ido alguna vez en barco?

Bell negó con la cabeza.

—Eso era como ir en barco —dijo Walter.

—Hum… hum…

—Se me daba bien limpiar esas ventanas. Me ataban a una cuerda que colgaba de lo alto del edificio. Una vez se me volcó el cubo y el agua se derramó. Oí que una mujer gritaba en la calle. Je, je. Pero no puedes mirar abajo, o te mareas.

—Claro —dijo Bell.

—Estar ahí arriba era como hacer surf; yo era como una cabra montesa, sabía dónde pisaba.

—¿No has dicho que volcaste el cubo?

—¿Me escuchas o no? —Walter encendió un cigarrillo.

—Pues claro, cariño. Estabas ahí arriba, como una cabra montesa.

—La primera semana limpié cuarenta edificios. La segunda semana, más. Puede que sesenta. Y pagaban bien, porque era

peligroso.

—¿Cuánto pagaban?

—Ésa no es la cuestión.

—Ah.

—Puede que cien por edificio.

—¿De veras? Eso es mucho.

Walter la miró enfadado.

—Normalmente estaba yo solo allí arriba, nunca veía a nadie. Pero un día vi a unos tipos blancos.

—¿Dónde? —preguntó Bell.

Walter suspiró, exasperado.

—¡En la oficina! ¿Es que no me escuchas?

—Pues claro, cariño, pero has dicho…

—Unos tipos trajeados. Hablando. Yo quise ser profesional, educado. Les sonreí y saludé con la mano.

Las sonrisas de Walter eran como el gruñido de un animal a punto de atacar.

—¡Esos blancos de mierda bajaron la persiana! Delante de mis putas narices. Y digo yo que eso no es educado, ni profesional, ni amable, ¿no?

—Supongo que no.

—¿Cómo que supones? Imagina que yo te sonrío ahora y tú, en lugar de sonreírme, arrancas el coche y te largas. Pues fue lo mismo.

—Te entiendo.

—Cualquiera lo entendería. Hasta un mono lo entendería.

—Vale.

—¡Mierda!

—Vale.

—Hostié esa puta ventana. Le di tal patada que casi me caigo del andamio. Luego noté que me subían al tejado. Y una vez arriba me agobiaron a preguntas. Bajo a la calle porque mi primo está ahí, con la policía. Y él les cuenta que me ha dado un ataque, por culpa de la guerra. Y yo digo: «Tío, te voy a hostiar aquí mismo.» Y él dice a la policía: «Ya ven. Como les decía, no puede controlarse.»

—¿Y qué pasó? —preguntó Bell.

—Que no limpié más ventanas.

—¿Y ya está?

—¿Qué más quieres que pase, joder?

Bell rió entre dientes. Ese Walter… De pronto le entró el antojo de tomar la sopa que su madre le preparaba de niña. Si estuviera en la calle Wayne, Hattie le pondría cataplasmas de mostaza caliente en el pecho y le daría el jarabe que hacía ella misma con cebolla y miel. Qué más daba si Bell tenía tuberculosis y ese brebaje repugnante no servía de nada; Hattie se lo daría igualmente. ¿Cuántas veces sus hermanos y ella se habían tragado ese mejunje? Los había curado en más ocasiones que lo contrario. Hattie los había mantenido vivos a base de pura fuerza de voluntad, repollo y algunos viejos remedios del Sur. Aunque era más mala que el mismísimo demonio, también. «Bueno, ahora es una anciana», pensó Bell. Hacía casi diez años que no la veía. No tenía ni una sola fotografía de su madre y moriría sin volver a ver su cara. Alice y Ruthie decían que Hattie se había ablandado, que de vez en cuando se reía, que a menudo sonreía y que se subía a los nietos a la rodilla para hacerles el caballito. «Tendrás que ir a verla algún día», le decían. Pero Hattie no la había llamado en todos esos años; Hattie, que no perdonaba. Claro que Bell no se merecía su perdón, eso era bien cierto.

Cuando Bell se lió con Walter y se mudaron a la calle Dauphin, sus hermanas habían dejado de visitarla; Walter era un criminal y la calle Dauphin, un gueto. Bell se preguntó si sabían en qué edificio vivía o con qué calle se cruzaba. La habían excomulgado de la familia. Era típico de los Shepherd; si uno de ellos se deshonraba, lo extirpaban como la parte podrida de una fruta. Seguramente ni se enterarían de su muerte antes de que la metieran en una caja de pino y la enterrasen en el cementerio para pobres. ¿Existía aún el cementerio para pobres? Tal vez se limitaran a incinerarla y la tirasen. Por ella podían arrojar su cuerpo al río, no le importaba. Quizá debería dejar una nota para quien la encontrase: «Tiradme al Schuylkill y que me devoren los peces.» Le gustaba la idea de que los hombres que pescaban esos peces comieran pedacitos de ella para cenar.

El antojo de tomar sopa se intensificó. Si pudiese salir de la cama, iría al chino de la esquina a buscar sopa *wonton* . Llevaba semanas sin ganas de nada; sentir algo la emocionó. Pasó las piernas a un lado de la cama, plantó los pies en el suelo y puso las

manos en el colchón, a ambos lados de las caderas. Un empujoncito y estaría de pie. La iglesia de su misma calle tenía un comedor benéfico los sábados. ¡Como si la gente sólo necesitara comer en sábado! Pero qué más daba, tampoco era sábado. Habría visto la cola de almas hambrientas que iba de la puerta de la iglesia hasta la esquina; los hombres solían silbar cuando pasaba y también algunas mujeres. ¡Ja! Reconocía a algunos de ellos como antiguos clientes del Belmore Lounge, borrachos colgados que le daban la lata para que les diera alcohol barato. Casi nunca conseguía propinas en ese sitio, aunque de vez en cuando algún tonto exhibiese la pasta —imaginaos, fardar de dinero en un antro como el Belmore— con la esperanza de acostarse con ella.

El Belmore era el peor sitio en que había trabajado, y el más sucio. Bell solía hacer sus necesidades en el callejón de atrás; estaba más limpio que el aseo y había menos riesgo de que algún borracho se le echara encima. En general los clientes eran inofensivos, aunque su compañera de trabajo, Evelyn, guardaba una navaja enfundada en la pierna, como los villanos de las películas del Oeste. Y desenfundaba rápido. Se inclinaba como para atarse el zapato y un segundo después la navaja resplandecía en su mano como un diente de plata. El jefe le había dicho:

—No puedes ir por ahí amenazando a los clientes.

—¿Y cómo si no les enseño modales?

—No quiero ver a la policía por aquí.

—No la verá, si esos tipos se comportan.

La primera vez que Walter fue al bar, Bell se lo presentó a Evelyn y se pasaron la noche mirándose como gatos salvajes. Walter jugó al billar con uno de los clientes y perdió veinticinco dólares. Después de la partida le pidió al hombre que lo acompañara al callejón a fumar un porro. Volvió sólo quince minutos después, metiéndose el dinero en el bolsillo y con los nudillos magullados. Cuando Walter se marchó, Evelyn le dijo a Bell: «Tendrás que aprender a usar mi navaja si vas a tratar con negros como ése.»

Una noche Bell estaba en el callejón del Belmore en pleno acceso de tos, cuando Evelyn salió a que le diera el aire.

—No parece que eso vaya a curarse con un jarabe —le había dicho.

A Bell todavía le quedaba algo de jarabe para la tos. No se la

aliviaba, pero la ayudaba a dormir. El frasco había rodado debajo de la cama. Dios mío, lo que había allí: restos de sándwiches de mantequilla de cacahuete, bolas de pelusa del tamaño de un puño, cucarachas muertas. Encontrarían su cadáver envuelto en sábanas sucias y con toda esa porquería bajo la cama. Debería morir entre sábanas blancas y limpias, con algo de sopa en la barriga. Sólo un empujoncito con las manos y estaría de pie, nada podía ser más fácil. Respiró hondo y le dio un ataque de tos. Le lloraron los ojos. Había olvidado que ya no podía respirar hondo, esas polillas inquietas acabarían con ella. Miró por la ventana e intentó aquietar su respiración. Creyó ver el coche de Evelyn en el cruce; Evelyn al rescate, como un San Bernardo. ¡Ja! Como si Bell estuviese atrapada en una montaña y esperase que la rescataran. No estaba atrapada; ella lo había elegido. Bell saludó al coche que había abajo, en la calle.

Una tarde de principios de verano, antes de que Walter se marchara, Evelyn llevó a Bell a casa de una amiga para que le diese algo para la tos. Fueron por la calle Diecinueve y luego por Morse. Bell contempló por la ventanilla los grupos de hombres que poblaban las aceras y miraban el coche de Evelyn como una manada de leones a la caza de una gacela. Un hombre joven se puso delante del coche. Cuando Evelyn pisó el freno, el tipo colocó las manos en la capó y se inclinó para mirar dentro. Bell dio un respingo. El joven vio que había dos mujeres en el coche y volvió lentamente a la acera.

Evelyn le dijo que su amiga vivía al final de la calle. Se acercaron a lo que parecía un callejón sin salida. Bell miró a Evelyn y reparó en que nunca la había visto a plena luz del día. El Belmore estaba sumido en la penumbra eterna; un ventanal opaco lo mantenía a oscuras incluso durante el día. Había en Evelyn algo de la película cenicienta y cerúlea del Belmore —demasiado humo de cigarrillo y escasa luz natural—, pero tenía los pómulos altos y su cabello corto estilo afro resplandecía al sol. Llevaba una camisa de hombre de cuello ancho, pantalones acampanados ceñidos y zapatos de cordones atados con doble nudo. A Bell le gustaba que Evelyn se anudase los zapatos para no tropezar y caerse. No podía imaginársela más que pisando fuerte. Y conducía con fluidez y

seguridad, una mano en el volante y el otro brazo apoyado en el respaldo del asiento. Bell se reclinó para que su cabeza rozara el brazo de Evelyn, que cambió la posición de la mano para acariciarle el hombro.

Al final de la calle la gente desapareció. No había nadie merodeando ante la última casa, como si una barrera invisible contuviese a la muchedumbre. La escalera y la acera estaban limpísimas y unas macetas flanqueaban la puerta. Subieron los escalones y Evelyn golpeó con suavidad la aldaba. Abrió una anciana.

—Ésta es la amiga de quien te hablé —anunció Evelyn.

—Buenas tardes, señora —dijo Bell.

Sabía que sonaba demasiado formal. Evelyn la miró de reojo. En el bar, Bell bajaba la voz media octava y afeaba su dicción. Se decía que así sus clientes y compañeros de trabajo se sentían más cómodos, pero en realidad lo hacía para no sentirse como una turista entre ellos, y porque se creía mejor y daba por sentado que ellos también lo creían. Su falso acento la hacía sentirse generosa, como una reina que baja del trono para besar la mejilla de una pobre mujer. Ahora se avergonzó; Evelyn había descubierto su mentira.

La casa de la anciana era fresca, oscura y olía a tierra y masa pastelera. Evelyn y Bell la siguieron por un pasillo que cruzaba la cocina y llevaba a la parte de atrás.

—¡Oh, señora, esto es precioso! —exclamó Bell, mirando las paredes color amarillo claro, las cortinas de encaje y la luz que penetraba como si el sol fuese limonada servida de una jarra.

Había tres servicios en la mesa y un pastel junto a la jarra de té helado.

—La gente cree que aquí hay una cueva, por lo fresca que se mantiene la habitación de delante —dijo la anciana, y soltó una carcajada que le subió de la barriga.

Luego rebuscó algo en un cajón.

«Tendrá cien años», pensó Bell. Su piel era de color marrón muy oscuro y tenía el cabello blanco cortado a ras del cráneo. La anciana miró a Bell.

—¿Cómo has dicho que se llama esta chica? —le preguntó a Evelyn—. ¿Cómo te llamas, muchacha?

—Bell, señora.

—Bell.

—Sí, señora.

—¿Y tu familia?

—Se apellida Shepherd.

—¡Lo sabía! Nunca se me pasa por alto un parecido. Eres hija de Hattie, de la calle Wayne.

Volvió a observar a Bell; se fijó en su ropa, sus zapatos y su pelo. La miró tanto tiempo a los ojos que Bell se incomodó.

—¿Y qué es de tu vida, muchacha?

—No sé a qué se refiere, señora.

—Primero, me llamo Willie. No soporto que me llamen «señora». Segundo, sabes muy bien de qué hablo. ¿Trabajas con Evelyn en ese bar de mala muerte?

—Sí, señora. Willie.

—¿Cuándo fue la última vez que viste a tu madre?

—Yo no…

—Juraría que hace bastante.

Willie la había descubierto. Bell agradecía que Evelyn tuviese la delicadeza de mantener la vista fija en su plato. ¿Qué haría Walter en una situación como ésa? Volcar la mesa, seguramente, y gritarle obscenidades a la anciana. Bell se levantó de la silla.

—Señora, le agradezco su hospitalidad, pero creo que es mejor que me vaya.

—¡Vamos, siéntate, muchacha!

Bell notó un tirón en el pecho. Tosió intensa y prolongadamente. Evelyn se levantó y le puso una mano en la espalda.

—Será mejor que te sientes, muchacha —repitió Willie.

El acceso de tos la había debilitado, Bell no tenía fuerzas para marcharse. La cocina de Willie hacía que añorase a su madre, aunque la cocina de la calle Wayne era de un blanco austero y Hattie la dirigía como si fuera un comedor militar. Nunca había sido un sitio para sentarse al sol y tomar limonada. No era culpa de su madre, pero aun así Bell se enfadó; siempre encontraba algo de lo que culpar a Hattie. Willie empujó un vaso de té desde el otro lado de la mesa.

—¿Cuánto hace que tienes esa tos?

—Bueno, va y viene —respondió Bell.

—Parece que sobre todo viene —repuso Willie—. El Belmore no es lugar para alguien con tuberculosis.

—¡No tengo tuberculosis! Esa enfermedad ya no existe, lo mío es sólo un resfriado.

—¿Has ido al médico?

—No.

—¿Dónde vives?

—En la calle Dauphin.

—Queda muy lejos de casa.

—Es sólo media hora de tranvía, en el treinta y tres.

—Ya sabes de qué hablo.

—Estoy bien donde estoy.

Willie suspiró.

—No me lo parece, pero la única que puede hacer algo al respecto eres tú. Estuve en el parto de la mitad de tus hermanos. Supongo que no te acuerdas. Hace mucho que me fui de la calle Wayne. Recuerdo el último chico que tuvo tu madre, era muy cabezón. Parecía que al salir quería llevarse consigo la mitad de las entrañas de Hattie, de recuerdo. —Willie rió entre dientes—. Hattie se recuperó bien, era fuerte como un caballo de tiro. No suele ser el caso con las negras de piel clara.

Willie se inclinó y miró detenidamente a Bell.

—No eres tan fuerte como ella. Tu alma está inquieta. A tu madre le pasó lo mismo, pero lo ha superado. A ti parece que te domina.

Bell se enjugó con la servilleta la frente sudorosa y el labio superior.

—Ven conmigo —dijo Willie.

Bell la siguió por la puerta trasera de la cocina y un breve pasillo de chirriante madera. El aroma a exterior aumentó; no a exterior de ciudad, ese olor a árboles cansados y asfalto caliente, sino a raíces limpias y lluvia. Willie abrió otra puerta y Bell penetró en un ambiente espeso y mullido. Unos ventanales que ocupaban tres de las cuatro paredes daban a la parte trasera de una hilera de casas. La habitación era luminosa, cálida, y el suelo estaba cubierto de pinocha. En el suelo también había recipientes de barro, algunos no mayores que un puño y otros tan grandes que Bell podría haberse metido dentro. En el centro, sobre una gran mesa con

bancos adosados, había multitud de frascos y goteros multicolor, unos finos mezcladores de cristal, morteros de piedra y sus correspondientes manos, ampollas con líquidos de diferentes tonos parduscos, plantas que se secaban colgadas de una rejilla y tarros llenos de polvos. Willie arrastró una silla plegable de un rincón y la abrió junto a un banco de madera. Bell no se movió.

—Espero que ya hayas terminado de quedarte ahí con la boca abierta —dijo Willie.

Unas largas enredaderas colgaban de unas macetas que había suspendidas del techo, de modo que la habitación parecía envuelta en jirones de cortinas verdes. Bell casi esperaba que una bandada de colibríes saliera volando de uno de los tiestos y planease por encima de su cabeza.

—Hoy en día, la mitad de los problemas de la gente se debe a que les falta un sitio que les dé tranquilidad. Supongo que tú tampoco tienes un sitio así.

—No, señora —admitió Bell.

—Sé que no podría vivir sin el aroma de la pinocha.

Bell asintió y se sentó en la silla plegable. Willie volvió a preguntarle cuánto hacía que tenía esa tos, si empeoraba de noche, si sudaba mucho y si dormía bien. Le preguntó si sus sueños habían cambiado desde que enfermó y cómo eran antes. ¿Soñaba con sangre?, le preguntó Willie, ¿o con cruzar ríos secos? Mientras escuchaba las respuestas, Willie desplazaba las manos entre las ampollas y los frascos. Colocaba unos cuantos delante de ella y hacía una pregunta; según la respuesta de Bell, vertía algo en un cuenco o apartaba el frasco y lo sustituía por otro.

—¿Qué es eso? —preguntó Bell, señalando un cascarón verde metido en un frasco.

—Mantis religiosa. No te preocupes, eso no te toca.

—¿Para qué sirve?

—Para muchas cosas. Para conseguir a un hombre que no quieres mantener mucho tiempo, o para librarte de uno que no se va. Principalmente es para aparentar. A la gente le gusta ver cosas extrañas cuando viene aquí.

Willie machacó el contenido del cuenco hasta convertirlo en polvo. Luego añadió un líquido transparente e hizo un jarabe.

—¿Qué es eso?

—Agua.

Willie introdujo el contenido en un frasco de cristal marrón.

—Nunca te lo tomes con el estómago vacío. Nada de leche de vaca ni queso ni tampoco nada frío, salvo algo de fruta. Toma sólo cosas calientes y picantes.

Le tendió el frasco a Bell y añadió:

—Es lo más asqueroso que habrás tomado en la vida. Dos cucharadas en una taza de agua caliente. Te tapas la nariz y tomas tres tazas al día. Y si vives con un hombre o con quien sea, tendrás que decirle que tienes tuberculosis.

—Yo no tengo…

Willie se levantó de la mesa y salió de la habitación antes de que pudiese acabar la frase. Bell la siguió, parpadeando en el oscuro pasillo para reajustar la vista.

—¿Listo? —preguntó Evelyn cuando entraron en la cocina.

—He hecho lo que he podido, supongo —respondió Willie. Se dirigió a Bell—: El orgullo ha acabado con más de uno. Un día de éstos tendrás que volver la vista atrás y enfrentarte a aquello de lo que huyes.

Evelyn metió algo de dinero en la mano de Willie, pero la anciana lo rechazó. Luego salieron, subieron al coche y se abrieron paso entre la gente. Cuando Evelyn la dejó en casa, Bell se sentó un buen rato en los escalones del portal antes de tirar el frasco que Willie le había dado. Arriba, en el apartamento, Walter liaba porros y escuchaba música a un volumen que hizo que le castañeteasen los dientes. Entró en el dormitorio y se acostó con la voz de tenor de Stevie Wonder en los oídos. Se quedó dormida y se despertó en la oscuridad y el silencio. Bell nunca volvió a trabajar en el Belmore.

Unas franjas moradas y anaranjadas aparecieron en el horizonte, por encima de los edificios, al otro lado de la calle Dauphin. A Bell se le había pasado el hambre y le dolían los brazos por el esfuerzo de tensar y relajar los músculos para intentar levantarse de la cama. No tomaría sopa; estaba demasiado débil para tenerse en pie. Se avecinaba otra noche, tosería y soñaría con las polillas, y quizá se levantara a la mañana siguiente o quizá no. Estaba demasiado cansada para ir al baño y llenar la jarra de agua que tenía junto a la cama.

«Walter, serás cobarde —pensó Bell—. Menudo número montaste, dando patadas a la pared y gritando que no ibas a cuidar de mí como si fuera una mujer blanca de un barrio rico. “No somos una puta familia feliz de la tele —dijiste—. Si no vas a buscarte un trabajo, ni de coña pagaré las facturas mientras tú te pasas el día acostada.”» Oh, fue una actuación fantástica. Volcó una silla y después la tiró a ella al suelo y la amenazó con el puño como si fuera a golpearla en la mandíbula. Y todo porque no podía admitir que le asustaba pillar la tuberculosis, o haberla pillado ya. Vaya por Dios, resultó que en el fondo el temerario Walter sí tenía instinto de supervivencia.

Bell había fantaseado con que ella y Walter morirían juntos de forma romántica, decadente y miserable. Había creído que el vacío, la mezquindad y la profunda indiferencia que Walter sentía hacia sí mismo y los demás eran auténticos. Pero al final Walter resultó no ser tan temerario. Y si el salvaje e intrépido Walter no era temerario, entonces nadie lo era. Quizá nadie podía aceptar pasivamente la muerte, ni siquiera Bell. Es cierto que se había metido en la cama y negado a levantarse, pero eso era lo opuesto a la apatía: era un suicidio. Todo ese tiempo había deseado morir y que alguien muriese con ella, y había creído que Walter era perfecto, porque casi todo lo que había de humano en él ya estaba muerto cuando se conocieron. «Menudo farsante», pensó Bell. Después del numerito, Walter se había largado hecho una furia y al día siguiente volvió con un amigo para recoger sus cosas. Se lo llevaron todo menos la cama. Bell no sabía si eso había sido un acto de compasión o si se trataba sólo de que Walter no la necesitaba, allí adonde iba.

Paseó la vista por la habitación. Las paredes estaban sucias, la pintura desconchada, la moqueta apelmazada y manchada. Sintió el impulso de ir a la cocina, un último paseo, una última ocasión de notar el movimiento de sus músculos y el suelo bajo sus pies. «Quizá habrá algo vivo en la nevera que me haga un poco de compañía.» ¡Ja! Antes de que se le agotaran las fuerzas, había pagado al hijo de unos vecinos para que fuese a la tienda a comprarle pan y mantequilla de cacahuete. Unas rebanadas todavía se enmohecían en la alacena. Cuando Bell era niña, Hattie no podía permitirse comprar mantequilla de cacahuete. Enferma como

estaba, Bell se había sentido decadente al mordisquear ese sándwich, sentada en la cama. Deseó poder invocar al vecinito y mandarlo a la tienda por un bote de sopa de pollo.

Cuántos errores había cometido. Se había permitido desear la sopa y ahora un cúmulo de deseos la importunaban. La aplastarían hasta matarla, todas esas cosas que quería. «¿Qué dice Marvin Gaye que es inevitable en una de sus canciones? Los impuestos, la muerte y los problemas. Bueno, pues me muero y he tenido mi buena dosis de problemas, pero hace cinco años que no pago impuestos. ¡Chúpate ésa, Marvin!» Bell se recostó en la cama. No sabía si lo que la dejaba sin aire era la tuberculosis o el peso de la soledad y de todos sus errores y decepciones. Se llevó una mano al pecho. El corazón le latía demasiado rápido. Se alejaba flotando en una corriente agónica que pronto la arrastraría tan lejos que no volvería jamás.

Cuando Bell tenía un ataque de tos, Walter paseaba la vista por todo el dormitorio; miraba lo que fuera, menos a ella. Ese cabrón. Daría lo que fuese por verlo una vez más, y también a su madre. Se los imaginó a los dos juntos, en la misma habitación. Hattie miraría a Walter como si fuese un gusano y fingiría que ni siquiera estaba allí.

Esa sopa que Hattie preparaba tenía que ser caldo de verduras; cuando Bell era niña, no había dinero para carne. Era salada y tenía trocitos de patata. Bell pensó en la sopa del restaurante chino, imaginó el líquido caliente bajándole por la garganta y la firme textura del *wonton* en sus dientes. Se acordó de una panadería donde años atrás compró bollos de miel. No recordaba con precisión su sabor, pero sí que andaba con Cassie por la avenida Henry con el cálido bollo en la mano, retirando el papel encerado para que no se le metiese en la boca. Después Cassie la obligaba a andar todo el camino de vuelta, para quemar calorías. Sus hermanas se la llevaban a los bailes. Bell nunca era la más guapa de la fiesta, pero siempre acababa conociendo a algún chico. Dos habían querido casarse con ella, hombres buenos y decentes que ahora tenían familia y vivían en bonitas casas de la calle Tulpehocken. Bell los había tratado con desdén: los veía poca cosa y vulgares. Había disfrutado al rechazarlos y partirles el corazón. Las mujeres que se casaban con hombres así no hacían más que ir a la compra y

morirse de aburrimiento. «Pero aquí estoy, muriéndome yo también.»

Bell se recordó sentada con su amiga Rita en un autobús escolar cuando tenían dieciséis o diecisiete años. Volvían de una excursión y el autobús se había detenido ante un semáforo rojo, en un barrio alejado de Germantown. ¿Adónde habían ido de excursión? Bell llevaba años intentando acordarse. Rita y ella hablaban animadamente sentadas muy juntas, como hacen las chicas. El autobús dio un frenazo y las dos miraron por la ventana.

—¡Mira! ¡Ahí está mi madre! —exclamó Bell.

Entonces Hattie tenía cuarenta y pocos, la misma edad que Bell ahora. Su piel era del color de las almendras por dentro y el cabello, castaño y rizado, le caía por la espalda. Parecía una mujer de veinticinco. Cuando Bell la vio quiso gritar: «¡Mira qué guapa! ¿No es preciosa?»

Estaba tan sorprendida que no reparó en que Hattie iba acompañada.

—¿Ése es tu padre? —preguntó Rita.

Hattie iba del brazo de un hombre alto y delgado. Avanzaban por la acera compartiendo la misma zancada larga, el mismo ritmo, como si desfilasen al compás. El hombre miró a Hattie y le habló. Había intimidad entre ellos, se sentían cómodos y a gusto. Hattie echó la cabeza hacia atrás y empezó a reír. Bell casi rompió a llorar. Nunca había visto a su madre reír así, nunca había visto la menor alegría en ella. Hattie había sido una persona severa y había estado enojada durante toda la vida de Bell, por eso entonces Bell pensaba que su madre era casi siempre muy desgraciada. Quiso conocerla tal como la veía en ese momento, tan hermosa y feliz que, en comparación, la luminosa tarde palidecía. Ese hombre le daba a Hattie una luz que Bell no tenía la menor esperanza de vislumbrar.

—No —le respondió a Rita—, ése no es mi padre.

Bell jugueteó con una pelusa de la sábana. Tosió. Qué estoica y constante era su madre, qué colérica e incomprensible. Las hermanas de Bell solían decirle que había sacado el genio de Hattie, que era reservada e irascible como ella. Nunca había temido a nadie

tanto como a su madre, tampoco nadie la había enojado tanto ni había deseado el amor de nadie tanto como el de ella. Pero Hattie siempre se había mostrado distante, como la orilla que retrocede cuando el barco se aleja navegando mar adentro.

Bell insistía en cuánto la había decepcionado Hattie. Al recordar su infancia, sólo veía a Hattie azotando con el cinturón los muslos de sus hijos, sólo veía los arrebatos de furia y el silencio de su madre. Tal vez lo hiciera para proteger a sus hijos o enseñarles disciplina y respeto, pero Bell apenas recordaba una palabra tierna o un beso. Aunque la echaba de menos. Curiosamente, en cuanto dejó a su madre y los rigores de su casa, Bell se había ido desintegrando. Lo suyo había sido una caída libre hasta aterrizar en aquella cama de la calle Dauphin.

Tenía sed. «Pasará. Pasará la sed, pasarán los antojos y sólo me notaré cansada. Demasiado cansada para cerrar la mano, demasiado cansada para pensar, luego me dormiré y se acabó. Yaceré aquí, las polillas plateadas saldrán de mi boca y después… Si es verdad todo lo que dice la Iglesia, me he portado lo bastante mal para ir tres veces al infierno. Tendría que estar asustada», pensó Bell. Sin embargo, lo único que sentía era arrepentimiento.

Le ardían los ojos e hizo una mueca como si se dispusiera a llorar, pero su cuerpo no podía producir lágrimas. Era un cascarón, una vieja hoja seca enroscada en sí misma.

Entonces recordó a Lawrence con el aspecto que tenía cuando lo vio en la calle con Hattie. Llevaba un traje gris y una camisa blanca con el cuello desabrochado, sin corbata ni sombrero. Era elegante y fuerte como un atleta. Lawrence no era más guapo que August, pero sí un tipo de hombre distinto. Había algo majestuoso, deslumbrante en él. Se le había quedado grabado en la memoria como una estrella de cine. Todavía podía verlo como era entonces, con un pañuelo burdeos en el bolsillo de la americana, que el viento le ceñía al cuerpo.

Bell había reconocido enseguida a Lawrence pese a los casi veinte años que habían transcurrido desde el día en que lo vio con su madre. Entonces estaba sana, ni se imaginaba que Walter y la tuberculosis llegarían en menos de una década. Ella había comprado un sombrero. La dependienta metía su adquisición en una

sombrerera cuando tintineó la campanilla de la puerta y entró Lawrence, solo, vestido con un traje muy parecido al que Bell recordaba. El cabello se le había vuelto gris y tenía las mejillas hundidas, pero seguía en forma y seguía siendo atractivo.

—Ése es bonito —dijo Bell cuando Lawrence se detuvo frente a un sombrero rojo de ala ancha.

—¿Tú crees? No sé nada de sombreros de señora.

—Es muy elegante. Aunque, claro, depende de la edad de quien tenga que ponérselo.

—Más o menos de tu edad. Demasiado joven, en mi opinión, para llevar sombreros de persona mayor.

—Estoy segura de que es una mujer con buen gusto. No mucha gente lleva sombrero hoy en día.

—Me alegro de que te consideres una mujer de buen gusto —rió él, señalando con la cabeza la sombrerera que Bell llevaba en la mano.

Lawrence se le acercó un poco más. Le dijo que el sombrero era para su hija. Bell comprendió que un hombre con tal aplomo y elegancia hubiese conquistado a su madre. Ese hombre podía enamorar a cualquier mujer. Y él lo sabía; tenía sesenta años como poco y seguía coqueteando.

—Soy Lawrence Bernard.

—Caroline Jackson —dijo Bell.

Salieron juntos de la tienda.

Cuando hacía tres semanas que se conocían, Bell invitó a Lawrence a un concierto de jazz. Tomaron varios Alexanders. «Un cóctel de viejos», pensó ella. Mientras bailaban, Bell le dijo que le gustaría ver su casa. Después del concierto se sentaron en el estrecho porche de Lawrence y bebieron limonada con ron. La noche de abril era fresca. Él la abrazó, la besó en los hombros y la llevó a su cama. Ella se mostró cohibida al hacer el amor con él. Aunque tenía los ojos bien cerrados, la experiencia no fue del todo desagradable, hasta que Bell se acordó de Hattie. Meneó la cabeza violentamente para librarse de la imagen de su madre, un gesto que Lawrence malinterpretó como éxtasis sexual. Poco después se quedó dormido. Bell levantó la sábana y lo observó: todavía tenía un cuerpo firme. Era presumido, llevaba las uñas de los pies cortadas y pulidas, los talones limados. No parecía un hombre mayor, del

modo en que lo había imaginado Bell; la barriga se le estaba ablandando, pero seguía plana. De pronto sintió vergüenza y culpabilidad y rodó hacia el extremo opuesto de la cama. El amante de su madre yacía desnudo a su lado. Encantada y asqueada, decidió pasar la noche con él.

La mañana siguiente, Bell despertó a Lawrence y fingió que se marchaba. Se envolvió en la colcha como si la avergonzara su desnudez. Él la deseó de nuevo, como ella sabía que sucedería; Lawrence se había crecido por la noche anterior. Habían olvidado correr las cortinas y el sol iluminaba la habitación como una playa al mediodía. Ella se le ofreció a cuatro patas; las reservas de la noche habían desaparecido. Lawrence fue casi agresivo y sus ruidos, guturales y primarios. Bell gozó porque lo había reducido a un hombre en celo que gruñía como cualquier otro. También experimentó una fugaz sensación de triunfo: se había vengado de su madre, aunque, claro estaba, nunca se lo contaría. Estaba haciendo algo terrible, pero al hacerlo se equiparaba a Hattie, se equiparaba en dolor infligido y su correspondiente castigo. Aún más, en cierto modo era como si se transformase en su madre, no en la Hattie exhausta y enojada, sino en la hermosa y sonriente mujer que Bell había visto por la ventana del autobús.

Bell decidió evitar que Lawrence convirtiera su aventura en algo romántico, aunque él siguió invitándola a cenar y pidiéndole que lo acompañase a algún que otro concierto. «Si no tengo la sartén por el mango, acabaré escaldada», pensó. Se negó a salir con él. Lo que hacían era verse en el porche de Lawrence al anochecer y comer bocadillos con demasiados vasos de limonada con ron. De vez en cuando iban en el coche de Lawrence al restaurante chino que había unas manzanas más abajo y pedían algo para llevar. Él le hablaba de los Panteras Negras, a los que consideraba demasiado violentos. «Ese Huey Newton acabará muerto, ya lo verás», le decía. También le dijo que quizá iría a Misisipi o Alabama a hacer campaña a favor de Robert Kennedy. Las iglesias eran muy eficaces para inscribir y reclutar votantes, le dijo. «Mi hermano Six tiene una iglesia ahí abajo», estuvo a punto de escapársele a Bell. «Ese loco lleva quince años casado y tiene hijos de más mujeres de las que podrías contar con una mano, pero eso no le impide predicar que el Señor ayudará a nuestra raza si rezamos y nos portamos bien. ¡Vaya con la

Iglesia!» Pero, como Caroline no tenía hermanos, Bell guardó silencio.

—Supongo que soy demasiado viejo para las pelambreras y los puños alzados de los Panteras. Y también me parte el corazón ver a negros corrientes, con sus ropas corrientes y su pelo corriente, jugándose el tipo en las protestas pacíficas. Nunca he visto nada tan valiente —dijo él.

Cuando le hacía preguntas sobre Boston, Bell respondía con vaguedades que daban cierta impresión de veracidad. Se había criado en Roxbury y tenía un tío que era hincha de los Red Sox y, sí, los inviernos eran más fríos. Él la miraba y decía:

—Qué raro, a veces me resultas tan familiar… —Luego le guiñaba un ojo, sonreía y añadía—: Te habré visto en sueños.

No le costaba evitar que Lawrence curioseara; en realidad, no quería saber mucho de ella y era, a su modo elegante y bondadoso, tan reservado con su vida como Bell con la suya. En cualquier caso, ambos sabían que sus conversaciones eran sólo un preludio. A Bell le habría gustado llevarse la comida china a la cama, apoyarse en las almohadas desnuda y sudorosa y sorber los fideos directamente del cartón. Pero Lawrence insistía en poner la mesita del porche. «¿Qué haremos en invierno?», se preguntaba Bell. ¿Comerían en la sala de estar o en la cocina? Para entonces su aventura ya habría terminado. Para entonces Caroline habría regresado a Boston por una emergencia familiar para nunca volver a Filadelfia. Bell sabía que al cabo de unos meses, quizá menos, se cansaría de Lawrence, a quien empezaba a colgarle la papada y cuyas erecciones de vez en cuando fallaban. Bell quería que esas cosas la molestaran, pero no era así. Había dejado de verse con otros hombres, pero intentaba convencerse de que eso se debía a la falta de tiempo. No podía negar que él se había convertido en el Lawrence Bernard que había conocido en una sombrerería y era cada vez menos el hombre que años atrás había visto con su madre. Pero eso era normal y no significaba que sintiese algo más profundo por él.

Cuando llevaban cuatro meses de relación, el tiempo cambió de repente. Bell se despertó una mañana y notó el aire limpio y frío del otoño. Ese atardecer, después de trabajar, se encontró saltando en una montaña de hojas apiladas en un extremo del parque. Y eso que llevaba tacones y la ropa de oficina. Ja! Volvió a casa sonriendo y

llamó a Lawrence.

—Puede que sea porque de niña me emocionaba empezar el nuevo año escolar, pero siempre soy feliz en otoño. Tengo la sensación de que todo empieza de nuevo.

—¿También quieres empezar de nuevo conmigo? —preguntó Lawrence.

—Oh, para ya.

—No, para tú. Estoy harto de que me escondas en casa y me utilices para darte placer. —Se echó a reír—. Que sea viejo no significa que no quiera salir con mi chica por ahí.

—¿Tu qué? ¿Tu ch…?

—Eso es lo que he dicho.

—Yo no escondo a nadie.

—Pues entonces quedamos en Wanamaker's mañana a las seis —repuso él—. Tengo una sorpresa para ti.

A las seis del día siguiente Bell corría por el pasillo central de Wanamaker's hacia la estatua del águila de bronce, donde había quedado con Lawrence. «¡Allí está!», pensó cuando lo vio. Aceleró el paso. Él le había llevado flores, el ramo rojo llameaba contra el gris pizarra de su traje. Lawrence también llevaba una pequeña bolsa marrón. Los grandes almacenes estaban a rebosar. Clientes cargados con cajas y bolsas, o tirando de la mano de niños, pululaban a su alrededor. Cómo destacaba Lawrence entre ellos, qué apuesto.

—¡Lawrence! —llamó Bell.

Sólo entonces vio que él hablaba con alguien que quedaba oculto por la estatua del águila.

Cuando estaba más cerca, Bell gritó otra vez:

—¡Lawrence!

Él se volvió.

—¡Aquí está mi chica! —exclamó, extendiendo la mano hacia Bell como saludo.

La tela de la falda ondeaba en sus piernas. Bell se alegró de haberse comprado un vestido para la cita; él era de esos hombres que apreciaban los vestidos nuevos.

La mujer con quien Lawrence estaba hablando avanzó un paso, expectante y sonriente.

—Ésta es mi querida amiga Hattie —dijo él.

«Dios mío —pensó Bell, mirando a su madre—. ¡Nos parecemos tanto!» Sabía que debía decir o sentir algo, pero fijó su atención en la inclinación chata, leonina, de la nariz de Hattie, igual que la nariz de Bell. «Y nuestros ojos también tienen el mismo ángulo, un poco hacia abajo.» Madre e hija se quedaron mirándose, ambas con la mano apoyada en la parte superior del pecho, justo por debajo de la clavícula. De pronto Bell se enfureció con Lawrence. ¡Viejo patético! Engañado tan fácilmente por el sexo, la juventud y los halagos. «Si me hubiese mirado —pensó Bell—, si se hubiera molestado en mirarme de verdad, habría visto a mi madre en mi rostro.» El parecido tendría que haberle resultado tan evidente como ahora lo era para ella. Pero entonces recordó que tampoco ella había querido notar el parecido, que lo había negado como una especie de venganza hacia Hattie, como diciendo: «Yo tampoco te quiero. Ni siquiera te veo.»

—¡Bell! —exclamó Hattie.

Lawrence miró el rostro de Bell, luego el de Hattie y después de nuevo el de Bell. Se llevó una mano a la boca, un gesto muy femenino.

Hattie retrocedió. Tropezó con un hombre que había a sus espaldas y perdió el equilibrio. Lawrence corrió a sostenerla, arrojando el ramo y la bolsita marrón, y la sujetó antes de que cayera al suelo. Hattie se incorporó torpemente, apoyándose en Lawrence. Entonces pareció vieja: Bell vio que su cara estaba flácida y que le temblaba un poco la barbilla. Pese al espanto del momento, la dulzura con que Lawrence sujetó a Hattie le recordó a Bell la que muestra un anciano por la mujer que ha amado durante años y a quien durante años ha sostenido cuando ella ha flaqueado. Hattie llevaba una bolsa que se le había caído al tropezar. Lawrence la recogió y se la dio. Hattie se apretó la bolsa marrón contra el pecho. Lloraba.

—Será mejor que siga con mis compras —dijo.

Bajó la bolsa e intentó sujetarla por las asas, pero le temblaban las manos.

—Acabaré las compras —repitió, pero siguió sin moverse.

Lawrence hablaba. Bell se dio cuenta de que llevaba hablando todo el rato, pero ella no lo había oído porque su madre estaba allí

delante, forcejeando con una vieja bolsa y llorando.

—Me dijo que se llamaba Caroline —decía Lawrence—. Me dijo que era de Boston. No lo sabía, Hattie. Te lo juro, no lo sabía.

Hattie negaba con la cabeza. Seguía sin moverse. Una dependienta se les acercó y preguntó si estaban bien. Vestía con elegancia y los miró con recelo.

—Yo sólo… busco la sección de lencería.

La dependienta empezó a darle indicaciones, pero Hattie se alejó hacia la salida.

Bell se quedó a solas con Lawrence. No había nada que pudiese decir. Alargó una mano y él dejó que la posara un instante en su brazo. Después, Lawrence recogió las rosas y la bolsa, se las entregó y salió corriendo tras Hattie. Bell no volvió a saber nada de ninguno de los dos.

Las polillas aleteaban sus cuchillas en el pecho de Bell. El dolor era increíble. Las piernas no le respondían, cerró los ojos y de pronto se sumió en una oscuridad semiconsciente y turbia de la que sin duda no regresaría jamás. Soñó que alguien llamaba a la puerta. Se encontraba en una casa parecida a la de Lawrence y su cuerpo estaba sano, como cuando salía con él. Bell caminaba por las habitaciones sin esfuerzo mientras tomaba grandes bocanadas de aire y sentía el oxígeno en sus venas, las moléculas rápidas como pececillos en su sangre. Abrió la puerta de la calle. Granizaba. El granizo golpeaba la barandilla del porche y los aleros. Alguien gritaba su nombre. La tormenta le impedía identificar el origen de la voz.

—¡Bell!

Deseó que las voces se marcharan.

—¡Bell! ¡Bell!

Se despertó. La alucinación continuó.

—¡Bell!

Se sentía demasiado débil para atender a la puerta. No podía mantener los ojos abiertos más que unos segundos.

—Basta, por favor —susurró—. Basta.

—¡Soy Willie! ¿Estás ahí, muchacha?

Willie. «Willie, la bruja con la jungla en la habitación de atrás; ahora sé que estoy soñando», pensó Bell.

Algo retumbó en la sala de estar. Oyó madera que se astillaba y luego una voz.

—¿No hay luz aquí? ¿Y qué es este hedor?

Luego pasos y alguien que la zarandeaba por los hombros.

—¡Bell! Dios santo, ¿Bell?

Abrió los ojos lo bastante para ver la cara de Hattie suspendida sobre ella y a Willie un paso por detrás.

—Está viva —dijo Hattie.

Poco después se produjo un alboroto de luces y manos, sirenas y ruidos de la calle. Le pusieron una máscara en la cara. Una aguja le pinchó el brazo. Se durmió.

Bell se despertó debido a varias molestias: le picaba la mejilla donde el borde de la máscara le irritaba la piel, tenía la boca seca y le dolía la mano en la que le habían pinchado el gotero. Si movía los dedos, veía la aguja moverse bajo la piel. «Qué frágiles somos», pensó. Un aparato junto a su cama parpadeaba en verde y rojo, emitiendo con regularidad un pitido. Todo aquello sólo para mantener un cuerpo en funcionamiento.

La habitación del hospital no tenía ventana al exterior. La mitad de la pared era un rectángulo de cristal que daba a un ajetreado pasillo, donde Hattie dormía en una silla arrimada al vidrio. Tenía la cabeza inclinada en el respaldo. Alguien la había tapado con una manta y sólo se le veía la cara. «Mira —pensó Bell, como había hecho de niña en el autobús escolar—, ahí está mi madre.» Podría haber llorado de gratitud. Las gafas le habían resbalado por la nariz. «Cuando se despierte le dolerá el cuello, debería tener una almohada», pensó.

Bell no sabía si era de día o de noche: en la mesa de la enfermera un reloj marcaba sencillamente las
11.00 h.
Las enfermeras se apresuraban por el pasillo frente a su habitación, pero eso no le decía la hora, y Hattie dormía, aunque eso tampoco indicaba nada. Las polillas de Bell estaban quietas. Sentía su peso en el pecho, la legión de cuchillas aladas colgando de sus pulmones como murciélagos dormidos en una cueva.

Una enfermera con una mascarilla quirúrgica se acercó a la puerta de la habitación. Hattie se despertó y señaló a Bell con un

gesto. La enfermera negó con la cabeza y entró sola. Hattie se quedó al otro lado de la ventana, con la mano en el cristal. Bell levantó un brazo para saludar y su madre respondió con un movimiento de cabeza. Llegó otra enfermera, que abrazó a Hattie por los hombros y le dio un vaso desechable con algo caliente. A Bell la sorprendió ver a Hattie como objeto de tales muestras de afecto.

La enfermera le contó a Bell que llevaba tres días en el hospital. Estaba en cuarentena y así seguiría hasta que la tuberculosis dejara de ser contagiosa; al menos tres semanas, quizá más. Le administrarían medicinas que eliminarían la bacteria que causaba la enfermedad y descongestivos para el pecho. Tosería mucho, pero no tanto como antes. Hasta que su función pulmonar mejorase, no debía hablar. Le darían una pizarra y un cuaderno. Era muy afortunada, había estado a punto de morir. La enfermera inyectó algo en el gotero y el sueño envolvió a Bell como el agua envuelve a una persona que se ahoga.

Walter fue a verla. Daba miedo: tenía los ojos rojos y caminaba impaciente de arriba abajo, como un leopardo enjaulado. ¿Siempre había sido tan terrorífico? Se lo veía capaz de estrangular a una enfermera. Cuando lo saludó, él entró en su habitación.

—¡Walter! No puedes entrar, te contagiaré la tuberculosis.

—Ya me la has pegado. Mírame los ojos, ¿no ves lo rojos que están? Y mis dientes.

Walter abrió la boca. No tenía dientes. Había una bolita negra, no mayor que una canica, en su lengua.

—¿Qué es eso? —preguntó Bell.

Walter dijo que era la enfermedad de Bell, que él la había absorbido con tal fuerza que se le habían caído todos los dientes. Luego se tragó la bola negra y salió de la habitación.

—¡Walter! —llamó Bell.

Una enfermera la despertó.

—¡Señorita Shepherd, cálmese! Cálmese.

Hattie miraba desde el otro lado del cristal, con ambas manos apoyadas en el vidrio.

Bell escupió en el cuenco plateado que le daban las enfermeras. A medida que pasaban los días, escupía más y más. Al principio la flema era espumosa y roja como un refresco de fresa. La garganta le dolía de tanto toser, pero el pecho estaba menos congestionado y no

le costaba tanto respirar. En su pizarrita preguntaba a las enfermeras la hora y otros asuntos prácticos, como cuándo le tocaba la radiografía. No se le ocurría qué más escribir. Había querido morir y estaba viva. Ahora su vida se extendía infinita y sombría ante ella. Debería arrancarse el gotero del brazo.

Una tarde la enfermera entró con una bandeja de pastillas en vasitos de plástico. Bell escribió: «No.» Negó con la cabeza cuando la enfermera le retiró la máscara de oxígeno y le tendió las pastillas.

—Señorita Shepherd, no haga tonterías.

Bell negó otra vez con la cabeza. Vio de reojo que Hattie se levantaba de su silla ante el cristal. Cuando Bell era niña y estaba enferma, Hattie le cogía la barbilla y la obligaba a tragarse la medicina. Entonces Bell no había interpretado aquello como amor. Ahora, al dirigirse Hattie a la puerta con el brazo extendido como si fuera a girar el pomo y entrar, su madre mostraba la misma expresión severa. Bell vio la ternura de ese gesto, la ternura de Hattie, que siempre era dura. Tragó las pastillas que le daba la enfermera.

Hattie iba todos los días. Su comunicación se limitaba a saludarse con la mano. El sexto día Bell escribió: «¿Qué tiempo hace?» en su pizarrita y la levantó para que Hattie la viese. Se sintió ridícula de inmediato. Su madre la consideraría tonta y banal. Había muchas otras cosas que quería decir, pero sólo tenía una pizarra y le faltaba valor. Se le llenaron los ojos de lágrimas. Hattie rebuscó un pedazo de papel en el bolso, garabateó algo y lo aplastó contra la ventana: un nubarrón negro del que caía una cascada de rayitas. «Llueve», pronunció sin hablar.

A partir de entonces, sus visitas empezaron con un dibujo del tiempo. Hattie se llevaba un ovillo y hacía ganchillo junto al cristal. Seguía tan inescrutable como siempre, pero lo que le habían dicho sus hermanas era cierto: su madre estaba más tranquila, la antigua furia se había desvanecido. Había entre ellas una desenvoltura que nunca habían sentido. La tensión mutua ya existía antes de lo de Lawrence; si cuando estaba de vacaciones o algún domingo Bell iba a la calle Wayne a comer, Hattie y ella evitaban mirarse y permanecían tiesas y formales, como si estuvieran solas en la habitación. Quizá, pensó Bell, Hattie la odiaba porque sabía que cuando era adolescente la había visto con Lawrence. «Pero eso no es

verdad —se dijo—. Yo la odiaba a ella porque la descubrí feliz con Lawrence, mientras que todo lo que veía en casa era a una mujer desgraciada que no hacía más que castigar a sus hijos si corrían por la escalera, ante la menor insubordinación, si deseaban cosas que a ella le parecía que no podían tener.»

La edad adulta proporcionó a Bell cierta libertad, pero ningún alivio. Se sentía defectuosa en algún aspecto esencial, incapaz de actuar como era debido. Siempre temía que alguna fuerza desconocida la castigase por sus errores. Quiso preguntarles a sus hermanos y hermanas si sentían lo mismo, pero ellos se habían reconciliado con Hattie años atrás, quizá porque ya sabían que la fuerza que los atacaría no sería su madre, sino algo creado por ellos mismos. En cierto momento de sus vidas, las hermanas de Bell dejaron de culpar a Hattie por sus errores. «Quizá nuestra madre no sabía que debía querernos —pensó Bell—. Pero ahora es vieja y la vida no le exige tanta ferocidad.»

La mañana que terminó la cuarentena, un celador trasladó la silla de Hattie a la habitación de Bell y la dejó junto a la cama. Las enfermeras se llevaron a Bell para radiografiar sus pulmones. Cuando volvió a la habitación, Hattie estaba sentada en la silla, haciendo ganchillo.

—¡Cómo me emociona verlas a las dos en la misma habitación! —dijo la enfermera—. Tu madre ha estado aquí día y noche. Día y noche.

Bell y Hattie sonrieron. La antigua frialdad regresó. Había sido fácil sentirse cómodas con un cristal de por medio. «Nunca me perdonará», pensó Bell. La enfermera salió de la habitación.

—La enfermera me ha dicho que mañana puedes salir un poco —dijo Hattie. Guardó silencio y cogió un punto con el ganchillo—. Hace buen tiempo. Sol.

Bell asintió.

—Hay un pequeño parque detrás del hospital. Ni siquiera hay que cruzar la calle para llegar. Creo que podré llevarte en la silla de ruedas.

Bell fue a coger su pizarra, luego recordó que los médicos le habían dicho que podía hablar. Tomó aire y dijo «Aaaaaah» vacilando, como alguien que apoya una pierna a la que acaban de quitarle el yeso.

—Aaaaaah —repitió—. Parezco una rana.

Tenía la voz ronca y quebrada.

—Supongo que no deberías hablar mucho —dijo Hattie.

—Supongo que no.

La aguja de ganchillo resplandeció entre el hilo. Bell deseó tener una ventana que diera al exterior, ver un trocito de cielo o una nube, algo que la alejara de aquella habitación. Se concentró en su respiración. Sentía una débil agitación cuando inhalaba y leves ganas de toser cuando exhalaba.

—¿Cómo supiste lo que me pasaba? —preguntó al cabo de un rato.

—Willie.

—¿Y cómo lo supo ella?

—Por una chica con la que trabajabas. Un conocido tuyo le dijo que no te encontrabas bien.

—Walter.

Bell se preguntó si también él habría enfermado, si estaba en la cama de alguna mujer tosiendo y consumiéndose. Walter, menudo cabrón. Le deseó lo que se merecía. Apretó los puños para no llorar al acordarse de él.

—Un día, al principio de estar aquí, vino un joven de piel muy oscura. No dijo palabra, sólo se quedó mirando a través del cristal con una cara espantosa y luego se marchó.

—Walter.

—No parecía estar muy bien de la cabeza.

Bell se encogió de hombros.

—Willie dijo que llevabas tiempo enferma, que habías ido a verla hacía unos meses. —Hattie dejó el ganchillo en su regazo y añadió—: Cuando te encontramos, nos decías que nos fuéramos. No parabas de decir: «Basta, dejadme donde estoy.» Creí que hablabas así por la fiebre, pero he acabado comprendiendo que querías…

Recogió el ganchillo.

—Supongo que sabes que no puedes volver a ese apartamento. Creo que nadie te ha dicho que tu padre y yo compramos una casita en Jersey. Hay sitio para ti.

—Por fin lo conseguiste, ¿eh?

—Sólo he tardado cincuenta años —dijo Hattie con amargura—. Es un sitio pequeño, dos dormitorios, pero a tu padre lo alegrará

tenerte allí.

—¿Y a ti? ¿Te alegrará tenerme allí? —Lo dijo sin querer.

—Dicen que la humedad no te conviene. Supongo que compraremos un aparato de aire acondicionado. Nunca me han gustado, me dan dolor de cabeza.

Bell tosió. Hattie vertió agua fría en un vaso y se lo ofreció.

—Han dicho que tienes que beber mucha agua.

Una enfermera asomó la cabeza por la puerta.

—¿Todo bien? —preguntó animadamente. Las dos mujeres asintieron—. ¡Médico dentro de una hora! —exclamó antes de desaparecer.

Hattie la vio alejarse pasillo abajo.

—No soporto pensar que ibas a dejarte morir como si no tuvieras a nadie —dijo luego—. Estabas dispuesta a abandonar este mundo y ni nos hubiésemos enterado. Puede que al cabo de unos meses la policía hubiera llamado a mi puerta para decírmelo. O puede que nunca hubiese venido nadie. Habrías desaparecido de la faz de la Tierra como si nunca hubieses existido.

Tiró de un trozo de hilo para separarlo del ovillo.

—No sé qué te hizo hundirte así —siguió—. Tendría que haberlo sabido. No te veía mucho, pero siempre me pareció que algo te desgarraba por dentro. Nunca supe qué hacer con el alma de mis hijos. Nunca he sabido cómo ayudar a nadie en ese aspecto.

—Yo ya no quería nada —dijo Bell.

Hattie la miró, negando con la cabeza.

—Eso nos ha pasado a todos. A todas las personas que he conocido. Pero no puedes simplemente… Yo no lo hice cuando me sentí así.

Bell dijo en voz baja:

—Por lo que te hice.

—¿Te refieres a Lawrence? —Hattie suspiró—. No. Eso me hirió más de lo que puedo expresar, pero he estado en sitios más oscuros. Mis hijos murieron. No hay lugar más oscuro que ése, salvo, quizá, que otra hija mía haya querido matarse.

—No era un suicidio.

—¿Ah, no?

Bell había ensayado el momento en que tendría que explicarse ante su madre, pero ahora que había llegado sólo se le ocurrió

disculparse.

—Lo siento.

—Con algunas cosas no valen las disculpas; lo que hay que hacer es dejarlas atrás. También por tu propio bien, para tener algo de paz.

—¿No estás enfadada?

—¡Pues claro que estoy enfadada! —Hattie miró a Bell como si quisiera zarandearla por los hombros—. Seguramente siempre lo estaré. Pero me he pasado toda la vida enfadada y al final he descubierto que no podía seguir así. Es demasiado agotador y estoy demasiado cansada. El tiempo se encargará de eso, como de todo lo demás.

—¿Sabes que Willie tiene todo un bosque en la habitación de atrás? —preguntó Bell.

—Ya lo tenía cuando vivía en la casa de enfrente. Supongo que sigue igual.

—Me preparó una medicina con esas plantas que tiene. Yo… yo la tiré.

—Conocí a una curandera en Georgia. Podía devolverle la vista a un ciego. Todo el mundo la tomaba por loca.

Se quedaron sentadas en silencio. Bell descubrió que el monitor cardíaco había desaparecido. Intentó recordar cuándo lo habían sacado de la habitación. Seguramente Lawrence la habría maldecido aquella tarde en el
Wanamaker's,
cuando salió corriendo tras Hattie. Seguro que la alcanzó y le contó que Bell lo había manipulado y engañado. Bell cerró los ojos para evitar el recuerdo. Esperaba no volver a verlo nunca más. Había llamado a Hattie «su amiga», pero Bell suponía que aún la amaba. Se preguntó cómo habría terminado su aventura; imaginó que habría habido rencor entre ellos y años de separación, pero que después se habrían reencontrado por casualidad. Era demasiado doloroso pensar que Lawrence había sido el único amigo de Hattie en sus décadas de soledad y que Bell también había destruido eso. Quiso decirle a su madre que creía que nunca la había querido nadie decente excepto Lawrence y que después del primer mes su relación con él no tuvo nada que ver con Hattie. Bell había seguido viéndolo porque era un buen hombre y cuidaba de ella. Bell y su

madre tenían en común la alegría de haber encontrado el amor después de años de decepciones.

—Os vi a ti y a Lawrence en la calle cuando era niña. Nunca lo olvidé. Me lié con él por rencor, y lo siento; aunque sentirlo no sirva de nada. —Bell parpadeó para eliminar una lágrima que se le había formado en el rabillo del ojo—. Quería parte de la felicidad que vi en ti ese día, cuando estabas con él. Quise ver si Lawrence podía hacerme sentir esa alegría.

—Dios, es que haces que sea difícil quererte —dijo Hattie.

—Nunca te reías así con nosotros, como hacías con él.

—¡Deja mis recuerdos en paz! Son míos. Lawrence y yo hace todos esos años, es algo mío y no te lo doy.

—Nunca me perdonarás, ¿verdad? —preguntó Bell.

—Me he pasado los últimos ocho años intentándolo. Y lo he logrado, en la medida en que podía. —Hattie enrolló el hilo otra vez —. La casa nueva tiene un bonito jardín en la entrada, pondré arriates. Será un jardincito, pero tendré un poco de espacio. Nunca he sentido que tuviera espacio.

—¡Ja! Pues yo siento que lo único que he hecho en la vida ha sido invadir espacios.

—Como un incendio se propaga en una casa. Nunca aprendiste que a veces lo único que nos queda es la dignidad y saber dominarnos.

Ruthie había dicho en una ocasión que Hattie y Bell eran iguales. No era verdad. Hattie era mucho más fuerte de lo que nunca sería Bell. No había sabido cuidar de las almas de sus hijos, pero había luchado para mantenerlos con vida y mantenerse viva ella también. Eso era más de lo que Bell podía decir. Todos ellos —Hattie y Willie, Evelyn e incluso el desquiciado, el destrozado Walter— eran lucecitas, chispas que flotaban en la oscuridad e intentaban mantenerse encendidas aunque tendieran irremediablemente a las cenizas. Parecían casi extinguidas y de pronto resplandecían de nuevo, naranjas y brillantes. ¿Quién era Bell para haber intentado apagarse, viendo el esfuerzo que hacían los demás? Quizá fuese su cobardía, tanto como su traición, lo que Hattie no podía perdonar.

—Mañana te traeré sopa —dijo Hattie, hincando el ganchillo en el ovillo.

—Bien.

Hattie recogió sus cosas: metió el punto y su jersey en una bolsa de tela. Bell recordó haber visto a su madre guardar prendas en una mochila de tela mucho tiempo atrás, quizá un año después de ver a Hattie y Lawrence por la ventana del autobús. Se le hizo un nudo en el estómago; no quería ese recuerdo.

Por aquel entonces Bell era una adolescente. Leía en la sala de estar cuando oyó que Hattie y August se gritaban en la parte trasera de la casa, y a continuación un estruendo y ruido de yeso al romperse. August salió de la cocina en bata, hecho una furia, y antes de que la puerta se cerrase, Bell vio un segundo a su madre. Estaba apoyada en la encimera, con la cabeza baja. Agarraba al bebé demasiado fuerte, con desesperación, como si Ruthie fuese todo lo que tenía en el mundo. August subió la escalera a toda prisa, volvió a bajar y se marchó dando un portazo, y fue entonces cuando su madre salió de la cocina tan enfadada que Bell se escondió detrás del sofá. Hattie echó de casa a todos sus hijos. Lloraba. «¡Vamos! ¡Todos al parque!», gritó mientras los hacía salir, agitando los brazos. Luego subió y volvió a bajar con Ruthie y una mochila. Una camisa se cayó de la bolsa y Hattie dejó al bebé en el sofá para recogerla. Después tomó a Ruthie en brazos —a quien había elegido, por encima de los demás—, abrió la puerta de la calle y la cruzó con tal determinación que Bell se vio obligada a salir de su escondrijo.

—¿Mamá? ¿Adónde vas, mamá?

A Hattie se le cayó la mochila cuando se volvió para encararse con Bell.

—¡He dicho que os fuerais todos al parque!

—¿Vendrás a buscarnos después?

Hattie abofeteó a Bell con tanta fuerza que la niña se tambaleó.

—¡No me preguntes nada! ¡No me preguntes lo que no te importa! —le gritó, antes de bajar apresuradamente los escalones del porche.

—¡Mamá! —gritó Bell tras ella—. ¡Mamá, vuelve!

Hattie se detuvo en mitad de la acera. Bell creyó que iba a darse la vuelta, pero al cabo de unos instantes siguió andando, lejos de la calle Wayne, lejos de Bell.

—Mamá —repitió Bell, en un susurro—. Mamá. Por favor.

Hattie se dio la vuelta y enfiló hacia la puerta de la habitación del hospital.

—¡Madre! —llamó Bell.

Hattie se volvió.

—Volverás mañana, ¿verdad?

—¡Sí, muchacha! Acabo de decirte que traeré sopa. —Vale.

—Bien.

Bell quiso gritar de nuevo: «¡Mamá, vuelve!», pero Hattie ya había salido de la habitación.

Cassie

1980

Me gustaría lavarme el pelo, pero cuando entro en el baño me imagino el modo en que el agua me resbalará por el cuerpo contaminada con partículas de piel muerta y heces, y vuelvo a mi habitación. No puedo soportar ver agua escurriéndose por un desagüe. Incluso ahora, en el asiento seco y cálido de la ranchera de papá, me lo imagino y los pies se me encogen en los zapatos, los dedos se curvan en los delicados surcos y las yemas se encuentran con la planta. Mi Sala, mi niñita, es lo único limpio que conozco.

Esta mañana mi madre ha sugerido que me diese una ducha antes de ir al médico. Me ha llevado al cuarto de baño, ha abierto el grifo y ha comprobado la temperatura con la mano como si le preparase el baño a un bebé. Me he lavado rápidamente, evitando el cabello y las partes íntimas del cuerpo. Cuando el agua me ha caído encima, he querido arrojarme contra las puertas de la ducha. He salido sintiéndome fétida, como si hubiese cruzado una ciénaga. Después madre me ha dicho: «Vístete.» Y, por cuarta vez: «Hoy tienes visita con el médico.»

Me he sentado en la cama mientras ella me tendía la ropa que había elegido por mí: la falda y el jersey, las bragas y la faja. Cuando era niña, nunca hizo algo así. Nunca había suficiente tiempo para preparar la ropa de nueve niños. Me pregunto si lo habría hecho si nosotros hubiéramos sido menos. Creo que hace falta cierta ternura para preparar la ropa de una personita. Mi madre nunca fue tierna. Sigue sin serlo. Colocó las prendas sobre la cama como si fuesen los ingredientes de un asado de pollo, como si fueran a rellenarme. Mi madre siempre hizo lo que tocaba hacer.

Supongo que eso cree estar haciendo ahora, llevándome no sé adónde; aunque está mal, aunque se equivoca. He rezado por ella. Me pregunto si sabe lo que me hace, si es consciente y placentero para ella o si lo hace sin más, como un espíritu cautivo que acata las órdenes de otra persona. La comprendo. Sé lo difícil que es resistirse a ciertos impulsos. Los míos son abominables. Tienen voz y me susurran cosas con tanta naturalidad, con tal calma que, si no me anduviera con ojo, creería que son mis propios pensamientos: «mira la entrepierna de ese hombre», dicen; «imagina cómo será sin pantalones». «¿Te acuerdas? ¿Te acuerdas de cómo era estar con hombres?» Sé, desde luego, que ésos no son mis pensamientos. Sé que vienen de lo que maneja esto; del mal, sea lo que sea. No sé qué pensar de mi padre y mi madre. No sé si comprenden hasta qué punto los han corrompido. Me gustaría creer que no. Sospecho lo contrario, pero no se lo he dicho a Sala porque no quiero que tenga miedo de sus abuelos.

—Eso también —dijo mi madre.

Me tendió mi prótesis mamaria. Tembló en la palma de su mano como medio huevo poco hervido. Su mano también temblaba. Parpadeó rápidamente y su garganta se movió como si tragase algo duro; quizá así fuera, porque mi madre siempre lleva tofes en los bolsillos del vestido. Justo entonces vi en ella algo imponente y terrible, una expresión en su cara que recordaba de años atrás.

Volví a ver a mi madre con delantal, en la cocina de mi infancia. Yo estaba en la puerta. Ella arrancaba hojas de repollo y las limpiaba en el fregadero. Unos codillos se cocían a fuego vivo, el gas siseaba bajo el cazo. De vez en cuando se detenía y miraba por la ventana, con una mano mojada en la cadera, y suspiraba. El sol iluminaba un lado de su cara. Su expresión era apacible e inquieta a un tiempo. Había algo extraño en esa tarde, una sensación que invadía la cocina como la música que papá escuchaba después de que nuestra madre nos mandase a la cama, blues que subía por la escalera y se colaba en nuestras habitaciones, enroscándose en las camas y ronroneando como un gato junto a nuestros cuerpos. Esa música nos insinuaba cosas que no debíamos saber: mis padres apenas se hablaban, a mí me parecía que se odiaban, pero los sábados por la noche, después de pelearse, subían y cerraban con llave la puerta de su habitación. También me acordé de esa música

cuando una mujer con un vestido ceñido, toda caderas, se contoneó ante nuestro porche una noche. A papá le gustaban las mujeres así. Lo vi con una cuando yo era adolescente. Se abrazaban en un coche mientras mi madre estaba en casa, haciendo lo que se tenía que hacer. No la culpo por estar siempre tan enfadada, pero no puedo evitar preguntarme si se arrepentía de que hubiéramos nacido. Cuando esa mujer se pavoneó ante nuestra casa, todos la desaprobaron, menos mi madre y yo. Tía Marion dijo que era una mujer fácil, pero yo pensé que era libre.

Esa tarde madre limpiaba los repollos con cara de querer ponerse un vestido ceñido, salir de casa y no volver jamás. En lugar de eso dijo:

—Saca el licor del aparador.

Se sirvió un vaso y se lo bebió sentada a la mesa de la cocina. Cuando se lo terminó, invirtió el vaso y dejó que la última gota le cayese en la lengua. Mi madre era una mujer joven y guapa; la casa era demasiado vulgar, demasiado pequeña para contenerla. Al verla entonces, comprendí por primera vez que poseía una vida interior que nada tenía que ver con mis hermanos y hermanas. Entretanto, ella sonreía y movía la cabeza, como si recordara una melodía.

La Voz regresó anoche. Sigue conmigo: una suave vibración en mis costillas, una ondulación en el agua, cálida como la respiración de Sala en mi oreja, cuando era un bebé. Me dice: «Ve tranquila. No te resistas.» Conozco la Biblia. Dios le dijo a Jesús que llegaban los soldados y él oyó la plata que llevaban en la bolsa, y esperó. Cuando viene la Voz, puedo descansar. Demasiado a menudo lo único que oigo son las Furias, que me chillan como hienas, a veces tan alto que creo que otras personas tienen que oírlas, pero sé que no pueden. Son mi tormento, mi maldición, aunque no sé qué he hecho para merecerlas. Durante días me dijeron que no diese de comer a Sala. «La comida está envenenada. El agua está envenenada», decían. He estado ayunando para que Sala pueda comer; cuando vean que no como, dejarán de envenenar los alimentos. No me importa. Me he acostumbrado al hambre.

Las Furias gritaban: «¡Todo te espía, todo tiene oídos, todo se sabrá!»

Algunas de las hierbas que crecen en el jardín de mi madre pueden neutralizar el veneno. He intentado cogerlas, pero no he

encontrado las adecuadas. He pasado por todo esto, por todo esto sólo para proteger a Sala. Estoy agotada, pero las Furias dicen: «Fracasas. Eres demasiado poca cosa. Tú y esa niña estáis condenadas.» Sí que parece que mi vida se aleja volando de mí, como una cometa en un tornado. Rezo en busca de consejo y alivio. Cuando ya no puedo más, cuando estoy a punto de hundirme, la Voz viene y me dice que descanse. Hoy mi madre y papá me llevan no sé adónde. No creo que vayamos de visita al médico, aunque eso digan.

Intento encontrarle el mínimo encanto a todo, hasta a esta tarde en que he subido al coche y papá ha arrancado mientras madre me miraba a hurtadillas por el retrovisor.

Intento encontrar la belleza de las cosas. A veces me abruma. Me he sentido como si fuera una solitaria nota musical, un do agudo que tiembla en la garganta de un cantante, toda reverberación y revoloteo. Es increíble sentir la música, sentirme como si me hubiese convertido en música. Ya no me pasa muy a menudo, pero recuerdo ese inmenso placer.

Mi madre y papá me cuentan medias verdades. Como no puedo mirarlos, me concentro en la carretera y en el día que acaba. Hay un tipo especial de atardecer que sólo existe en otoño. Una luz dorada envuelve el mundo a esa hora, cae fina y tenue por el cielo vespertino como una voluta de humo zarandeada por el viento, casi transparente. Qué agradable, esa luz que persiste, suave y dorada, en las ventanas.

Intento encontrar la belleza de las cosas. En los días oscuros me siento en mi butaca y miro las nubes. Pienso en el vapor que asciende de los lagos y los ríos, y de los charcos sucios de las esquinas, y en cómo las nubes absorben esas partículas de agua y luego la sueltan en forma de lluvia hasta quedar reducidas a cansados jirones. Esas nubes se sacrifican. Me parece que todo está en proceso de convertirse en otra cosa, de sacrificarse por el bien de otro. Esta luz no tardará en desvanecerse. Aparecerán los últimos mosquitos y las criaturas nocturnas los devorarán. No sé dónde estaré yo entonces.

En el asiento de delante, papá toquetea el dial de la radio y lo detiene un instante en una emisora religiosa. Mi madre le dice:

—August, déjalo ahí. Es el programa del reverendo Bill. No

soporto que juegues con la radio, todas esas interferencias me ponen de los nervios.

—Quiero encontrar algo bonito, Hattie —dice él—. Quiero oír esa bonita canción que Cassie me enseñó al piano cuando era niña, eso es lo que busco. ¿Te acuerdas de esa canción, Cassie? —dice él.

Me mira por el retrovisor. No respondo. Ayer Sala me hizo una pregunta rarísima. Me preguntó si yo quería a mi madre cuando tenía su edad. No me recuerdo a mí misma a los diez años, sólo sé que intentaba portarme bien para no provocar la ira de mi madre. Lo que siento por Sala ha eclipsado todo lo que antes de que ella naciera me parecía amor; hace que me pregunte si en realidad amé algo antes que a ella. En cuanto a mi madre, creo que la quería. Y eso le respondí a Sala.

—No vas a encontrar esa canción, August. Déjalo. Por Dios, déjalo ya, por favor —dice mi madre.

En la radio, el reverendo Bill responde a personas que hacen preguntas sobre la Biblia. Llama un hombre de Carolina del Sur. Plantea una pregunta interesante, una que me he hecho yo misma. Espero mientras el reverendo reflexiona en silencio antes de responder. Espero lo que parece una eternidad. Espero tanto que me pregunto si mi padre habrá apagado la radio. Cuando por fin el reverendo habla, ya he olvidado la pregunta y sus palabras son lentas y distorsionadas, como un disco que gira a la velocidad incorrecta. Cuanto más me esfuerzo, más me parece que las palabras no guardan ninguna relación entre sí. Me concentro en la voz del pastor. Afino el oído a su ritmo para que las palabras sean un todo: «apóstol» y «Pablo» y «Damasco». Intento ensartarlas como si fuesen cuentas. Se me caen de las manos. Mi madre y papá asienten con la cabeza a lo que dice el reverendo. Sé que yo también debería entenderlo. Por favor, ayúdame, Señor. Esas esquinas de mi cabeza… Doblo una y acecha un tigre. Se abalanza sobre mí.

La Voz retrocede. Las Furias avanzan. Toman cada pedacito de terreno conquistado y plantan sus banderas chillonas y horrendas. Empiezan a murmurar. Sé lo que pasará; espero su espantoso *crescendo*. Veo de reojo algo oscuro que salta. Las Furias, las tres, negras y pavorosas, o quizá sólo sean insectos grandes al otro lado de la ventana. Se ha vuelto muy difícil distinguir una cosa de otra.

El atardecer se acentúa y estos diablillos me saltan en los hombros. Me enseñan los dientes y aúllan. El corazón me late demasiado deprisa; me llevo una mano al pecho para apaciguarlo. «¿Adónde vas? ¿Adónde vas?» En el asiento delantero, mi madre está sentada tiesa como un palo. Un trocito de nuca queda al descubierto entre la tela del vestido y donde se le empieza a rizar el cabello gris. Me tranquiliza.

—¿Oyes el tintineo de la plata? —preguntan las Furias—. Mira a tu horrenda madre, nunca ha querido a nadie. Dile que nunca ha querido a nadie.

Niego con la cabeza. No lo diré. En el asiento delantero, mi madre se tensa, pero no se vuelve. Papá le coge la mano.

—Buena chica —dicen las Furias—. Ahora salta del coche. Abre la puerta y salta.

Mi madre tiene un pequeño lunar marrón en el marfil oscuro de su nuca.

—¡Fuera del coche, fuera! —cantan las Furias.

Alargo un brazo hacia la manija. La agarro, flexiono la mano.

Papá aminora al llegar a la rampa de salida. El nuestro es uno más en la hilera de coches que se dirige al desvío. Ahora es el momento. Puedo saltar del coche y rodar hasta el arcén. Iré a buscar a Sala al colegio y huiremos, nos marcharemos a California o a New Hampshire. Estuve una vez allí, la única que he viajado en avión. Hacía un día gris. Despegamos y volamos más y más alto hasta que sólo se vio una niebla espesa. De pronto atravesamos la capa de nubes y no había nada, sólo el rumor del motor, el cielo azul y el sol reflejándose en las alas del avión. Me sentí ingrávida. Imaginé que volaba sin el aparato, sin motor ni carcasa de metal, sin mi propio cuerpo siquiera, sólo con lo mejor de mí —¿mi alma? —, que se dejaba llevar por la corriente de aire. ¿No sería precioso? ¿No sería increíble?

Abro la puerta del coche. Me dejo caer. Me arde un lado de la cara y la gravilla me corta las palmas de las manos. Noto un sabor metálico, la boca se me llena de líquido. Me levanto y echo a correr. No me sacudo los pedacitos de carretera del abrigo. Los zapatos me estorban, me los quito y sigo corriendo. Un bosque flanquea la carretera. Me desplazo muy deprisa. Mis piernas miden tres metros de largo, con cada paso cubro una distancia enorme. Las Furias

están satisfechas, castañetean los dientes para celebrarlo. Podría seguir así eternamente. Tomo grandes bocanadas de aire, Átomo a átomo, el oxígeno entra en mi sangre y corre a oleadas por mis venas; es una marea, esta sangre bombeada. El corazón me palpita con fuerza. Si corro más rápido, los pies me propulsarán hacia arriba. Me elevaré sobre la carretera y los coches parecerán hileras de escarabajos resplandecientes y cromados. Detrás de mí chirrían los frenos, oigo bocinazos. Alguien grita mi nombre, Cassie, Cassie, Cassie. No me hace falta volverme, no he dejado nada atrás. Las Furias dicen: «Que se pudran.» Corro en el atardecer cobrizo. Correré sin parar hasta Sala.

Ahora estará en el autobús escolar, volviendo a casa. No sabe que no estoy. Correrá a nuestra habitación y la encontrará vacía, la cama sin hacer. Recorrerá la casa buscándome, después se sentará en los escalones del porche y hurgará en el suelo con un palo. Las sombras se alargarán y empezará a hacer frío. Las farolas se encenderán, se notará frías las mejillas, pero seguirá esperando. Sabrá que volveré por ella porque siempre vuelvo; mi niñita estará asustada, pero esperará. Nunca la he abandonado ni lo haré ahora.

Un trozo de neumático me hace trastabillar. Un camión aminora la marcha y se acerca al arcén lentamente, dando bocinazos. Un hombre se asoma a la ventanilla: «¿Estás bien, cariño?» Creo oír carcajadas. Me arde el pecho, corro hacia el bosque. La zanja que lo separa de la carretera está llena de basura que han arrojado los viajeros: latas de cerveza, bolsas de patatas fritas, colillas. Salto a la zanja. A unos pasos de distancia oigo un bufido procedente de algo vivo y malherido: un gato que alguien ha abandonado. Tiene la pata torcida en un ángulo extraño, el pelo apelmazado, y está acostado sobre su caja torácica.

—Hola, gatito —le digo—. Aquí, gatito.

Sisea cuando me acerco. Pobrecillo.

—Vale, gatito. Bien.

Su pata derecha araña el aire. No tiene fuerzas para levantar la cabeza, pero mueve los ojos de un lado a otro.

—Bonito, bonito. Chist.

Me vacío los bolsillos en busca de algo que ofrecerle. Miro entre los desperdicios de la zanja. No quiero tocar esa porquería, pero revuelvo la basura con las manos.

—Ya voy, bonito. Te pondrás bien.

Como no quiero asustarlo, me acerco despacio a su postrado cuerpo. El fango de la zanja me succiona los pies; es viscoso, frío y tiene grumos. Me arrodillo junto al pobre gato herido. Levanta la cabeza del suelo, saca la punta de la lengua y luego, con las últimas fuerzas que le quedan, me araña la muñeca. La piel perforada se me cubre de gotas. Pobrecito. Me agacho a su lado.

—Chist, chist, bonito.

Las Furias me dicen que siga adelante: «Vamos —me dicen—. ¡Vamos, en marcha!» Pero creo que ninguna criatura debe morir sola, por lo que me quedo arrodillada junto al gato y espero su último suspiro. Le susurro hasta que deja que le acaricie el pelo apelmazado. Maúlla.

Aparecen dos pares de botas en lo alto de la zanja. Dos policías miran hacia abajo. Uno dice:

—Señora, salga de ahí ahora mismo. Ha dado un buen susto a sus padres. Salga de ahí.

—¿Quién los envía? —pregunto.

Las Furias se retuercen de ira. Gritan: «¡Te lo advertimos! ¡Mira, mira lo que has hecho, estúpida! ¡Miserable desgraciada!»

Ahora lo oigo todo: la respiración superficial del gatito, los hombres que se inclinan sobre la zanja, los coches que pasan a toda velocidad, las ramas de los árboles que crujen en el bosque, los neumáticos en la carretera, el piar de los pájaros, el roce del aire en mi piel, el rumor de la hierba, mi respiración jadeante. Todo se me echa encima, espantosamente articulado. Abro la mano para protegerme de la avalancha. Los policías vuelven a hablar, es imposible oírlos entre semejante cacofonía. Me concentro. Les miro los labios. Uno extiende el brazo y me sacan de la zanja.

El arcén es un circo de coches de policía y luces centelleantes. Algunos motoristas se detienen y un agente les indica que sigan su camino. El coche de papá está aparcado, con la puerta del copiloto abierta. Mi madre habla con uno de los policías. Me llevan hasta allí. Las Furias me dicen que huya, pero yo niego con la cabeza.

—No —digo—. Nononononono.

Creo haberlo dicho en voz muy baja, en la voz que suelo usar para hablar dentro de mi cabeza, pero lo habré pronunciado en alto porque mi madre y el policía se vuelven y se quedan mirándome.

Papá se apoya en el coche con la cabeza entre las manos.

Una mujer policía me toma del codo y me conduce a un coche patrulla. Abre la puerta y me siento en el extremo del asiento mientras ella se agacha ante mí. Estoy muy cansada, demasiado cansada para oír o entender algo. Ojalá las Furias callasen, pero no me dejan en paz. Mi madre me señala con un gesto, después a sí misma y al coche de papá. El policía niega con la cabeza.

Llega una ambulancia. Me llevan hasta allí y subo sin resistirme. Esta mañana la Voz me había dicho que no me resistiera. Mis padres están sentados en su coche; unas luces rojas y azules centellean en el parabrisas. La enfermera no ata las correas de la camilla y me da una manta; lo agradezco. Intento buscar la belleza de las cosas. Mi madre en delantal tantos años atrás, el resplandor ámbar del licor en su vaso y esa canción que sólo ella y yo podíamos oír.

Sala

1980

Sala se despertó al atardecer. El frío se colaba por la ventana que había junto a su cama. Las sábanas la apretaban demasiado. La abuela de Sala se las había ceñido tanto al cuerpo que la niña tenía los brazos inmovilizados y le resultaba difícil enderezar los pies. No sabía cuánto tiempo llevaba durmiendo. Fuera, las casas y los árboles, los cables y los postes de teléfono eran siluetas negras recortadas en el anochecer anaranjado. Unas pocas hojas colgaban como murciélagos dormidos de las ramas desnudas y negras de un roble.

Se habían llevado a la madre de Sala la semana anterior. La maleta de Cassie y las horquillas ya no estaban, tampoco el peine de dientes anchos, el jersey granate ni el corrector color almendra que su madre se ponía bajo los ojos.

En el jardín trasero, la luz del cobertizo se apagó. Su abuelo cruzó el césped. Se detuvo con el cuerpo vuelto hacia la ventana de Sala.

—¡August! —gritó Hattie desde la cocina—. ¡August, a cenar!

La cara de August quedaba oculta en la sombra. Estiró el cuello, como si intentara echar un vistazo a la habitación de su nieta. Últimamente su abuelo tenía problemas de equilibrio, Sala temía que se cayese. La puerta trasera se abrió chirriando y un largo rectángulo de luz se proyectó en la hierba. Hattie salió en delantal al jardín. August avanzó con el brazo extendido hacia ella, que lo tomó de la mano y lo ayudó a subir los escalones. La puerta volvió a cerrarse y el jardín quedó a oscuras.

El bosque de detrás de la casa estaba oscuro y en silencio.

«Buenas noches, árboles», pensó Sala. Esperaba que su abuela subiese y encendiera la luz del dormitorio; Sala tiró de las sábanas, retorciéndose en su mortaja. Le daba miedo vomitar. Ese día había salido antes del colegio. A media mañana había tenido un súbito ataque de vértigo. El estómago se le retorcía y el aula se había iluminado hasta transformarse en un cubo de luz tan blanco y desconcertante que, pese a sus esfuerzos, su cuerpo no había aguantado en la silla. Se había desplomado en el suelo. Luego hubo mucho alboroto, incluso llegaron a hablar de una ambulancia. Llevaron a Sala a un catre de la enfermería, donde los adultos hablaron de ella como si no estuviese allí. «Creo que pasa algo en casa», decían. «Últimamente está muy distraída en clase», decían. Entonces la cara de la enfermera había aparecido en las alturas.

—Vamos a llamar a tu madre para que venga a buscarte.

Al cabo de veinte minutos llegaba August.

La tapa de una cazuela golpeteó en la cocina. Hattie guisaba, disgustada. Sala se zafó de las sábanas y se sentó en la cama, decidida a tener buen aspecto cuando su abuela subiera a verla. Entraría y vería que Sala se había recuperado, vería que las personas podían curarse si querían y traería de vuelta a su madre. A Sala le picaban los ojos, como si tuviera arena bajo los párpados. Cogió una almohada y la estrechó contra el pecho; olía al aceite que su madre se ponía en el cabello. Se adormeció y volvió a despertarse. Poco después, dos manos la recostaron y arroparon hasta la barbilla. Una mano encallecida le acarició la mejilla.

—Está dormida —le susurró August a Hattie.

Salió de la habitación silbando suavemente una melodía.

Una tarde, dos días antes de que se la llevaran, Cassie se había puesto a excavar en el jardín. Cuando Sala volvió del colegio se encontró el césped agujereado, con terrones de hierba marrón y raíces grises amontonadas por todas partes. Había tierra en el camino de pizarra que llevaba al porche, tierra apilada en la gravilla que daba al garaje, tierra en el pelo de Cassie. Las flores de invierno de Hattie, unas plantas de gruesas hojas moradas que parecían coles abiertas, estaban partidas y temblaban, con las raíces al aire, en el centro de los parterres, que estaban destrozados. Vio a Cassie arrodillada junto al arce. Clavaba en el suelo la hoja de la

pala, que sostenía con ambas manos.

—¿Mamá? —llamó Sala—. ¿Mamá?

Cassie levantó las manos por encima de la cabeza e hincó la pala en la tierra. Los guantes de piel estaban desgarrados por donde rozaban la hoja de la pala. Los vecinos de ambos lados la miraban desde sus porches. La abuela de Sala estaba en el umbral con las manos apretadas en la puerta mosquitera, las palmas planas como si quisiera apartar aquella escena de un empujón.

—¡Sala! —exclamó Cassie, jadeando—. ¡Ayúdame a arrancar esta raíz!

Sala no se movió.

—¡Vamos! ¡Ayúdame!

—¿Qué haces? —preguntó Sala.

Cassie dejó la pala y cavó con las manos en el hoyo que acababa de hacer.

—¿Por qué no entramos? Vamos dentro —dijo Sala.

Tiró de la espalda de la chaqueta de su madre con ambas manos. Rompió a llorar.

—Por favor, mamá, entremos.

—¡Entrar! ¿Ahora?

Cassie miró a Hattie en el umbral. Luego se acercó a Sala y murmuró:

—Tenemos que andarnos con ojo con la abuela y el abuelo. Nos ponen algo en la comida. —Examinó un manojo de hierbajos y añadió—: Pero aquí hay plantas que pueden curarnos.

—Hay gente mirando —dijo Sala.

—Da lo mismo. Todos están compinchados. —Cassie miró a una vecina que estaba en el porche—. ¡Sé lo que tramáis! —le gritó.

Hattie salió corriendo de la casa.

—¡Cassie! Cassie, ya basta. Entra en casa.

Cassie rebuscó entre la tierra con las manos.

—Al menos que entre Sala, no la tengas así, aquí fuera —añadió Hattie.

Sala volvió a tirar de la chaqueta de su madre, pero Cassie había reanudado la excavación y le apartó la mano como si de una mosca se tratara. Hattie hizo entrar a Sala y se quedaron juntas en el umbral mirando a Cassie, que se desplazaba por el jardín metiendo los terrones en bolsas. Estremeciéndose por el frío aire vespertino

que se colaba por la mosquitera, Sala se preguntó si debía quedarse tan cerca de su abuela, si Hattie no le transmitiría algo venenoso a través de la ropa. Se preguntó si de verdad habría algún veneno, luego le preocupó haber traicionado a su madre con sus dudas. Cassie no tenía a nadie más que a Sala, pero la abuela y el abuelo se tenían el uno al otro y también a los tíos y las tías de Sala. Sala llevaba la cuenta de esos vínculos, medía la escala de indefensión y necesidad; siempre concluía que su madre la necesitaba más que nadie. Se apartó un paso de su abuela. Decidió que podía seguir a su lado siempre que hubiese una mínima distancia entre ellas. Así podía satisfacer a todas las partes involucradas, así no perdía el amor de nadie.

Cassie entró al anochecer. Metió apresuradamente a Sala en el dormitorio que compartían y cerró la puerta con llave. Dejó en la mesita de noche un paquete de cuchillas de afeitar y un par de guantes de goma amarillos, después vació las bolsas con las raíces que había arrancado encima de unos periódicos y empezó a rajarlas con las cuchillas. Sala observaba desde la cama.

—¡No llores! —dijo Cassie—. ¿Te acuerdas de esa canción del ejército del Señor? Eso es lo que somos, soldados del Señor. Él cuida de nosotras.

Sala no sentía que nadie cuidase de ella. Cassie no se había cambiado de ropa: llevaba los pantalones manchados de hierba y barro, tenía tierra en la cara, las uñas negras. Concentrada en rajar las raíces, apenas miraba a Sala. Se cortó el dedo y la sangre goteó en el periódico. Cassie empezó a cantar en voz baja: «Estoy en el ejército del Señor…»

—Canta conmigo, Sala: «Quizá no marche con la infantería, cabalgue en la caballería ni dispare en la artillería…» Vamos, Sala, canta conmigo. «Estoy en el ejército del Señor, ¡oh, sí!»

Sala no tuvo más remedio que cantar. Cuando se ponía así, Cassie era incansable; podía pasarse toda la noche cortando y cantando. A veces Sala se despertaba con las primeras luces del día y encontraba a su madre despatarrada en la cama o tumbada en el suelo o, peor aún, despierta y rezando en la butaca próxima a la ventana. Sala empezó a cantar para contentar a su madre y para no sentirse tan lejos de ella, ni tan sola.

Cuando cantaban la canción por tercera vez, Sala y Cassie ya lo

hacían gritando. Quizá era cierto, pensó Sala, quizá sí que había una medicina en las raíces que su madre había arrancado del jardín. «Mamá sabe muchas cosas; yo sólo tengo diez años, ¿qué sé yo de nada?»

—No te preocupes por ese ruido —dijo Cassie.

Los abuelos de Sala llamaban a la puerta de la habitación. Querían que dejasen de cantar, que saliesen a hablar.

—¡Al menos deja que Sala salga a cenar! —gritó August.

Cassie hizo oídos sordos. Sala no se atrevía a decir que quería cenar con sus abuelos. A lo largo de la noche, el teléfono de la cocina fue sonando cada vez más a menudo. Mucho después de la hora en que la casa quedaba en silencio, Sala oyó hablar a sus abuelos y el roce de sus pasos en la moqueta.

Cassie había cubierto el suelo del dormitorio con folletos de la tienda de comestibles y raíces amontonadas. Sentada en el centro de la cama con la colcha sobre los hombros, Sala le preguntó a su madre:

—¿Has estado alguna vez en un barco? Esta cama es un barco y los papeles son el océano, ¿lo ves?

Sala saltó en la cama para imitar el movimiento de las olas. Luego se llevó las rodillas al pecho.

—Mamá —dijo—. Mamá, no me encuentro bien.

Lo que quería decir era: «¿Qué pasa?» Lo que quería decir era: «Para, por favor.»

—¿Mamá? —repitió.

—Canta un poco más —dijo Cassie, sin apartar la vista de las raíces que cortaba.

—No quiero.

Sala se había cansado de cantar. Quería que su madre se lavara la cara y se peinase. Quería sentarse en la salita de estar, ver la tele y comer sándwiches de queso si Cassie volvía en sí, pero esa mujer enloquecida no la soltaba.

—Tengo hambre. ¿Mamá? ¿Me has oído? Me duele la barriga, tengo hambre.

Cassie soltó la cuchilla. Cruzó la habitación y se sentó a los pies de la cama. Sala le apartó la mano de una patada.

—Vete. No te conozco —le dijo.

Cassie avanzó por la cama intentando agarrar alguna parte del

cuerpo de su hija, pero Sala se apartaba y oponía resistencia. Cassie sujetó los pies de Sala presionándoselos con la cabeza, mientras su hija le golpeaba los hombros.

—¡Suéltame! ¡Suéltame! —gritaba Sala.

Sala le dio rodillazos, agitó los brazos, le abofeteó la cara y el cuello. Cassie se le echó encima y la inmovilizó en la cama. Sala se retorció, jadeando bajo el cuerpo de su madre. Entonces Cassie le besó la frente, las mejillas y las lágrimas. «Soy yo, Sala. Soy yo», le dijo. Éstas fueron las primeras palabras pronunciadas sin la estridencia que adquiría su voz cuando Cassie sufría uno de esos episodios. Exhausta, Sala dejó que su madre la tomara en su regazo y la acunase.

Cuando a la mañana siguiente Sala se despertó, vio que Cassie había limpiado la habitación. Los trozos de raíz estaban en el alféizar, dentro de unas bolsas marrones. Era muy temprano, el cielo estaba naranja. Esa noche Cassie había desvestido a Sala y le había puesto el pijama. Se había peinado y los terrones de hierba ya no estaban. También llevaba pintalabios rojo, que se le había corrido y daba a su boca un aspecto sanguinolento, como de recién golpeada. Pero al menos había hecho el esfuerzo y Sala, al despertarse con el sol y encontrar a su madre aseada, podía intentar olvidar la noche anterior. Había muchas cosas que Sala procuraba olvidar; a veces lo conseguía, durante una hora o un día. Cassie la agotaba y desconcertaba casi siempre. Se había vuelto imposible saber qué era real o verdadero y Sala tenía miedo a todas horas. Sin embargo, había aprendido a apartar todo lo que le resultaba demasiado confuso o doloroso y así apartó la noche anterior, saltó de la cama y le preguntó a su madre si podía ponerse los pantalones de pana morados para ir al colegio.

Sala se despertó en lo más profundo de la noche, cuando los animalillos escarbadores reposan tranquilos en sus madrigueras y los depredadores nocturnos ya han devorado su ración o han abandonado la caza. Hattie estaba sentada en una butaca junto a la cama. Había encendido una lamparita de noche; un pedazo del oscuro jardín era visible por el resquicio que quedaba entre la persiana y el alféizar de la ventana. Sala quiso salir a las estrellas y al silencio. Quiso experimentar una especie de hechizo.

—Salgamos a ver las lechuzas —dijo, medio dormida.

Su abuela cogió el termómetro y lo agitó con dos rápidos golpes de muñeca.

—Abre la boca —dijo.

—Hay búhos en el bosque, ¿verdad, abuela?

Hattie suspiró.

—Yo sólo sé que te desmayaste en el colegio y ahora dices tonterías a altas horas de la noche. Abre.

—¿Nunca has querido salir de noche?

—Ya he salido de noche. Es igual que de día, sólo que más oscuro.

—¿Has visto algún búho?

—Claro.

—¿Cuándo?

—Por Dios, Sala. No me acuerdo.

—¿Era bonito?

—No pienso seguirte el juego, niña. Abre la boca.

—¿Dónde está mi madre? —preguntó Sala en voz baja.

Hattie bajó la mano al regazo. Se recostó en la silla.

—Está bien. Está bien donde está.

—¿Allí son buenos con ella?

Hattie no respondió.

—¿Allí son buenos con ella? —repitió Sala.

—Eso creo. Llamé a todas partes en busca del mejor… Eso espero.

Ambas se quedaron sentadas a oscuras y en silencio. Cuando Sala empezó a llorar, Hattie no la abrazó, ni le dio la mano ni le frotó el hombro, pero tampoco la hizo callar. Al cabo de un rato le dijo:

—A la luz de la luna son plateados. Cuando era niña, había muchos búhos en Georgia. Una vez vi uno con un conejito en el pico.

«Aquí estoy, con setenta y un años y todavía cuidando de niños enfermos», pensó. Ahora aquello, y ¿quién cuidaría de esa pequeña si Cassie no mejoraba? Que Dios la ayudase.

Cuando los hijos de Hattie eran pequeños, la llamaban el General. Creían que ella no lo sabía, pero Hattie lo sabía todo de cada uno de ellos. Sentía la vibración de sus almas. De niño,

Franklin bromeaba con que Hattie tenía superpoderes, porque siempre sabía cuántos de sus hijos estaban arriba, cuáles en el porche, quién había ido a la tienda de la esquina. Estaba en la cocina y sentía algo raro en la nuca, como si alguien le diese golpecitos. Apartaba la vista de lo que estaba haciendo y llamaba a una de las niñas: «Ve a decirle a tu hermano que deje de hacer tonterías en el desván.» Y seguro que allí estaba el niño, a punto de caerse por la trampilla al rellano de la segunda planta.

Sala había vuelto a dormirse. «Lo siento», pensó Hattie, mirando a su nieta. Había visto a Sala correr tras el coche la tarde en que se llevaron a Cassie al hospital, pero no se lo había dicho a August; él habría querido detenerse a explicarle las cosas, ¿y qué podrían haberle dicho? Hattie había mirado por el retrovisor a Sala, que corría y agitaba los brazos, y luego a Cassie, tan absorta en lo que le pasaba por la cabeza que no veía nada fuera de sí misma. Cada pedacito de Cassie temblaba: le temblaban los ojos, le temblaban las manos, le temblaba la cabeza y le temblaba hasta la misma alma. ¡Cuánto había querido Hattie sentarse en el asiento trasero con ella y cogerle la mano hasta que dejara de temblar! Si eso hubiera ocurrido en la época en que Hattie era niña, en Georgia, habrían llevado a Cassie al predicador; y si éste no hubiera podido curarla, la habrían mantenido en casa, bien alimentada y vestida, y la habrían dejado en paz, tal como era. Hattie soltó un bufido. No se podía ir al hospital a morir, y mucho menos cuando alguien está enfermo de la cabeza. Era cierto que una parte de Hattie achacaba el trastorno de Cassie a la flaqueza de carácter, a una debilidad intrínseca que se había llevado lo mejor de ella. Pero al descubrir a Sala corriendo tras el coche, Hattie supo que Cassie no habría querido que su hija la viese en sus horas más bajas. Fue un amable detalle por parte de Hattie evitarles ese dolor a su hija y a su nieta.

Hattie sabía que sus hijos no la consideraban una mujer amable; quizá fuera cierto, pero no había tiempo para sentimentalismos cuando eran pequeños. Les había fallado en aspectos vitales, pero ¿de qué servía pasarse el día dando abrazos y besos si no había nada que llevarse a la boca? No comprendían que todo el amor que ella tenía lo había dedicado a alimentarlos, vestirlos y prepararlos para el mundo. El mundo no los querría; el mundo no sería amable con ellos.

Había estado enfadada con sus hijos y con August, que no había hecho más que decepcionarla. El destino sacó a Hattie de Georgia para que pariese once hijos y los criara en el Norte, pero ella, poco más que una niña, no estaba capacitada para la tarea que se le había encomendado. Nadie podía decirle por qué las cosas habían resultado así, ni August, ni el pastor, ni el mismo Dios. Hattie creía en el poder de Dios, pero no en sus intervenciones; en el mejor de los casos, Dios se mostraba indiferente. Dios no era asunto de Hattie, ni ella de Dios. Los domingos, en la iglesia, paseaba la vista por el santuario y se preguntaba si alguien más se sentiría como ella, si alguien más estaría allí porque creía en el ritual, en cantar los himnos y en un buen sermón más que en un Dios atento y comprensivo.

Hattie era una anciana cuando August empezó a acudir regularmente a la iglesia. Le había dado por decirle a Hattie que la quería y Hattie le dejaba hacer, porque él aseguraba que eso tenía que ver con su recién encontrada fe en Cristo. Además, ¿qué les quedaba después de cincuenta y seis años, sino su mutua compañía? ¿Y no era curioso que cuanta más vitalidad perdía el cuerpo de Hattie, también lo hacía su deseo de dejar a August y volver a empezar? August tenía setenta y cuatro años y estaba cada vez más enfermo; era típico de él arrojarse a los brazos de Dios cuando su corazón ya estaba demasiado débil para arrojarse a los brazos de alguna mujer. Convenció a Hattie de que lo acompañase a la iglesia local y ella descubrió, para su sorpresa, que era un lugar de consuelo y belleza. La iglesia le aportaba una paz inmensa, y tener que simular su fe, ser una farsante, bueno, era el precio que debía pagar a cambio del consuelo y la fraternidad.

Hattie apartó un mechón de cabello de la frente de su nieta. No valía la pena despertarla para tomarle la temperatura; además, ella sabía reconocer cuándo alguien tenía fiebre y Sala no tenía. Debería acostarse, pero estaba demasiado cansada para levantarse de la silla. Esos niños enfermos la agotaban.

En el coche, de camino al hospital, Cassie había dicho —¿cómo había podido decir eso?— que Hattie nunca había querido a nadie. Había sido un susurro, apenas audible. «Nunca has querido a nadie», había dicho Cassie. Hattie había hecho cuanto había podido. Ya no era el momento de lamentarse y hacer reproches, no tenían

sentido para una anciana. ¡Y hubo tantos bebés! Bebés que lloraban y bebés que andaban, bebés que había que alimentar y bebés que había que cambiar. Bebés enfermos, bebés que ardían de fiebre. Los primeros bebés de Hattie. Enfermaron el 12 de enero y murieron diez días después. Penicilina. Eso era todo lo que necesitaba para salvar a sus hijos. Ahora tendrían cincuenta y seis años, el pelo gris o casi, la cintura gruesa y la risa marcada en las arrugas de alrededor de los labios. Quizá tendrían nietos. Las vidas que habrían vivido estaban desocupadas; las personas a las que habrían amado, las casas que habrían habitado, los trabajos que hubiesen tenido, estaban vacantes. No pasaba un día sin que Hattie sintiera su ausencia en el mundo, el espacio vacío que tendrían que haber ocupado las vidas de sus hijos.

Sala, fingiéndose dormida, observaba con disimulo a su abuela. Hattie miraba el techo y Sala se preguntó en qué estaría pensando. No se atrevió a preguntar. Hattie era como un lago helado, liso y plateado bajo el cual no se sabía lo que había ni se veía nada. Cuando su abuela estaba enfadada, el hielo crujía y chirriaba; amenazaba con romperse y hundirlos a todos como se había hundido Cassie. Cassie habría dicho que ella estaba perfectamente, que su propia madre la había traicionado de un modo tan espectacular como increíble. August diría que Cassie se había ido a alguna otra parte a curarse. Hattie, pensó Sala, no diría nada de nada.

El domingo Sala se encontraba bien para ir a la iglesia con sus abuelos. Los miembros de la congregación estuvieron más amables de lo habitual. Se inclinaron para saludarla, tomaron su mano entre las suyas. El hermano Merrill, el pastor, se arrodilló para hablar con ella. «Hemos estado rezando», dijo el pastor. «Qué niña más valiente», dijo su esposa. Hattie pareció abochornada.

La iglesia era un achaparrado edificio marrón situado en la salida de la autopista de Nueva Jersey. Era un sitio pobre, con un aparcamiento sin asfaltar y una gran cruz blanca que con el tiempo se había deslucido. El santuario era oscuro y olía a jabón Murphy, pero tenía un imponente púlpito de madera y los bancos se abrillantaban a conciencia. El hermano Merrill recogía dinero para una vidriera. Sala colaboró a tal fin dejando cincuenta centavos en

el cepillo que pasaban en cada servicio. Tenía en el bolsillo dos monedas de veinticinco centavos que August le había dado esa mañana. Sala las frotaba entre los dedos cuando sus abuelos y ella avanzaron hacia un banco de las primeras filas.

—Bueno, señorita, ¿nos bendecirás con una canción esta mañana? —preguntó uno de los fieles.

Algunos domingos, después de los himnos corales y antes del sermón, Sala cantaba *Sublime gracia* o *Cómo podría estar triste*. Cantaba a capela, con las manos entrelazadas y las rodillas temblorosas. Durante sus solos, los fieles guardaban absoluto silencio y al terminar gritaban «¡Alabado sea Jesús!», y seguían gritando hasta después de que ella volviera a su asiento. El hermano Merrill le había dicho que cantar era una forma de veneración, aunque Sala sentía algo más cercano al orgullo que a la devoción. Ese domingo no cantaría.

Después de los comunicados y los himnos iniciales, el hermano Merrill empezó el sermón:

—«Como las chispas se levantan para volar por el aire, así el hombre nace para la aflicción.» Hermanos y hermanas, este domingo quiero hablaros del Libro de Job. El Señor nos dice en Job, capítulo cinco, versículo siete, que el hombre y los hijos del hombre nacen para sufrir. Job era un hombre justo, pero el Señor estimó conveniente ponerlo a prueba. Job perdió su casa, perdió sus camellos, sus ovejas, sus bueyes. Y cuando creía que había pasado lo peor, perdió a sus hijos y sus hijas. Unas llagas malignas lo invadieron desde la coronilla hasta la planta de los pies. Se cubrió de cenizas y su esposa le dijo: «Job, maldice a Dios y muérete.»

Los abuelos de Sala escuchaban absortos. Hattie estaba inexpresiva —lago plácido, hielo plateado—, pero su mano agarraba con tal fuerza el banco de delante que tenía los nudillos blancos y se le marcaban los tendones. August seguía con el dedo el versículo que leía el hermano Merrill. Sala lo leyó también. Maldice a Dios. Había oído las palabras rápidas, feas, que los niños decían en el patio del colegio. Ahora tomaron forma en su mente. «Joder», «hostia» y «mierda». «¿Cómo permitió mi madre que se la llevaran? —pensó Sala—. Si hubiese sido normal, normal y ya está, nunca habría pasado nada de eso; ella fue la responsable.» Quiso unir las palabras: «joder» y «Dios», «joder» y «mamá», pero, cuando lo

intentó, un temeroso lugar de su interior no se lo permitió.

Sala los había visto llevarse a Cassie. Esa tarde había regresado temprano a casa, nadie se acordó de que ese día hacía media jornada en el colegio. Bajó en la parada del autobús, cruzó el ralo pinar que flanqueaba la carretera, vio su casa entre los árboles y pensó en lo que dos días antes había hecho su madre en el jardín. Casi todos los hoyos estaban tapados, aunque las alambradas blancas que rodeaban los parterres de Hattie seguían torcidas. De no haber estado mirando esas alambradas, Sala habría visto a su madre y sus abuelos dirigiéndose al coche. Habría visto a August forcejeando con la maletita de Cassie. Lo habría visto todo, pero no lo vio porque estaba mirando esas tontas alambradas, y cuando descubrió que su abuelo metía el equipaje de Cassie en el maletero, ya era demasiado tarde. Cassie dio un respingo cuando August cerró el maletero de un portazo. Hattie estaba de pie junto a la puerta del acompañante, inclinada hacia Cassie, como a punto de atraparla como si fuera un animal huido. «¡Mamá!», gritó Sala, echando a correr hacia el coche. Pero justo entonces Cassie abrió la puerta trasera y entró. August salió en marcha atrás hasta la carretera y se marcharon.

El hermano Merrill proseguía:

—Job no maldijo a su Dios. Recordó a sus hijos, su casa y su establo. El Señor lo había bendecido tanto, amén, durante tanto tiempo, amén, tan generosamente, ¡amén!, que si tenía a bien no darle ninguna bendición más, ya le había dado bastantes para cubrir mil vidas. Pues bien, hermanos y hermanas, nosotros luchamos y nos esforzamos, pasamos por pruebas y tribulaciones, pero nos han bendecido. Nos acostamos, alabado sea Jesús, y nos levantamos de nuevo por la mañana. Y si eso no es una bendición, no sé qué otra cosa puede ser.

»Y, por si fuera poco, el Señor nos da más. Le dio más a Job. ¡Oh, sí! “Porque Él inflige dolor.” Ahora todos conmigo: “Pero da alivio. Él hiere.” Pero hoy estoy aquí para deciros que “sus manos también curan”. ¡Bendito sea el Señor!

El predicador tenía los puños apretados. A August se le cayó la Biblia de las rodillas. Hattie gritó: «¡Amén!» El sermón alcanzó tal volumen que Sala se encontró taconeando el suelo al ritmo de las palabras del reverendo. El pastor se subió la manga y, antes de que

volviera a resbalarle, Sala vislumbró el desvaído tatuaje del antebrazo. El abuelo decía que el hermano Merrill iba por mal camino, que el Señor lo había salvado de algo espantoso y que por eso era tan buen predicador. Sala alzó la vista y vio que su abuelo estaba en lo cierto: el predicador tenía los ojos desorbitados, unos oscuros círculos de sudor se le extendían bajo los brazos y por la espalda. Golpeaba el atril con el puño.

De haber estado con Sala, Cassie habría asentido levemente con la cabeza y sonreído con ojos resplandecientes. Sala escuchó con atención; intentó aprenderse de memoria las palabras del hermano Merrill para poder repetírselas a su madre si llamaba.

Era la hora de los gemidos. La congregación se mecía sobre los talones.

—¡Sus brazos siempre están abiertos! ¡Su gracia siempre llega! —gritaba el hermano Merrill—. ¡Y lo único que tenemos que decirle es «sí»! ¡Sí a la gloria! ¡Sí a la alegría!

El espíritu del Señor descendió. Los fieles cerraron los ojos y alzaron los brazos al cielo. Sala observó a la congregación. Le pareció que ella y su abuela eran las únicas que no se habían elevado.

—¿Hay alguien aquí, esta tarde, que quiera entregar su alma a Cristo?

Una vez Sala le había preguntado a su abuelo cuán grande era Dios, y él había respondido que más pequeño que un grano de sal y más inmenso que el océano. Cuando rezaba, el abuelo podía oír su voz como el suave arrullo de un pájaro blanco en el oído. «Espero que lo oigas algún día», le había dicho. Sala sólo oía el murmullo del órgano y alguien que lloraba quedamente en el banco de atrás. Las lágrimas se le agolparon en la garganta. Levantó una mano como las señoras de la congregación, sólo para ver qué se sentía, sólo para ver si algo divino penetraba en ella.

—Al Señor no le importa lo que hayáis hecho —aseguró el hermano Merrill—. Acogerá vuestro dolor y vuestro sufrimiento y los limpiará. Aceptad al Señor como vuestro Salvador. Acercaos. Subid al trono de su misericordia.

Un hombre se encaminó al púlpito. El hermano Merrill exclamó:

—¡Alabado sea Jesús! Sube, hermano.

El hombre avanzó a pasitos vacilantes, como si acabase de

aprender a andar. El predicador bajó del púlpito y abrazó al hombre, que lloraba. Domingo tras domingo, Sala había visto a la gente avanzar sollozando por el pasillo, los había visto hincarse de rodillas. La madre y los abuelos de Sala también habían acudido a Dios de esa misma forma, y se habían salvado.

—¿Alguien más?

Sala sintió una punzada de añoranza materna que casi la dejó sin respiración. Salió al pasillo central. El predicador le tendió la mano. Alguien dijo: «Alabado sea el Señor, que devuelve a los pequeños al rebaño.» Sala se dejó llevar por la corriente de fervor de la congregación. Las señoras lloraban en los bancos de atrás. Se convertiría en una hija de Dios y todas esas mujeres serían sus madres en Cristo. Llegó al altar y el pastor la tomó de la mano.

—¿Entiendes lo que significa acoger a Cristo en tu corazón?

Sala no entendía nada. No se sentía como parecían sentirse los otros fieles. Sólo tenía un vago presentimiento de su devoción, como una imagen reflejada en un espejo, atisbada desde una puerta entreabierta. Pero asintió con la cabeza a la pregunta del hermano Merrill, porque el sonido del órgano la animaba y el predicador le había ofrecido una promesa de amor.

—¿Aceptas a Jesús como tu Señor y Salvador? —repitió el padre Merrill.

La congregación empezó a cantar en voz baja. Lo hacían todos los domingos, durante la llamada al altar. A Sala siempre la sorprendía que supieran exactamente cuándo empezar y qué canción murmurar. Ahora cantaban para ella. Sintió un cosquilleo en lo alto de la cabeza. Dejó que su cuerpo se relajara en brazos del predicador.

—¿Aceptas a Jesús como tu Salvador? —volvió a preguntar el hermano Merrill.

—Sí —dijo Sala.

Cerró los ojos y esperó al espíritu. La envolvería, la acogería en sus brazos. Entonces sintió una mano en el hombro, caliente, apremiante y tensa. Abrió los ojos. Su abuela estaba a su lado.

—No —dijo Hattie.

—¿Hermana Shepherd? —preguntó el predicador—. ¿Qué pasa, hermana?

—No —repitió Hattie, apartando a Sala.

El órgano dejó de sonar, y también el cántico de la congregación. El santuario quedó en silencio. Hattie tiró de su nieta por el pasillo. No podía permitirlo. Había perdido a Six en el púlpito; lo había enviado a Alabama sin nada más que una Biblia y se había convertido en un mujeriego y un impostor. Cuando comprendió cuán profunda era la tristeza de su hijo, ya era demasiado tarde para salvarlo. Sus gemelos estaban muertos. Había mandado a Ella de vuelta a Georgia. Era demasiado tarde para Cassie, a quien también había mandado lejos. Y era demasiado tarde para Hattie, que era una farsante en Cristo y había enseñado a Sala los caminos de la farsa. No podía soportar que la niña estuviese ya tan destrozada que se sintiese llamada al reclinatorio. Sala todavía tenía tiempo. Hattie no sabía cómo salvar a su nieta, se sentía tan abrumada e inexperta como cuando era una joven madre de diecisiete años. «Sesenta años fuera de Georgia, ha nacido una nueva generación y permanecen las mismas heridas y el mismo dolor —pensó—. No puedo permitirlo. —Negó con la cabeza—. No puedo permitirlo.»

Llegaron al banco donde esperaba August, que susurró:

—No sé por qué has hecho eso, Hattie.

Claro que no lo sabía. La fe de August era simple y absoluta. Se había convertido en un viejo achacoso que rezaba y amaba a Dios, y, si entendía más de lo que dejaba ver, si era más listo de lo que parecía, se lo guardaba para él. Es fácil hacerse el tonto, pensó Hattie, y August siempre optaba por lo más fácil. Sintió una punzada del antiguo enojo. Pero todo eso había quedado atrás; no le había servido de joven y no iba a servirle ahora.

Hattie miró a su alrededor, a las caras de reproche de la congregación. Aquella indignación pasaría —todo pasaba, tarde o temprano— y, si no era así, renunciaría a la iglesia, ese querido consuelo en su vejez. No era demasiado vieja para sobrellevar otro sacrificio. Hattie abrazó a Sala y se la acercó: le dio a su nieta unos golpecitos un poco bruscos en la espalda, desacostumbrada como estaba a expresar ternura.

Agradecimientos

Es para mí un gran honor poder mostrar mi gratitud a aquellos que, directa o indirectamente, han hecho posible este libro.

Quiero expresar mi agradecimiento a la James Michener and Copernicus Society of America y a las fundaciones Maytag y Flannery
O'Connor,
así como al taller de escritura de la Universidad de Iowa, al que debo mucho. Al instituto femenino de Filadelfia, por haber sido una luz en la parte más oscura de mi vida y prepararme para tratar con el mundo de formas que todavía estoy descubriendo.

A mi agente, Ellen Levine, la mejor abogada y consejera que podía esperar.

A mi editora, Jordan Pavlin, por su elegancia y sutileza, su fe inquebrantable en esta novela y por ver todas las cosas que yo no podía ver.

A los profesores que pusieron el listón muy alto y me exigieron que cumpliese: mi profesora de Lengua en el instituto, Sandra Johnson, que se negó a dejarme fracasar, en ningún aspecto, nunca. A Jackson Taylor, que me inspiró, convenció e insistió hasta que encontré lo que temía haber perdido. Mi agradecimiento también a Edward Carey, Alexander Chee, Allan Gurganus, que inspira con su ejemplo, y Michelle Huneven. A Paul Harding, por su infatigable apoyo.

A Lan Samantha Chang y Connie Brothers, a la primera por ser una profesora soberbia, a la segunda por su sabiduría y a ambas por arriesgarse por mí.

A Marilynne Robinson, por su amistad, por el ejemplo de su vida y su fe y por el rigor de sus criterios, que me hacen seguir incluso cuando creo haber alcanzado ya mis límites.

A las novelas y los ensayos de Toni Morrison, cuyas palabras son faro y ancla y cuyo trabajo nos ha abierto camino a todos nosotros. También al hermoso poemario de Rita Dove *Thomas and Beulah*, que nunca deja de enseñarme y sorprenderme, y a *The Warmth of Other Suns*, de Isabel Wilkerson; no puedo imaginarme una obra más necesaria.

Al poema de Robert Hayden «Those Winter Sundays» citado en la novela. Y al poema de Emily Dickinson «After Great Pain, A Formal Feeling Comes», también citado.

Gracias a Sally Dorst, Ames Giganous, Jill Herzig, mi pelirroja amiga Jenna Johnson, William Johnson, Tanya McKinnon, Cassandra Richmond, Victoria Sanders y A Public Space. A Emma Borges-Scott, Angela Flournoy y Alexander Maksik, por ser lectores perspicaces y por sus mentes grandes y hermosas.

Por estar a las duras y a las maduras durante todos estos años, a Ayana Bird, Karin Kissiah y Laurence Vagassky.

A mi querido Justin Torres; sin él, este libro no existiría y sin su amistad yo nunca habría hecho lo que debía hacer. Mi agradecimiento y mi amor, por todo y para siempre.

Con amor, a Nikki Terry, por la profundidad y la amplitud de su generoso corazón, por su paciencia y su espíritu infatigable.

Para terminar, y sobre todo, gracias a mis abuelos Leroy y Lucille Hundley, con todo mi respeto y como homenaje. Y a mi madre, Norma Hundley, una mujer de dotes extraordinarias, luchadora extraordinaria y extraordinario amor.

Ayana Mathis creció en los barrios del norte de Filadelfia. Realizó estudios universitarios sin llegar a licenciarse y, después de viajar por toda Europa, se instaló en Florencia, donde trabajó durante unos años en una agencia de viajes. De vuelta en Nueva York, trabajó como redactora y correctora para diversas revistas y publicaciones. En 2009 fue aceptada en el prestigioso programa de escritura creativa de la Universidad de Iowa, donde en la actualidad es profesora adjunta.